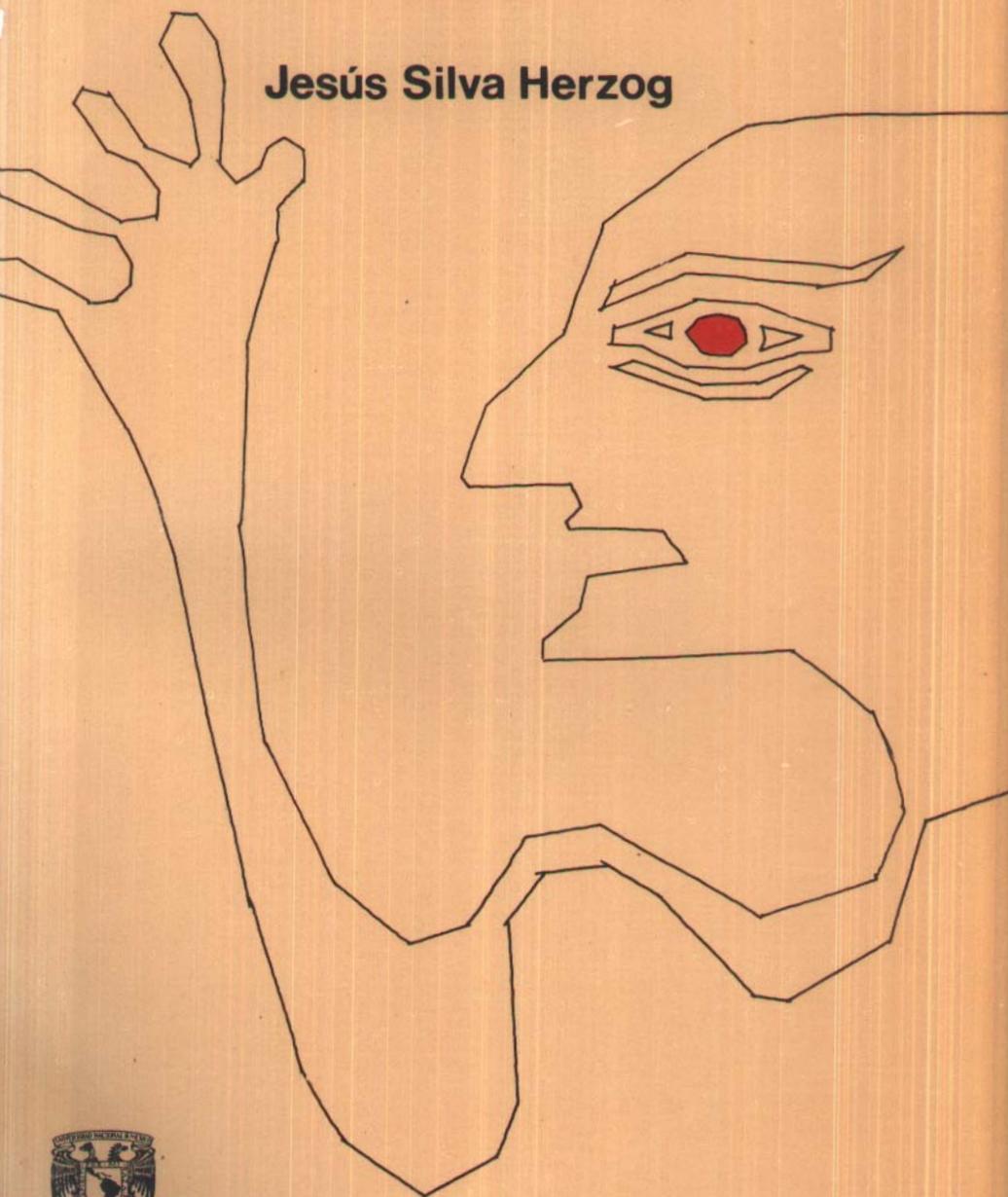


ANTOLOGÍA

CONFERENCIAS, ENSAYOS Y DISCURSOS

Jesús Silva Herzog



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ANTOLOGÍA
CONFERENCIAS, ENSAYOS Y DISCURSOS

JESÚS SILVA HERZOG

ANTOLOGÍA
CONFERENCIAS, ENSAYOS
Y DISCURSOS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México, 1981

Primera edición: 1981

DR © 1981, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-58-0128-2

AL HACERSE CARGO DE LA DIRECCIÓN DE LA
ESCUELA NACIONAL DE ECONOMÍA EL 8 DE JULIO DE 1940

Señoras y señores:

Es indudable que vivimos momentos de intensa inquietud en todos los países del mundo; es indudable que viejos ideales que habían servido de norma a la conducta de los hombres y de los pueblos durante varios siglos, se encuentran en estos momentos en seria y grave crisis.* Los principios y los valores creados desde el renacimiento parece que se hallan poco menos que en bancarrota, parece que se hallan a punto de fracasar completamente. Europa se encuentra agitada y en ruinas a causa de una guerra explicable, pero absolutamente injustificada desde el punto de vista de los grandes intereses humanos. Inglaterra afirma que lucha por defender la democracia y la libertad; Inglaterra lucha por defender su predominio económico en el mundo. Francia, la noble Francia, que aportaciones tan valiosas ha realizado a la cultura y a la civilización del mundo, se halla oprimida y deshecha, deshecha y oprimida en lo político, en lo económico y en lo social. La Unión de Repúblicas Soviéticas que ha realizado una experiencia indudablemente trascendental en la evolución de los pueblos, se encuentra acechando el momento oportuno para luchar por el triunfo de los principios e ideales que defiende.

En medio de toda esta situación inquietante y desmoralizadora, en medio de todo esto, no parece sino que se ha olvidado lo que no debe olvidarse: se ha olvidado al hombre. El hombre que había creído haber realizado conquistas definitivas, se encuentra desorientado, sin fe

* El lector debe recordar que el mundo se hallaba sumergido en la Segunda Guerra Mundial y que en aquellos momentos todo parecía favorecer a las fuerzas de Hitler y Mussolini.

y sin rumbo fijo. La historia de los pueblos no es en el fondo sino un anhelo del hombre para hacer menos desventurado al hombre, para hacer más dichoso al hombre sobre la Tierra; y a menudo ocurre que una vez que se ha planteado un sistema para hacer feliz al hombre se olvida la finalidad; el hombre se olvida del hombre y se le hace esclavo del sistema con que soñó hacerlo dichoso.

Estamos pues, en un momento de transición en la historia del mundo. Parece que de esta catástrofe que nos agobia surgirán nuevas fórmulas de vida, una estructura económica nueva, una concepción más racional y más humana de la existencia sobre este grano de arena en que moramos. Y bien, ¿qué es lo que podemos decir, qué es lo que podemos pensar de nuestro México? Pensamos desde luego que México no puede evitar la influencia de lo que está aconteciendo en el mundo; lo que está aconteciendo en el mundo tiene que traducirse en hechos determinantes, transformadores también de la vida y del porvenir de México. México no está aislado. Lo que ocurre en Europa y lo que ocurra en países distantes tendrá que afectar, querámoslo o no, a nuestro país.

México es un país paradójico. Encontramos contradicciones en todas partes. Si se trata de sus condiciones geográficas, encontramos paradojas en todas partes. Las montañas de México son hermosas y azules, pero significan un obstáculo a las comunicaciones. Los ríos de México forman bellas cascadas que el viajero admira pero sus cauces forman torrentes bravíos que hacen imposible la navegación. Nuestras costas son extensas, nuestros mares llenos de belleza están pero no tenemos puertos naturales en el Golfo, casi no los tenemos en el Pacífico, y no podemos desenvolver con facilidad nuestro comercio exterior. Y el mexicano es también paradójico. Tiene grandes virtudes y tiene grandes defectos. A veces no sabe vivir pero siempre cuando llega el caso, sabe morir con abnegación y dignidad.

México tiene numerosos problemas que resolver, problemas que se han ido acumulando a través de varias décadas y a los cuales no ha sido posible hallarles la adecuada solución. El problema fundamental de México, lo he dicho no una sino muchas veces y no es malo repetirlo, el problema fundamental de México es hacerlo. México es un país, indudablemente, en un sentido geográfico-político; mas no es una nación en auténtico sentido económico y sociológico, no es una nación en el sentido de que los componentes de ella tengan lazos de simpatía, comunidad de intereses e ideales comunes. Pero además de este primordial problema, hay, claro está, una serie de grandes problemas de que hablaba hace poco el Presidente de la Sociedad de Alumnos. Problema agrario, problema agrícola, problema minero, problema de sanidad, pro-

blema industrial, problema de comunicaciones, problema de educación elemental, de educación superior, de nutrición del pueblo mexicano, de abastecimiento de agua potable en la inmensa mayoría de las poblaciones de México. Y he dicho mal porque he usado el singular. Debemos usar el plural. Debemos hablar de los problemas agrícolas de México, de los problemas agrarios de México, de los problemas de comunicaciones de México, de los problemas educativos de México. ¿Por qué? Porque son muy diversos los problemas agrícolas del norte de Sonora a los de nuestro trópico exuberante. Porque son muy distintos los problemas educativos de la península yucateca de los problemas educativos en las montañas de Guerrero o en las llanuras de Chihuahua. Por eso hay que hablar en plural y tener presente que ningún problema podríamos resolverlo con eficacia si tratáramos de hacerlo con una sola fórmula escueta y simple. ¿Cuál de estos problemas es el más importante? Algunos dicen: el racial; otros dicen: el problema educativo; es muy difícil formular al respecto afirmaciones categóricas porque no se han inventado balanzas de precisión para medir las necesidades de los pueblos. Pero de todos modos hay que insistir. México no ha resuelto ninguno de sus problemas vitales, es una nación que está por hacerse. Y, ante todo, tratándose de la resolución de estos problemas en primer lugar, hay que conocerlos, estudiarlos, porque —amargo es decirlo— no los conocemos bien todavía, no nos lo ha permitido la incomprensión de los políticos en el poder. Se oye a menudo hablar de los problemas de México y la inmensa mayoría de los que de ellos hablan jamás han ocupado tres horas de su vida en meditar y en estudiarlos. Lo que se necesita es estudiar e investigar para conocerlos; lo que se necesita es saber lo que debemos hacer. ¿Y cómo conocer los problemas de México? ¿Y quiénes pueden conocerlos?

Los problemas de México se pueden conocer no sólo a través de los libros escritos, sino a través del trabajo paciente, de laboriosas investigaciones directas. ¿Y quién puede hacerlo? Lo puede hacer el que tiene preparación cultural para ello, el que tiene anhelos superiores de servir a su país. El lugar donde se preparan los técnicos, y hasta estos momentos el más importante, donde se preparan los hombres de ciencia que deberán estudiar los problemas nuestros, es la Universidad Nacional Autónoma de México.

Y aquí se presenta el problema de la Universidad. ¿Qué es una Universidad? Es una institución superior de cultura en la cual se imparten conocimientos sobre las diferentes ramas del saber humano; una Universidad está formada por su rector, por sus autoridades, por su cuerpo de profesores, por sus alumnos, por sus laboratorios y por sus

bibliotecas. La Universidad Nacional de México tiene su rector, sus autoridades, sus profesores, algunos muy buenos y muy eminentes profesores. Otros muchos, menos buenos y hay también malos profesores. Los profesores buenos podrían ser todavía mejores si hubiera posibilidad para ellos de serlo. ¿A qué posibilidad me refiero? A la económica. El profesor universitario da clases por amor a la Universidad. Es tan exigua la paga que recibe que muchas veces no le basta siquiera para comprar los libros que necesita para impartir su clase. Un profesor de la Universidad Nacional es un hombre respetable, entre otras razones, porque se está sacrificando en provecho de la alta cultura en la República.

La Universidad tiene estudiantes. Los estudiantes no estudian todo lo que debieran. Para que la Universidad cuente con un profesorado idóneo se necesita que la actividad del maestro universitario esté bien remunerada con objeto de que dedique todo su tiempo a la Universidad.

Los estudiantes necesitan estudiar si tienen conciencia de su responsabilidad. Para estudiar necesitan interés y voluntad, necesitan pensar que la finalidad de su esfuerzo es servir lealmente a su país.

La Universidad Nacional Autónoma de México tiene laboratorios. Los laboratorios son en la inmensa mayoría de los casos, hay excepciones alentadoras, los laboratorios de la Universidad, son laboratorios pobres. No hay dinero para montar laboratorios como lo exigen las necesidades actuales de la investigación científica. Tiene bibliotecas. Las bibliotecas, algunas, como la Nacional, fue rica en tiempos pretéritos, tal vez hasta el año de 1860. A partir de entonces se ha ido empobreciendo cada día. Todas las otras bibliotecas son pobres también; y una universidad sin buenos laboratorios y sin buenas bibliotecas no es una universidad, es en el mejor de los casos una institución educativa que tiene que andar despacio cojeando. Por eso uno de los problemas vitales de México, del conocimiento de México, o uno de los problemas iniciales para comenzar a resolver los problemas de México, es poder impartir con eficiencia la cultura superior. Esa cultura superior se imparte en la Universidad y la Universidad necesita incrementar sus ingresos. Si la Universidad no incrementa sus ingresos, no podrá servir como debiera a la nación.

Conviene insistir, que es una cosa que a menudo se olvida y de que pocas veces se habla. El progreso de los pueblos se hace en los laboratorios. Hay que insistir en que si queremos construir un México mejor es necesario perfeccionar y generalizar la cultura superior. La Universidad debe insistir en que se mejoren sus condiciones financieras, a la vez que cumplir con esmero sus obligaciones sociales. La Universi-

dad debe producir en 1940, profesionistas de tipo distinto a los que produjo al finalizar el siglo pretérito. Ya no profesionistas liberales sino hombres de ciencia que vayan a crear el México de mañana. Debe producir profesionistas no para que éstos tengan como mira fundamental de su vida enriquecerse, sino servir a los intereses del país, a los intereses del pueblo de México, porque si la Universidad no puede producir profesionistas que vayan a servir a México y encontrar las fórmulas adecuadas para resolver nuestros problemas de tal manera que dejemos de ser un país de mineros hambrientos, sino un pueblo que viva con decoro; si no pudiera servir esos intereses, entonces la Universidad no sabría cumplir con la misión que se le ha encomendado y no tendría derecho a existir como institución superior de alta cultura.

En la Universidad está la Escuela Nacional de Economía. La Escuela de Economía tiene su parte en el trabajo constructivo de México. La Escuela de Economía debe producir economistas, jóvenes que hayan adquirido una terminología económica, un criterio económico, que hayan analizado los problemas de México. La Escuela Nacional de Economía debe producir economistas. Debe producir economistas con un profundo sentido de responsabilidad. El economista tiene que ser uno de los constructores del México futuro. De la Escuela de Economía deben salir las brigadas que hagan posible que México supere a México. Pero hay que tener noción clara de responsabilidad, noción clara del cumplimiento del deber. No deben venir a la Escuela de Economía, no deben permanecer en ella, aquellos que piensen que han venido aquí a ganar un título para enriquecerse con la mayor rapidez posible. Esos deben ir a otra parte. Hay muchos caminos para enriquecerse con facilidad. A la Escuela de Economía deben venir con la conciencia clara de que van a ser constructores de México, que van a servir a los intereses del pueblo de México; que la finalidad de su vida es una finalidad superior, y no la finalidad mezquina de encontrar mañana la manera de vivir a base de la explotación de sus semejantes. La Escuela de Economía debe crear una conciencia de responsabilidad en sus alumnos, de limpieza moral, de honradez, porque si no, no tiene razón de ser la Escuela de Economía. De manera que es necesario que el estudiante de nuestro plantel tenga un concepto limpio, generoso y levantado de su función social; deberá ser factor afirmativo en el progreso de México y de la humanidad.*

* *De lo dicho y de lo escrito. 1931-1976. Discursos y conferencias.* Edición privada del autor fuera de comercio. México, 1977, pp. 41-50.

MEDITACIONES SOBRE MÉXICO*

Recordación geográfica

México es un país de dos millones de kilómetros cuadrados, situado entre los Estados Unidos y la América Central, el Océano Pacífico y el Atlántico. Se dice que su forma —ironía geográfica— se asemeja al cuerno de la abundancia.

Hay climas cálidos, templados y fríos; zonas salubres e insalubres; desiertos y selvas; llanuras y montañas. Hay tribus primitivas, pequeñas poblaciones coloniales y ciudades modernas. Por esto, cuando se habla de algún problema concreto: económico, social o político, la gente enterada usa siempre el plural.

Muchos ríos lo son solamente por temporadas: en la época de las lluvias. Entonces las corrientes se hinchan y se tornan bravías y amenazantes. Muy pocos ríos son navegables, y todavía menos en toda su carrera; tan pocos que pueden contarse con los dedos de una mano. Nostalgia del Amazonas, del Mississippi, del Nilo; nostalgia de los caminos que andan y ayudan en la historia a caminar a los pueblos.

En pocos lugares falta la montaña en el paisaje. Está casi en todas partes, alta y hermosa, cubierta de vegetación y como si una enorme navaja hubiera pasado por su rugosa superficie; está allí negra en la noche, azul, gris, morada o rojiza según la distancia y la hora del día; está allí, interponiéndose entre el hombre y el hombre, dificultando el intercambio de las mercancías que enriquecen y de las ideas que aproximan. Tierra joven de matriz fecunda y prepotente. Hace apenas un lustro, parió un volcán.

Los litorales son extensos en el oriente, en el poniente y en el sur; pero no hay puertos naturales y precisa dragar constantemente; precisa

* Dos conferencias dictadas en la Universidad Mayor de San Marcos, de Lima. Julio de 1947.

hacer obras costosas para utilizar al mar, para defendernos del mar; precisa luchar en contra de una naturaleza enemiga, siempre y sin reposo. La pesca es cuantiosa riqueza que muy poco se aprovecha. El mexicano no es marino ni pescador. Por mirar siempre a sus montañas se ha olvidado del mar.

Las lluvias son irregulares; en pocas regiones abundantes y en la mayoría de ellas, escasas. Agricultura de temporal, aleatoria, con la amenaza de la helada temprana o tardía, agricultura pobre y campesinos miserables.

Pero el hombre es capaz de transformar su morada. En México parece que ya la está transformando con las obras de riego, la utilización de la energía eléctrica en gran escala y la conquista del trópico. El destino del mexicano depende de su esfuerzo y de su visión del porvenir.

La población es de algo más de veintidós millones y pueden habitar en nuestro suelo muchos millones más. Unos cuantos son inmensamente ricos; algunos tienen un mediano pasar; la mayoría es inmensamente pobre y desoladoramente ignorante.

México es un hermoso país, uno de los más hermosos de la tierra; pero está todavía en construcción y lo que importa es terminar la obra y cuanto antes mejor.

En el tiempo lejano

La historia es el drama del hombre y éste es, como dice Croce, un compendio de la Historia Universal. Drama en que se mezclan el bien y el mal, el sufrimiento y el goce, la desesperanza y un afán eterno de superación; y, cada ser humano, es en sí mismo una síntesis de su generación y de las generaciones.

La historia jamás se detiene; es un río caudaloso que fluye hacia un mar ignorado; es cambio constante y suceder sin término. Por eso no hay cortes verticales en la historia. Se construye con los errores y aciertos del pasado, la angustia del presente y el anhelo fervoroso, inquieto o sosegado de un futuro mejor.

Y así, con deseos apasionados de mejoramiento, miseria y dolor, triunfos y derrotas, así ha ido escribiendo su historia, penosamente, el pueblo mexicano; pero está en pie, escudriñando el horizonte para ver si sorprende el primer rayo de luz de una insospechada aurora; está en pie, como sus árboles milenarios y sus volcanes mitológicos.

Se cuenta que las tribus batalladoras que violaron las montañas y los valles, los bosques y los lagos primitivos del territorio que ahora es México, avanzaron del norte poco a poco; tan despacio que tardaron decenios para establecerse en el centro y el sur. Toltecas, mayas, chichimecas y aztecas. Muchos otros grupos humanos son nombres diferentes que los arqueólogos y prehistoriadores —poetas del pretérito— han clasificado sin duda alguna con singular acierto; distintos pueblos con ciertas características privativas en diversas regiones. Luchas de unos en contra de otros. Vencedores y vencidos. El hombre, siempre, lobo del hombre.

La historia confundida con la leyenda y la leyenda con la historia. Personajes misteriosos que civilizan y emigran para convertirse en estrellas; reyes que tiranizan, matan y mueren; dioses bondadosos que dejan caer la lluvia que fecunda, o vengativos y sedientos de sangre. Y en el fondo del cuadro las sombras de la multitud que trabaja y lucha, que sufre y calla, que nace y vive para hundirse en las tumbas sin recuerdos; las sombras dolientes de millones de seres anónimos que son los que hacen, en gran parte, la historia.

Pero estos antiguos pueblos dejaron la huella por donde pasaron: Mitla, Teotihuacán, Monte Albán, Uxmal, Chichén-Itzá y tantos otros monumentos grandiosos que muestran el grado de civilización y la capacidad creadora de sus constructores; monumentos que asombran al viajero estudioso y hacen nacer en el pecho del mexicano el orgullo de serlo. Allí están para que se conforte el hombre de nuestra América y afirme la confianza en su destino.

La epopeya de la Conquista

Los aztecas llegaron al Valle de México en 1325; llegaron agotados, desnudos y enflaquecidos por las privaciones y fatigas de su largo peregrinar. Allí por fin descubrieron sobre un nopal y devorando una serpiente, al águila que sus augures les habían señalado como término de su viaje. De seguro se sintieron sometidos al hechizo de la vegetación exuberante, de los lagos apacibles, del cielo diáfano y de los volcanes gigantes, embellecidos por la nieve que decora sus cumbres.

Lentamente construyeron su ciudad y más tarde su imperio: su ciudad con el trabajo; su imperio con la guerra. Primero sometieron a los vecinos y celebraron con ellos alianzas militares; después, subyugaron a pueblos y tribus que habitaban en comarcas distantes. Siempre, en todos los tiempos y en todas las zonas geográficas, la codicia de po-

der o de gloria de los pocos que mandan, utilizando la ignorancia y la fuerza de los muchos que obedecen, ha sido el origen de los grandes imperios.

Las características del imperio azteca fueron el dominio implacable sobre los vencidos, los pesados tributos o la esclavitud; los sacrificios humanos y algunos principios de moral que parecen arrancados de los Evangelios. Enseñaban que debía respetarse a los ancianos y consolar a los pobres y afligidos con obras y buenas palabras.

Arriba estaba el emperador con los nobles, los sacerdotes, los guerreros; abajo la masa infeliz, idólatra, desnutrida y explotada. Sociedad contradictoria como todas las que se han organizado en el curso de los siglos. ¿Qué pueblo, qué nación puede arrojar la primera piedra? El hombre es admirable, pero imperfecto; lógicamente, es admirable, pero imperfecto, todo lo que realiza. Lo único que le salva es la eterna inconformidad con su imperfección.

Reinaba Moctezuma cuando llegó Cortés a Veracruz. Los españoles apenas pasaban de 500, en tanto que ascendían a 2 millones 400 mil indígenas que poblaban el actual territorio mexicano. Pero jamás los déspotas han podido contar en las horas de prueba, con la ayuda de los que tiranizan y humillan.

El imperio, ya lo dijimos, había sido construido por la fuerza de las armas y se apoyaba en el temor de los pueblos avasallados; apoyo inestable porque invariablemente lo derrumba la primera ráfaga, cierta o ilusoria de libertad.

Y el genio indiscutible de Cortés, estimulado por la ambición de riqueza, de poder y de gloria, percibió, o más bien intuyó que el edificio político de Moctezuma se asentaba sobre terreno movedizo, y entonces se arrojó con sus hombres a la epopeya de la conquista.

Los españoles no lucharon solos en contra de los aztecas; a su lado lucharon centenares y miles de indígenas. El español era de hierro; el azteca de bronce. Choque tremendo de dos civilizaciones. La técnica guerrera del europeo se impuso sobre el bravo corazón del nativo; pero no sin tiempo y sin trabajos. Cortés supo de la amargura de la derrota y lloró de rabia y desesperación en una noche memorable. Los cronistas la llaman "la noche triste".

El sitio de Tenochtitlán es uno de los episodios más heroicos de la historia. Tiene grandezas de epopeya y está todavía esperando al poeta de imaginación creadora que lo exalte y sintetice en un poema inmortal.

Heroísmo y audacia de los sitiadores; valor y heroísmo de los sitiados. Tal para cual; dignos los unos de los otros.

En el fondo, no era sino el afán de dominio y la sed de oro lo que movía al español; al aborigen lo movía el derecho a defender el solar de sus mayores. En tal ocasión, como en muchas otras, sucumbió el derecho.

Se luchó día tras día durante semanas con inaudita terquedad. Los nativos fueron retirándose poco a poco, cediendo palmo a palmo el terreno; se fueron retirando sobre los cadáveres de los suyos y la angustia del fracaso inevitable. El hambre y la peste consumaron la derrota.

Cuauhtémoc, heredero del trono de Moctezuma, peleó como han peleado los mejores caudillos que celebra la historia; peleó con arrojo y tenacidad por su pueblo, inútilmente, desesperadamente. Había llegado la hora fatal para una raza bronca y batalladora; y el héroe indómito, hermoso ejemplar de su raza, comprendió con honda desesperación, tan honda que debió machacarle la entraña, que asistía al fin de su imperio en un ocaso sangriento, sin promesa de un nuevo amanecer. Se entregó con dignidad. “Mátame con esa daga, ya que no pude salvar a los míos”, le dijo al vencedor.

Pasó el tiempo. La maldad resultó una vez más victoriosa. El héroe fue asesinado, y se hizo estatua.

Pero del choque brutal en la ruda contienda, nació a la distancia el germen de una nueva nacionalidad.

La Nueva España

El coloniaje duró tres siglos. Mucho o poco tiempo, según el ángulo desde el cual se examine; mucho en comparación con la vida del hombre, bastante menos en la evolución de un pueblo y sólo un instante en la historia del planeta; en la historia de esta esferita de lodo en que habitamos, perdida hace milenios en el espacio inmenso.

Muy dura fue la existencia del nativo durante las primeras décadas posteriores a la conquista. Trato inhumano, castigos injustos y explotación brutal. Se le obligó a trabajar catorce horas diarias en las minas y en los campos de que se apoderaron los vencedores; se le exigió con la espada a convertirse al catolicismo medieval del español de entonces, y a construir con sus manos, su sudor y su sangre, los templos, humildes o soberbios de los nuevos dioses. Se le amenazó —como dice Alfonso Caso— con el infierno en la otra vida, si se atrevía a salir del infierno en ésta.

Millares de indígenas murieron en las minas agotados por la ruda labor y la insuficiente alimentación, sin saber que estaban contribu-

yendo a la construcción de la sociedad mercantil. El oro y la plata de América, el tráfico de esclavos y la piratería, forman el triángulo diabólico que aceleró el progreso del capitalismo.

No faltó quien dudara de que el aborígen fuera un ser racional. Hubo polémica. Al fin el papa Pablo III, por medio de una bula, declaró que el indio de América pertenecía al linaje humano.

Llegaron los franciscanos: gotas de luz en la noche sombría del vencido. Más tarde, los dominicos y los agustinos. Muchos de ellos cargados de virtudes y poseídos por el amor a los humildes; muchos de ellos, agentes civilizadores, verdaderos misioneros del Jesús de los Evangelios. Se enfrentaron al soldado y al encomendero en defensa de los débiles y destilaron en el corazón del vencido la esperanza, último refugio de todos los desdichados. Hermoso ejemplo el del padre Las Casas que defendió la justicia con ardor apasionado y constancia sin desmayos. Ejemplo más hermoso todavía el del insigne Vasco de Quiroga, el primero que se afanó por crear en el Nuevo Mundo un mundo nuevo, inspirado en el país maravilloso que diseñara el genio sabio y bueno de Tomás Moro.

Ejemplos, nada más hermosos ejemplos. No pudo generalizarse la obra civilizadora, con todo y que fue grande. Los errores políticos y económicos internos, las conquistas y la colonización, menguaron la vitalidad de España y agotaron su fuerza creadora. Prolongó la Edad Media, y sin darse cuenta del presente vivió de espaldas al futuro.

Las Leyes de Indias, de que tanto se ha escrito, fueron también hermoso ejemplo de nobleza y buenos propósitos; pero por desgracia para millares de seres humanos casi nunca se cumplieron, porque las neutralizaba la distancia y la economía del colono. Y es que las leyes no pueden crear la realidad; es, lo contrario. Esto es obvio y es bien claro. Sin embargo, el hombre es terco en el error, asombrosa y desesperadamente terco. La experiencia sólo con sangre le entra, con la propia sangre y el propio dolor.

Con el correr del tiempo se fueron suavizando un tanto las costumbres. El mal trato al pobre dejó de ser sistema generalizado.

Se edificaron doce mil iglesias para que el pueblo miserable pidiera a Dios resignación y soñara en el cielo —lugar de perenne dicha— envuelto en el humo del incienso y en sus harapos malolientes. Se erigieron costosos palacios para los ricos; se construyeron carreteras para dar salida a los metales preciosos y entrada a los efectos que traían las flotas de Cádiz o Sevilla.

La tierra acaparada por el español, el criollo, y en su mayor parte por el clero.

Se continuó desarrollando el drama en un escenario paradójico, en una paz de esclavos, en una charca quieta.

Es cierto que bien pronto tuvimos una Casa de Moneda, una Universidad y una Imprenta, y claro está que todo esto honra a España y nos honra. Más tarde se establecieron otros institutos de enseñanza superior, otras casas de moneda, otras imprentas; pero la mayor parte de la plata y del oro acuñados se conducían a España y de allí al mundo entero. El peso de plata mexicano fue durante siglos moneda internacional. Se acuñaron también monedas de cobre para que los indios realizaran sus pequeñas transacciones. La Universidad fue centro de cultura para los españoles, los criollos y rara vez para el mestizo. De las imprentas salieron decenas de libros, unos malos y otros buenos; alimento del espíritu para unos cuantos, porque a la inmensa mayoría de la población no se le había enseñado a leer. Tal vez puede afirmarse con optimismo que al comenzar el siglo XIX, el número de analfabetos en la Nueva España no era inferior al noventa por ciento de los habitantes.

Por supuesto que no faltaron personajes ilustres en la ciencia, en la literatura y en las artes plásticas: Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, de estatura universal; Sigüenza y Góngora, hombre de letras y de ciencia; Clavijero, historiador y filósofo; José Antonio Alzate, sabio eminentísimo; Miguel Cabrera, pintor de cierto talento y algunos más, no muchos, que brillaron en el país y fuera de sus fronteras.

Al finalizar el siglo XVIII la charca quieta comienza a perder su sosiego. Hay relámpagos en el horizonte y sopla el viento de la inconformidad. Algunos criollos que saben de la independencia de los Estados Unidos y de la Revolución francesa, que conocen a Rousseau, a Voltaire y a los enciclopedistas, sienten nacer lentamente, primero con vaguedad de sueño, la aspiración de construir una patria; después, poco a poco, el sueño se torna anhelo fervoroso e incontenible.

Mientras tanto, el indio silencioso roe su mendrugo y espera la hora del alba.

Independencia y anarquía

Las rebeliones las organizan los soldados para sustituir en el poder a una persona por otra. Su origen es el resentimiento o la codicia de algún alto jefe militar. Naturalmente que siempre se usan grandes palabras: la justicia, la libertad, la patria, se usan para encubrir los peores instintos y los propósitos más perversos.

Las revoluciones las hacen los pueblos para subvertir el orden social establecido, con el fin de mejorar sus condiciones de vida, convencidos de que éste, el de la revolución, es el único camino; son actos temerarios, de desesperados y suicidas.

El rebelde es, en la mayoría de los casos, ambicioso y moralmente inferior; el revolucionario es fundamentalmente bueno y puede ser un apóstol, o un héroe. En México hemos tenido en el curso de la historia muchos rebeldes y muy pocos revolucionarios: numerosos cuartelazos, rebeliones y motines y sólo tres revoluciones. La primera la inició un sacerdote de cabellos blancos, ilustrado y valeroso, en un pueblecito del centro del país el 16 de septiembre de 1810, horas antes de que despuntara en el levante la luz del día.

Hidalgo, el caudillo, habló de independencia, de libertad. Y esas palabras mágicas despertaron a las masas en letargo secular. Lo siguió desde luego una multitud desarrapada, entusiasta y ululante; lo siguió el pobre que nada tenía que perder y algo que ganar en las horas tumultuosas del saqueo; lo siguieron unos cuantos letrados y militares, a quienes la ilusión grandiosa de hacer una patria de la tierra sojuzgada en que nacieron, les había encendido el corazón.

Nunca son los que están arriba los que realizan una revolución; tampoco los satisfechos ni aquellos que encontraron sitio preferente en el banquete de los afortunados. Las revoluciones son obra de los de abajo, de los que padecen hambre y sed de justicia social.

Hidalgo tuvo su hora cenital. Victoria tras victoria y la seguridad del éxito pronto y definitivo. En Guadalajara decretó la abolición de la esclavitud. Este solo hecho es bastante para rendirle merecido homenaje.

Después, la derrota, la huida hacia el norte, la desgracia y el abandono. Los obispos lo excomulgaron por el delito de luchar por la libertad de un pueblo; y el héroe, padre de la patria, fue fusilado en la población de Chihuahua el 30 de julio de 1811. La sangre de los héroes, mártires de una causa generosa, es germen que fecunda y exalta el ideal por el cual perecieron y provoca en los mejores el deseo de imitarlos.

La lucha por la Independencia continuó en las montañas del sur. Otros caudillos recogieron la herencia de los primeros, dando ejemplo de amor a la patria y terca abnegación. El cura Morelos, el más grande de todos, gran estadista y gran general, vio con claridad que el problema del país no era meramente político, sino además económico; que lo que había que hacer era dar tierras a los campesinos para que tuvieran qué comer y qué dar de comer a sus mujeres y a sus hijos. También,

como Hidalgo, fue excomulgado por el clero y después fusilado. Morelos es uno de los próceres más ilustres de América.

La Independencia se consumó en 1821 como resultado de transacciones entre los beligerantes; fue sólo la independencia política del dominio de España, ni más ni menos, ni menos ni más. Los únicos gananciosos fueron los criollos, es decir, la clase alta, precisamente la que había combatido a los insurgentes. El indio y el mestizo, las clases media y baja, siguieron como siempre arrastrando su existencia miserable y angustiada.

Vino más tarde una lucha más larga y cruenta: la lucha por constituir una nueva nacionalidad. Rebeliones y cuartelazos; una fracción del ejército en contra de otra fracción, y el juego se repite y vuelve a repetirse una y muchas veces, sangrando la República. Federalismo y centralismo; errores, fracasos, penuria, vergüenza y anarquía. El saldo trágico: la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de más de la mitad del territorio.

Entonces no era grande la diferencia entre el poder de México y el del país vecino. La guerra se perdió por falta de recursos del gobierno; el clero los tenía; pero cuando los invasores se hallaban no muy lejos de la capital, fomentó una rebelión para guardar intactos sus tesoros y salvarse de salvar a la Patria. Hay que agregar a las causas de la derrota la falta de patriotismo o la impericia de los generales. Sólo los cadetes de Chapultepec y el soldado raso supieron cumplir con su deber, al dar lo único que tenían: sus vidas hechas carne de cañón. La desgracia de México en aquellos años sombríos, consistió en su fertilidad para producir seudohéroes de uniforme y seudosantos de hábito.

Hubo voces honradas, serenas y patriotas. Sus opiniones y advertencias no tuvieron eco y se perdieron en una selva enmarañada de envidias, de ignorancia, de estulticia, de fiebre de lucro y de poder. Recordemos a uno de los más distinguidos: al sabio y austero doctor José María Luis Mora.

Reforma e intervención

A mediados del siglo XIX el clero poseía dilatadas extensiones territoriales y numerosas fincas urbanas. La iglesia de aquel mártir extraordinario de Judea, que predicaba la virtud, el amor y la pobreza, era con mucha ventaja la organización económica más poderosa en el país. Esas enormes riquezas se hallaban amortizadas, sin ninguna posibili-

dad de movimiento, sin circulación, obstaculizando por tal causa el desenvolvimiento de la República.

Hombres eminentes y de clara visión política, pensaron desde pocos años después de la Independencia que había que desamortizar esos bienes materiales, si se quería la prosperidad de la nación; pero no fue sino hasta 1855 cuando se dio el primer paso, al promulgar la ley que ordenaba al clero la venta de sus inmuebles.

El clero estuvo inconforme y provocó una nueva guerra civil, una de las más sangrientas y enconadas que registra la historiografía mexicana. El gobierno liberal de Benito Juárez, de ese indio de pura sangre, de voluntad de acero, a quien Pérez Martínez ha llamado con justeza "El impasible", obligado por la rebeldía de la iglesia decretó en 1859 la nacionalización de tales propiedades.

El escritor católico Roque Barcia escribe que el clero forma parte de la organización social, entra en el régimen político, es una clase, una categoría; y agrega que cuando se modifica la organización de un país, se modifica necesariamente la organización del clero. Pues bien, esa clase, esa institución política, esa entidad social, ha sido freno de todo impulso creador en la evolución del pueblo mexicano. El clero siempre ha sido enemigo de las clases populares, siempre ha estado en contra de todo esfuerzo para mejorar la vida de esos millones de seres humanos, para quienes parece que se hicieron todos los dolores del mundo y ninguno de sus goces. Triste antinomia entre la doctrina y la acción, entre los principios y la realidad.

Los liberales ganaron la guerra y Juárez se afirmó en el poder por cierto lapso. Entonces los perdidosos enviaron una comisión a Europa en busca de un emperador que nos gobernara. Lo encontraron al fin en una de las viejas casas del viejo continente. Napoleón III ofreció enviar un ejército en apoyo del futuro mandatario, y cumplió su palabra.

Y el ejército francés, defensor de pueblos, vino a México a combatir al pueblo. En una ocasión lo derrotaron los mexicanos que mandaba un buen general: Ignacio Zaragoza. Esto sucedió el 5 de mayo de 1862. A la postre el extranjero se impuso por la táctica, el número y la ayuda de los nativos a las órdenes de generales conservadores, nativos también. Los soldados franceses llegaron a ser dueños del terreno que pisaban, nada más; porque las guerrillas liberales nunca cesaron de hostilizarlos en los campos, en las rancherías, en los pequeños poblados, y los patriotas, casi siempre de la clase humilde, en las ciudades.

Maximiliano y Carlota fueron recibidos con alborozo por la clase alta y los arzobispos, obispos y canónigos. Hubo solemnes fiestas profa-

nas y religiosas en su honor y se improvisó en la ciudad de México una corte a imitación de la de Europa. Tres años duró aquella opereta de trágico desenlace. Los franceses que habían ocupado buen número de puntos geográficos en el territorio, pero sin lograr destruir al gobierno de Juárez refugiado en la frontera norte, se vieron en la necesidad de abandonar el país por razones de índole nacional e internacional bien conocidas. Maximiliano no quiso abdicar, soñando en la consolación de su imperio con el apoyo de los conservadores vernáculos. Perdió la partida. El 19 de junio de 1867 fue fusilado en la población de Querétaro.

La sangre azul del rubio archiduque fecundó la simiente de la libertad de un pueblo.

La historia de México se reduce —cuentan que dijo una vez Pedro Henríquez Ureña—, a la lucha entre dos clases: el peladismo honrado y el decentismo ladrón. Los liberales pertenecían al peladismo, los imperialistas, a los otros. Ganaron los liberales y su gobierno se estableció en la capital de la República. Los conservadores quedaron deshechos; habían sufrido un golpe mortal.

En México, lo mismo que en otras partes, los conservadores suelen alcanzar triunfos pasajeros; mas a la larga siempre pierden porque quieren conservar a perpetuidad todo lo existente, porque quieren que nada cambie, porque quieren detener el tiempo y éste es el mayor de los absurdos. Por el contrario, los progresistas, llamémosles así puesto que se trata de un vocablo a la moda, pueden sufrir reveses en la lucha, no obstante lo cual, al fin logran imponerse; y es que obran de conformidad con las leyes de la vida y las corrientes de la historia. Vivir, no hay que olvidarlo, es suceder, es acontecer; y no puede haber acontecimiento ni suceso sin cambio, porque el cambio es la esencia del suceso o del acontecimiento.

Pero volvamos a nuestro asunto. Después de la derrota de los imperialistas gobiernan los liberales: Juárez y Lerdo de Tejada; gobiernan los liberales y la libertad. En esos años se inaugura el primer ferrocarril, se realiza la reforma educativa de Gabino Barreda, se progresa en todos los órdenes. En esos años México abre sus puertas y ofrece asilo a los perseguidos, a todos los nobles visionarios; entre ellos, al apóstol de estatura continental José Martí, quien encuentra entre nosotros estímulo y amistad cordial.

La paz de los siervos

El general Porfirio Díaz se adueñó del poder por medio de una rebelión y lo retuvo durante treinta años. Muy luego estableció la paz, bien supremo tanto tiempo anhelado por todas las clases sociales. Fue un gobernante enérgico, de mano fuerte y a veces cruel; empero, no hizo de la crueldad su sistema de gobierno y en ocasiones hasta dio la impresión de ser un dictador benévolo.

Le tocó gobernar a fines del siglo pasado y a principios del presente, cuando se tenía fe ciega en el progreso y en los milagros del capitalismo creador, como llama a este régimen tan discutible un economista superficial de Norteamérica. Se construyeron ferrocarriles, se hermosearon las ciudades importantes, se erigieron monumentos a los héroes de la Independencia y la Reforma, se restableció el crédito exterior, se fomentaron las insituciones bancarias y se nivelaron los presupuestos; pero precisa recordar al mismo tiempo que de acuerdo con la política gubernamental, se entregaron a empresas extranjeras las minas de oro y plata, los yacimientos petroleros, la explotación de la energía eléctrica, las pocas grandes industrias de transformación y los muchos grandes comercios. En una palabra, se desnacionalizó la economía de la nación, excepción hecha de la agricultura que continuó en manos de propietarios absentistas, en su mayor parte de origen mexicano.

La tierra acaparada por unos pocos. Grandes haciendas con cultivos extensivos, tiendas de raya para mermarle al peón su reducido jornal; las deudas que pasaban de padres a hijos, la explotación sin medida ni piedad. El hacendado tenía su moneda, su cárcel, su justicia.

Los obreros no podían asociarse con fines defensivos. La huelga era ilegal. En una ocasión los trabajadores de una fábrica de hilados y tejidos fueron ametrallados, porque se habían echado a la calle para pedir aumento de salario. Con tal motivo, los periódicos dedicaron editoriales laudatorios al general Díaz. Uno de ellos se titulaba: "Así se gobierna".

Se aseguraba que esto era el progreso, que el país progresaba a pasos agigantados y se inventó el mito del general Díaz, presentándolo como estadista genial, reconocido por las naciones extranjeras, según se decía.

La gente rica se vestía a la moda de París. No pocos hablaban francés y tenían una buena cultura; la gente rica era tan dichosa como se puede ser en la tierra. En hiriente contraste la gran masa de la

población vivía en la pobreza, o en la miseria; vivía en la mayor ignorancia, vivía de dos mitos: Don Porfirio y la Virgen de Guadalupe.

Un autor ha escrito que los pueblos viven de mitologías, porque buscan en la fábula todas las nociones indispensables a su existencia. Sin embargo, hubo un momento en México en que la fábula indispensable a la existencia del pueblo no fue bastante a su existencia, porque los artesanos de las poblaciones, los obreros de las fábricas y los peones de las haciendas, ya no pudieron contener su hambre de pan, su hambre de justicia, su hambre de libertad.

El esquema anterior explica la Revolución Mexicana. Tenía que ser, inevitablemente; porque cuando los pueblos no han rodado al abismo de la imbecilidad, su instinto colectivo de conservación es más poderoso que el poder de los tiranos y de los más grandes imperios.

Años de lucha

En septiembre del año de 1910 la nación se arrebujaba en el manto de la paz porfiriana. Los que habían tenido suerte en el juego de azar de la vida, disfrutaban confiados de esa paz, preparándose para tomar parte activa en las fiestas del Centenario de la Independencia. Todo iba bien. Para ellos el porvenir se anunciaba con fulgores de dicha.

El loco Madero —así le llamaban los porfiristas— que se había atrevido a contender con el general Díaz en las últimas elecciones, estaba a buen recaudo en la cárcel de San Luis Potosí. Ignoraban entonces que ese loco, de igual manera que otros locos en la historia, ascendería pocos años más tarde a la más hermosa y elevada categoría humana: a la de mártir y apóstol de la libertad.

Pero precisa examinar el reverso de la medalla. ¿Cuál era entonces la situación de la clase pobre?

En las poblaciones unos vivían resignados y otros ocultaban su descontento. No eran dichosos. La felicidad no anida en los hogares sin fuego y no gusta de los pies descalzos ni de los estómagos vacíos; la felicidad no se deja engañar de "las bienaventuranzas". El pobre, obrero o artesano, sólo de vez en vez se alegraba por momentos, con el alcohol que embrutece y rebaja la dignidad del hombre. En cuanto a los campos la situación era semejante. Nada más que allí el descontento solía manifestarse en actos de violencia, resultado inevitable de necesidades más apremiantes y de una mayor opresión de los amos y de las autoridades locales. Unos y otros —trabajadores de las ciudades

y de los campos— sentían una honda inconformidad y fluir de todo su ser el anhelo nebuloso de que algo nuevo aconteciera, de que algo inesperado viniese a modificar las condiciones de su dura existencia. Estos estados patológicos sociales son, por supuesto, propicios a los movimientos revolucionarios. Lo que importa es que el caudillo comprenda las vagas aspiraciones de las masas, las asimile en su carne y en su espíritu y sea capaz de devolverlas aclaradas y engrandecidas en un programa de acción inmediata. Las masas le seguirán, apasionadas, enardecidas y dispuestas a todo.

Las fiestas del Centenario fueron suntuosas: inauguración de soberbios edificios, solemnes embajadores de los países con los que México tenía relaciones diplomáticas; sonoros desfiles militares, corridas de toros y bailes palaciegos. El general Porfirio Díaz, héroe de la paz saturado de gloria, penosamente erguido por el peso de sus ochenta años, con su uniforme de divisionario, la banda presidencial y las medallas, que de tantas no le cabían en el pecho, era en aquellos festejos la figura central en la que se clavaban temblorosas todas las miradas.

Mientras tanto, Madero preparaba en la ciudad en que se hallaba prisionero, su plan revolucionario.

El 20 de noviembre de aquel mismo año, comenzó la lucha. El estruendo de la metralla apagó los últimos ecos de las fanfarrias y el horizonte se cubrió de nubes densas y sombrías. Se ha convertido, generalmente, en llamar a esa lucha la Revolución Mexicana.

En la mayoría de los casos las revoluciones no las hacen los militares profesionales; ellos se ocupan de las rebeliones. En México la Revolución de Independencia fue acaudillada por Hidalgo, un sacerdote; la de Reforma por Benito Juárez, un abogado; y la de 1910 por Madero, terrateniente del norte del país, y a su muerte, por Carranza, un político provinciano. En México los civiles han sido —con excepciones que confirman la regla— los que han dado jalones hacia adelante en la historia.

Otra observación: en las grandes peleas trascendentes en la evolución del pueblo mexicano, entre militares técnicos y militares improvisados, siempre, a la postre, los segundos han derrotado a los primeros. Es probable que esto no volverá a ocurrir aquí ni en parte alguna, debido al progreso de la técnica guerrera y al diabólico adelanto en la construcción de máquinas asesinas.

De los militares técnicos de mi país puede decirse, por lo menos hasta hace poco, lo que Antonio Machado cuenta que escribió Mairena sobre los alemanes: "...son los grandes maestros de la guerra. Sobre la guerra ellos lo saben todo. Todo, menos ganarla..."

En 1910 se improvisaron generales y hubo levantamientos en varios lugares del territorio. Seis meses más tarde aproximadamente, a mi parecer con sorpresa para la mayoría de la población, porque tanto los amigos como los adversarios del gobierno estaban seguros de su solidez, Madero había triunfado. Claro está que no por la fuerza de su pequeño ejército de rancheros, aun cuando cierto es que había alcanzado sonadas victorias, sino más bien por la fuerza de la opinión pública que, en unos cuantos meses, se inclinó decididamente a su favor. Los pueblos hambrientos siguen o apoyan al primero que les ofrece algo: ya sea un pedazo de pan para calmar el hambre, o juegos de pirotecnia para olvidarla.

El general Díaz presentó su renuncia y se embarcó, entristecido, rumbo a Europa. Dejaba la tierra en la cual durante tantos años había sido el primero en el mando y en los honores. Lo más difícil de la vida es lo último: morir con dignidad y a tiempo. Si el general Díaz hubiera muerto, por ejemplo, en 1907, tendría, no obstante sus errores, que méritos también los tuvo, monumentos en todas las ciudades de la República.

Madero fue presidente pero no pudo gobernar en paz. El creyó que los problemas de México eran preponderantemente políticos y estaba en un craso error; porque los problemas de México eran y son todavía preponderantemente económicos. Sus dos más destacados segundones se levantaron en armas en su contra: Pascual Orozco y Emiliano Zapata. Éste volvió a la pelea al grito de tierra y libertad; aquél se apoyó en un programa más amplio, de mayor alcance y para aquel tiempo muy radical. Zapata y Orozco iban mucho más lejos que Madero en materia de cambios económicos y sociales. Y es que los que inician una revolución en consonancia con un sistema de ideas, con ciertos principios y planes, se ven arrastrados por la fuerza de las masas y de los acontecimientos, más allá de sus planes, de sus principios, de su sistema de ideas. Entonces, no les quedan sino dos soluciones: nadar con la corriente para alcanzar la orilla o detenerse resignados al fracaso.

Grave cosa es provocar un incendio social; pero es más grave todavía querer apagarlo una vez provocado y en plenitud. Hay que dejarlo que destruya y purifique.

Orozco fue al fin derrotado y Zapata continuó la lucha por algo más de un lustro al amparo de sus montañas surianas.

Un soldado desleal, Victoriano Huerta, obligó a Madero a renunciar a la Presidencia de la República y días más tarde lo mandó asesinar. Él, Huerta, se hizo nombrar presidente. En la ciudad de México las gentes decentes bebieron champaña; en todo el país, no obstante

los errores del caudillo, el pueblo, lo mejor del pueblo, siempre pobre, lloró de indignación y de tristeza, y se aprestó al desquite.

El presidente usurpador quiso dar reverso a la historia; quiso gobernar como se había gobernado en 1840, y estábamos en el año de 1913.

La Revolución no podía detenerse. Surgieron otros adalides: Carranza, Villa, Obregón, muchos otros. El soldado asesino fue vencido y tuvo que huir al extranjero, donde murió deshecho por el peso de sus crímenes. Después de la victoria hubo todavía lucha de facciones. Carranza se impuso y se le eligió para ocupar el Poder Ejecutivo. La Revolución había triunfado.

Siete años duró la contienda. Se destruyeron muchas riquezas acumuladas y se segaron millares de vidas. No parece sino que sólo a muy alto precio alcanzan los pueblos un poco de bienestar. A algunos les cuesta menos; pero es que en estos casos son a otros pueblos a los que les cuesta. Pienso, por qué no decirlo, en los grandes imperios.

La Revolución Mexicana tuvo precursores: Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez, Filomeno Mata, Paulino Martínez, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Librado Flores, Rosalío Bustamante y Ricardo y Enrique Flores Magón. Ellos lucharon desde distintas trincheras en contra del gobierno de Porfirio Díaz; ellos sembraron ideas que más tarde germinaron en espléndida floración. Esas ideas contribuyeron a formar el pensamiento revolucionario, digan lo que digan los soberbios que se atribuyen la paternidad ideológica de nuestro movimiento social.

Bueno es recordar aquí que mucho se ha discutido si la Revolución tuvo o no, con antelación al movimiento armado, una doctrina economicosocial, un programa de ideas claras y definidas. A mi parecer el Plan de San Luis y el Plan de Guadalupe, aquél del apóstol Madero y éste del caudillo Carranza, fueron documentos meramente políticos, con la salvedad de que el Plan de San Luis contenía una alusión al problema agrario. Ambos planes fueron rebasados por la realidad en el curso de los días, lo cual no tiene nada de extraordinario porque eso ha sucedido en fenómenos sociológicos análogos. En el caso de la Revolución Mexicana es seguro que se infiltraron lentamente en sus combatientes, las ideas radicales de los precursores. Esto se advierte con claridad si se examina el plan orozquista. Además hay que recordar que la lucha armada duró siete años. Sería absurdo imaginar que las ideas hubieran permanecido congeladas y no en constante ebullición, como sucedió. Pruebas de ello son, entre otras, el Plan de Ayala, de Zapata y la Ley de 6 de enero de 1915, firmada por Carranza.

Por otra parte, hay que hacer notar que con los defensores del porfirismo y del huertismo estuvieron los ricos y el clero, luchando activamente. El resultado inevitable fue que los revolucionarios estuvieran en contra del clero y de los ricos y que se acentuara su radicalismo social. Al triunfar la Revolución castigó a los adversarios. Ellos, fingiendo olvidar sus acciones pasadas, imploraron justicia de los mismos a quienes habían combatido con singular encono.

El pensamiento revolucionario cuajó en los principios constitucionales de 1917, y se mantuvieron intactos los ideales de libertad por los que lucharon y murieron los hombres de la Reforma, sesenta años antes.

Esos principios son los siguientes:

- 1o. Nacionalización de las riquezas del subsuelo, quedando sujetas para su explotación a un régimen de concesiones.
- 2o. Obligación de distribuir tierras a los campesinos.
- 3o. Garantizar al trabajador un salario mínimo, descanso semanal y participación en las utilidades de las empresas.
- 4o. Fijas la jornada máxima de trabajo diurno en ocho horas y del nocturno en seis.
- 5o. Prohibir que trabajaran los menores.
- 6o. Protección a la madre y al niño por medio de cuidados prenatales y posnatales.
- 7o. Reglamentación en materia de cultos religiosos.

La esencia de la reforma fue ésta: mejorar el nivel de vida de la mayoría de los habitantes, como base sustantiva del progreso de la nación.

Por estos principios de justicia y profundamente humanos, no han faltado ignorantes, sobre todo periodistas estadounidenses, que han hablado del comunismo mexicano. Nuestra Revolución no tuvo nada de común con la Revolución rusa, ni siquiera en la superficie; fue antes que ella. ¿Cómo entonces pudo haberla imitado? En la literatura revolucionaria de México, desde fines del siglo pasado hasta 1917, no se usa la terminología socialista europea; y es que nuestro movimiento social nació del propio suelo, del corazón sangrante del pueblo y se hizo drama doloroso y a la vez creador.

Los últimos treinta años

Desde 1917 gobiernan los generales de la Revolución. En ocasiones

bien y a veces mal; con frecuencia bastante mal, especialmente en las provincias. Este fenómeno politicosociológico del monopolio gubernamental de los generales, muy lejos está de ser insólito en la historia de México y en la de otros países latinoamericanos. Con leves interrupciones, así ha sido durante ciento veinticinco años de vida independiente. En México parece que las cosas comienzan a cambiar. Ahora nos ufamamos de tener un presidente civil.

Los militares son los menos capacitados para las funciones de gobierno. Ellos conocen el arte de la guerra, y lo que se necesita conocer para gobernar es lo contrario, es decir el arte de la paz. Los militares son por regla general autoritarios y fáciles al despotismo; ellos no tienen la culpa, porque su psicología es resultado de las enseñanzas que reciben; pero tampoco la tienen los pueblos.

En cada soldado suele haber un tirano en potencia. Algunos sólo conciben el orden social a la manera de Carlos Fourier: basado en "la coerción ejercida por una minoría de esclavos armados en contra de una mayoría de esclavos sin armas". Ojalá hayamos salido para siempre de la triste etapa del caudillismo militar.

Durante los últimos treinta años hemos tenido diez regímenes gubernamentales. El último comenzó en diciembre de 1946. Todos ellos han seguido en líneas generales el rumbo señalado por los principios revolucionarios; unos con la voluntad del jefe del Ejecutivo, otros, en contra de su voluntad; mas de no haberlo hecho así se hubieran suicidado políticamente. La obra realizada tiene enorme significación e indudables aspectos afirmativos, aun cuando, como toda obra humana, no está exenta de errores ni limpia de máculas.

Distribución de tierras por millones de hectáreas a los campesinos; enseñanza agrícola y crédito para el campo; construcción de sistemas de riego y de caminos para automóviles; fomento industrial y del crédito en sus varias ramas; leyes protectoras del trabajo y educación popular y técnica.

Capítulo aparte merece la expropiación de los bienes de las empresas petroleras. Ahora el petróleo no es del extranjero sino de los mexicanos.

Además, es obvio que ha contribuido a la transformación del país, el progreso científico y técnico alcanzado en el mundo durante las últimas décadas.

Por otra parte, precisa destacar el hecho de que los gobiernos revolucionarios han garantizado la libertad de pensamiento, sobre todo a partir del año de 1935. Haber hecho de México desde hace doce años un país en el cual no se castiga a los heterodoxos de la política oficial,

y un asilo para los perseguidos de todas las tiranías, es motivo de honda y legítima satisfacción para el mexicano.

Las fallas han sido: la improvisación y la superficialidad en vez del estudio técnico y profundo; la subordinación de la técnica a la política, en todos los sectores; la falta de educación política de la clase trabajadora, que ha luchado tan sólo por la conquista de metas inmediatas; el menosprecio por la educación universitaria y las altas manifestaciones de la cultura; y, por último, la falta de honradez administrativa. Cabe advertir que algunas de estas fallas no han sido ni son privativas de México. Lo son del momento histórico que sufre la sociedad contemporánea.

El hombre de nuestros días vive angustiado, vive en una crisis de hondura abismal. A todas horas y en todas partes le salpican el rostro las olas de cieno que crecen y multiplican la maldad y la desilusión. El hombre no sabe a donde dirigir sus pasos porque mira siempre hacia abajo, buscando las viejas veredas borradas por la metralla. Se empeña en ignorar que su salvación no está en el pasado, ni tampoco en el presente, sino en el futuro; su salvación está en mirar siempre hacia adelante y a lo alto para descubrir nuevos horizontes y el secreto de algunas constelaciones.

Y México no podía escapar a esa crisis. Nadie ha escapado y nadie escapará. Ya se dijo otra vez: crisis moral y crisis ideológica. Hace falta limpieza en la conducta y claridad en el pensamiento. El hombre nunca ha sabido lo que es, de dónde viene y a dónde va. Ahora, no obstante su ciencia, lo sabe menos que nunca; ni siquiera reduciendo el interrogatorio a la vida en su morada terrestre.

En los gobiernos revolucionarios pueden listarse nombres de funcionarios de ejemplar probidad. De muchos no puede decirse lo mismo: han sido los logreros de la Revolución. Hay algunos que después de haberse enriquecido en el gobierno, o en negocios con el gobierno por medios turbios y malas artes, son ahora hombres honrados y socialmente respetables y hasta filántropos. Es probable que hayan pensado y piensen que "los ricos tienen la obligación de ser honrados y los pobres no"; es posible que la gratitud pública los inmortalice por sus buenas obras y sus nombres se lean en las calles de las ciudades, al frente de alguna escuela o de algún hospital.

Los principios de la Constitución de 1917 han sido en algunos casos superados, de modo particular en la legislación obrera y tratándose de la reforma agraria. La explicación se encuentra, generalmente, en necesidades políticas del momento y a veces en exigencias económicas inaplazables.

Ahora bien, si quisiéramos representar gráficamente la trayectoria progresista de los gobiernos revolucionarios en el terreno económico y social, desde 1917, la línea resultaría quebrada y oscilante, pero con marcada tendencia al ascenso, llegando al punto más alto al finalizar el año de 1938. A partir de entonces, si continuásemos la curva, se advertiría con facilidad su declinación. Y es que no hay una fuerza social, sino fuerzas sociales que se oponen unas a otras. Los movimientos de avance, por más vigoroso que sea su impulso, no pueden marchar indefinidamente hacia adelante porque los detienen las fuerzas antagónicas. Esas fuerzas negativas, conservadoras o reaccionarias, nunca logran por largo tiempo en los casos en que lo logran, que los movimientos progresistas retrocedan al punto de partida, que es lo que desean y por lo que luchan; pero sí logran siempre, o casi siempre, y esto sí por largo tiempo, jalarlos hacia atrás hasta conseguir un ajuste relativo y transitorio entre los intereses en pugna.

Los hombres no son, por importantes que sean, sino producto o juguete de las leyes históricas.

Los cuatro primeros años de Cárdenas, de 1935 a 1938, señalan el momento culminante de la Revolución Mexicana. Hasta allí se pudo llegar; porque en los dos años restantes de su gobierno se hizo sentir la presión de las fuerzas contrarias, cada vez más agresivas y mejor organizadas. Él, Cárdenas, quizás sin darse cabal cuenta de ello, tuvo que ceder una pequeña faja del terreno ganado, y así ha sido en los gobiernos posteriores.

La antigua burguesía nacional sufrió un rudo golpe al triunfar la Revolución; pero lentamente se rehizo: ganó de prisa dinero y despacio influencia. En pocos años recobró lo perdido. No es eso todo. Una burguesía nueva se le unió para formar una sola clase social. Los nuevos elementos se fueron desgajando de las filas de la Revolución: funcionarios o exfuncionarios enriquecidos, traficantes de influencia gubernamental que lucraron con los contratos de obras públicas o la venta de mercancías deterioradas. Unos pocos hicieron su fortuna con métodos que acepta la moral de nuestro tiempo. Así, ya todos unidos por la comunidad de intereses, han constituido la fuerza neutralizadora de la Revolución. Además, en todo esto ha influido el rumbo de la política internacional de las grandes potencias, sobre todo de las más próximas.

La Revolución Mexicana aceleró el progreso de México. A mi parecer la obra realizada arroja un saldo favorable. La lucha armada duró siete años y ya llevan treinta los gobiernos revolucionarios, más o menos fieles a sus principios; pero hay que tener presente que se

trata de un hecho histórico y que todo hecho histórico es, necesariamente, transitorio. En consecuencia, puede pensarse que nos hallamos ya en una nueva etapa en la evolución del pueblo mexicano.

Una breve pausa

Recuerdo que un escritor cubano escribió que hay hombres que sólo tienen una ventana en el espíritu. Yo diría que no es ventana sino claraboya y que por ella contemplan sólo un fragmento del paisaje universal. Me parece que esa especie zoológica es la de los especialistas a la moda norteamericana, que es mutilación del hombre y del ciudadano, que es una creación monstruosa del mercado y de los mercaderes. El ideal humano estriba en lo opuesto. Hay que tener en el espíritu amplios ventanales abiertos a todos los vientos, a los cuatro puntos cardinales de afuera y de adentro. Lo que interesa es abarcar en su totalidad y comprender el mundo circundante y al que llevamos dentro de nosotros mismos.

Lo humano es el problema esencial. La suprema aspiración del hombre es la felicidad. Todos sus actos tienden a ese fin, desde los más maquinales y sencillos hasta los más complejos y trascendentes. Por eso procura siempre huir del dolor y aproximarse a lo que le produce satisfacción, gusto, deleite o goce. A veces su más grande dolor es no sentir ninguno y el placer repetido se le vuelve hastío; pero no obstante, y sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la meta individual y social es el logro de los mayores bienes materiales y culturales para el mayor número de seres humanos, aquí en nuestro pequeño y cenagoso planeta.

Y para descubrir los senderos que conducen a esa meta, sueño secular del hombre atribulado, es para lo cual ha menester de los amplios ventanales en el espíritu. La utopía que puede en el futuro dejar de serlo, consiste en construir una sociedad nueva con individuos distintos a los de ayer y de hoy, en cuanto a su personalidad interna. Don Quijote y Sancho forman la más hermosa y tal vez la más perfecta dualidad humana. Si se pudieran mezclar sus ingredientes psicológicos y crear con ellos un hombre nuevo, ese sería el superhombre; no el de Nietzsche, sino el de todos los subyugados por un anhelo de superación.

El hombre necesita en primer lugar satisfacer sus necesidades biológicas elementales; nutrirse y reproducirse. Después, necesita una morada, vestido, adornarse y llenar las demás necesidades materiales. También necesita entender los fenómenos de la naturaleza, crear obras de

arte o gozar en su percepción; y, sobre todo, conocerse a sí mismo, o en otros términos, saber su propia historia. Sólo el que llena plenamente sus necesidades animales, biológicas —estoy pensando en el ser humano común y corriente— puede ensanchar los horizontes de su espíritu y encontrar en sí mismo y en el exterior motivos frecuentes para ser feliz.

Todos los hombres por el hecho de haber nacido tienen derecho a disfrutar de esos bienes materiales y culturales. Trabajar para que todos alcancen esos bienes, eso es lo que es gobernar. Y que no nos digan que gobernar es poblar, que gobernar es construir caminos y otras simplezas por el estilo. Gobernar es afanarse sin descanso y con fervor por hacer felices a los habitantes del país gobernado. Ejemplos contrarios: Hitler no gobernó a Alemania; trabajó por destruirla. Los grandes estadistas que ahora hablan de guerra por los magnavoces de su publicidad, en el fondo en defensa de intereses financieros, están preparando, o quieren preparar, la desgracia de sus pueblos; se están preparando para desgobernar.

Algunos problemas

No es privativo de México la existencia de múltiples y complejos problemas económicos, sociales y políticos. Esto ha sido y será siempre en todas las zonas geográficas y en todos los tiempos; lo será mientras el hombre habite sobre la tierra. Y es que la vida es mudanza permanente, como ya lo hemos dicho repetidas veces, y por lo mismo permanente problema. Lo esencialmente utópico en Moro, Bacon y Campanella, los tres más célebres utopistas del Renacimiento, no está en la estructuración de los mundos que imaginaron sino en haberlos imaginado estáticos en cuanto a su organización, a su vida social orgánica.

En un país como los Estados Unidos los problemas económicos no son de producción sino de distribución. Jamás en tiempos de paz han utilizado toda su capacidad productora, siempre limitada por la demanda de los mercados. En un país como México las cosas son diferentes. Exportamos buen número de productos agrícolas, pero no producimos trigo y maíz en cantidad bastante para llenar las necesidades de la población. Nuestra agricultura apenas comienza a modernizarse con el uso de abonos y maquinaria. Se va por buen camino; mas la transformación completa, o casi completa, tardará cuando menos un cuarto de siglo. En materia de industrias de transformación, no obstante el progreso alcanzado en los últimos cinco años, nuestra si-

tuación está muy lejos de ser óptima. Apenas nos encontramos en la etapa inicial y por consiguiente somos, en buena parte, importadores de artículos acabados.

La industrialización del país debe continuarse valientemente. Es el único medio para incrementar la capitalización interna y elevar el nivel de vida de importantes grupos de trabajadores. Se dijo valientemente, porque no se ignora que hay algunos sectores de la plutocracia norteamericana que no miran con buenos ojos el progreso económico de la América Latina. Ellos quisieran condenarnos a una pobreza sin fronteras, a un coloniaje sin posible salida.

Claro está que no debe escatimarse esfuerzo alguno para que la industrialización se realice con predominio del capital nacional.

La minería es una de las industrias más importantes; pero es extranjera y no deja en México sino salarios, impuestos, fletes y el dinero para las compras de algunas materias primas. Las utilidades a veces se reinvierten en el negocio y otras se exportan para beneficiar a los *sleeping partners* que viven en Londres, Chicago o Nueva York. Amargo destino es entregar a extraños los bienes que nos donó la naturaleza, y tener todavía que vivirles agradecidos.

Pero si son serios y difíciles los problemas de la producción de riquezas, son aún más difíciles y serios los de su distribución. No obstante los esfuerzos constructivos de los gobiernos revolucionarios, de su preocupación indudable por mejorar las condiciones de vida de las masas, y de los pequeños éxitos alcanzados, hay centenares de miles de familias que viven en la ignorancia y en la miseria. La explicación es sencilla: no ha sido posible resolver en un cuarto de siglo, problemas acumulados durante cuatro siglos.

Sin embargo, es urgente tratar de resolver esos problemas para que cese el hambre de pan y de justicia, para constituir una verdadera nacionalidad. No necesitamos *leaders* sino apóstoles; que tengan alas en el pensamiento y el pecho encendido por el amor a su pueblo.

En materia de educación se ha recorrido un trecho del camino; empero, es más largo todavía lo que falta por recorrer. El número de analfabetos es apenas inferior al cincuenta por ciento y hasta hace poco la cultura superior en sus varias ramas, no había recibido la atención que merece y que exige el interés de la República.

Los problemas de salubridad son pavorosos. La mayoría de las poblaciones carecen de drenaje y agua potable, lo cual eleva a cifras impresionantes la mortalidad, sobre todo la infantil en los dos primeros años. Las zonas bajas del trópico encierran en potencia enormes riquezas. El problema estriba en que es indispensable sanear esas zonas

y eso cuesta cientos de millones de pesos. La obra que se realice en este capítulo tendrá que ser, inevitablemente, obra de muchos años.

No creo que fuera de la Unión Soviética exista algún otro país en el que se haya realizado una reforma agraria tan radical como en México. Se han distribuido más de treinta millones de hectáreas con beneficio para cerca de dos millones de familias campesinas. No obstante, hay a la fecha miles de campesinos sin tierras y el problema está lejos de haberse resuelto integralmente. Algunas personas son partidarias del sistema del ejido como sistema preponderante y otros de la pequeña propiedad. Ambos sistemas existen y a mi parecer pueden coexistir por algún tiempo; pero si se continúa dando tierras a nuevos ejidatarios no será posible que aumente la extensión total de las propiedades particulares; y si por el contrario se fomenta la pequeña propiedad, resultará en poco tiempo que ya no podrán hacerse nuevas distribuciones ejidales. A lo postre un sistema será en detrimento del otro; los dos no pueden crecer paralela e indefinidamente, por la simple razón de que la cantidad de tierra disponible no es ilimitada. El actual gobierno parece que se pronuncia por robustecer y generalizar la pequeña explotación agrícola privada, rodeándola de garantías legales y ayudando a su explotación por medio del crédito.

Por regla general al pueblo de México no le interesa la política; es más bien un tanto indiferente. Sólo de tarde en tarde da señales de actividad. A veces por la ausencia de los mejores ciudadanos en las luchas electorales, los peores son los que triunfan. Ésta es una falla que urge corregir.

Puede decirse que en la actualidad hay cuatro partidos políticos: el Partido Revolucionario Institucional, partido oficial; el Partido de Acción Nacional, de tendencias conservadoras; el de los sinarquistas, ultrarreaccionario y con muchos puntos de semejanza con la falange española, y el partido comunista, que cuenta con cerca de dos mil miembros en todo el país. Ninguno de esos partidos políticos está, como se dice con frecuencia, a la altura de las circunstancias; quizá les falte imaginación a sus dirigentes, puesto que no pocas veces tratan de resolver problemas nuevos con fórmulas útiles en el pretérito, ya bien gastadas por el tiempo. Ninguno ha llegado al corazón del pueblo, porque ninguno representa sus auténticas aspiraciones ni es capaz de interpretarlas.

Mucho se habla en México entre los liberales, socialistas o de tendencias socialistas, de la necesidad de organizar un partido político en consonancia con el momento histórico de la desintegración del átomo; un partido con ideas nuevas, con principios éticos, con capacidad para

recoger la herencia de lo mejor de la Revolución Mexicana y deseos inquebrantables de servir con desinterés a la nación.

Por desgracia hasta ahora nada práctico se ha hecho y no se descubre al hombre, o grupo de hombres, con aptitud y condiciones afirmativas bastantes para realizar tamaña empresa. En estos momentos y a tal propósito, el escenario político de México no es optimista ni mucho menos brillante; la niebla lo envuelve y está cargado de interrogaciones.

La política exterior de México ha sido correcta y patriótica. Siempre hemos estado con las mejores causas como en los casos de Abisinia, Austria y España, como en la última guerra. Esperamos que así sea en el futuro, y que nunca influencias extrañas nos aparten de la decencia internacional.

México tiene un solo problema internacional, permanente, serio y a veces grave. Este problema se deriva de la geografía. Somos vecinos de los Estados Unidos, el país más poderoso de la tierra en los tiempos que corren; y ese país es imperialista, fenómeno económico resultante de su formidable desarrollo industrial y financiero. El imperialismo no es hijo de la voluntad de un hombre o de algunos hombres, como la teoría de la buena vecindad; es cual un aljibe surtido constantemente por veneros de agua turbia, que al fin se derrama y encharca los lugares próximos y en ocasiones hasta los distantes. La teoría de la buena vecindad y el imperialismo no pueden unirse en estrecho maridaje; son incompatibles, son antinómicos; nada más que el imperialismo es una realidad y lo otro, en el mejor de los casos, un buen deseo.

La defensa de los países que no cuentan las máquinas de guerra por millares y por millones los soldados, está en el Derecho. Fuerte o débil defensa, tal vez muy débil, pero es la única. El Derecho hay que saber ejercerlo; hay que ejercerlo con sensatez, con inteligencia, con hombría, con clara y lejana visión. Frente al poderoso es útil hacerse respetar; y sólo podremos hacerlo por la fuerza de nuestras virtudes, siendo honestos, sinceros, responsables y en verdad patriotas.

El concepto de independencia está siendo sustituido por el de interdependencia, debido entre otras causas al progreso de la industria del transporte y del comercio internacional. No es posible pensar en la presente hora en economías nacionales completamente autónomas; y si esto no es posible, tampoco lo es en el orden político. Consecuencia inevitable es lo uno de lo otro. De aquí se derivan graves problemas cuyas soluciones no es fácil imaginar. Claro está que no hay que confundir la interdependencia con la dependencia. Esta significa subor-

dinación y es intolerable; aquélla puede cimentarse en principios de equidad, de justicia y ser una fórmula nueva de convivencia entre los pueblos.

Hay nubarrones que cubren el horizonte. No obstante, se siente dentro del pecho y de la cabeza, en las carnes, en los huesos y en la sangre, que hay una luz nueva que se acerca con lentitud, con desesperante lentitud, pero que se acerca.

Palabras finales

Estas meditaciones son hijas de mi amor a México y de mi sinceridad biológica. Es cierto que se me ha escapado la censura y en algunos momentos, tal vez involuntariamente, asomó la pasión; pero siempre he querido decir la verdad, porque sé que sólo con la verdad se sirve de verdad al hombre, que sólo con la verdad el hombre sirve de verdad a los pueblos.

El patriotismo no es ditirambo sino crítica constructiva. Se descubren los errores para que no se repitan, se señalan los vicios para corregirlos y las llagas para curarlas. El patriotismo es en esencia amor admirativo y anhelo apasionado de superación. Se quiere que la Patria sea cada vez mejor y por eso se hace crítica; se hace crítica para servirla y porque se le ama.

Y no hay que adular a los gobernantes. "El incienso —dice Luis Cabrera— huele bien, pero acaba por tiznar al ídolo". La adulación —agregamos nosotros— es arma de lacayos.

La historia de México es paradoja, como es paradójico el pueblo mexicano. Es verdad, tiene grandes defectos, pero virtudes más grandes todavía. Por eso, los que conocemos bien a ese pueblo sabemos de la profundidad humana de su acción colectiva y tenemos fe en la fulguración de su destino.*

* José Luis Martínez, *El ensayo mexicano moderno*. Selección, introducción y notas de... Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas. México, 1958, pp. 329-363.

AL INGRESAR A LA ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA EL 17 DE
OCTUBRE DE 1956

Es grato deber en esta acasión, para mí solemne, recordar al noble educador cuyo sitio ocupo por vuestra benevolencia, don Erasmo Castellanos Quinto, como de todos es bien sabido, consagró su larga y laboriosa vida a la enseñanza de las bellas letras, con pasión fervorosa y constancia ejemplar. Varias generaciones de estudiantes le oyeron recitar de memoria con voz emocionada, páginas enteras de Homero, de Virgilio, de Dante, de Cervantes y de otros grandes clásicos de la literatura castellana.

Después de cumplidos los noventa años, todavía se negó a que la Universidad lo designara profesor emérito, distinción bien ganada y justa recompensa a sus afanes; y no obstante su avanzada edad, prefirió continuar ejerciendo su misión magisterial hasta muy poco antes del viaje sin posible regreso.

Castellanos Quinto fue un hombre bondadoso y modesto, tal vez demasiado modesto y bondadoso. Sus restos mortales ha tiempo que reposan en el amor eterno de la tierra; mas el recuerdo de sus lecciones elocuentes y sabias permanece vivo en la mente de sus numerosos discípulos. Honremos esta noche al viejo maestro cargado de virtudes, que supo dar su vida con desinterés y generosidad sin límites a la juventud de nuestra patria.

Sería ofender a mi ilustre auditorio si diera principio a mi discurso recordando la vida dolorosa de Miguel de Cervantes Saavedra, la vida de ese desposeído genial —como dice Mariano Picón Salas— que tenía la gran luz de su alma, y se libró del resentimiento sonriendo y comprendiendo; trocando en ternura lo que había recibido en rencor.

La vida del valeroso soldado de Lepanto es uno de los muchos ejemplos que demuestran cuán difícil es que los hombres superiores sean comprendidos y aquilatados por su propia generación. Por su-

puesto que “no es la posteridad —como afirma Marcel Proust— la que descubre, encumbra o sanciona la virtud de una obra; es la obra misma, según sea de fecunda, la que engendra su propia prosperidad”. Y el éxito del libro más celebrado de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, no tiene paralelo en nuestra lengua. En la obra maestra de Cervantes se encuentran unidos el trascendentalismo de Esquilo, el realismo de Eurípides y el humorismo de Aristófanes, tres formas de comprender y sentir la vida, según opinión de Gutiérrez Noriega. Cabe agregar que esta triple actitud en dosis diferentes, se descubre en todo ser humano si se ahonda en el misterio de su personalidad.

En el libro del genio español, se pone frente a nuestros ojos la radiografía de un mundo en lucha, palpitante de vida con la muchedumbre de sus personajes, entre quienes se destacan los dos héroes de la novela. Don Quijote es el loco a menudo cuerdo, y Sancho es el cuerdo a menudo loco. Ese mundo en lucha representa la Edad Media que se esfuma en España, y el comienzo de la Época Moderna. Después de la derrota de la Armada Invencible, se advierte la decadencia de España, de la que aún no se repone y no sabemos si algún día se repondrá. Cervantes llega a la vejez en momento de crisis de su patria, cuando los antiguos valores se van desdibujando ante el poder de la riqueza. Se avecina el triunfo del ideal capitalista. “El hombre moderno —escribe el ya citado Picón-Salas— no quiere dejar nada al azar y anhela reducir a signos numéricos hasta sus propias emociones. Mientras el caballero nunca alcanzaba su meta final que era el cielo, la sociedad burguesa se contenta con su creciente poderío terrestre”. En esa España, ya distante de Lepanto y de los sueños grandiosos de dominio europeo, pobre y desilusionado, escribe Cervantes su Don Quijote de la Mancha.

La figura de Don Quijote es profundamente humana, precisamente por su dualismo, por su contradictoria personalidad; es, a mi parecer, la figura más vigorosa de la literatura universal; y, cabe agregar, la más conocida y popular de todas, por lo menos en las naciones en que predomina la cultura de Occidente.

Francisco Ayala, en su ensayo sobre la obra de Cervantes, dice lo siguiente:

Este vivir del personaje literario con independencia del texto donde fuera plasmado, dista mucho de ser cosa excepcional. No sólo Don Quijote y Sancho, sino todas las grandes figuras producidas por la poesía —y, junto a ellas, otras ficciones efímeras, fruto de artes me-

nores— gozan de semejante sustantividad, habiendo ingresado en el campo de las representaciones comunes a partir de los textos de origen.

Conforme con Ayala, pero con la salvedad de que sólo los personajes creados por el genio logran traspasar los siglos y alcanzar mayor realidad que sus propios creadores: Aquiles y Odiseo; Otelio y Hamlet; y sobre todo Don Quijote y Sancho.

A mi juicio, únicamente la obra de Shakespeare ha sido tan comentada como la de Cervantes. Los comentaristas se cuentan por millares en Europa y América. La novela del estupendo caballero andante y de su no siempre fiel escudero, ha sido analizada por la crítica desde todos los puntos de vista que es posible imaginar; y es que la riqueza de sus temas y la frondosidad de sus ideas invitan al crítico a la exploración literaria, social o filosófica, según las preferencias y la particular preparación.

Yo, modesto caminante desde largos años por los campos movendizados y un tanto peligrosos de las ciencias sociales, voy a examinar, dentro del marco de mi especialidad, algunas de las ideas que en nueva y reciente lectura llamaron más mi atención.

Para mí lo más atrayente en el libro de Cervantes es la inconformidad con el mundo que circunda a los dos principales personajes y que se manifiesta aquí y allá en el curso del relato. La crítica social se advierte a cada paso en las palabras iluminadas del Caballero. “Crítica sutil e implacable —como dice Bosch Gimpera— en el envoltorio de una novela sin finalidad trascendental aparente”. Y Manuel Azaña escribe en relación con el mismo tema: “El frenesí antisocial de Don Quijote viene a ser la descarga de la tensión insufrible de un alma dolorida, tierna, amante; su grandeza, su extravío, su vida descomunal, revelan la fuga de un ensueño gigantesco desde la prisión de lo mediocre”. Don Quijote expresa en no pocos de sus discursos la inconformidad y la protesta de Miguel de Cervantes. Él y sus héroes están eternamente unidos y no pueden separarse como lo intentó, en su hermoso y desconcertante libro, Miguel de Unamuno. La realidad histórica de Don Quijote corre pareja con la de su creador.

Santo Tomás Moro se vale en la *Utopía*, de su viajero imaginario, Rafael Hithlodeo, para criticar la organización social de su tiempo; Erasmo de Rotterdam, con el mismo propósito, escribió su pequeña gran obra titulada *El elogio de la locura*, sátira genial del ilustre humanista. Miguel de Cervantes, el mayor humorista de Occidente, utiliza parecido procedimiento en Don Quijote de la Mancha, es decir, la ficción, la

ironía y lo extraordinario. No es Cervantes, sino su personaje loco, el que dice y hace cosas desorbitadas y absurdas. Sólo así pudo escapar a la severa censura eclesiástica, siempre alerta y celosa para conservar las buenas costumbres y los dogmas de la religión.

Después de lo dicho, es menester entrar de lleno en materia, ocupándome de algunas de las ideas sociales en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Cervantes, que supo lo que es el dolor del prisionero, nos dice por boca del cautivo, que no hay en la tierra, conforme a su parecer, contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida. Y cuando Don Quijote logra escapar de la casa de los duques, le dice a su escudero estas palabras dignas y varoniles: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”.

Muy cerca de trescientos cincuenta años han transcurrido desde que Cervantes escribió tan hermosas palabras; muy cerca de tres siglos y medio de lucha sin tregua de los pueblos por conquistar la libertad individual y colectiva; y, después de tanta sangre vertida y sacrificio tanto, la libertad se niega, sufre mengua o es asesinada, lo mismo en los territorios del Oriente que del Occidente. La libertad, suprema aspiración de los pueblos oprimidos, es la meta que debe alcanzarse en el próximo futuro, aun cuando sea necesario hacer los más grandes sacrificios; porque la libertad es la base del honor del ciudadano, y al privarlo de libertad se le quita la honra.

Hay algo más en el libro magistral sobre el mismo problema. En el discurso de Don Quijote a los guardas de los galeotes les dice:

No faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardas, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello.

Las frases anteriores demuestran una actitud de rebeldía contra el orden social establecido, y a mi entender, reflejan el pensamiento íntimo de Cervantes sobre la justicia en la tierra. En conexión con este asunto

quiero citar a Jorge Mañach, quien en un brillante ensayo titulado *Filosofía del quijotismo*, dice lo que a continuación me permito insertar:

De ahí le vienen sus deberes a la caballería. No aspira ésta a administrar justicia según el derecho positivo, expresión de los intereses sociales en un momento dado, sino a implantar un derecho natural de equidad, que el Renacimiento había afirmado, sin duda, pero al que nuestro caballero añade un coeficiente de idealismo ético cristiano, esencialmente fundado en la caridad.

Recordemos de paso que para Unamuno, Don Quijote fue discípulo de Cristo, un cristiano esencial.

Pero Cervantes, que en ocasiones se pone solemne, no olvida su fino humorismo o la sátira más o menos cruel. En el discurso que Don Quijote endereza a los guardas de los galeotes y a los galeotes mismos, al advertir entre los prisioneros a un anciano de cabellos blancos y rostro venerable, y saber que el castigo es por hechicero y alcahuete, les dice:

A no haberle añadido esas puntas y collar por solamente el de alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas. Porque no es así como quiera el oficio de alcahuete; que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como lo hay en los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja, y desta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más o menos, pajecillos y truhanes, de pocos años y de poca experiencia, que a la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones porque convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré a quien lo pueda proveer y remediar.

Seguramente Cervantes tenía razón al dar tamaña importancia al oficio del "correvidile", puesto que debió haber sido grave y útil menester en la España de la Edad Media en adelante. Díganlo si no Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas y no pocos escri-

tores del siglo de oro español. Pero en nuestros días el tal oficio ha venido a menos, entre otras razones y sucesos, porque a ellos y a ellas les sobra el ánimo para arreglar sus asuntos amorosos sin la intervención de terceros.

En una noche memorable, pródiga en desenlaces novelescos, Don Quijote, durante la cena en la Venta y ante escogido auditorio, diserta con rara elocuencia sobre las armas y las letras. Páginas de antología de la prosa universal, por la belleza del estilo y la hondura del pensamiento. En una parte de dicha disertación dijo el caballero:

Hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, y entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin, por cierto, generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquella que las armas atiende, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los cielos: “Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fue decirles que cuando entrasen en alguna casa dijese: “Paz sea en esta casa”; y otras muchas veces dijo: “Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros”, bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya, que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno.

Nuestro caballero, como ya lo hizo notar Florentino Torner, jamás entró a una iglesia en el curso de sus descomunales aventuras. Parece que no le importaban las ceremonias religiosas con que se contentan muchos modernos fariseos; nuestro caballero es un cristiano auténtico que ama la justicia, la libertad, la paz y la práctica de la virtud. Por defender estos bienes supremos perdió la cordura y se coló en la inmortalidad.

Pero volvamos al tema de la paz, a la palabra paz que tan a menudo se encuentra en los evangelistas, en San Pablo y en los escritos de los primeros padres de la iglesia; volvamos a la palabra paz, palabra peligrosa, palabra maldita, como dice Benjamín Carrión; maldita en nuestro tiempo de profunda crisis humana en que el hombre ha perdido su centro de gravedad y se encuentra sin rumbo, dominado por la discordia. El mayor peligro en esta hora dramática, no está a mi juicio

en las armas atómicas con que se amenazan los grandes estadistas y sus corifeos; no, el mayor peligro está en el menosprecio de los más altos valores, en la tergiversación de los más hermosos vocablos, en la hipocresía, la mentira, la codicia desenfrenada y la maldad de quienes gobiernan las grandes potencias.

Pero precisa defender la paz todos los días y todas las horas, con el cerebro y con el corazón. No importa que por ser pacifistas nos saticen y calumnien los perversos.

En otro lugar del discurso sobre las armas y las letras, Don Quijote pronuncia estas palabras de protesta contra la invención de máquinas de guerra:

Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina), y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos.

Si viviese Cervantes qué pensaría del progreso asombroso de la técnica guerrera en los últimos lustros, y qué hubiera dicho de lo de Hiroshima y Nagasaki? Claro está que esta interrogación no necesita respuesta.

Uno de los pasajes más celebrados es, seguramente, el discurso de Don Quijote a los cabreros, en el cual les habla de los felices tiempos del comunismo primitivo. De ese discurso admirable voy a tomar lo que conviene a mi propósito para no cansar demasiado vuestra benévola atención.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de 'tuyo' y 'mío'. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes. . . todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. . . No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios

términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez. . .

De suerte que Cervantes —no parece caprichoso pensarlo— descontento del momento histórico en que tan mal le tocó vivir, miraba nostálgicamente la etapa del comunismo primitivo en que no existía la propiedad privada de las cosas. De la leyenda de la edad de oro se habla desde la antigüedad. Ya Salustio recuerda con melancolía los tiempos bienaventurados en que los hombres ignoraban la codicia, y todos se contentaban con lo que poseían. Virgilio, en una de sus *Geórgicas* dice: “Antes de Júpiter, ningún labrador había dominado los campos. No estaba permitido marcar sus límites ni reglamentar su reparto. Todo era común, y sin que se solicitara, la tierra prodigaba libremente sus bienes”. Y no fueron los dos autores citados los únicos que antes de la composición de *Don Quijote de la Mancha* añoraran en sus escritos aquellos siglos venturosos. El Caballero Andante, en el mismo discurso a los cabreros, se pronuncia en contra de males que se padecían entonces, y que todavía padece, de seguro agravados, la sociedad contemporánea. El fraude y el engaño mezclados con la verdad; la justicia subordinada al interés económico y a la influencia de los poderosos. Cervantes veía cómo iba construyéndose el mundo del mercader.

La política mercantilista, tanto desde el punto de vista teórico como en la práctica, se desenvuelve y florece en el curso del siglo xvii en las naciones europeas más adelantadas: Francia, Inglaterra y Holanda. España no puede, no obstante su lento caminar en la historia, sustraerse del todo a los nuevos rumbos de la evolución económica y social. La apetencia de riqueza va siendo cada vez más, norma y estímulo poderoso de la conducta humana. Comienza el antagonismo irreductible, la antinomia entre el capitalismo, y lo que es sustantivo en la doctrina de Cristo. De un lado los Evangelios, las Epístolas de San Pablo, la Epístola del Apóstol Santiago y la Patrística; del otro, Tomás Mun en Inglaterra, Antonio Serra en Italia; Monthcretien en Francia, y Seckendorff en Alemania, quienes fincan sus más caras aspiraciones en la acumulación de metales preciosos y en el enriquecimiento de las monarquías y de los súbditos.

En *La Ciudad de Dios*, de San Agustín, no sólo se condena el paganismo sino también la organización precapitalista romana, en la cual el lucro desempeñaba ya papel preponderante. Lo mismo puede observarse en las epístolas y homilias de otros padres de la Iglesia. Lu-

chan sin descanso contra la avaricia, contra la acumulación de bienes materiales y defienden con palabras elocuentes la eternidad de los bienes del espíritu. En la baja Edad Media hay una economía sin mercados, como dice Pirenne; el lucro no existe y se asegura que el soldado y el mercader no entrarán al reino de los cielos.

Cervantes, quiero insistir en ello, vivió muy lejos de aquellos siglos. El poder del dinero se pondera en distintos pasajes de su libro. Uno de los galeotes a quien Don Quijote ofrece veinte ducados, le responde:

Eso me parece como quien tiene dineros en mitad del Golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece; hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover, de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo. . .

Por otra parte, el estudiante que informa al Caballero de la Triste Figura, o de los Leones, acerca de la próxima boda de Camacho el rico y de Quiteria, después de sostener que el linaje de ella aventaja al de él, concluye que ya no se mira en eso: "Que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras". Y el ladino y entremetido Sancho, al terciar en la conversación, opina que sobre un buen cimiento se puede construir un buen edificio, y que el mejor cimiento del mundo es el dinero. Todavía sería posible multiplicar los ejemplos.

La asombrosa dualidad del héroe de Cervantes, cordura y locura, es, según particulares circunstancias, con diferencia de grado y matices, mucho más frecuente y real de lo que pudo pensarse en siglos pasados. Por esto, la psiquiatría moderna reconoce en Cervantes a un genial precursor, no solamente por la complejidad psicológica de nuestro Caballero, sino también por otros personajes que cinceló con mano maestra en otras de sus creaciones literarias. Uno de los más interesantes ejemplos de dualismo es el de Carlos Fourier, cumplido oficinista y a la vez autor de teorías sorprendentes y organizador imaginario de ciudades utópicas.

Al Caballero del Verde Gabán le causan admiración y contento las buenas maneras y la discreta y amena conversación de Don Quijote. Juntos van sin mucha prisa por uno de los caminos polvorientos de la España del siglo XVI. En el curso de la plática se toca el tema de la educación de los jóvenes. Don Quijote dice a su acompañante:

Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas, que nos dan vida: a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para 'pane lucrando', siendo tan venturoso el estudiante, que le dio el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado.

Breve, acertada y sencilla lección pedagógica que debieran conocer no pocos padres ayunos de tan elementales conocimientos; aún ahora en que el hombre ha realizado la mayor de sus hazañas, al desintegrar el núcleo y descubrir el secreto de la materia.

Siempre que viene a cuento, Cervantes se muestra defensor apasionado de la verdad histórica. En una parte de su libro escribe:

Cosa mal hecha y peor pensada; habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no los hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

Y cuando el endemoniado bachiller Sansón Carrasco cuenta a Don Quijote y a Sancho, que por ahí ya corre impresa la historia de sus hazañas, lo cual halaga pero a la vez preocupa a nuestro Caballero, éste afirma enfáticamente: "La historia es como cosa sagrada: porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios, en cuanto a verdad". Y en otro lugar del mismo pasaje: "Los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa". Mas cuando sabe que en la historia de sus famosos hechos no se omite el relato de la palizas por él sufridas, entonces se torna menos exigente y piensa que los historiadores "debieran callar por equidad, pues las acciones que no mudan ni alteran la verdad de la historia ni hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia". Y haciendo una vez más gala de su conocimiento de las letras clásicas, agrega: "A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como lo describe

Homero³³. Él, Don Quijote, codicioso de gloria, sin darse cabal cuenta, se compara con los héroes de la Odisea y de la Eneida; él quiere ser como ellos; famoso a través de las generaciones y por largos siglos.

Las opiniones de Cervantes y de su personaje sobre la historia son atinadas. A este propósito tiene interés anotar cierta analogía entre unas palabras de Cervantes y otras de Leopoldo Ranke, uno de los fundadores de la moderna ciencia histórica. Cervantes dice: "Es la historia émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir". Ranke escribe: "Que a la historia se ha asignado la tarea de juzgar al pasado y de instruir al presente en beneficio de las edades futuras".

Ahora bien, en cuanto a la pasión de Don Quijote por la verdad en la historia, no parece inoportuno citar a nuestro contemporáneo Edmundo O'Gorman, cuando en su libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* expresa lo siguiente: "La ciencia histórica (conocimiento teórico de la historia) sólo será auténtico conocimiento de su objeto, en la medida en que no oculte, antes descubra (operación de la verdad) la estructura de la existencia humana en cuanto que es ella lo primariamente histórico de la historia".

La conclusión que se impone, estriba en afirmar que quienes escriben obras de historia y tergiversan los hechos por ignorancia o mala fe, no son historiógrafos sino impostores que merecen y deben ser repudiados por quienes defienden y aman la verdad.

La mala suerte de Miguel de Cervantes le persiguió toda la vida, no obstante sus grandes méritos intelectuales, su genio creador de obras imperecederas y sus auténticas y claras virtudes. Cervantes fracasaba en el teatro mientras triunfaba el talento y la fecundidad extraordinaria de Lope de Vega. Todo esto que es bien sabido, lo digo porque viene a cuento y en plan de recordación.

Cervantes se venga de sus afortunados competidores al escribir lo que se incluye en seguida:

Pero lo que más me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: 'Si éstas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y, con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan dicen que así ha de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen

la fábula como el arte pide no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinión con los pocos, deste modo vendrá a ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré a ser el sastre del castillo'.

¿Quién puede negar que la crítica de Cervantes es aplicable a la época en que vivimos? Y no sólo al teatro sino también al cinematógrafo, a la radio y a la televisión. Todos estos aparatos hubieran sido instrumentos admirables de difusión cultural y medio eficaz para sembrar ideas generosas en el corazón de los pueblos, si no hubieran caído en manos de negociantes de toda laya, que no tienen otro deseo que acumular bienes de fortuna. Por supuesto que hay honrosas excepciones que desgraciadamente confirman la regla. A nuestro autor le indignan de tal manera las malas comedias, que sugiere la censura previa como remedio, y lo hace en estos términos: "Y todos estos inconvenientes cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la Corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes de que se representasen". En completo desacuerdo con la mentada sugestión, porque toda censura es siempre en menoscabo de la libre expresión del pensamiento, porque mengua la capacidad creadora del artista y la búsqueda de la verdad por el hombre de ciencia o por el filósofo; y también porque es instrumento de dictadores y tiranos que ahogan la protesta de los pueblos que tienen hambre de pan, sed de justicia y ansias de libertad.

Francisco Ayala, arriba citado, escribe:

Si para nosotros Don Quijote y Sancho son entes familiares, las figuras accesorias que los acompañan y se relacionan con ellos, y el escenario donde se mueven, están muy lejos de nuestra propia existencia. Se trata de un mundo histórico casi esfumado, al que sólo la lectura nos presta acceso; de unas figuras pertenecientes a complejos sociales casi por completo disueltos, y cuyos problemas prácticos no son los que ahora nos angustian o preocupan, aunque más de una vez nos salten a la vista analogías.

Yo agregaré que las analogías saltan a nuestra vista con suma frecuencia, porque si bien es cierto que el progreso asombroso de la ciencia y el adelanto de la técnica han transformado la organización social en numerosos y dilatados territorios, cierto es también que la personalidad

íntima del hombre no parece haber sufrido cambios paralelos a los realizados en el mundo de lo material. Por eso, cuando leemos los viejos libros escritos hace siglos y aun milenios, descubrimos con melancolía cuán poco se ha modificado el alma humana en su recóndita sustantividad. Las mismas pasiones, las mismas angustias y los mismos sueños de superación. Por eso los discursos de Don Quijote y los consejos que solía dar a su escudero tienen para nosotros una sorprendente y dramática actualidad.

En uno de los diálogos entre Don Quijote y Sancho, aquél le dice a éste: “Y esto me has de decir sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente o otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían...” Palabras que debieran tener presente los hombres que ejercen altas funciones públicas, para defenderse del vino que destila la adulación de los lacayos.

Don Quijote y Sancho pasan varios días en la casona de los duques, sufriendo las bromas estúpidas de estos aristócratas holgazanes, quienes en ocasiones hacen pensar que se contagiaron muy luego de la locura del Caballero Andante. Éste, en charla con la duquesa sobre el gobierno de Sancho en la Insula prometida le dice: “Y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes...”

Hoy podemos repetir que hay cientos de gobernantes iletrados, lo mismo aquí que allá y acullá; por eso no gobiernan, sino desgobiernan en perjuicio de los gobernados a los que en ocasiones oprimen y acobardan.

En la carta que Sancho envía a su mujer desde los dominios de los tales duques, le escribe: “De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dinero, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo”. Pero las malas intenciones del escudero codicioso, su fiebre de lucro y sus pensamientos turbios, desaparecen ante las palabras nobles y transparentes que fluyen del corazón de su amo. La figura de Don Quijote se ilumina y agiganta cuando aconseja a Sancho antes de su partida al gobierno de la Insula Barataria. La cordura del caballero loco resplandece con luz de inspiración. Sus consejos debieran hoy seguirlos los que imparten justicia y los que gobiernan ciudades y naciones. Y aquí es oportuno, indispensable, incluir algunos párrafos de esta

parte culminante de la novela. De uno de los libros más fascinantes y que más honran al pensamiento humano.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

Al culpado, que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstrate piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Y en la carta que dirige Don Quijote a Sancho cuando ya es gobernador de la Insula:

Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos... y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y, sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guarden lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha es, como antes dije, de tal manera abundante en sucesos y caudaloso en ideas, que puede ser enfocado desde los más diversos ángulos. Después de tantos

años el libro permanece pleno de juventud, como los cedros del Líbano, gigantes y copudos, que desafían victoriosos la acción desintegradora y tenaz de los siglos. Ya Ortega y Gasset decía:

No pocas de las satisfacciones que halla en su lectura el lector contemporáneo proceden de lo que hay en el “Quijote”, común con un género de obras literarias, predilecto de nuestro tiempo. Al resbalar la mirada por las viejas páginas, encuentra un tono de modernidad que aproxima certeramente el libro venerable a nuestros corazones: lo sentimos tan cerca, por lo menos, de nuestro más profunda sensibilidad, como pueden estarlo Balzac, Dickens, Flaubert, Dostoievski. .

Y en estos momentos históricos de perfiles dantescos —añadimos nosotros— cuando el hombre atribulado se refugia en la lectura de los grandes libros, lámparas encendidas en medio de la noche, se conforta el espíritu, y de la esperanza muerta nace la nueva esperanza en el destino superior del hombre.*

* Imprenta Universitaria, México, 1957, pp. 9 a 58.

LAS UTOPIAS DEL RENACIMIENTO*

LA UTOPIA DE TOMÁS MORO Y LA ISLA DE CUBA

I

Las utopías de los siglos xvi y xvii fueron una reacción y protesta contra la incipiente sociedad capitalista basada en la propiedad privada, en el lucro y en el goce de bienes materiales por encima de los goces del espíritu. Por espíritu entiendo la esencia esencial de la personalidad íntima del ser.

Según don Francisco de Quevedo y Villegas, en el prólogo de la primera versión española de *Utopía* de Tomás Moro, publicada en el año de 1637, utopía, de conformidad con razones etimológicas, significa "no hay tal lugar". Utópico es igual a ilusorio, a imaginario, a quimérico. Lo contrario de lo ilusorio es lo real, de lo imaginario lo verdadero, de lo quimérico lo positivo.

Tomás Moro (Mare en inglés) castellanizado así, nació en 1478 y dejó de existir en 1535. Abogado, historiador, humanista, sobre todo humanista, como Colet el educador y Erasmo de Rotterdam, el rebelde indeciso, fue un hombre, según sus biógrafos, que acumuló el mayor número de virtudes posibles en un ser humano. Si hubiera ido más allá... entonces hubiera sido un monstruo o un semidios.

Enrique VIII lo nombró canciller del reino en 1529, gozando así de una posición elevadísima. Pero el rey glotón y perverso quiso divorciarse de Catalina de Aragón para casarse con Ana Bolena, de quien estaba prendado. Pidió permiso para divorciarse de la primera al papa y éste se lo negó. Enrique VIII separó a Inglaterra de la Iglesia ca-

* De tres conferencias dictadas en El Colegio Nacional en el mes de octubre de 1969.

tólica y fundó el anglicanismo. Le pidió a Moro que abjurara de su catolicismo, Moro se negó, cayó en desgracia y fue encerrado en la Torre de Londres. El rey insistió. Moro se mantuvo firme. Entonces lo sentenció a que fuese decapitado y a que su cadáver fuera arrastrado por un potro bruto por las calles empedradas de Londres. Momentos antes de cumplirse la sentencia, llegó un enviado del rey a decirle a Moro que el rey le hacía la gracia de que solamente se le cortaría la cabeza, pero que su cuerpo no sería arrastrado como se afirmaba en la sentencia; y Moro, con sentido del humor muy británico, le dijo al enviado: "Dios guarde a mis amigos de la gracia de su majestad". Pasaron los años y los siglos y en 1935 Tomás Moro fue canonizado por la Iglesia católica, fue elevado a los altares; su día es el 6 de julio. Incuestionablemente fue un mártir por defender su fe.

La *Utopía* de Tomás Moro es una obra que todavía puede leerse con provecho, beneplácito y obliga a la reflexión.

A fines del siglo xv y comienzos del xvi, todos los terratenientes ingleses cercaron sus heredades para dedicarlas a la cría de ganado lanar, porque la lana había adquirido altos precios en Holanda; y así arrojaron de la tierra a centenares y miles de familias aldeanas, quienes tuvieron que vagar por la isla con sus mujeres y sus hijos buscando trabajo, pidiendo limosna en la más completa miseria; y esto hirió la conciencia y maceró el corazón de Moro, y entonces dio al mundo la obra que vamos brevemente a comentar. Se divide en dos partes. La primera es una crítica social al incipiente sistema capitalista, la segunda es el diseño de una sociedad ideal, según el parecer de Santo Tomás Moro.

Toda la escena se realiza en un café de Amberes. Los personajes principales son tres: Rafael Hitlodeo, Pedro Egidio y el propio Tomás Moro. De vez en vez aparece en la escena un criado. Rafael Hitlodeo, viajero imaginario, cuenta que había participado en los tres últimos viajes de Américo Vespucio y que con algunos compañeros se había quedado en una isla desconocida de los europeos. Y empieza a hablar de la organización de Europa, principalmente de la Inglaterra de aquellos años. Hagamos notar de paso que la *Utopía* se publicó en Amberes* en 1516 escrita en lengua latina. La crítica de Hitlodeo, que regresa a esa ciudad después de buen número de años de ausencia, es acerba, es una crítica en que hace resaltar las fallas de la sociedad capitalista. Voy a dar a ustedes unas cuantas muestras de esa crítica.

* En la *Enciclopedia Británica* se dice que fue impresa en Lovaina.

1a. muestra. Una multitud de nobles, ociosos como zánganos, viven del trabajo de los demás, a quienes esquilman como colonos de sus fincas y desuellan hasta la carne viva para aumentar sus rentas.

2a. muestra. Donde quiera que exista la propiedad privada y se mida todo por el dinero, es muy difícil que el Estado obre justa y atinadamente, a no ser que se piense que es justo que lo mejor vaya a dar a manos de los peores, mientras los mejores carezcan de lo más necesario a la vida.

3a. muestra. Los ricos se quedan con una parte del salario de los pobres. Quizá Santo Tomás Moro al decir esto, recordó el capítulo de la Epístola católica del apóstol Santiago en que se lee:

¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia.

Y a uno se le ocurre esta reflexión: ¿qué sucedería si alguien mañana frente a Palacio Nacional primero y después caminando por las avenidas, modernizando el lenguaje, dijera lo que escribió el apóstol Santiago? ¿Qué le pasaría a ese audaz? Yo dejo abiertas las interrogaciones.

4a. muestra. Los reyes son para servir al pueblo y no para servirse del pueblo. Cambiemos reyes por gobernantes: los gobernantes son para servir al pueblo y no para servirse del pueblo, y

5a. y última muestra. Un pueblo pobre no es garantía de paz. Por eso no hay paz en numerosos territorios del globo terráqueo.

Y aquí vienen a mi memoria las palabras de Adam Smith, cuando escribió: "Ninguna sociedad puede florecer ni ser feliz cuando la mayoría de sus miembros son pobres o miserables".

Las críticas de Moro por boca de Hitlodeo tienen plena vigencia

en nuestros días y sobre todo en los países centrales o altamente desarrollados.

Y ahora vamos a pasar a la segunda parte, a la descripción de la isla donde el almirante Rafael pasó varios años. La isla mide 200 millas en la parte más ancha y 500 en la parte más larga. Es una isla perdida en la inmensidad del océano. Tiene la forma de una luna en creciente. Hay 54 ciudades, la capital se llama Amauroto.

Todas las ciudades tienen casas de tres pisos y una huerta para cultivo familiar. Cada treinta familias designan a un filarca, diez filarcas nombran al jefe del Estado que se llama Ademo, es decir hay una elección democrática, aun cuando indirecta. Existe también un senado que lo forman tres representantes por cada una de las ciudades, el poder se ejerce con moderación, la producción se realiza en común, la distribución de igual manera. Es una sociedad comunista, de un comunismo integral.

En Utopía todo pertenece a todos, y sus habitantes son tan felices como se puede serlo sobre la tierra. Aquí se impone citar un fragmento del discurso de don Quijote a los cabreros:

Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra Edad de Hierro, tanto se estima) se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia... No había fraude, el engaño ni la violencia mezclándose con la verdad y la llaneza.

Todos los habitantes —el dato tiene interés— en cuanto llegan a la edad apropiada, deben trabajar dos años en el campo, en la agricultura. Se cultiva la vid, el lino, el trigo y otros productos. En Utopía todos trabajan, y por esta razón, porque todos trabajan, solamente se trabaja seis horas diarias. Incuestionablemente los que leyeron de que la jornada en Utopía era de seis horas tan sólo, en los comienzos del siglo XIX, en que Inglaterra, Holanda y Francia se hallaban en pleno proceso de desenvolvimiento industrial, en que se trabajaba en las fábricas doce, catorce y aun dieciséis horas diarias, sin excluir los domingos, incuestionablemente que debió pensarse que la jornada de seis horas era una utopía. Hay que leer las primeras páginas o una de las primeras páginas de *El capital* de Marx, en que se describe la si-

tuación de los trabajadores ingleses en la primera mitad del siglo pasado. Trabajaban hombres, mujeres y niños, aun niños de cinco años. En Londres había un barrio en que se entraba por una puerta que se llamaba "la puerta del infierno". Utopía en el curso del siglo XIX; mas hoy la jornada de seis horas ya no es utopía. Siete por seis cuarenta y dos horas de trabajo a la semana. Ya hay numerosas fábricas en los Estados Unidos y en Inglaterra en que existe la jornada de cuarenta horas. Y en México ¿cuántas horas trabajan los empleados públicos, si es que trabajan? Treinta y siete horas y media a la semana. ¿Y qué enseñanza sacamos de ello? Que las utopías de ayer suelen dejar de serlo hoy y que las utopías de hoy pueden dejar de serlo mañana. Era una utopía que el hombre pudiera cruzar los espacios y los horizontes en que soñaron desde tiempos lejanos, entre ellos el monje franciscano Rogelio Bacon en el siglo XIII; y ahora los pájaros de acero, los pájaros de aluminio, violadores del espacio, lo cruzan en todas direcciones, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto. Y también nos llevan a pensar que las verdades de ayer no son verdades hoy y que algunas verdades de hoy podrían dejar de serlo mañana.

Pero continuemos con Utopía, sociedad comunista integral. Existía la eutanasia en caso de enfermos incurables, dice Hitlodeo. La eutanasia es todavía una utopía y ya sabemos de enfermos decerebrados incurables con vida vegetativa, que pasan meses y años en un estado profundamente doloroso para sus familiares; quizá mañana la eutanasia deje de ser utopía. Y el hombre adquirirá un nuevo derecho: el derecho a la muerte.

En la isla imaginaria existía el divorcio en caso de adulterio o de incompatibilidad de caracteres. Allí se ve claramente que Santo Tomás Moro, no lo olvidemos, elevado a los altares, era partidario del divorcio, problema actual de Italia y del Vaticano. Bueno, seguramente Moro se inspiró en Las Leyes de Platón, en que el gran filósofo griego estableció el divorcio.

Existía la tolerancia religiosa. Moro habla de tolerancia precisamente cuando se inician en el siglo XVI las reformas de Lutero y Calvino, cuando la intolerancia es terrible, luna contra cruz, cruz contra luna y después cruz contra cruz. Media luna tenía la verdad, la cruz tenía la verdad; pero la verdad de una no era la verdad de la otra. Cruz contra cruz, Calvino contra Roma, Roma contra Calvino, Lutero contra Roma, Roma contra Lutero, cada quien tenía su verdad, su verdad absoluta y esas pretendidas verdades ensangrentaron la tierra y provocaron raudales de lágrimas y todavía ahora, las grandes potencias industriales tienen la verdad, las potencias socialistas tienen la ver-

dad, el Tercer Mundo hambriento, andrajoso e ignorante tiene también su verdad, su verdad que es el derecho a vivir con decoro. Todos tienen la verdad y todos son intolerantes y ninguno puede arrojar la primera piedra.

La religión dominante, según la describe Hitlodeo, es la religión católica; pero no se mata al que no la profesa. Creen en un solo Dios, en la inmortalidad del alma y en premios y castigos más allá de la vida y de la muerte.

La *Utopía* de Tomás Moro ejerció influencia en el pensamiento posterior, se alimentó seguramente de Platón y sobre todo los primeros padres de la Iglesia: San Agustín, San Basilio, San Cirilo, San Jerónimo, San Clemente de Alejandría, San Juan Crisóstomo. Todos ellos, en los siglos III, IV y V de la era actual, fueron enemigos de la propiedad privada, fueron comunistas en el sentido de la comunidad de bienes de conformidad con los evangelios. Por supuesto no confundamos, un comunismo enteramente distinto al comunismo que piensan llegar a construir los países que están construyendo el socialismo o que ya lo han construido. Un comunismo basado en la caridad, pero no en la caridad del *Deuteronomio*, uno de los libros del viejo testamento en que se dice que después de realizada la cosecha no se recojan las espigas para que las recoja el necesitado; es decir, una caridad que consiste en dar lo que sobra, en dar lo que no hace falta; sino en la caridad predicada por el Predicador de la Montaña, la caridad que consiste en algo verdaderamente sobrehumano, en que si se tienen dos túnicas se dé una, en que no hay que poseer oro ni plata ni dinero alguno en los bolsillos ni alforjas para el viaje ni más de un calzado y una túnica. En que no hay que preocuparse por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propio afán. Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan ni allegan en trojes; y vuestro Padre celestial las alimenta.

Todas estas ideas influyeron poderosamente lo mismo en los doctores de la Iglesia latina que en los doctores de la Iglesia griega, así como en el pensamiento de Santo Tomás Moro, para crear su isla imaginaria. Moro influyó en las otras dos Utopías del Renacimiento: en *La ciudad del Sol* de Tomás Campanella y en *La Nueva Atlántida* de Francisco Bacon.

Tal vez también influyó en utopistas del siglo XVIII: en *El código de la naturaleza* por Morelly; en *El testamento* por Juan Meslier, y en alguno de los trabajos de Mably.

Además de *Utopía*, Tomás Moro escribió varias obras en latín y en inglés, ninguna de las cuales ha sido traducida al español. Por esta

razón vamos a dar a continuación los títulos originales de algunas de sus obras: *Epistola ad Dorpium*, *The Life of John Picus*, *Histoire of the pittiful life and unfortunat death of Edward the fifth and then Duke of York with Richard the third*, *History of king Richard III*, *A Dyaloge of Comfort against Tribulacion* y *Letters and Papers of Henry VIII*. Las obras completas se publicaron en 1557 por William Rastell, editadas por Cawood, Waly and Tottel.

La *Utopía* no sólo influyó en la historia del pensamiento posterior sino también influyó en la realidad de México por medio de la obra de don Vasco de Quiroga, el apóstol que vivió 95 años entre los siglos xv y xvi. Don Vasco de Quiroga fundó primero en Santa Fe, aquí, entonces cerca de la ciudad de México y hoy parte de nuestra ciudad, su primer hospital-pueblo y el segundo en Tzintzuntzan, Michoacán, con beneficio —me refiero de manera particular a los michoacanos— de sus habitantes. Enfrente de la iglesia de Tzintzuntzan hay unos viejos olivos, que cuentan los lugareños, fueron plantados por Tata Vasco.

El doctor Silvio Zavala publicó en 1937 un estudio titulado *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, prologado por Genaro Estrada. En ese estudio Zavala demuestra que las ordenanzas de los hospitales-pueblos de Don Vasco, estaban en parte inspiradas y en parte calcadas de la *Utopía* de Moro, y Zavala pone en una columna las ordenanzas de Vasco de Quiroga y en otra columna ideas tomadas de la *Utopía* y son absolutamente coincidentes, de suerte que Santo Tomás Moro influyó en grupos indígenas de nuestro país en el siglo xvi y xvii.

¿Y por qué el título de esta conferencia es “La Utopía de Tomás Moro, México y Cuba”? ¿Por qué Cuba? ¿Qué tiene que ver Cuba, podrán preguntarse muchos de los que leyeron dicho título? Yo encontré que en el Atlántico solamente hay una isla que tiene aproximadamente, ya sé que algo más, 500 millas de largo y algo menos de 200 millas en la parte más ancha y que tiene la forma de una luna en creciente. La única isla de esas características es la isla de Cuba. ¿No pensaría Moro en la isla de Cuba descubierta por Colón en 1492 y explorada más tarde? Al principio se creía que era un continente, luego se circunnavegó y se vio que era una isla. ¿No pensaría colocar su *Utopía* en la isla ha poco descubierta? Bueno, algunos otros datos. No pudo pensar en el Pacífico, porque Balboa descubrió el Pacífico en 1513, lo llamó Mar del Sur y Magallanes cruzó el estrecho que lleva su nombre ya bien avanzado 1519.

Por otro lado, un cosmógrafo alemán, Waltzemüller, publicó en 1507 un mapamundi en que por primera vez figuró América. Ese cosmógrafo fue el que le dio el nombre a América tomando el nombre de Américo Vespucio; pero Américo Vespucio no supo que el cosmógrafo llamaría así a una parte de los territorios descubiertos. Yo no he podido tener en mis manos ese mapa, pero es seguro que comprendía Las Antillas y quizá una parte de la tierra firme del norte occidental de la América del Sur. Por otro lado pensé que se enviaban por algunos de los descubridores, mapas imperfectos a los humanistas. El descubrimiento de América causó una tremenda impresión en Europa. ¿Con todos estos datos no conocería el mapamundi del cosmógrafo alemán Waltzemüller, Santo Tomás Moro?

Di una conferencia con mis cavilaciones en el Instituto de Relaciones Culturales entre México y Cuba a mediados de 1962. Escribí al gran escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada que se hallaba en La Habana, refiriéndole mis lucubraciones y pidiéndole que él que estaba allá podría tener más medios de investigación que yo aquí, en México. A Martínez Estrada le interesó el asunto y se dio a la tarea de hacer una investigación a fondo, llegando a la conclusión de que estaba en lo cierto. Encontró que Pedro Mártir de Angleria, humanista, había venido a América, había vivido varios años en la isla de Jamaica y había estado en Cuba participando en cierta medida en las experiencias iniciales de los conquistadores.

Pedro Mártir publicó la primera parte de sus *Décadas del Nuevo Mundo* en Italia y en Sevilla. Las de Sevilla en 1511. Es indudable que Moro conoció las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Angleria y que conoció también algunos mapas y según Ezequiel Martínez Estrada no hay duda que Moro, que Santo Tomás Moro, colocó su isla en la mayor isla de las Antillas. ¿Premonición, coincidencia curiosa, hipótesis nada más? Sea de ello lo que fuere, el hecho es que hace diez años se está construyendo en Cuba, con enormes tropiezos, incuestionablemente, una sociedad comunista con ciertas analogías en cuanto a las finalidades con la isla imaginada por el genio sabio y bondadoso de Santo Tomás Moro.

Cuadernos Americanos publicó un extenso artículo de 36 páginas bajo el rubro de "El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba" por Martínez Estrada, en la entrega de la revista de marzo-abril de 1963. Al pie de la primera página se lee la siguiente nota:

“El descubrimiento de que la Isla de Utopía es la Isla de Cuba, pertenece al director de estos *Cuadernos Americanos*, D. Jesús Silva Herzog, quien generosamente me transfirió los derechos de explotación y conquista del ‘Orbe Novo’. Los errores que en este trabajo hubiere, son cartográficos, propios del conocimiento incompleto de nuestras tierras por los cronistas y geógrafos, de ninguna manera imputables al Almirante. E.M.E.”*

* *De lo dicho y de lo escrito. Las utopías del Renacimiento y temas diversos.* Edición privada del autor fuera de comercio. México, 1977, pp. 7-20.

LA CIUDAD DEL SOL DE TOMÁS CAMPANELLA

II

Los que asistieron a la disertación del viernes pasado, recordarán que Santo Tomás Moro nació en 1478 y fue decapitado por órdenes de Enrique VIII en 1535. Tomás Campanella, de quien me voy a ocupar en esta ocasión, nació en 1568 y su pulso dejó de latir en 1639. Entre uno y otro, en consecuencia, hay una distancia de un siglo, y durante ese siglo, la sociedad capitalista se desarrolló con celeridad. La producción de plata, de 1520 a 1620 aumentó cinco veces debido a la explotación de las minas de la Nueva España y del Perú. Se incrementó considerablemente la industria del transporte. El tonelaje de las naves inglesas, francesas y holandesas fue cada vez mayor. La industria de transformación avanzó también, y no se diga el comercio.

En 1600 se fundó la Compañía de las Indias Orientales en Inglaterra, comienzo de la dominación de las Islas Británicas en la India. En 1615 fue designado director de esa compañía, el economista mercantilista Tomás Mun, autor del libro titulado *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*.

Pocos años después, también Holanda tuvo su Compañía de las Indias Orientales, y Colbert fundó ya avanzado el siglo xvii la Compañía de las Indias Occidentales.

Inglaterra realizaba negocios jugosísimos en su comercio con la India. Tomás Mun ya citado, hablaba con euforia de la pimienta que se adquiría en aquellas lejanas tierras y después se vendía en Europa, diciendo que daba una utilidad a los comerciantes de 400%, y Tomás Mun consideraba que la profesión de comerciante era la más noble de todas las profesiones.

Inglaterra fundó su grandeza primero, en sus comerciantes aventureros, después en la trata de negros-esclavos y por último en la piratería, siendo el representativo de mayor estatura, Francis Drake, a

quien la reina Isabel, después de sus hazañas, las hazañas de Drake, lo hizo caballero. Apresó una nave española adueñándose de ocho millones de pesos, de aquellos pesos que tenían una capacidad de compra decenas de veces más que nuestro pequeño peso cuasi homeopático. Reclamó España, la reina Isabel no dio señales de devolver el tesoro adquirido por Drake y lo que hizo fue ennoblecerlo por los servicios que había prestado a la corona.

La trata de negros comenzó en 1500, llegando a ser uno de los negocios más lucrativos y más crueles en los siglos xvi, xvii y xviii; y lo mismo los reyes católicos de España que los reyes protestantes de Inglaterra, autorizaron ese tráfico inhumano, como si jamás hubiera habido cristianismo, y es que en ocasiones la religión se ha tenido que subordinar a los imperativos económicos.

Pero debemos hacer notar además, que en los siglos xvi y xvii, se formaron las primeras sociedades anónimas, las sociedades por acciones. Se organizaron las primeras compañías de seguros y se establecieron bancos con características relativamente modernas en Lyon, en Amberes, en Marsella y en Amsterdam. El gran Banco de Amsterdam se estableció en 1608. Los banqueros, a fines del siglo xvi y comienzos del xvii ya eran grandes personajes. Los Welser llegaron a costear una expedición de conquista en Venezuela y los Fugger, inmensamente ricos, solían prestar dinero a los reyes. Recuerdo haber leído una carta dirigida a Carlos V, que uno de ellos le escribió en tono casi insolente, reclamándole el pago de un préstamo que le había hecho. De suerte que en los comienzos del siglo xvii la burguesía había adquirido un poder considerable, aun cuando todavía en ocasiones, necesitaba la ayuda del Estado.

En esta atmósfera de una sociedad en la cual lo sustantivo era el lucro, vive Tomás Campanella. Ingresó a la orden dominicana cuando era adolescente; pero bien pronto manifestó aquel jovenzuelo ser un inconforme, un rebelde, un insatisfecho con todo. Estaba en contra de Aristóteles, en contra de Maquiavelo y aun en contra de Galileo, su contemporáneo, al que por supuesto, en estutura intelectual, le quedaba muy lejos.

Campanella inició una conspiración para libertar a Nápoles de España. Fue sorprendido y reducido a prisión. Esto fue en 1599 y estuvo preso durante 27 años. En 1626 fue puesto en libertad y realmente le fue bien, porque en aquellos tiempos se hilaba muy delgado. Un año después del encarcelamiento de Campanella, Giordano Bruno fue quemado vivo en Roma. Giordano Bruno se había hospedado en Venecia, en la casa de un amigo. Le había contado sus dudas sobre

los dogmas religiosos. El amigo desleal lo denunció a la Inquisición, siendo Bruno uno de los más grandes mártires de la libertad de pensamiento en toda la historia.

En los siglos xrv, xv y xvi había la quema de brujas y fueron decenas de miles de mujeres quemadas. ¿Por qué? Porque se les había metido el diablo en el cuerpo. Había la prueba del agua; si nadaba la mujer, era bruja; si no nadaba, no era bruja. Había que sacarla, nada más que a veces se llegaba demasiado tarde... Léase a este respecto el pequeño gran libro de Bertrand Russell titulado *Religión y ciencia*.

Pero volvamos a Campanella. Sufrió siete veces el tormento. No se doblegó nunca. Al estar sufriendo el tormento gritaba: ¡jamás callaré! Yo lo he llamado el monje de las rebeldías irreductibles. Al ser puesto en libertad, después de 27 años, como antes dije, en 1626, volvió a conspirar y estuvo a punto de ser nuevamente aprehendido. Pudo escapar a Francia. En Francia fue bien acogido por el cardenal Richelieu y el rey Luis XIII le dio una pensión para que viviera durante los últimos catorce años de su vida. Tomás Campanella escribe *La Ciudad del Sol*, según mis noticias, en 1602; pero no tengo el dato de su publicación, quizá fue mucho más tarde y ya cuando respiraba aires de libertad.

La Ciudad del Sol se divide en dos partes. La primera parte se refiere a la organización de la ciudad y a las ideas de sus habitantes. La segunda parte es la defensa que hace Campanella de su ciudad ideal, refutando las posibles argumentaciones que pudieran escribirse en su contra. *La Ciudad del Sol* está ubicada en una colina y en la parte más alta se levanta un templo. La ciudad tiene algo más de dos millas de diámetro. Está circundada por siete fortalezas, siete murallas que la protegen. En cada una de estas murallas hay inscripciones, mapas, pinturas, que tenían por objeto transmitir los conocimientos necesarios, desde la primera muralla hasta la séptima; es decir, se utilizaba el procedimiento visual en la enseñanza.

La ciudad está gobernada por un sacerdote que llaman HOH, H—O—H, de manera que en español solamente podemos decir HOH. y este sacerdote gobernante tiene tres ministros: el del Poder, el de la Sabiduría y el del Amor. El ministro del Poder se ocupa de lo relativo a la guerra, cuando guerrear es menester; el de la Sabiduría se ocupa del desarrollo de la ciencia, de la investigación científica, y tiene varios ayudantes: el médico, el arquitecto, el historiador y otra serie de profesionistas, entre ellos, cosa curiosa para algunos de mis colegas y exalumnos, también hay un economista; mas seguramente el

más importante de todos es el ministro del Amor. Por amor, Campanella no entiende lo que definió Víctor Hugo como la reducción del Universo a un solo ser y la dilatación de ese ser hasta Dios; ni tampoco lo que expresara un poeta romántico colombiano en la siguiente cuarteta:

El amor es volcán, es fuego, es lumbre
y debe ser devorador, inmenso,
debe ser huracán, debe ser cumbre,
debe alzarse hasta Dios como el incienso.

Campanella se refiere al amor carnal, y el ministro del Amor reglamenta minuciosamente el amor y hace del amor rito y ceremonia con sujeción a numerosos requisitos, a un horario determinado; y además establece que una mujer gorda —seguramente entonces había muchas mujeres gordas— debía casarse con un hombre delgado y viceversa; un hombre alto con una mujer de pequeña estatura, buscando siempre la compensación y debían casarse hombres y mujeres sanos. No se permitía la unión de los sexos tratándose de hombres y mujeres débiles, enfermos o contrahechos. Campanella por medio del almirante que cuenta la historia de la isla perdida en los océanos, dice que no se explican los habitantes de la Ciudad del Sol, por qué los habitantes de otros países se preocupan por mejorar los ganados y no se preocupan por mejorar la especie humana, que es lo más importante. Nuestro personaje se olvidó de los griegos, que tuvieron como uno de sus ideales lograr que todos los seres humanos pudieran tener una alma sana en cuerpo sano; mas de todas maneras Campanella, al hablar de lo que he dicho antes, pensó en la eugenesia. Hay que recordar que la eugenesia es una ciencia nueva del último tercio del siglo XIX y que fue Galton quien después de llevar a cabo numerosos estudios relativos a la herencia, le puso ese nombre.

En la Ciudad del Sol existe una sociedad comunista, de un comunismo completo. No existe la propiedad privada de los medios de producción y la distribución se hace en forma comunal. Existe la comunidad de mujeres, como en *La República* de Platón. Rememoremos de paso que Platón escribe *La República* a la edad de 40 años y *Las leyes* a los 80 años, en la cual establece el matrimonio y el divorcio. Claro está que ninguno de los que estamos aquí en este salón podemos estar de acuerdo con lo de la comunidad de mujeres, porque la mujer es un ser humano, como es un ser humano el varón. Nosotros sabemos bien que si bien es cierto que la mujer desde el punto de vista de su

fuerza física es inferior al hombre, lo supera en sagacidad y en intuición. Eso suelen olvidarlo los maridos y suele irles bastante mal. . . Me inclino a pensar que los que estamos aquí reunidos no coincidimos con Hitler cuando dijo que "la mujer debe ser esclava en el hogar o muñeca de placer para solaz del guerrero"; en cambio sí creo que estamos de acuerdo con el utopista Carlos Fourier cuando dijo que a medida que es más libre la mujer, eso es indicio de un grado más alto de civilización.

A los habitantes de la ciudad de Campanella les extrañaba que en otros lugares se desdeñaba a los trabajadores que eran los que realizaban la producción y se estimaba a los que no ejercían arte alguno.

Por otra parte, pensaban que la pobreza extrema engendra trapisos, desdichados y ladrones, y que la extrema riqueza hace holgazanes, soberbios, arrogantes y traidores. Ellos habían encontrado la fórmula definitiva de la felicidad por medio de su organización comunista. Agregaban que no servían ellos a las cosas sino que se servían de las cosas. ¡Y cuántas veces ocurre lo contrario en la sociedad contemporánea!

En otro lugar recojo este pensamiento, el que sólo sabe una ciencia no sabe verdaderamente esa ciencia ni las demás. Bueno, ellos creían que había que saber una ciencia y todas las demás ciencias. Ello fue posible en Grecia. Aristóteles llegó a conocer todos los conocimientos de su tiempo y lo mismo escribió sobre filosofía, sobre política, sobre historia, sobre lo que podemos llamar ahora sociología, sobre estética, sobre arte, sobre lingüística, sobre todos los conocimientos humanos. Hay otro caso de un enciclopedismo extraordinario en Roma. El caso de Marco Terencio Varrón, nada más que se ha dicho que Varrón fue un Aristóteles sin genio. Pero eso era en aquellos tiempos. ¿Ahora es posible pensar en abarcar todas las ciencias? Absolutamente imposible. Ni siquiera es posible que un médico abarque todas las ciencias biológicas, mucho menos que sepa química, que sepa bioquímica, mucho menos que sepa física, mucho menos que sea notable matemático. Es absolutamente imposible que un economista, además de saber economía en general, sepa historia, historia económica, estadística, matemáticas, que pueda abarcar en su totalidad todas las ciencias sociales y que además sea un gran filósofo.

Mas sí vale la pena hacer notar de paso que hemos caído en la excesiva especialización y hay especialistas para todo. En los Estados Unidos por ejemplo, hay especialistas en sardinas, y saben todo lo que puede saberse de las sardinas; hay especialistas en las plagas del algo-

dón y saben todo lo que se puede saber y no saben más que de algodón, de plagas de algodón o de sardinas. Son hombres mutilados. Decía el escritor venezolano Díaz Rodríguez que hay hombres que tienen una sola ventana en el espíritu. Yo imagino a un hombre preso en una elevada torre, que tiene una sola ventana por la que sólo puede mirar un riachuelo y sus alrededores y que llega a la conclusión de que así es todo el mundo, o por lo menos que eso es lo más importante del mundo. El ideal estriba en que la elevada torre tenga amplios ventanales abiertos a todos los puntos cardinales y que el hombre vea además del riachuelo y sus alrededores, el bosque, el barranco, la montaña y el mar. Ese hombre tendrá un concepto más cabal del mundo en que habita.

Se me estaba olvidando referir que en *La Ciudad del Sol* todos los habitantes trabajaban, y por eso solamente trabajaban 4 horas diarias. Eso ya parece demasiado. Habíamos encontrado que en la *Utopía* de Tomás Moro trabajaban seis horas e hicimos notar cómo esa utopía ha dejado de serlo, porque decíamos $7 \times 6 = 42$ horas de trabajo a la semana. Ya existe la semana inglesa de 40 horas y pusimos en esa ocasión otro ejemplo. El de los empleados públicos de la ciudad de México que trabajan treinta y siete horas y media a la semana.

Hagamos algunas digresiones ya por nuestra cuenta y riesgo. Estamos presenciando la revolución más grande de todos los tiempos, revolución política, revolución tecnológica, revolución científica. Pero hablemos solamente de lo tecnológico, de la revolución, de la segunda gran revolución industrial. Estamos en el umbral de una revolución más trascendental que la revolución industrial de fines del siglo XVIII y parte del siglo XIX, que como ustedes recordarán consistió en la utilización del vapor, de la fuerza del vapor en la industria, y el empleo de la fuerza del vapor en la industria transformó la sociedad profundamente.

Mas la ciencia no se ha quedado allí. Primero ciencia pura, luego ciencia aplicada o sea técnica. Después tenemos en los últimos lustros, muy últimos, otras máquinas que superan en gran medida a la máquina calculadora: las computadoras electrónicas. Por ejemplo, hay una máquina computadora programa 101 Olivetti, que realiza un gran número de operaciones mucho más allá que la pobrecita máquina calculadora. Los cerebros electrónicos que realizan en 24 horas lo que realizarían 50 hombres durante seis meses. Y las computadoras electrónicas, las máquinas electrónicas en general, los cerebros electrónicos, se ha comprobado que tienen memoria, que se equivocan y se dan cuenta

de la equivocación y que se cansan. Y esas máquinas maravillosas las hace el hombre. El hombre hace la calculadora y la calculadora supera al hombre, y estas máquinas electrónicas superan al hombre. Eso es en forma elementalísima la cibernética, construcción de máquinas que realizan actos positivos que el hombre realiza, pero que lo hacen mejor que el hombre y en menos tiempo. Y la cibernética está creando un gran número de problemas. Problemas de desocupación. Por ejemplo, recuerdo haber leído hace algún tiempo que en un taller perteneciente a una fábrica de hilados en Estados Unidos, que tenía 125 trabajadores, con el perfeccionamiento de las máquinas se despidió a la inmensa mayoría de esos trabajadores, quedando solamente dos ingenieros encargados de vigilar el trabajo de las máquinas en un tablero y dos o tres ayudantes.

¿Qué problemas nos va a traer la cibernética con la construcción de máquinas más perfectas y en campos más amplios? Un cambio radical en la economía. Y la preocupación del economista ya no será la ocupación plena, será la casi plena desocupación y habrá que organizar el ocio. Podrá haber numerosos trabajadores, sobre todo trabajadores no calificados que no encontrarán empleo y trabajadores semicalificados y aun calificados sustituidos por las máquinas a causa de la revolución cibernética y entonces ¿qué pasará? Entonces, claro, se puede ver el problema desde un punto de vista muy general, no llegando al detalle; mas se puede ver que la cibernética transformará la organización social y económica en unos cuantos lustros, si es que la humanidad no se suicida, víctima de la locura de los estadistas de las grandes naciones. ¿Y esto, no transformará las relaciones sociales de la sociedad capitalista y de la sociedad socialista? Incuestionablemente sí; y eso no es utopía, será una realidad. Al respecto pueden leer ustedes un libro pequeño muy interesante que se llama *Dios y Golem, S. A.*, publicado por Siglo XXI. El libro es el Wiener. Los creadores de la cibernética han sido Wiener y Rosenbluth, Wiener norteamericano y Rosenbluth mexicano, mi colega en El Colegio Nacional, uno de mis colegas.

No es eso todo. Tenemos la energía nuclear. La energía nuclear comienza a utilizarse y se utiliza más y más cada vez con fines pacíficos. ¿Y qué es la energía nuclear? La energía nuclear es la transformación del uranio 239 en 235 y al transformarse el uranio, se libera, se fisiona el núcleo del átomo y produce formidable energía. Las primeras pruebas: Hiroshima y Nagasaki. Una libra de uranio 235 consumida completamente en el reactor equivale a dos millones 500 mil toneladas de carbón bituminoso y si mañana se genera energía en gran

escala por medio de libras de uranio, ¿qué va a pasar con la industria del carbón? Indudablemente el carbón como combustible no podrá utilizarse. Habrá problemas como en los ferrocarriles de Norteamérica, ya que el 30% del tonelaje que transportan es de carbón. La energía nuclear traerá transformaciones profundas en la vida económica y social, en la vida toda desde el punto de vista individual y colectivo. Que un país dado no tiene petróleo para generar energía, allá van unas cuantas libras de uranio 235 para ser consumidas en el reactor. Hay además la energía del hidrógeno, que es diferente. Mientras el núcleo del átomo del uranio 235 genera energía fisionándose, liberándolo, la energía de los átomos del hidrógeno se produce por choque. Imaginemos cien automóviles saliendo de México a Toluca y cien viniendo de Toluca a México, que se encuentran y chocan en un momento dado. Así se encuentran los átomos del hidrógeno y producen inmensa energía. El hidrógeno es inacabable mientras nuestro planeta esté dando vueltas en su eje imaginario y alrededor del astro rey.

De suerte que el porvenir inmediato de las sociedades humanas, en términos históricos, no en términos de la vida humana, ya que la vida humana dura lo que dura una blanca fotófuga al caer sobre los campos —el hombre tiende a medir el tiempo por su vida efímera, transitoria— pero en términos históricos, el mundo de mañana no será como el mundo de hoy. ¿Cien años, doscientos años, trescientos años?

La humanidad del presente año de 1969 es enteramente distinta a la humanidad de 1769, cuando en Inglaterra se realizaban los primeros experimentos para sustituir la fuerza muscular del hombre, de la bestia, por la fuerza del vapor en los comienzos de la primera revolución industrial. Y cuando se piensa en todo esto, se da uno cuenta de la esterilidad de las luchas en que se halla sumergido el hombre contemporáneo. Podemos decir que a la altura de fines del siglo XXI o del siglo XXII, los hombres de entonces al recordar las luchas del capitalismo contra el socialismo, del socialismo contra el capitalismo, pensarán cuán estériles fueron esas luchas, como nosotros, hombres de nuestro tiempo, nos damos cuenta, lamentándolo con profundo dolor, de la esterilidad de las luchas religiosas del siglo XVI. ¿Qué ha quedado de esas luchas? El recuerdo trágico y estéril de la maldad y estupidez de los habitantes de nuestra pequeña morada.*

* Jesús Silva Herzog, *De lo dicho y de lo escrito. Las utopías del Renacimiento y temas diversos*. Edición privada del autor fuera de comercio. México, D. F., 1977, pp. 21-34.

FRANCIS BACON Y LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

III

Francisco Bacon fue contemporáneo de Tomás Campanella y hay entre ambos la misma distancia, aproximadamente de un siglo, con Tomás Moro. De nacionalidad inglesa, vio por primera vez la luz en 1561 y murió en 1626. Abogado, filósofo, escritor y hombre de ciencia. Uno de los primeros científicos que decididamente estuvo en contra de la escolástica. Utilizó el método inductivo, es decir fue siempre de lo particular a lo general. Basó sus estudios en la realidad y sostuvo que todo conocimiento debía basarse en la experiencia. Como se sabe, en el trabajo científico se usa la deducción y la inducción. Deducir es ir de lo general a lo particular y lo contrario inducir, o sea de lo particular a lo general; pero parece que “ambos métodos son necesarios al conocimiento científico, lo mismo que el pie derecho y el pie izquierdo son indispensables para caminar”.

En Francisco Bacon no se realizó la unión de la inteligencia con la virtud; fue en ocasiones ingrato y aun falto de honestidad. Jacobo I de Inglaterra lo nombró, dadas sus prendas mentales, lord canciller. Muy poco le duró el desempeño de tan alto cargo, por haber sido acusado por la Cámara de los Comunes de haber recibido dádivas no del todo honorables. Como todos ustedes saben, ése es un viejo mal, y aquí en este país nuestro hay mucha experiencia a este respecto. Bacon cayó de la altura en 1621 y pasó los últimos años de su vida sin ninguna relevancia social.

Escribió varias obras importantes y fue, por otra parte, uno de los iniciadores del empirismo inglés en el campo de la filosofía. Entre sus obras citaré dos: *Nuevo Órgano* y *La Nueva Atlántida*. Esta última obra, de la que voy someramente a ocuparme, no pudo concluirla. En un momento dado la obra se interrumpe, parece que le sorprendió la muerte, ocurrida debido a que en sus investigaciones para demostrar

que los alimentos se conservan mejor con una temperatura muy fría que por medio de la sal, una noche en que cayó una fuerte nevada, salió a recoger nieve para sus experimentos, le dio una pulmonía fulminante y se fue del globo terráqueo.

La Nueva Atlántida comienza refiriendo que una nave española partió del Perú, rumbo a China y al Japón. Se relata que en medio del Mar del Sur, como se llamaba entonces al Océano Pacífico, hubo muchos días sin viento y el barco ya no pudo moverse. Después vientos huracanados y por último una amenazadora tempestad. Mientras tanto se agotaban las provisiones, había enfermos en el barco y los navegantes creían que se aproximaba la última hora; pero como siempre ocurre en estos relatos, uno de los días más dramáticos, de mayor pesimismo y desaliento, vieron tierra en la lejanía. A ella se acercaron lentamente y vieron que numerosas gentes en la playa les hacían señas para que no desembarcaran. Se acercó después una pequeña barca que venía de la playa a informarse quiénes eran. Al saber que todos eran cristianos, tuvieron desde luego para ellos una actitud benévola; y después de numerosos trámites, les permitieron desembarcar, siendo asilados convenientemente, piadosamente, generosamente.

El primero que fue a informarles dónde estaban, cuenta la historia, fue un sacerdote cristiano, quien les refirió que los habitantes eran cristianos, y que lo eran merced a un milagro. Francisco Bacon se da gusto refiriendo como aquellos habitantes, muchos siglos antes, cerca de 1 500 años antes, habían visto una columna de fuego con una cruz luminosa en el centro, quisieron acercarse y durante cierto tiempo alguna fuerza invisible los detenía. Al fin, insistiendo en acercarse a aquella luminosa cruz, al irse acercando, ésta se elevó a los cielos; pero hallaron flotando en el mar un cofre que abierto contenía el Antiguo y el Nuevo Testamento, y de ahí la cristianización del país.

No era este país una sociedad comunista como en la *Utopía* de Moro o en *La ciudad del Sol* de Campanella. No era tampoco una sociedad capitalista; era, lo que pudo haber llamado Lester Ward, sociólogo inglés, una sociocracia. Según Ward, una sociocracia consiste en que no existan ni igualdades artificiales ni desigualdades artificiales. Cada quien se eleva teniendo todos iguales oportunidades, de conformidad con su esfuerzo, con su actividad, con sus conocimientos. Y tiene cierto interés referir que Lester Ward acude al ejemplo de un hipódromo y dice que una sociedad en la cual salieron de la meta al mismo tiempo todos los jinetes en sus corceles y se impidiera que algunos se adelantaran a otros para que llegaran todos al mismo tiempo a la meta, sería una igualdad artificial. En otro caso, si se

organiza la carrera haciendo que unos jinetes estén a la mitad del camino de la meta, otros un poco atrás y otros en el punto de partida, obviamente llegarían primero a la meta los que más cerca se encontraran y esto sería una desigualdad artificial, y que lo razonable es la igualdad natural, compatible con la naturaleza humana. Ward piensa que lo justo es que todos salgan al mismo tiempo, ya que el jinete que llegue a la meta en primer lugar, en buena hora sea, porque será debido a su preparación, a su habilidad y a su esfuerzo.

Ese país, según se desprende de las páginas de *La Nueva Atlántida*, es una sociocracia. Hay ciertas desigualdades naturales en cuanto a las fortunas, en cuanto al poder; pero viven contentos, porque el cultivo de la inteligencia y la práctica de la virtud son los móviles esenciales de esa sociedad. No existe la comunidad de mujeres en *La Nueva Atlántida*; existe el matrimonio como sacramento, un matrimonio ideal, bueno, ideal como la Epístola de nuestro Melchor Ocampo. Los españoles son tratados admirablemente; se les prodiga toda clase de atenciones y están maravillados de aquella civilización. Un día les anuncian que van a tener el privilegio de conocer a uno de los sacerdotes de la Casa de Salomón. Hacía doce años que ninguno llegaba a la ciudad. También les anuncian que probablemente podrán escuchar las palabras de aquel hombre eminentísimo.

Bacon describe la llegada del sacerdote de la Casa de Salomón: el pueblo se reúne para vitorearlo, para rendirle homenaje. El sacerdote aquel es llevado en andas, seguido de varios pajes, algo sumamente solemne. El que en el relato aparece como jefe de los náufragos, tiene el privilegio de ser recibido por el sacerdote de la Casa de Salomón.

¿Qué es, según *La Nueva Atlántida*, la Casa de Salomón? Éste es el aspecto más interesante de la obra. Voy a referir, usando mi propio lenguaje, lo que cuenta el sacerdote al jefe de los náufragos. La Casa de Salomón es una ciudad de grandes dimensiones, lejos del lugar del asilo de los hispanos. Esta ciudad es un inmenso instituto de investigaciones con laboratorios para conocer los límites a que puede llegar la mente humana y descubrir los secretos de la naturaleza.

El sacerdote cuenta que tienen cuevas con una profundidad de tres mil kilómetros, en la traducción española al inglés se usan kilómetros, obviamente no fue la medida que usó Bacon, pero el traductor o la traductora buscaron las equivalencias. Cuevas de tres mil kilómetros de profundidad, donde han llegado a producir artificialmente metales, metales desconocidos por el Occidente, metales que tienen propiedades curativas y la virtud de alargar la vida del hombre. Ya sa-

bemos que de algunos metales y metaloides, la farmacopea moderna extrae elementos medicinales.

Tenemos torres —agrega el sacerdote— de dos mil metros de altura, construidas sobre las montañas para estudiar los fenómenos meteorológicos y además para conocer las variaciones de la atmósfera. Ya había en Europa incipientes observatorios; pero ninguno de las dimensiones en que soñó Francisco Bacon. No había sido descubierto todavía el barómetro, para medir la humedad de la atmósfera; este descubrimiento fue hasta 1644.

El representante de la Casa de Salomón continúa su relato: “por combinaciones de cristales se han construido aparatos para poder ver a gran distancia. También por medio de cristales podemos ver los objetos que por su tamaño es imposible que vea el hombre a la simple vista y esto, estos aparatos para ver lo infinitamente pequeño, los utilizamos para hacer estudios de la sangre y de la orina”. Sencillamente el microscopio que se utilizó por primera vez con fines científicos poco antes de la muerte de Bacon; pero el microscopio para estudiar, analizar la sangre y la orina es algo enteramente moderno.

Además, tenemos, dice el sacerdote, abonos artificiales para hacer más productiva la tierra, para hacerla más fértil. La primera vez que se habló de abonos químicos fue por Liebig, un alemán en 1842, al publicar su libro sobre la agricultura.

En este párrafo sigo al sacerdote y en ocasiones haciendo breves comentarios: “Tenemos la posibilidad y lo realizamos, de hacer madurar con mayor rapidez los árboles, producir frutos de mayor tamaño que los normales y frutos nuevos, desconocidos en Occidente”. Todo esto se ha realizado en los últimos tiempos en la horticultura y no sólo eso. “Tenemos, dice, grandes corrales con toda clase de animales, con toda clase de bestias y de aves y no los tenemos tan sólo por ornamentación, los tenemos para hacer experiencias, experiencias anatómicas y quirúrgicas, y hemos encontrado que muchos órganos que ustedes, pobres europeos, creen que son indispensables para la vida de los seres vivientes, hemos hallado que no lo son, que podemos hacer que mueran y ello no daña la vida”; bueno, el apéndice, y en los últimos tiempos hay quienes viven con un pulmón, con un riñón y también a veces sin el bazo. “Y no es eso todo, hemos logrado imitar el vuelo de los pájaros y mantenernos durante algún tiempo en el aire y hemos fabricado unas naves que pueden navegar treinta metros debajo del agua del mar”, el submarino y el avión. “Tenemos aparatos que hacen oír a los sordos”, el audífono, descubrimiento relativamente reciente, y “tenemos unas cámaras donde podemos producir sonidos

hasta de cuartos de tono y muchísimos menos". Hay un cierto parentesco con el sonido 13 de nuestro don Julián Carrillo y con la música electrónica ultramoderna.

Y así se van relatando maravillas de la Casa de Salomón en que se hacen claramente pronósticos científicos, obras indudablemente del genio. Y bien, todos los grandes descubrimientos de la Casa de Salomón, con el correr de los años y de los siglos, han sido superados por el hombre, se han realizado avances sorprendentes en las ciencias biológicas, en las ciencias físicas, en las matemáticas. Se han realizado grandes hazañas en los últimos años en la bioquímica. Sobre todo hace un año, un investigador californiano pudo crear, crear es el verbo, un virus y lograr que viviera cierto tiempo. ¿Por qué dije crear, subrayando el verbo? Porque recordé la diferencia que establece el hablante español Roque Barcia entre crear y criar. Dice Barcia que sólo el artista crea, que sólo el artista puede sentir un algo vago de lo que sintió la inteligencia creadora en el momento de crear el universo; pero el científico que logra producir un virus y darle vida, realiza una creación, lo crea de la nada. Por lo tanto, parece que ya no es cierto el apotegma de que de la nada, nada puede salir. Hace pocos meses investigadores ingleses lograron en una probeta la conjunción de un espermatozoide con un óvulo y empezó a producirse el feto. No se atrevieron a seguir en su experimento y lo mataron. La Santa Sede protestó por tamaña herejía. La bioquímica es una ciencia que nos dará grandes sorpresas en los próximos lustros.

Pero he aquí que hemos avanzado en la biología, en la física, en las matemáticas, en la química, en la bioquímica, en las ciencias que llama Dilthey, el filósofo alemán, las ciencias de la naturaleza, y Carlos Kautsky, alemán también, de ideología marxista, ciencias de la materia; mas ¿no han avanzado de modo paralelo las ciencias sociales, la ciencia política, la económica, la sociología, la antropología? Por supuesto que han avanzado; pero no con el ritmo formidable de las ciencias de la materia. Entre las ciencias de la materia y las ciencias que podríamos llamar humanas, en el sentido de que la preocupación esencial es el hombre, ha habido una carrera enteramente desigual.

La física de Aristóteles por ejemplo, es arqueología científica; digamos en cambio que *La política* de Aristóteles, obra de divulgación que daba el estagirita en el Liceo, todavía está en pie. *La política* de Aristóteles tiene ideas y principios útiles para el hombre contemporáneo y a veces ante su lectura es necesario detenerse a meditar lo que dice el sabio griego.

Grandes avances científicos, asombrosos avances científicos. ¿Y el

avance de la ciencia, y el avance de la técnica, el hecho de haber alcanzado velocidades no imaginadas por las generaciones pretéritas, en el avión, por ejemplo, el hecho de los adelantos técnicos, han contribuido a hacer mejor al hombre, han contribuido a hacer más feliz al hombre, han contribuido a hacer más libre al hombre? John Stuart Mill, el economista y filósofo inglés de mediados del pasado siglo, escribió: "Después de dos milenios de cristianismo, el hombre no ha mejorado". ¿Somos mejores los hombres de hoy, somos en términos generales más virtuosos, más generosos, más desinteresados, que los hombres de hace un siglo, de hace dos siglos, de hace cuatro siglos? ¿Es posible responder afirmativamente a las anteriores interrogaciones?

¿Somos más felices hoy que ayer? ¿Somos más felices que nuestros padres, que nuestros abuelos? ¿Somos más felices porque vivimos en una gran ciudad como México, Chicago, Nueva York, Londres o París, que como vivieron las generaciones del siglo xvii? ¿Se desarrolla mejor el hombre con el tránsito aplastante, con la gasolina cuyos vapores mefíticos envenenan el aire? ¿Somos más felices con la vida agitada de las grandes urbes que aquellos que vivieron en otros tiempos en ciudades pequeñas? Dejémonos de subterfugios, la respuesta es tajantemente negativa.

¿Somos más libres, son más libres —pondré ejemplos interesantísimos— son más libres los norteamericanos de 1969 que los norteamericanos de 1869, después de la guerra de secesión? "La libertad —escribió Cervantes— es el mayor don que a los hombres dieron los cielos, con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre, por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida". Volvamos a los norteamericanos, el país capitalista más poderoso de los siglos, el país capitalista en donde el sistema ha cuajado en plenitud. ¿Son los norteamericanos más libres hoy que hace un siglo? El filósofo germanonorteamericano Marcuse sostiene que el norteamericano es un hombre enajenado, que no goza de libertad, que es esclavo de la máquina, de su automóvil; que la mujer es esclava de los utensilios modernos: la estufa, el refrigerador, la lavadora, la aspiradora, los instrumentos para cortar papas, la licuadora, todo ello para ganar tiempo; pero como me decía hace algunos años Juan Ramón Jiménez, una tarde en la ciudad de Washington, "las amas de casa tardan más en limpiar tanto instrumento que si no los usaran".

En general, los hombres de las grandes naciones industriales y de los países efectivamente en proceso de desarrollo, ¿no estamos enajenados a través de la propaganda masiva? ¿Los diarios, los semanarios,

la radio, la televisión, no nos dicen lo que debemos comer, no nos dicen lo que debemos beber? ¿No se nos dice que bebamos coca cola? ¿Y no se nos dice a través de esta propaganda masiva, lo que debemos comer, cuáles son las latas mejores, cuáles contienen mayores elementos nutritivos, cuáles son las legumbres que contienen más vitaminas? ¿No se nos dice lo que debemos pensar?

¿A nuestros vecinos del norte no se les dice que son los mejores hombres del mundo? ¿No se dice allá con convicción profunda, siempre que viene al caso "America first"? En conclusión hay que negar que los grandes adelantos científicos, que los grandes progresos de la técnica, hayan hecho mejor al hombre.

En México, hace un siglo, hacía poco había triunfado la República, gobernaba el país Benito Juárez y estaba vigente la Constitución de 1857. Insistiendo en nuestro tema, ¿somos los mexicanos —digámoslo si somos honrados— más libres hoy que hace un siglo? —Dejo unos puntos suspensivos.

Pero he aquí que ante este mundo contradictorio, en plena crisis humana, se ha estado rebelando la juventud. Ha habido manifestaciones de rebeldía en París, en Alemania, en Italia, en varios países de la América Latina como Brasil, Uruguay, Argentina, Perú y México. También ha habido manifestaciones de rebeldía de jóvenes en Canadá y aun en los Estados Unidos. ¿Por qué? ¿No tienen razón? ¿Son algaradas callejeras de jovencuelos impetuosos, desorientados e irreflexivos? ¿Qué ejemplo, qué camino, qué normas de convivencia humana elevada les hemos enseñado, les hemos indicado los viejos y los adultos? Examinemos la cuestión durante la última década del siglo XIX y durante el presente siglo.

Inglaterra era la mayor potencia industrial. Alemania en los tres últimos decenios del siglo XIX avanzó rápidamente en su desarrollo industrial y avanzó más en el primer decenio del siglo presente. Entonces empezó a luchar contra Inglaterra por el dominio de los mercados y por el predominio financiero mundial. Un pretexto cualquiera trajo la Primera Guerra Internacional de 1914-1918, en realidad y en el fondo por la lucha de intereses económicos entre las dos potencias precitadas, y centenares de miles de alemanes, ingleses y franceses fueron a pelear y morir en las trincheras creyendo que morían por un ideal sagrado, la defensa de su patria; no sabían que eran autómatas movidos por los hilos invisibles de las pugnas entre banqueros, comerciantes e industriales sin ideales superiores, sin patria y sin Dios. Su majestad el dinero. Esto era todo.

¿Y cuál fue el saldo? Cinco millones de muertos, de mutilados,

de viudas y huérfanos. Se dijo que se luchaba por la democracia en contra del militarismo alemán. Después, la democracia a menudo ha estado en entredicho.

Años más tarde Mussolini en Italia con su dictadura férrea; la crisis que comenzó en octubre de 1929; millones de desocupados en las grandes potencias y también en los países de la periferia; miseria y hambre. Sin embargo, se quemaron plantíos de algodón para que no bajaran los precios más todavía; se echaron al mar centenares de miles de quintales de café para que no bajaran los precios más todavía; y había bocas hambrientas y espaldas inapropiadamente cubiertas en los crueles inviernos de los grandes países industriales. ¿Y eso es lo que puede ofrecerse como algo ejemplar a la juventud?

Y cuando todavía el mundo no se reparaba de las heridas de la crisis de 1929 y años siguientes, la Segunda Guerra Mundial más devastadora, más sembradora de ruinas y desolación: 28, 30, 40 millones de muertos. ¿Por qué se luchaba? ¡Ah, por la civilización, por la democracia, por la libertad! Mientras tanto, el hombre contemporáneo sumergido en la más profunda crisis de todos los tiempos, crisis vertical y horizontal, moral e ideológica. Crisis total. Las cámaras letales de Hitler en que murieron asesinados 6 millones de judíos; y en las postrimerías de la guerra: Hiroshima y Nagasaki, con sacrificio de miles de vidas inocentes; la guerra fría y Vietnam; la lucha en el cercano Oriente; en la América Latina la rebelión contra Arbenz en Guatemala y la “gloriosa victoria” de Foster Dulles; la invasión de Bahía de Cochinos planeada por la Agencia Central de Inteligencia; en 1965, Santo Domingo, la invasión, los marinos; y los acorazados que rodearon la isla para defender las vidas de los norteamericanos. Los norteamericanos salieron unos cuantos días después; mas ahí se quedaron unos cuantos meses sus protectores que ya no tenían que proteger a sus conciudadanos; las dictaduras castrenses cada vez en mayor número en nuestros países, dictaduras asesinas de la libertad del hombre: Brasil, Argentina, Paraguay, Perú y hasta el pequeño Panamá. ¿Y todo eso es lo que podemos los viejos y los adultos ofrecer como ejemplos y senderos futuros a la juventud? Parece que ello no es posible, y que la juventud, aun cuando no sepa bien los caminos a seguir, aun cuando no tenga ideas claras del presente, en el fondo son justificadas sus rebeldías.

¿Pero, qué es lo que está pasando en nuestro planeta? Lo que está pasando —ya lo dijimos antes— es que el mundo se halla sumergido en la crisis más honda en la historia del hombre. Crisis total; desigualdad entre los países; países ricos y países pobres; países pobres

que ya no quieren seguir siendo pobres; países ricos que lo son gracias a los países pobres, a los que han explotado por decenios y decenios. Dentro de cada país, ricos y pobres y los pobres ya no quieren ser pobres y los ricos son ricos muchas veces por la pobreza de los pobres. El hombre se halla como perdido en un laberinto sin encontrar la salida. Hay una ola de cieno que todo lo invade y corrompe. El hombre ha perdido la verticalidad interior y no encuentra su centro de gravedad: cultivo del erotismo, homosexualidad en los países más adelantados del globo. Algo parecido ocurrió en la Roma de la decadencia. Ahora hay que agregar la drogadicción. ¿Cuál es el camino? Hablamos en la conferencia pasada de la influencia que tendrá la segunda revolución industrial que ya está iniciándose. Indudablemente esa segunda revolución industrial influirá, como dijimos, en las relaciones sociales y ¿qué influencia tendrá en cuanto al mejoramiento de la persona humana? Se ha olvidado que lo humano es el problema esencial; eso lo vengo diciendo hace más de un cuarto de siglo. El hombre se ha olvidado del hombre; el arte, la ciencia, la técnica, no deben hacer su víctima propiciatoria al hombre, deben subordinarse al interés del hombre, servir al hombre para que el hombre se supere y nazca de él, el superhombre; no dentro del pensamiento nietzschiano, sino en cuanto al desarrollo armónico del hombre con la naturaleza y de todos los hombres entre sí; en cuanto a que el hombre deje de ser lobo del hombre y se convierta en amigo fraternal del hombre; pero los caminos parecen cerrados, parece que en los próximos años no podrán realizarse cambios sustantivos: 20 años, 30 años, 40 años. De aquí que se puede con buenas razones ser pesimista a la corta; pero hay que ser optimista a la larga, no hay ejemplo de una sociedad que se haya suicidado en el curso de los siglos. Hay que tener fe en el destino superior del hombre y que de todas las esperanzas muertas esperemos que nazca una nueva esperanza que ilumine las sendas por donde la humanidad, superándose a sí misma, logre conquistar para todos una vida mejor.*

* Jesús Silva Herzog, *De lo dicho y de lo escrito. Las utopías del Renacimiento y temas diversos*. Edición privada del autor fuera de comercio. México, D. F., 1977, pp. 35-50.

A PROPÓSITO DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

René Gonnard, en su extenso tratado sobre la historia de las doctrinas económicas, dice que la teoría del materialismo histórico no fue obra de Marx porque ya había sido bosquejada por escritores del siglo XVIII. No es Gonnard el único que participa de tal opinión; hay otros autores que piensan de igual manera. Con frecuencia los tratadistas de un país, especialmente si son originarios de alguna nación con robustas tradiciones patrióticas, escatiman méritos a los que han nacido fuera de sus fronteras. Esto se advierte de manera particular tratándose de autores franceses. Negar que Carlos Marx es el descubridor del principio materialista de la historia, porque antes que él hubo quienes pensaron en la importancia de lo económico en la evolución social, es semejante a sostener que Stephenson y Lilienthal no inventaron la locomotora y el avión porque Rogerio Bacon los había imaginado en el distante siglo XIII.

Ya Platón y Aristóteles conocían la importancia del factor económico. Uno y otro pensaban que el origen del Estado se encuentra en las necesidades de los hombres; Plinio y Columela sabían que la gran propiedad territorial y el trabajo esclavista iban a minar los cimientos del Imperio Romano; y seguramente que, en todas las épocas, es posible encontrar pensadores que se dieran cuenta de la influencia de los hechos económicos en la historia de sus pueblos. Harrington escribió que la proporción o equilibrio en el dominio de la tierra determina la naturaleza de un imperio; Malthus en Inglaterra y Pecquer en Francia, atisbaron el principio del materialismo histórico, y Proudhon hablaba de que las sociedades se mueven bajo la acción de las leyes de la Economía y se destruyen cuando las violan. Todo esto es verdad, y los ejemplos podrían multiplicarse; pero afirmar por ello que no fue Marx sino otro cualquiera el que descubrió la teoría del materialismo histórico, es injusto y además equivocado.

Adolfo Posada, al referirse a esta cuestión dice:

Pasa aquí una cosa muy natural: ninguna doctrina surge del cerebro de un filósofo, ninguna fórmula de acción cristaliza en la obra de un reformador, exclusiva, repentina y espontáneamente. La sustancia de la doctrina y el contenido de la fórmula flotan en el ambiente, surgen como cuestiones en momentos distintos, quizá alcanzan en autores anteriores o coetáneos grados de intensidad generatriz importantísimos. Pero sólo culminan la doctrina o la fórmula, o ambas cosas, en aquel filósofo o reformador, o ambas cosas, que logra cristalizarlas en una expresión resistente, atractiva, susceptible de una difusión rápida, de una asimilación general, que la incorpore a la corriente viva de la historia dramática.¹

Y el economista norteamericano Seligman, al discutir el problema de que se viene tratando, escribe que

si la originalidad debe únicamente proclamarse de aquellos pensadores que, no sólo formulan una doctrina, sino que reconocen por primera vez su importancia y sus supuestos, viniendo a ser elemento constructivo en su total sistema científico, no hay duda alguna de que Marx debe ser considerado como el inventor de la interpretación económica de la Historia.²

La teoría del materialismo histórico no nació del cerebro de Marx en momentos de inspiración, cual chispazo repentino o intuición milagrosa; fue resultado de hondas reflexiones y largos y laboriosos estudios. Ya a partir de 1843 se advierten en algunos de sus artículos observaciones tendientes a conceder importancia preponderante al hecho económico. En *La sagrada familia*, obra publicada en 1845 y escrita en colaboración con Engels (la mayor parte es de Marx), al dirigirse a los pensadores utopistas les pregunta que si piensan que pueden entender la primera palabra de la historia prescindiendo de las relaciones del hombre con la naturaleza, la ciencia natural y la industria; que si creen que pueden comprender época alguna sin penetrarse de la industria en aquel periodo, así como de los métodos

¹ Adolfo Posada, Estudio preliminar a la obra *La interpretación económica de la historia* de E.R.A. Seligman. Francisco Beltrán. Librería Española y Extranjera. Madrid, p. 44.

² Seligman. Obra citada. Pág. 120.

³ Es muy probable que lo que más ha perjudicado a esta teoría es el nombre que le dieron sus autores. Seligman la llama "interpretación económica de la historia" y Henri Sée "realismo histórico".

directos de producción en la vida del momento. Al modo como separan al alma del cuerpo y a sí mismos del mundo —agrega Marx— separan la historia de la ciencia natural y de la industria, buscando el origen de la historia, no en la gran producción material de la tierra, sino en las brumas y en las nubes que flotan en el cielo.⁴

Poco a poco va Marx precisando sus ideas y completando su teoría. La obra del sabio es siempre producto de la paciencia, de la meditación y del trabajo sistemático. En la *Miseria de la filosofía*, obra polémica escrita en 1847, y como es bien sabido en contra de la *Filosofía de la miseria* de Proudhon, Marx afirma que cambiando los medios de producción los hombres cambian sus relaciones sociales: el molino de brazos da la sociedad con el señor feudal y el molino de vapor la sociedad con el capitalista industrial. Añade que, los mismos hombres que establecen las relaciones sociales de acuerdo con la producción material, crean también los principios, las ideas, las categorías, conforme a esas relaciones; tales ideas o categorías son productos históricos y transitorios y tan sujetas a cambios como las relaciones que expresan.⁵ Fácilmente se advierte cómo Marx concreta cada vez más sus observaciones y cómo ahonda en el problema científico que ocupa su atención.

En el *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado aproximadamente un año más tarde que la *Miseria de la filosofía* y redactado por Engels y Marx, se hace una amplia aplicación de la teoría del materialismo histórico. Varios de sus pasajes son a este respecto característicos. A manera de ejemplo se incluyen los siguientes:

El descubrimiento de América, la circunnavegación de África abrieron nuevos horizontes e imprimieron nuevo impulso a la burguesía. El mercado de China y de las Indias Orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercaderías en general, dieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, atizando con ello el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición. El régimen feudal o gremial de producción que seguía imperando no bastaba ya para cubrir las necesidades que abrían los nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. Los maestros de los gremios viéronse desplazados

⁴ Carlos Marx y Federico Engels, *La sagrada familia*. Buenos Aires, Editorial Claridad, p. 205.

⁵ Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, incluida en el tomo *Crítica de la economía política*. Librería Bergua, Madrid, p. 338.

por la clase media industrial y la división del trabajo entre las diversas corporaciones fue suplantada por la división del trabajo dentro de cada taller. Pero los mercados seguían dilatándose, las necesidades seguían creciendo. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El invento del vapor y la maquinaria vinieron a revolucionar el régimen industrial de producción. La manufactura cedió el puesto a la gran industria moderna, y la clase media industrial hubo de dejar paso a los magnates de la industria, jefes de grandes ejércitos industriales, a los burgueses modernos. La gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial imprimió un gigantesco impulso al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez, estos progresos redundaron considerablemente en provecho de la industria, y en la misma proporción en que se dilataban la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, crecían sus capitales, iba desplazando y esfumando a todas las clases herederas de la Edad Media. Vemos, pues, que la moderna burguesía es, como lo fueron en su tiempo las otras clases, producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales operadas en el régimen de cambio y de producción.⁶

En 1852 Marx escribe una serie de artículos para explicar, de acuerdo con sus ideas científicas, el golpe de Estado de Luis Bonaparte. Estos artículos forman una obra completa y se publicaron bajo el título de *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. En el trabajo citado Marx dice que los hombres hacen su propia historia, pero no según sus propios deseos y bajo las condiciones por ellos mismos elegidas, sino según aquellas que les han sido dadas y transmitidas. También afirma que la tradición de las generaciones muertas pesa como una montaña sobre el cerebro de los vivos.⁷ De paso se hace notar que Marx concede también, clara y expresamente, una gran importancia a la tradición, es decir a factores no económicos sino más bien de carácter cultural. Los hombres hacen su propia historia pero no libremente, sino de conformidad con los antecedentes históricos y la realidad objetiva, no a su capricho sino en consonancia con los sistemas de producción. Por ejemplo: ningún hombre, por inteligente y fuerte que sea, y aun cuando tenga una extraordinaria personalidad e influen-

⁶ C. Marx y R. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*. Madrid, Editorial Cenit, 1932, pp. 61-62.

⁷ Carlos Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Madrid, Barcelona, Valencia, Ediciones Europa-América, 1937, p. 11.

cia en un grupo social determinado, puede lograr que ese grupo, si está organizado en un régimen capitalista se transforme en sociedad medioeval. El grande hombre puede señalar caminos a su pueblo, mas siempre dentro del marco impuesto por las condiciones económicas imperantes, pues de lo contrario se convertiría, en el mejor de los casos, en noble y estéril sembrador de utopías.

Pero no es sino hasta el año de 1859 cuando Marx, en su obra *Crítica de la Economía Política*, resume con toda claridad su doctrina del materialismo histórico, o de la interpretación económica de la historia, o del realismo histórico, como algunos autores —a mi juicio con razón— consideran que es más apropiado llamarla.

En el prólogo de la obra precitada escribe Marx:

Mis investigaciones dieron este resultado: que las relaciones jurídicas, así como las formas de Estado, no pueden explicarse ni por sí mismas, ni por la llamada evolución general del espíritu humano; que se originan más bien en las condiciones materiales de existencia que Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y franceses del siglo XVIII, comprendía bajo el nombre de “sociedad civil”; pero que la anatomía de la sociedad hay que buscarla en la economía política. Había comenzado el estudio de ésta en París y lo continuaba en Bruselas, donde me había establecido a consecuencia de una sentencia de expulsión dictada por el señor Guizot contra mí. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, me sirvió de guía para mis estudios, puede formularse brevemente de este modo: en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productoras materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia. Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas productoras que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas

fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura.⁸

Efectivamente, no es posible explicar los fenómenos históricos sin conocer a fondo las condiciones económicas de cada época y de cada país, es decir, sin conocerlas en el tiempo y en el espacio. Los cambios efectuados en la organización social de la tribu primitiva y de los primeros pueblos históricos, como ya lo demostró Morgan, han obedecido, fundamentalmente, a cambios en los medios para satisfacer las necesidades materiales; y lo mismo la historia de las ciudades griegas, que la de Roma, la de la Edad Media o la de cualquiera otra época o nación, sólo puede comprenderse con claridad y descubrir el enlace lógico de acontecimientos aparentemente oscuros o contradictorios, a la luz del materialismo histórico y con el microscopio del análisis económico. Esto es cierto, pero a juicio nuestro también es verdad que no es esa la única luz ni es éste el único microscopio. Hay otras luces y otros microscopios que precisa utilizar para obtener una visión completa de la vida social.

Los cambios políticos y jurídicos no son fenómenos primarios sino secundarios; no son en la mayoría de las veces causa sino efecto de las transformaciones en la economía. Claro está que en algunos casos y en circunstancias determinadas puede influirse en la vida económica de una nación por medio de cambios políticos y legislativos; pero casi invariablemente tal influencia es superficial y transitoria, predominando al fin las normas de la organización económica, las que imprimen orden y dirección a la superestructura jurídica y política.

La necesidad económica es, por consiguiente —dice Harold J. Laski—, el fundamento sobre el cual deben construirse todas las demás partes de la estructura social. En “El Manifiesto Comunista” Marx intentó resumir su opinión del desarrollo histórico conforme a sus creencias. Y no es posible negar su veracidad. Es evidente, por ejemplo, que la sociedad feudal transforma todas las instituciones para adaptarse a sus necesidades especiales. La ley se estructura conforme a las relaciones que fijan al hombre en un sistema de posesión concebido en interés de los propietarios; hasta la religión misma se adapta a las necesidades del feudalismo.⁹

⁸ Marx, *Crítica de la Economía Política*. Madrid, Librería Bergua, pp. 6-8.

⁹ Harold J. Laski, *Comunismo*. Barcelona-Buenos Aires, Editorial Labor, p. 49.

Es indudable que cualquier sistema de producción, lo mismo si se trata de una sociedad agrícola primitiva que de la sociedad económica moderna, implica una serie de relaciones particulares entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre; y, es indudable también, que esas relaciones se modifican con cierta frecuencia histórica de acuerdo con el progreso técnico y la organización de las fuerzas productoras. Al modificarse esas fuerzas, al progresar la técnica, al cambiar las relaciones entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre, es lógico y por otra parte inevitable, que cambie toda la base de la estructura económica y con ella la vida política, el derecho, las costumbres y los conceptos sobre las cuestiones más vitales e importantes en la existencia del hombre.

De todo lo anterior no debe desprenderse que se crea que el pensamiento es un mero producto mecánico de las condiciones económicas de la sociedad; es, como dice G.D.H. Cole, una fuerza independiente, pero que toma forma y dirección de los problemas que la situación objetiva presenta.¹⁰

No es posible concebir la sociedad económica contemporánea con su producción en gran escala, sus grandes fábricas y su mercado internacional, regida, en cada país, por monarquías de tipo feudal. Y es que, a cada estructura económica corresponde una organización política que se ajuste o que debe ajustarse a ella pieza por pieza; que armonice o que debe armonizar con la mayor perfección posible en todos sus variados aspectos. Si tal no ocurre la inconformidad social, activa o pasiva, o las revoluciones, son inevitables.

Por otra parte, ningún sistema económico —según dice también Cole— puede desarrollarse completamente sin la ayuda de un sistema legal en armonía con sus necesidades. Ésta es la razón por la cual toda revolución económica produce revoluciones en el campo político y en el jurídico.¹¹

La organización económica, ya se ha apuntado antes, no sólo influye en lo político y en lo jurídico sino también en los demás aspectos de la vida, incluyendo el aspecto moral. Un triple estudio comparativo de la moral de las ciudades griegas, en la Italia medioeval y en los Estados Unidos, por ejemplo en la tercera década del siglo XIX, nos mostraría diferencias muy acentuadas que, en buena parte, sólo pueden explicarse por las diferencias estructurales. Seligman, al examinar el problema que se esboza, escribe: “La idea de la moralidad

¹⁰ G.D.H. Cole, *What Marx really meant*. London, Víctor Gollanez, p. 85.

¹¹ *op. cit.*, p. 78.

no sólo es un producto histórico, sino que su contenido cambia con el estado de la civilización y con la clase social".¹² En apoyo de la opinión de Seligman bueno es recordar las ideas y costumbres de los campesinos y compararlas con las del habitante de la gran ciudad, o las costumbres y las ideas de los países de cultura occidental a fines del siglo pasado y las que privan en los tiempos que corren. Y esto, tengámoslo presente, sólo en un lapso en medio siglo.

No obstante todo lo que se ha dicho en los párrafos anteriores acerca de la enorme importancia de lo económico en la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos, ello no implica que se considere, como pretenden los detractores del materialismo histórico y del socialismo, o los marxistas principiantes, que sólo el factor económico condiciona la historia, con absoluta exclusión de todos los demás móviles humanos. El materialismo histórico afirma que los medios de producción determinan la organización de la economía local, nacional o mundial y que, esta organización, influye invariablemente e imprime fisonomía particular en la vida política, jurídica, moral, religiosa, y en todas las manifestaciones del pensamiento; pero el materialismo histórico no niega, sino afirma, que el pensamiento de los hombres, la religión, la moral, la política y las leyes, influyen a su vez en la economía y por lo mismo en la historia. En resumen, el materialismo histórico sostiene con argumentos científicos incontrovertibles, que los factores económicos son preponderantes, decisivos, pero no los únicos.

Seligman, que no es marxista, dice que "la interpretación económica de la historia —recordemos que así llama él al materialismo histórico— significa, no que las relaciones económicas ejerzan una influencia exclusiva, sino que la ejercen preponderantemente en el progreso de la sociedad".¹³ En otra parte agrega el mismo economista que:

La interpretación económica de la historia debidamente formulada, no agota las posibilidades de la vida y del progreso; no explica todas las delicadezas del desenvolvimiento humano; pero señala las fuerzas que hasta ahora han sido, en gran parte, el instrumento del origen y caída de la prosperidad y decadencia, de la gloria y el fracaso, de la felicidad e infortunio de los pueblos y naciones. Es una explicación relativa más bien que absoluta...¹⁴

¹² Seligman, *op. cit.*, p. 187.

¹³ Seligman, *op. cit.*, p. 135.

¹⁴ *Ibid.* p. 226.

Por su parte, Henri Sée, que tampoco es marxista, escribe lo siguiente:

Reconozcamos, pues, que esta doctrina tal como la han concebido sus fundadores (menos intransigentes, por otra parte, y de un espíritu más amplio que muchos de sus discípulos excesivamente celosos), aparece como una construcción poderosa y que contiene sólidos materiales y una gran parte de verdad. El materialismo histórico o si se prefiere la interpretación económica de la historia, ha prestado y sigue prestando grandes servicios a la ciencia histórica.¹⁵

En nuestro propósito de dar la más clara y completa idea de la cuestión, y apoyar nuestros juicios en los de autoridades reconocidas, vamos a citar a otros autores más: Harold J. Laski que cuando escribió su obra de crítica titulada *Comunismo*, no era marxista, dice en ella lo que sigue: “Aceptar la concepción materialista no es, sin embargo, decir que explica todos los fenómenos históricos. En la obra de Marx existen pasajes en que parece que se ha hecho tal afirmación, y algunos de sus discípulos menos cautos han escrito —erróneamente— como si este fuera el punto de vista adoptado por él. En efecto, Marx mismo, por regla general, precisaba los límites dentro de los cuales tenía aplicación la teoría.”¹⁶ En otra parte escribe: “Tampoco insiste en que las condiciones económicas son las únicas causas del cambio; simplemente arguye que son su causa principal. En síntesis, es un argumento para evidenciar que la situación del hombre es la preceptora de su deber, y que en esta situación, los elementos económicos son de importancia suprema, simplemente porque los medios de subsistencia son la primera cosa a que los hombres deben dedicar su atención”.¹⁷ Y Laski concluye “que la interpretación materialista de la historia es innegable como doctrina general”.¹⁸

Otto Rühle, que sí es marxista, opina que el materialismo histórico no ha dicho jamás —como lo quiere una interpretación trivial y grosera— que sólo las necesidades del estómago son el gran motor de la historia. Ha partido sólo de la comprobación de que el hombre —como lo dijo Engels en el discurso que pronunció en la tumba de Marx—, antes de hacer política, literatura y arte necesita comer, ves-

¹⁵ Henri Sée, *Materialismo histórico e interpretación económica de la historia*. Biblioteca Ercilla, Santiago de Chile, 1934, p. 75.

¹⁶ Laski, *op. cit.*, p. 67.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 62 y 63.

¹⁸ *Ibidem*, p. 73.

tirse y habitar. El materialismo histórico no se ha encerrado nunca en la parcial afirmación según la cual lo económico es la única raíz de toda evolución histórica; pero ha subrayado el hecho de que ello es, entre todos los factores relativos a la evolución humana, el que en último término explica las situaciones. En otro párrafo el mismo autor escribe textualmente:

El materialismo histórico no ha negado nunca la influencia del espíritu, ni ignorado jamás la potencia de las ideas, ni arrasado jamás la importancia del alma en los acontecimientos de la historia. Por el contrario: atribuyendo al hombre el papel de factor histórico, honró con él todas las dotes humanas, alma, espíritu, conciencia e ideas. Sólo rehusó ver, como hacen los idealistas, en el puro mundo del espíritu, en la idea absoluta o en el yo moral, la piedra angular de la evolución histórica.¹⁹

Pero hay más todavía. El mismo Engels, en una carta escrita varios años después de la muerte de Marx, dice:

Desde el punto de vista materialista de la historia, el factor que, en último término, es decisivo en la Historia, es el de la producción y la reproducción de la vida real. Jamás hemos asegurado otra cosa ni Marx ni yo. Pero cuando alguien tergiversa esto hasta decir que el factor económico es el único elemento, convierte tal afirmación en una frase insensata, abstracta y absurda. La condición económica es la base; pero los varios elementos de la superestructura —las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados—, las constituciones, las formas jurídicas y todos los reflejos de estas luchas en los cerebros de los participantes, lo político, lo jurídico, las teorías filosóficas, los puntos de vista religiosos. . . todo ejerce una influencia sobre el desarrollo de las luchas históricas, y en muchos casos determinan su forma.²⁰ Se hace notar que Engels dice que “determinan su forma”; no dice que su esencia o su aspecto fundamental.

Antes de concluir es oportuno insertar la opinión de Wilfrido Pareto, que no es marxista, acerca del materialismo histórico. Dice Pareto: “La sabia interpretación de la concepción materialista de la historia, nos acerca más a la realidad y posee todos los caracteres de una teoría

¹⁹ Otto Rühle, *Carlos Marx*, Santiago de Chile, 934, Biblioteca Ercilla, p. 260.

²⁰ Seligman, *op. cit.*, pp. 210 y 211.

científica. De hecho, se confunde con el determinismo histórico y examina en la Historia hechos cuyas relaciones se trata de descubrir. La concepción materialista de la Historia es, bajo esta consideración, sencillamente, la concepción objetiva y científica de la Historia".²¹

Es tan clara, tan lógica, tan apegada a la verdad y a los métodos científicos la teoría del materialismo histórico —el nombre también a nosotros nos desagrada— y tiene tan firme apoyo en la experiencia de los siglos, que no es fácil explicarse la obstinada incomprensión de ciertos escritores inteligentes e ilustrados. Es que se trata de personas con prejuicios, vinculadas a intereses religiosos, semif feudales o capitalistas, quienes creen, no sabemos hasta qué punto con razón, que aceptar el materialismo o realismo histórico es aceptar el socialismo; pero cualquier pensador independiente, poseído del noble anhelo de descubrir la verdad donde se encuentre, y que además estudie concienzudamente el problema, no podrá dejar de reconocer que el factor económico es predominante en la historia, aunque no el único— bueno es insistir en ello—, y que, sólo por medio del materialismo histórico, es posible entender y explicar de manera satisfactoria la evolución de las sociedades pretéritas y los fenómenos y problemas de las naciones contemporáneas.*

Julio de 1936

²¹ Wilfrido Pareto, *Les Systèmes Socialistes*. París, Marcel Giard, tomo II, p. 402.

* *Futuro. Revista Popular*. Tercera época, no. 5., México, D. F., julio de 1936, pp. 22-25 y 31.

LO HUMANO, PROBLEMA ESENCIAL

Todo hombre aspira a mejorar sus condiciones de existencia con repetida terquedad. No importa que se fracase una y muchas veces. Hay un venero de esperanzas, inagotable y recóndito, que nace en algún rincón de la conciencia y fluye silenciosamente hasta invadirla con ancho cauce reparador. Claro está que esa cuenca escondida no tiene en todos los seres humanos idéntico raudal, ni es de la misma intensidad el ímpetu de su corriente de traslación. De aquí toda una fauna rica en su variedad y en consecuencia múltiple en la acción; pero nadie puede vivir sin ese interno y perenne renovarse, sin el pensamiento de que mañana será más dichoso que hoy o menos desventurado que ayer, sin motivos que justifiquen su existir y sin mirar en la lejanía alguna nueva constelación.

Y lo que acontece con los hombres individualmente considerados ocurre con los grupos sociales. La esencia es la misma, aun cuando por supuesto cambia el matiz y la expresión del perpetuo deseo de mejoramiento. Tal vez cabe decir que la historia no es sino el esfuerzo de los pueblos para alcanzar cada vez un más alto y permanente bienestar. Lo mismo en Egipto que en Babilonia, en Grecia que en Roma, y en la Edad Media que en las épocas moderna y contemporánea, todos los grupos sociales han estado de acuerdo, con las inevitables diferencias de tiempo y espacio, en lograr la superación de su destino, en la lucha incesable para conquistar las mismas metas deslumbradoras e idénticos horizontes de claras perspectivas; mas los caminos han sido con frecuencia distintos, con direcciones opuestas muchas veces, con impulso hacia los cuatro puntos cardinales; y, estas diferencias, no sólo han sido en etapas lejanas unas de otras, sino también en el mismo siglo y en la misma hora del devenir histórico.

En tanto que el pueblo judío por habitar en territorio pobre, poco propicio a un amplio desenvolvimiento económico, se refugia en la gasa de un ensueño místico y grandioso que vislumbra la obra creadora

de la religión universal, los griegos fincan sus ideales en múltiples direcciones que abarcan todos los senderos. Paralelamente al desarrollo de la industria, de la navegación y del comercio, fundan la vida política del ciudadano y cultivan con capacidad de plenitud fulgurante la filosofía, las ciencias y las bellas artes. Con cuánta razón dijo hace varias décadas un ilustre pensador de Francia, que las ciudades griegas constituyen el milagro más grande de la historia y que fue en ellas donde empolló la civilización.

Roma construyó los cimientos de la jurisprudencia. Quiso conquistar y tener bajo su dominio a todos los pueblos y en buena parte lo consiguió. Poco más tarde fue maestra para divulgar por el mundo la religión de Judea, ennoblecida e iluminada por la luz del cristianismo primitivo, así como también la cultura radiosa de la Grecia inmortal.

Hay que reconocer que tanto en Judea como en Grecia y en Roma, muy por debajo de las clases directoras de la política y del pensamiento, millares de esclavos y de hombres libres deshechos por la miseria, yacían dolientes en el fondo pantanoso de la vida colectiva, o se agitaban de vez en vez en actitud rebelde y amenazadora en contra del orden establecido. Estos seres, víctimas de explotación secular, influyeron sin saberlo, como masa amorfa que pesaba en el ámbito político, social y económico, en el rumbo ideológico de sus profetas, artistas y pensadores.

La Edad Media tuvo por ideal terrestre el ascetismo y la pobreza, desplegando su anhelo más allá de lo humano, más allá de la vida y de la muerte. Por eso hay quienes afirman, tal vez con justedad, que la construcción del mundo medieval significó un esfuerzo titánico y a la par sombrío para conseguir la deshumanización del hombre.

Pero ni en Babilonia ni en Egipto, ni en Judea, Grecia o Roma, ni en la Edad Media, lograron los pueblos en su marcha continua por múltiples vías, aproximarse siquiera a la Tierra de Promisión, a la ciudad de maravilla, cima y síntesis de sus anhelos. Se inventaron con ingenio diabólico mundos ilusorios como refugio para los desheredados, refugio caritativo que entre otras ventajas contenía la de no costar nada a sus generosos donadores; se idearon sistemas para hacer más dichosos o menos desventurados a los hombres; y, ya puestos en marcha, sus autores tomaron el medio por el fin y cegados por la pasión y el amor propio, se olvidaron del hombre y lo hicieron víctima del sistema. Esta antinomia se ha repetido una y cien veces en la atmósfera social, pudiendo observarse con honda inquietud torturante, la ten-

dencia de su índice que ha sido y sigue siendo ascendente en el ritmo de crueldad.

El Renacimiento económico de Europa occidental comienza en el siglo XIII y anuncia a la distancia, y prepara con lentitud histórica el renacimiento intelectual. Renace la vida económica y con ella las culturas de Grecia y Roma. La humanidad se humaniza y sangre nueva y rejuvenecida corre por el cuerpo político de Occidente.

A partir del siglo XVI se va robusteciendo el capitalismo cada vez más y más. Las reformas religiosas de Lutero y Calvino, particularmente la llevada a cabo por este último, tuvieron su origen, por lo menos en parte, en la necesidad de ajustar la conducta cristiana a las exigencias de la vida económica. Desde entonces, con intensidad creciente, el ideal humano preponderante ha sido la acumulación de riquezas, la obtención de lucro, el sueño egoísta de los mercaderes. Las voces generosas y atormentadas de Tomás Moro, de Erasmo y de Juan Luis Vives, fueron acalladas por el tumulto de las ferias y los gritos de los comerciantes propagando sus mercancías. Hermes estableció su imperio, que ha durado ya varias centurias, en todos los países de la tierra y sobre las ruinas de los viejos ideales de la antigüedad, de la Edad Media y del Renacimiento.

No puede negarse que el capitalismo fue un régimen creador, pero así en pretérito perfecto y no en presente. El ansia de lucro y la conquista de mercados internacionales favorecieron las invenciones mecánicas, crearon necesidades nuevas que hicieron presión en el ambiente económico de la época hasta influir en el rumbo que habían de seguir la ciencia y la técnica. El progreso realizado en Inglaterra desde principios del último cuarto del siglo XVIII y un poco más tarde en varias naciones de Europa, así como también en países de otros continentes, es algo sin precedente, verdaderamente extraordinario y maravilloso. La hermosa utopía que Francisco Bacon diseñó con mentalidad de poeta en *La Nueva Atlántida*, se ha realizado plenamente o está a punto de realizarse en su totalidad; pero sólo en cuanto al progreso técnico y científico y no en lo que atañe a la vida íntima y esencial del hombre, el que había alcanzado la perfección en la obra con matiz de quimera del gran filósofo inglés.

Sin poderlo afirmar con exactitud, es quizá acertado decir que desde fines del siglo pasado el capitalismo dejó de ser instigación al progreso, a causa de sus internas contradicciones; las crisis periódicas, las pugnas con acentuación creciente entre la burguesía y el proletariado y la competencia internacional entre las grandes unidades económicas de los más poderosos imperios, han producido trágicas anti-

nomias y los más desoladores resultados en la existencia individual y colectiva. Se han descubierto y domeñado fuerzas naturales insospechadas y los descubrimientos científicos causan asombro creciente día tras día. Sin embargo, el hombre en la actualidad se ignora a él mismo, tanto como cuando el viejo Sócrates diera a la humanidad su sabio consejo imperativo, cuya hondura y dificultades para seguirlo no han sido todavía cabalmente apreciadas. El hombre es hoy, a pesar de la velocidad alcanzada para trasladarse de un lugar a otro del planeta, de la radio, de la electricidad y de las comodidades de que ha sabido rodearse, tan feliz o desdichado como lo fuera en el pretérito lejano. Es que el problema de la felicidad humana no es solamente cuestión exterior sino interior; es el más trascendente de todos los problemas y su solución estriba en hallar las fórmulas o en descubrir los medios para armonizar al hombre con la naturaleza, al hombre con los demás hombres y sobre todo al hombre con él mismo. Mientras tanto continuará nuestra especie caminando al azar por la sombra espesa de su historia, de fracaso en fracaso, de derrota en derrota y dando tumbos en la noche larga y doliente del tiempo, en espera ansiosa del futuro amanecer.

El valenciano Juan Luis Vives, escribió en su dedicatoria a Carlos V, de la obra titulada *Concordia y Discordia*, fechada en la ciudad de Brujas el 1o. de julio de 1520, lo siguiente:

A causa de las continuas guerras que, con increíble fecundidad han ido naciendo unas de otras, ha sufrido toda Europa tantas catástrofes que casi en todos los aspectos necesita de una grande y casi total reparación. Pero ninguna cosa le es tan necesaria como una paz y concordia que se extienda a todo el linaje humano.

Devastados están los campos y desiertos; los edificios de las poblaciones, en ruinas, las ciudades, unas, por tierra y otras, despobladas en absoluto; los alimentos, raros y a precios fabulosos; la cultura, aletargada y casi muerta; las costumbres, depravadas; las ideas, tan pervertidas, que a los crímenes se les aplaude como hechos meritorios.

Todo esto está pidiendo y exigiendo una reparación y reconstrucción lo más amplia posible. Y a gritos nos están diciendo los tristes restos de aquellas grandes cosas, que no pueden sostenerse si no se acude pronto a reparar la ruina.

Pero aun cuando todas estas cosas se repongan al estado de esplendor de donde cayeron, de seguro que no podrán conservarse mucho tiempo, si no se basan en la paz y concordia. Por las disensiones

entre príncipes y particulares cayeron: por las disensiones volverán a caer, cuantas veces vuelvan a surgir éstas. Por eso, no hay nada tan necesario hoy para conservarse el mundo en su equilibrio y no perecer del todo, como la concordia. Ésta basta por sí para reparar lo quebrantado: para hacer volver lo que huyó: para recobrar lo perdido y llorado.

Párrafos escritos ya hace algo más de cuatro siglos y que parecen hoy redactados, que quebrantan nuestra soberbia y apagan, o por lo menos atenúan, la fe en los destinos del hombre; párrafos que comprueban la lentitud desesperante con que la humanidad avanza; párrafos desoladores y tristes, de colores sombríos, pero que resultarán tenues en comparación con las páginas en que los autores del presente o del futuro inmediato, habrán de describir las dantescas escenas de la guerra actual. Será necesario acudir a la invención de vocablos nuevos para poder pintar con fidelidad la tragedia angustiada y macerante. Jamás, en ninguna época de la historia se había producido, en cantidad y en calidad, tan profundo dolor como en nuestros días. Y esto ha ocurrido cuando todavía se escuchaba el eco de las voces superficiales y optimistas de los años de 1927, 1928 y buena parte de 1929, que hablaban de que por fin la sociedad capitalista había encontrado la fórmula del perpetuo bienestar humano.

Y ahora se ofrecen varias soluciones, varios caminos para trepar hasta la cumbre de la montaña en donde se halla escondido el paraíso terrenal. Hay un sistema que trata de ocupar todos los espacios geográficos y proclama la superioridad de una raza sobre todas las demás, que consagra la fuerza y la coloca por encima de todos los derechos, y pretende hacer del hombre algo así como una tuerca o un tornillo de una máquina gigantesca que pone en movimiento el jefe del Estado; la mujer debe retroceder en su evolución, debe ser para siempre esclava en el hogar, muñeca de placer para solaz del guerrero o ambas cosas a la par. Hay otro sistema cuyo proceso experimental lleva ya veinticuatro años y se realiza en la sexta parte del mundo; se trata de una edificación social que asienta sus bases en las teorías científicas de Carlos Marx y Federico Engels. En sus grandes trazos generales, el éxito de ese régimen socialista no puede negarse; pero ello ha costado sacrificios inmensos, la crueldad y los errores inevitables no han sido escasos, y todavía se encuentra distante la victoria definitiva. Por último, el tercer sistema se apoya en los arcaicos principios de la democracia política y de la libertad política también, sistema que ha sido hasta ahora para beneficio de las minorías, que tiene hedor de cosa

vieja y se halla carcomido por la obra implacable del tiempo. No tendríamos nada que objetar si se hablara de una nueva democracia y de una nueva libertad; de una libertad y de una democracia en lo económico, en lo político y en lo social; de una democracia y de una libertad sin tergiversaciones, que abarcaran todos los horizontes de la cultura y cubriesen todos los ámbitos materiales de la existencia.

Todos han olvidado al hombre que es lo fundamental. Que no nos hablen de la ciencia por la ciencia ni del arte por el arte, sino del arte y de la ciencia al servicio del hombre. Que no nos hablen del progreso, de la cultura o de la civilización con alejamiento del interés concreto de la especie humana. El hombre es periferia y centro, medio y fin, irradiación y foco luminoso de él mismo. El hombre, afirman algunos, es el ser biológico más maravilloso que existe en la naturaleza, otros dicen que es chispa inefable desprendida de la Divinidad, y unos terceros que piensan con pensamiento católico, sostienen orgullosamente que es la imagen de Dios. Empero, todos lo han traicionado y han hecho del hombre su propia víctima sangrienta, su propio verdugo y el autor de su largo martirio ya muchas veces secular.

Y en esta hora intensamente trágica de la historia, en esta hora en que en la vieja Europa se asesina con furia inaudita y se destruyen muchas de las más valiosas obras materiales acumuladas por el esfuerzo de las generaciones pretéritas, y se subvierten los principios éticos más elementales; en esta hora en que la ruina y la desolación amenazan invadirlo todo, es preciso que se oiga un grito salvador cuyo eco atravesase los mares y se repita de montaña en montaña. Ese grito no lo puede lanzar la Europa torturada, ni quizá tampoco los Estados Unidos porque lo apagarían las voces imperativas de los financieros; tiene que brotar de gargantas americanas, de nuestra América, de "la América Nuestra —como dijo Darío— que tenía poetas desde los viejos tiempos de Netzahualcóyotl". Es preciso decir una y mil veces que lo que importa es el hombre, que lo que importa es conservar sus valores auténticos y lograr su superación. El ideal supremo estriba en que del hombre nazca el superhombre. La ciencia y el arte deben aspirar a esa ilimitada finalidad.

Al hablar del hombre pensamos en plural y no nos referimos al hombre económico, metafísico o biológico, porque ésas son meras abstracciones; nos referimos al hombre en todos sus variados aspectos y contenido múltiple, al hombre en su total integridad. Y al bienestar, a la felicidad y a los destinos superiores de ese ser complejo y contradictorio precisa subordinar toda actividad creadora: la estructuración económica, los sistemas políticos y sociales, la investigación científica

y la obra de arte. Hay que buscar en un nuevo humanismo los materiales para construir el mundo del mañana.

Finalmente, es preciso que los iberoamericanos nos preparemos para el futuro inmediato en cuanto la guerra termine. Si Alemania triunfa intentará la germanización de nuestra América, y cosa semejante sucederá si obtienen la victoria otras potencias. Nosotros debemos defendernos, debemos defender nuestra tradición cultural en lo que tiene de valioso, debemos vaciarnos en moldes propios, sin que por supuesto, nos neguemos a aceptar corrientes ideológicas de fuera, cuando ellas se adapten a nuestra realidad y sean ventajosas para nuestro desenvolvimiento. Tengamos conciencia de nuestras analogías históricas, de las semejanzas en varios de nuestros problemas; tengamos conciencia de nuestra personalidad como naciones que tienen características privativas, porque unidos los de Iberoamérica en un propósito común, con la eficaz cooperación intelectual de los españoles ilustres que han encontrado asilo en nuestras patrias después del desastre de la República, nos será posible actualizar el sueño de Bolívar e influir por vez primera en forma decisiva en el drama de la historia universal.*

* *Cuadernos Americanos*, núm. 1, enero-febrero. México, 1942, pp. 9-16.

CRISIS HUMANA Y POSGUERRA

El mundo de la seguridad

Stefan Zweig llamó en uno de los últimos libros que escribiera, el mundo de la seguridad al periodo que comprende las dos o tres últimas décadas del pasado siglo y los primeros trece años del presente. En efecto, Zweig tiene razón: de la guerra francoprusiana a la Primera Guerra Mundial, hay un lapso de alrededor de cuarenta años, en el que la fe en el progreso y el más firme optimismo en los destinos humanos dominan en las clases acomodadas. Se nos vienen a la memoria algunas de las páginas de Ernesto Renan, el admirable historiador y estilista francés, y las de otros escritores europeos que reflejan su confianza en las nuevas conquistas realizadas en los varios campos de la existencia colectiva. Se creía entonces que todo marchaba maravillosamente, que sólo hacía falta ajustar unas cuantas piezas del mecanismo social; en fin, que el hombre se hallaba a punto de convertir en realidad el sueño hermoso de Francisco Bacon. La Nueva Atlántida iba a ser para siempre la morada perfecta de las inmediatas generaciones.

Se hablaba del adelanto logrado en las ciencias, sobre todo en las aplicadas como la química, que hacía ya varios lustros había descubierto los medios para modificar las características naturales de los suelos. La máquina de coser aliviaba el trabajo de las mujeres laboriosas; el teléfono podía llevar la palabra humana a distancias enormes; las redes telegráficas dominaban cada vez mayor número de zonas geográficas, y las cintas de acero de los ferrocarriles cruzaban las llanuras inmensas, violaban las selvas y trepaban por las más escarpadas montañas. La fábrica moderna se agrandaba y producía año tras año cantidades crecientes de mercancías a precios más baratos; y empezaban a aparecer los grandes capitanes de la industria, los reyes del petróleo o del acero, nuevos personajes en la historia económica que reunían

rápidamente fortunas inmensas, cual jamás pensaron acumular los reyes más poderosos en los más ricos imperios de los pasados siglos.

En la vida social también se realizaban notables conquistas: las escuelas se iban multiplicando, la cultura se generalizaba, aparecía el seguro social como medio para atenuar la violencia de la lucha de clases; se hacían concesiones, por supuesto mínimas, a los trabajadores en Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania; y, el papa León XIII, hombre de su tiempo, publicaba su célebre encíclica *Rerum Novarum*.

A principios del siglo las grandes capitales europeas como París, Viena, Berlín y Londres, se embellecían con hermosos edificios, anchas avenidas que sombreaban hileras paralelas de árboles copudos y frondosos, extensos parques zoológicos, bosques y jardines en que era posible hallar soledad y breve reposo en el mismo corazón de las ciudades populosas. Los museos se enriquecían con nuevas obras de arte. La exposición de París de 1900 fue la demostración objetiva del progreso alcanzado en los últimos años del siglo que moría. Un viaje a Europa, y sobre todo vivir en París, era el sueño de oro, el ideal con más intenso amor acariciado por los sabios y artistas de los países latino-americanos.

Nuestros padres y abuelos vivieron alegres y confiados. Sólo de tarde en tarde turbaba su existencia apacible las noticias de los periódicos sobre algún crimen truculento, cometido en cualquier rincón del mundo, o los informes de la erupción volcánica en alguna isla lejana en el Mar Caribe. Como lo hace notar el mismo Zweig, creían primero en el progreso y después en la Biblia. No sospechaban que el huracán se hallaba cerca y que barrería con furia su mundo orgulloso, construido sobre la arena movediza de un anhelo imposible; no pudieron imaginar que muchos de sus hijos y de sus nietos iban a ser víctimas de una tragedia con perfiles dantescos; no sospechaban que el mundo de la seguridad se transformaría de un solo golpe en el mundo de la inseguridad.

En México también tuvimos nuestro mundo de la seguridad. El largo periodo de gobierno del general Díaz tiene características muy semejantes a las que imprimieron fisonomía particular a la Europa del mismo momento histórico. La misma fe en el progreso; la misma confianza en las excelencias de la organización económica, social y política; la misma tendencia a hermohear las grandes ciudades; la misma ignorancia de la realidad. Es curioso comparar *El mundo de ayer* de Stefan Zweig, que se refiere a Europa, y *El hombre del buho*, del poeta Enrique González Martínez, que trata sobre México. Ambos libros, un tanto autobiográficos, describen la misma época en dos continentes

distintos, siendo notables los puntos de coincidencia. Se nos ocurre pensar que la obra del porfirismo no fue tan sólo producto de la habilidad administrativa del célebre estadista mexicano, sino en buena parte el resultado de idénticas fuerzas históricas que, en un momento dado, fijaron parecidos rumbos a los países de cultura occidental o influenciados por esa cultura.

Tienen razón los ancianos que en México recuerdan nostálgicamente los buenos tiempos de don Porfirio, de igual manera que la tienen los viejos franceses que añoran la Francia dichosa de principios del siglo. Unos y otros no pueden olvidar el mundo grato en que vivieron los mejores años de su vida: el mundo de la seguridad.

Contradicciones sociales

Aquellas generaciones no advirtieron las fuerzas contrarias que chocaban en la atmósfera social; y no advirtieron la importancia de la lucha del proletariado en contra de la burguesía, la lucha derivada de la competencia comercial dentro de los límites de cada país y entre los países; no advirtieron los intereses en pugna de las naciones industrializadas y los pueblos coloniales, ni tampoco las contradicciones irreducibles entre la civilización cristiana y la civilización mercantil.

El comerciante enriquecido practicaba los domingos los ritos de la religión de Cristo, sin perjuicio de que los demás días de la semana adorase a Mercurio, dios latino, protector de los mercaderes y ladrones.

Desde la revolución industrial aparecen al mismo tiempo que los economistas que defienden las bases y principios de la sociedad capitalista, la cual llega a su plenitud en el curso de la segunda mitad del siglo XIX, los escritores en desacuerdo con esos principios y esas bases, a quienes hiere la desigualdad y la injusticia sociales. Ellos, al levantar su protesta enérgica, critican la organización fabril y los métodos de distribución de los bienes materiales, a la par que diseñan hermosas ciudades de utopía, con noble terquedad. Nos referimos, principalmente, a San Simón, Owen y Fourier. Poco más tarde Carlos Marx y Federico Engels fundan el socialismo científico, dando al proletariado su doctrina y táctica de lucha en contra de la sociedad burguesa.

Ahora bien, independientemente del socialismo y de los socialistas utópicos o científicos, cristianos o reformistas, es un hecho incontrovertible la antinomia que ha existido y existe entre la concepción de la vida que predicaba Jesús y los cimientos ideológicos del sistema ca-

pitalista. A la pobreza como ideal de vida se opone el ideal de la acumulación de bienes de fortuna; a la concordia, la guerra; al amor al prójimo, la lucha por la existencia; y a la paz como suprema aspiración del hombre, el aforismo de que ser es luchar y vivir es vencer. Al niño, al joven o al adulto se les repetía a menudo que eran cristianos y se recordaba el "Sermón de la Montaña"; pero bien pronto descubrían en su misma vida hogareña, en la escuela, en el taller, en la oficina y en los establecimientos comerciales, que todo era egoísmo, ventaja y codicia sin freno; que no había relación alguna entre el cristianismo y la vida diaria, que todo era mentira e hipocresía y que los fariseos y los mercaderes se habían adueñado de lo mejor de la tierra.

Así, el hombre, ante tan amargo contraste, ante el divorcio entre las reglas de conducta que le habían enseñado sus mayores y la dura convivencia con sus semejantes, siente nacer poco a poco del fondo de su conciencia la más dolorosa desilusión; y ya sin principios éticos que lo guíen en su camino, sin normas estrictas de vida, marcha sin rumbo y sin brújula cual viajero que se pierde al caer la noche, en una selva espesa y azotada por la tempestad.

Ya lo hemos dicho en otra ocasión y ahora es bueno repetirlo: novelistas y poetas ilustres observan y hacen notar las contradicciones existentes, al mismo tiempo que con la piqueta de sus críticas acerbas socavan los cimientos del edificio en que se aloja la burguesía. Recuerde el lector esa empresa titánica de Honorato Balzac que se llama *La comedia humana*; recuerde algunos capítulos de *Los miserables*, de Víctor Hugo; las novelas de Dostoievski, tan genial como desventurado; al conde León Tolstoy, que aspiró a crear algo así como un nuevo cristianismo; recuerde los libros de nuestro Benito Pérez Galdós; la obra demoledora del exquisito ironista Anatole France; y, más recientemente, los relatos vivos y descarnados de Méximo Gorki. Muchas de las obras de estos autores y las de algunos más que sería prolijo enumerar, contribuyeron a destacar los vicios de la sociedad mercantil y a sembrar dudas e inconformidades entre miles de hombres y mujeres de Europa, de América y de otros espacios geográficos.

Y poco antes de 1914 empiezan a aparecer síntomas mefíticos de desorientación en el ámbito de las ideas y una crisis profunda de carácter moral. Ambos síntomas se reflejan mejor que en ninguna otra manifestación intelectual, en la poesía, en la novela, en la escultura, en la música y en la obra pictórica.

Imperialismo y guerra

La política internacional en la Edad Moderna se ha basado en el equilibrio de fuerzas entre las grandes naciones, equilibrio imposible de mantener en un mundo dinámico, sujeto a la ley fundamental del cambio perpetuo. De aquí que con cierta frecuencia al romperse el equilibrio han estallado guerras enconadas y sangrientas para restablecerlo. Así una y muchas veces en cada siglo, sin que los gobernantes hayan aprendido las lecciones repetidas de la experiencia. Lucha constante por la supremacía económica en los países más fuertes y adelantados de Europa, con sacrificio de vidas y bienes materiales. Ténganse presentes las guerras entre España e Inglaterra, entre Francia y Holanda y entre Inglaterra y Francia en los siglos xvi, xvii y xviii. Un poco después Rusia y Alemania, al adquirir poder económico y militar, participan también en ese juego peligroso. Los Estados Unidos y el Japón llegan todavía más tarde a la mesa de las grandes ambiciones internacionales, complicándose más y más, de esta manera, el ya muy intrincado escenario político mundial.

La competencia entre las empresas y el desarrollo de la técnica acentuaron el fenómeno de la concentración industrial, creándose así grandes unidades económicas monopolísticas con un poder financiero y político sin precedente en la evolución de los pueblos. Algunas de estas grandes unidades económicas rebasaron las fronteras de sus respectivos países en busca de nuevos mercados y de materias primas. Este hecho que arranca de la última década del siglo pasado, cuya significación histórica no se percibió de inmediato, fue el principal factor determinante de la Primera Guerra Mundial. Los grandes *trusts* de cada gran potencia necesitaban, para no detener su crecimiento, nuevas plazas donde vender sus mercancías y mayor volumen de materias primas para incrementar su producción; pero como las plazas comerciales no son ilimitadas ni tampoco lo son los territorios productores de materias primas, vino inevitablemente la lucha, por ejemplo, entre un gran *trust* inglés y un gran *trust* alemán; y al no encontrar solución por medio de convenios pacíficos dentro del mecanismo internacional del equilibrio de fuerzas, la guerra tuvo que estallar en 1914. En el fondo, por las mismas causas que originaron las guerras de Luis XIV en contra del Reino de Holanda en el siglo xvii, es decir, por rivalidades comerciales y la ambición de alcanzar la supremacía mundial. Por supuesto que no se ignora que pueden citarse numerosos casos análogos, cada uno con matices diversos, de conformidad con las diferencias inevitables de tiempo y de lugar.

La Primera Guerra Mundial, como es bien sabido, duró algo más de cuatro años. Su saldo trágico fue de más de diez millones de muertos, de millares de mutilados, de millares y millares de viudas y huérfanos; mas cabe preguntar: ¿no fueron útiles al progreso humano esos millones de muertos, esos millares de mutilados, de viudas y huérfanos? ¿Acaso los combatientes que quedaron para siempre tendidos bajo la tierra removida por la metralla, no fecundaron con su sangre la simiente de la libertad y del bien entre los hombres? ¿Cuál fue la ganancia, cuáles fueron las ventajas que obtuvieron los trabajadores de Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos con tamaño sacrificio? No sabemos lo que hubieran respondido o lo que respondan los financieros y estadistas que provocaron la conflagración. Nosotros tenemos estas categóricas respuestas que no necesitan demostración sino recordación: el saldo es negativo, completamente negativo; los trabajadores de Alemania y Austria, de Francia, Bélgica e Italia, de Inglaterra y Estados Unidos nada ganaron con la guerra, y el dolor y la muerte fueron infecundos para el bien y la libertad del género humano; lo que la guerra de 1914-18 produjo fue un fruto maldito: la guerra que comenzó el 10. de septiembre de 1939 y que no sabemos todavía cuándo terminará.

La guerra de 1914-18 fue provocada por el mercader. Mientras éste, en el despacho de su fábrica o en su oficina de la presidencia de alguna institución de crédito, leía con avidez los periódicos —digamos a las once de la mañana de un hermoso día primaveral en 1917— para enterarse de los episodios de la cruenta lucha, del resultado y consecuencia de los últimos combates a fin de calcular si sus acciones iban a subir o bajar, allá en los campos de la Francia gloriosa centenares de hombres sanos y útiles se batían entre el lodo en las trincheras, con los rostros ennegrecidos por la pólvora, para morir atravesados por balas enemigas con la creencia de que morían por un ideal sagrado y por su patria. Ignoraban, piadosa creencia, que no eran sino autómatas que movían los hilos invisibles de los banqueros y sus congéneres los industriales y comerciantes, quienes como excelentes padres de familia y buenos y además infieles esposos, vivían contentos y sosegados en sus palacetes de cualquier gran ciudad europea o norteamericana.

Pero en octubre de 1917 ocurrió un hecho inesperado que produjo sorpresa y temor a los reyes y príncipes de la economía del mundo. Lenin y sus bolcheviques iniciaron en San Petersburgo la Revolución Social. Entonces, el fantasma del comunismo de que hablaron Carlos Marx y Federico Engels en 1848, volvió a pasear por la conciencia sombría del mercader, cuyo corazón egoísta, impasible y frío,

tembló por vez primera ante el crepúsculo rojo que anunciaba la nueva y triple tiranía: la tiranía de la Justicia, de la Razón y de la Verdad.

Tratados y crisis

Después del armisticio vinieron el Tratado de Versalles y la fundación de la Liga de las Naciones. El Senado norteamericano se negó a que Estados Unidos formara parte del novedoso y flamante organismo internacional. Esta negativa significó, a la vez que una amarga derrota para Wilson, el fracaso a la larga del cuerpo ginebrino. Se celebraron más tarde una serie de reuniones internacionales, una serie de convenios sobre armamentos entre las grandes potencias, todo basado en el viejo sistema del equilibrio de fuerzas. Mientras tanto, iban apareciendo libros de propaganda en contra de la guerra, tales como *El fuego*, de Barbusse, y *Sin novedad en el frente*, de Remarque, libros que por las escenas angustiosas y crueles que describían, hirieron la imaginación y la sensibilidad de cientos de miles de lectores. Estos creían con la más profunda de las convicciones que una nueva guerra sería imposible y el más grande de los absurdos.

Por otra parte, no tuvieron éxito las expediciones punitivas en Rusia en contra del régimen soviético, ni tampoco los pronósticos de fracaso de ese régimen que anunciaban a menudo los grandes rotativos de las grandes ciudades; y el miedo al comunismo se acentuaba y extendía en los centros burgueses por todos los ámbitos del planeta.

El miedo al comunismo influyó, seguramente, en el movimiento fascista italiano encabezado por Mussolini. Ante el temor de que triunfaran en Italia las ideas que en Rusia habían triunfado, la burguesía italiana tuvo que retirarse a nuevas trincheras, ceder algunos de sus privilegios y aceptar de buena o mala gana las limitaciones impuestas por el régimen corporativo. Existía la amenaza de perder la libertad económica y la propiedad, y prefirieron sacrificar una parte de esa libertad. Lo importante para la burguesía era mantener el monopolio de los bienes de producción y producir para el mercado, no con la finalidad de satisfacer necesidades sociales, sino con el propósito de lucro para incrementar sus riquezas.

Pasaron unos cuantos años y el mundo parecía que se había recuperado de las consecuencias de la guerra. En 1927, en 1928 y los primeros nueve meses de 1929, el optimismo y la fe en el progreso volvían a llenar la atmósfera social, reconfortando el corazón de la minoría privilegiada. Y es que la facultad de olvidar la tristeza de ayer

y el dolor de la tragedia hace poco tiempo vivida, es uno de los más preciados dones del hombre. La fe en el progreso y el optimismo privaban, especialmente, en los Estados Unidos de Norteamérica; los negocios se hallaban en auge, el dinero abundaba en todas partes, los millonarios se hacían más millonarios, los ricos que no llegaban a tanto se hacían más ricos, los obreros calificados eran dueños de una casa modesta, de una victrola y un automóvil. En los grandes periódicos estadounidenses aparecían, día tras días, anuncios de planas enteras como éste: ¿no tiene usted automóvil? ¿Y no le da vergüenza confesarlo? Adquiera uno, nosotros le damos crédito. En medio, una sugestiva fotografía de un hermoso coche Ford, Chevrolet o Dodge y abajo la firma de una prestigiada casa vendedora. Así se iban endeudando millares de familias modestas y la inflación monetaria crecía peligrosamente. En el mes de octubre de 1929, en forma inesperada para la inmensa mayoría de los habitantes del mundo, apareció con violencias de huracán en la Bolsa de Nueva York la crisis más grave en toda la historia del capitalismo, crisis que rápidamente se extendió por todos los países, afectando su economía con mayor o menor intensidad, en razón directa con el mayor o menor grado de industrialización. Muchos bancos quebraron, dejando de la noche a la mañana en la pobreza a familias acaudaladas; la producción industrial tuvo que reducirse en forma drástica y multitud de obreros sin trabajo, andrajosos, hambrientos y llenos de desesperación paseaban su miseria con sus mujeres y sus hijos desnutridos por los barrios bajos y centros comerciales de las ciudades populosas. Lógicamente la crisis no afectó a la Unión Soviética, la cual se hallaba en la etapa de la dictadura del proletariado y de la construcción de un régimen socialista.

Hitler y la guerra

La crisis aparece bien pronto y con gran virulencia en Alemania, provocando terrible depresión y el desempleo de algunos millones de trabajadores. La clase obrera se hallaba dividida y el partido comunista, que contaba con más de un millón de miembros, cometió numerosos errores de táctica política. Hitler, el antiguo cabo de la Primera Guerra Mundial, aprovechó la situación y se adueñó del poder, con sorpresa para quienes nunca antes lo habían tomado en serio y que habían sonreído, burlones y desdeñosos, al escuchar o leer sus apopléticos discursos.

Hitler y sus cómplices apoyaron sus doctrinas en el odio al co-

munismo, a los judíos, a la democracia y a la libertad. Opusieron al principio de la lucha de clases la tesis de la superioridad racial. Ellos, los alemanes puros, descendían de los arios y formaban un grupo biológico preeminente, a quienes una deidad misteriosa les había encargado de dirigir los destinos del mundo. De este modo se trató de que el cargador de los muelles de Hamburgo, la mesera de los cafés pobres de Berlín o el barrendero de las calles de Dresden, se consolaran de su escaso jornal creyendo que pertenecían a la raza humana dotada de las más altas virtudes. Así se levantó una cortina de humo espeso entre la ficción y la dura realidad; así se cometieron actos de crueldad en contra de los judíos, sin distinción de edad ni sexo y aun cuando se tratase de personas cuyos antepasados desde hacía varios siglos se habían establecido en el territorio alemán. Los crímenes del nazismo en contra de los descendientes del pueblo que originariamente habitó en Palestina, no tienen precedente en la historia por su refinada sistematización subhumana; tales actos avergonzarían al hombre de las cavernas.

También se inventó la teoría del espacio vital para justificar, cuando fuese necesario, la invasión militar de territorios ajenos. Haushofer, general de la guerra 1914-1918 y desde que ésta terminó, profesor en la Universidad de Munich, inventó la geopolítica, nueva ciencia o pseudociencia muy en boga entre políticos y geógrafos amantes de las cosas novedosas. La geopolítica tiene sus inmediatos antecedentes en las obras del alemán Ratzel y en el libro ahora famoso del inglés Mackinder; pero es indudable que su verdadero creador es Haushofer; puesto que él fue, como diría el sociólogo español Adolfo Posada, quien la incorporó a la historia dramática. Se cuenta que el profesor de Múnich influyó diabólicamente en las ideas de Hitler, estimulando sus sueños y ambiciones de predominio universal. En la obra titulada *Geopolítica* de Hans W. Wigert, se dice lo siguiente: cuando las definiciones de la "geopolítica" fueron legión, los editores de la revista de "Geopolítica" de Haushofer se reunieron en conciliábulo y dieron una definición "oficial". "Geopolítica es la ciencia que trata de la dependencia de los hechos políticos con relación al suelo. Se basa sobre los amplios cimientos de la geografía, en especial de la geografía política, doctrina de la estructura espacial de los organismos políticos... La geopolítica aspira a proporcionar las armas para la acción política, y los principios que sirvan de guía en la vida política... La geopolítica debe convertirse en la conciencia geográfica del estado". Por último, para citar una definición dada por el mismo Haushofer: "Geopolítica es la base científica del arte de la actuación política en la

lucha a vida o muerte de los organismos estatales por el espacio vital (Lebensraum)".

Pero dejemos a un lado la geopolítica y pasemos a otra cuestión bien diferente. Un grupo de militares españoles, ayudados por las fuerzas más reaccionarias de su país, se rebelaron en contra del gobierno legítimo de España: el gobierno republicano. Tarea relativamente fácil hubiera sido vencer y castigar a la soldadesca desleal, si no hubiese sido por el apoyo moral y material que desde luego le prestaron Hitler y Mussolini. Al principio de la contienda creyeron los sectores progresistas de Europa y América que los republicanos recibirían a su vez ayuda de Inglaterra, Francia y las demás democracias; mas estaban equivocados, completamente equivocados; lo que se hizo por iniciativa de Francia e Inglaterra fue formar en Londres el Comité de No-Intervención. Esto animó a Italia de igual manera que a Alemania a redoblar su apoyo al general Francisco Franco, lo cual fue decisivo para que triunfara sobre el valiente y generoso pueblo español. El Comité de No-Intervención no sólo debe considerarse como un crimen, sino además como un error de la diplomacia francoinglesa, error y crimen que han costado demasiado caros y que los historiadores del porvenir señalarán con acusadora precisión. Hay que recordar también el caso de Abisinia. La Liga no se atrevió a imponer a Italia, la agresora, las sanciones que ordenaba su Estatuto; la invasión de Austria, contra todo derecho, por las fuerzas de Hitler, y el silencio con sabor de complicidad de los países democráticos. Únicamente Rusia y México auxiliaron con armas y parque a los republicanos españoles; y en la violación de la soberanía austriaca sólo se escuchó en Ginebra la voz de protesta, enérgica y limpia, del pueblo mexicano. Es que la decencia internacional se hallaba en México, encarnada en la figura austera del presidente Lázaro Cárdenas.

Mientras esos penosos acontecimientos llenaban de inquietud a los observadores inteligentes del panorama político mundial, Hitler construía su máquina de guerra. Los banqueros de las democracias le habían abierto créditos para que fabricara aviones de combate, tanques y cañones gigantes, ametralladoras y fusiles. La Standard Oil Company de New Jersey vendía a Alemania petróleo crudo, lubricantes y gasolina. En un número de la revista *Fortune*, publicado a mediados de 1940, la poderosa empresa petrolera se quejaba de haber perdido un mercado tan lucrativo. Se dice que las grandes democracias ayudaban a Hitler con toda clase de elementos, creyendo que sus hábiles diplomáticos lo lanzarían contra la Unión Soviética. ¡Lamentable equivocación! El dinero y el petróleo de las democracias sirvió para que los

ejércitos de Hitler combatieran a las democracias, y asesinaran en los campos de Bélgica y de Francia a los soldados de las democracias, desprevenidas e impotentes para luchar con ventaja, entre otras razones, por la inferioridad de sus armas.

Por último, vino la vergüenza de Múnich. El señor Chamberlain selló con un nuevo error los errores anteriores. Hitler se hinchó de soberbia, sus ambiciones de predominio ya no tuvieron límite y la guerra estalló fatalmente. Las victorias fáciles y rápidas siguieron una tras otra. Ya Hitler era dueño de la mayor parte de Europa, pero con sus triunfos creció su codicia insaciable de poder y arrojó sus ejércitos sobre Rusia, inmenso corazón del continente. Al fin en Leningrado comenzó a declinar el sol de ese torvo personaje, de seguro el más trágico en la historia de todas las edades.

Crisis humana y posguerra

El periodo comprendido entre las dos guerras se caracteriza por una creciente descomposición de la sociedad capitalista. Los hombres mejor dotados pierden la fe en el progreso, pierden la fe en los viejos valores humanos que nacieron en Grecia, Judea y Roma, y que supieron rejuvenecer en el siglo xvi Juan Colet, Erasmo, Tomás Moro y Juan Luis Vives. Se pierde la fe que se tuvo en la conducta de las masas; conservan el rito, pero se alejan de la esencia moral de la doctrina.

Hay una ola de cieno que invade lentamente los diversos sectores de la vida social. Son pocos los que logran salvarse. Todo se revisa y mucho se cambia con el fin de descubrir fórmulas nuevas de convivencia humana. Los síntomas son bien claros: en la URSS se inicia uno de los experimentos sociales más importantes, si no es que el más importante de la historia moderna; en Italia se establece el fascismo, y el nacionalsocialismo en Alemania; Roosevelt, en los EE UU, inaugura una política social y económica indiscutiblemente novedosa y hasta con cierto matiz revolucionario, rompiendo en varios aspectos las tradiciones norteamericanas.

Todos esos acontecimientos contradictorios influyeron en las ideas y organización de las demás naciones; influyen tanto en el hombre de la calle como en los gobernantes, filósofos, sabios y artistas, produciendo hondas inquietudes, desorientación y deseos febriles de hallar nuevas rutas en los varios campos de la cultura. Al escribir lo anterior pensamos en las rarezas y extravagancias del arte contemporáneo; pensa-

mos en el dadaísmo europeo y en el estridentismo mexicano; pensamos en el cubismo, en el surrealismo, tanto en la pintura como en la poesía; pensamos sobre todo en la obra de Picasso, dislocada y genial, que refleja con pasmosa fidelidad la imagen de un mundo descoyuntado y amorfo. Por otra parte, se recuerdan dos libros distintos el uno del otro: *La decadencia de Occidente* de Spengler, obra de filósofo, y *La incógnita del hombre*, por Alejandro Carrel, médico sabio y celeberrimo. Se citan estos dos libros porque aquél aparece al finalizar la Primera Guerra Mundial y éste muy pocos años antes de que comenzara la Segunda, así como también porque ambos son bien conocidos y ofrecen desde distintos ángulos la pintura apasionante y dramática de una sociedad en plena crisis.

Y en estas condiciones se acerca ya la etapa de la posguerra; se acerca entre la ola de cieno, en medio de una desorientación ideológica y de una corrupción moral profundas, que sólo tienen paralelo en las últimas décadas anteriores al fin del Imperio romano.

Los sitiales más prominentes alrededor de la mesa de la paz serán ocupados por el presidente Roosevelt, quien de seguro defenderá con firmeza sus principios democráticos, sus ideales humanos y la Carta del Atlántico; Winston Churchill, que firmó ese documento justiciera y noble, pero que no ha mucho ha declarado que no se lucha por ideales, sino por la integridad del Imperio británico e intereses económicos; el mariscal Stalin, cuyos propósitos cabe sintetizar en una inmensa interrogación; el general Chiang Kai-Shek, quien obviamente se esforzará por sacar a flote los derechos sagrados de su pueblo, tan incomprendido e injustamente tratado por las grandes potencias occidentales; se sentarán, por último, alrededor de esa mesa, los representantes de las potencias menores, cuya voz es posible que sea escuchada en las cuestiones secundarias. Pero, ¿y no llegará al recinto de la Paz la opinión de los pueblos deshechos por la guerra sangrienta y asesina? ¿No llegará a ese recinto el eco del inmenso dolor de tantas víctimas? En ello síframos nuestra esperanza. Tal vez los proyectos de los estadistas y los planes de los técnicos sean inesperadamente modificados por la protesta enérgica y la acción avasalladora de los que han sufrido en carne viva el horror apocalíptico de la catástrofe. Recuérdese que no se trata de una guerra internacional sino más bien de la revolución más grande de todos los tiempos.

¿Y qué es, sea cual el caso fuere, lo que al fin saldrá de esas conferencias medulares para el porvenir inmediato del hombre? A juicio nuestro sólo hay dos soluciones: o se establece la paz sobre la base del equilibrio político de fuerzas, a sabiendas de que en veinte o treinta

años azotará de nuevo al mundo otra guerra implacable, o la paz se establece rebasando los marcos del capitalismo para organizar una democracia socialista, en la cual imperen la libertad de pensamiento y una justa distribución de las riquezas. Claro está que al hablar de socialismo sería absurdo creer que se pretende que haya identidad en la organización de todos los países; debe ser sí, la norma general, mas cada pueblo se vaciará en sus propios moldes de conformidad con la tradición histórica, la evolución económica, los factores geográficos y su particular idiosincracia colectiva. Lo esencial estriba en sustituir el reino de los mercaderes por el imperio de los hombres sabios y bondadosos de que nos habla Campanella en *La ciudad del sol*.

México y la paz

Al autor de este trabajo le importa, más que decir cosas nuevas, decir las cosas que importa decir. Por eso se darán aquí puntos de vista que ya se han dado y se expresarán ideas que no tienen el prestigio de la originalidad. Sin embargo, no debe desanimarse el lector porque tal vez con las ideas y hechos viejos se mezclen una que otra idea y uno que otro hecho que no lo sean.

Por otra parte, creemos que lo que va a decirse acerca de México puede aplicarse en varios aspectos a buen número de países latinoamericanos. Es obvio que México, al igual que otras repúblicas del mismo hemisferio y del mismo origen, no desempeñarán un papel predominante en las discusiones sobre la paz; su papel podrá ser significativo, pero no decisivo en las resoluciones fundamentales que se acuerden. Decir esto no halaga nuestra vanidad; empero, tiene la ventaja de hallarse en consonancia con un útil y sano realismo.

Lo primero que hay que tomar en cuenta para planear la paz en México es la geografía. México es un país débil y pobre al lado del país más fuerte y rico de la tierra. El poder económico de los Estados Unidos es enorme y ya es muy grande su poder militar. El presidente Roosevelt es, como ya antes se expuso, un demócrata sincero y un amigo leal de las otras naciones del continente; pero Roosevelt no será siempre presidente de los Estados Unidos y no todos los que en Estados Unidos tienen influencia política por su fuerza económica, piensan lo mismo que Roosevelt. Hay en ese país minorías culturalmente selectas, grupos de hombres sinceros, de ideas liberales, con simpatía hacia los habitantes de los territorios que se extienden al sur del Río Bravo; sin embargo, hay también allá grandes banqueros, grandes industriales.

grandes comerciantes que suelen influir en la dirección de los negocios internacionales y que no nos tienen simpatía; que nos miran con malos ojos; que no nos tratan, injustificadamente, de señor a señor, sino de señor a vasallo, de arriba a abajo, orgullosos de sus fortunas fabulosas. Éstos —no nos hagamos ilusiones— son los mismos insolentes de ayer, son los mismos imperialistas de siempre y es necesario estar alerta a la hora del alba y a la hora del crepúsculo, de día y de noche; siempre alerta para defendernos de su perversidad y de sus asechanzas.

Y que esa verdad se clave con hondura en la conciencia de todo latinoamericano.

México está haciendo esfuerzos para industrializarse, está haciendo esfuerzos para pasar de su economía semicolonial a una economía industrial. En los Estados Unidos hay gente de lejana visión económica que sabe que si México se industrializa se elevará el nivel de vida de sus habitantes y ciertas industrias norteamericanas contarán con mejores mercados; mas, tampoco en este caso existe unidad de pensamiento entre nuestros vecinos, porque hay entre ellos quienes a su vez creen que lo ventajoso para la economía norteamericana es que México sea siempre país exportador de materias primas y no competidor en el campo de la producción de mercancías acabadas. Se asegura que estas dos tendencias opuestas se hallan actualmente en lucha y que hay, en ocasiones, motivos para temer que la tendencia número dos pueda imponerse y triunfar.

Nuestra defensa no está en la fuerza material sino en nuestra fuerza moral. Lo que necesitamos es tener nuestra casa limpia y en orden y que cada ciudadano se sienta responsable del porvenir de su patria; lo que necesitamos es castigar a los que prevariquen y traicionen; y, sobre todo, que los gobiernos se hallen integrados por hombres probos, austeros y capaces. Así nos haremos respetar de propios y extraños; así, y sólo así, podremos mantener nuestra independencia política y convertir en realidad el hermoso sueño de nuestra independencia económica. Éstas son las ideas matrices para la planeación de la paz en México y en las demás repúblicas hermanas de América.

En las guerras hay Estados Mayores encargados de formular los planes de campaña. La paz se acerca, la paz está a punto de estallar. Hay que crear los Estados Mayores de la paz. Es preciso, no que se reúnan unos cuantos señores, aun cuando estén cargados de sabiduría y experiencia, a conversar acerca de los problemas del mundo una o dos veces por semana durante una o dos horas, sino que esos Estados Mayores de la paz, al igual que los Estados Mayores en la guerra, trabajen incansablemente diez o doce horas al día para reunir los mate-

riales dispersos que sirvan al mejor conocimiento de cada nación, discutiendo a fondo, en conjunto y separadamente, los asuntos económicos, sociales y políticos que mayor atención reclamen. De este modo saldrán, de esa labor inteligente y honrada, los proyectos y las ideas constructivas que aseguren un destino fulgurante a nuestros pueblos tan infortunados y tan merecedores de una existencia mejor.

Parece que el mundo sufre intenso dolor de alumbramiento. Parece que la oscuridad de una larga noche se desvanece por la luz del alba que se aproxima.*

* *Cuadernos Americanos*, núm. 5, septiembre-octubre. México, 1944, pp. 14-31.

LA CULTURA Y LA PAZ

Es menester que en el presente ensayo se comience por precisar lo que se entiende por cultura, desde un punto de vista social. La definición corriente es como sigue: cultura es todo un complejo de manifestaciones de la vida espiritual de un pueblo o de una época, en que están comprendidos el arte, la literatura, la religión, la filosofía, la historia y las ciencias. Para Linton, autor de la obra titulada *Estudio del hombre*, la cultura de cualquier sociedad es la suma total de las ideas, las reacciones emotivas condicionadas y las normas de conducta que sus miembros han adquirido por instrucción o imitación y que comparten en mayor o menor grado. Ortega y Gasset, en su estudio *Misión de la Universidad*, dice que la “cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee”, y que ésas que él llama “ideas vivas o de que se vive, son, ni más ni menos, el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuáles son más estimables; cuáles son menos”; y agrega que “la cultura necesita —por fuerza, quíeráse o no— poseer una idea completa del mundo y del hombre”.

Hasta aquí no nos satisfacen del todo las ideas corrientes sobre la significación del vocablo cultura, ni las de Linton, ni las de Ortega y Gasset. La duda y las interrogaciones nos someten a su hechizo atractivo y diabólico. ¿Por qué la cultura de un pueblo o de una época debe sólo abarcar el horizonte intelectual y no tener conexión alguna con las cosas materiales, tales como los utensilios, los instrumentos de trabajo, las máquinas y los edificios? Por otra parte, ¿cabe aceptar que la cultura necesita poseer una idea completa del hombre y del mundo? Si así fuese, habría que reservar el término cultura para aplicarlo a un futuro distante, cuando las hermosas utopías de países ilusorios dejaran de serlo. Ya no sería posible hablar de cultura paracas, de cultura maya, de cultura egipcia; ni siquiera de cultura occidental. ¿Cuándo

ha poseído el ser humano ideas cabales de sí mismo y del mundo? ¿Hay acaso alguien que las tenga? Lo que sí puede decirse es que eso, precisamente eso, lo que dice Ortega: saber lo que somos y conocer todos los secretos del planeta, ése es el más alto, el más hondo y tal vez inalcanzable ideal del hombre.

Algunos antropólogos han explicado mejor que los filósofos lo que es la cultura, Malinowski escribe que es esencialmente una realidad instrumental que existe para satisfacer las necesidades del hombre, de mucho mejor manera que por la simple adaptación al medio. En otra parte agrega: la cultura es una unidad bien organizada que se divide en dos aspectos fundamentales: un conjunto de instrumentos de trabajo y una serie de costumbres sistematizadas; mas no se queda Malinowski en un solo campo, como pudiera inducirse de las frases anteriores; porque en su opinión, y la expresa con toda claridad, la cultura material requiere un complemento menos sencillo, menos fácilmente catalogable y que consiste en el conocimiento intelectual, el sistema ético, los valores espirituales, la organización social, el lenguaje, la religión y el arte. Nuestro parecer se acomoda al criterio y a los conceptos del antropólogo polaco. En consecuencia, la cultura estriba en los sistemas ideológicos y de producción de una comunidad, en un momento histórico dado.

¿Pero no es todo esto lo que también se llama civilización?

El mismo Malinowski dice que la palabra cultura se usa a veces como sinónimo de civilización, pero que es mejor emplear tales términos en casos diferentes, dejando la voz civilización para el estudio especial de culturas más avanzadas. Spengler, en su célebre libro: *La decadencia de Occidente*, diserta sobre el tema de que se trata del modo siguiente: "Cada cultura tiene su civilización propia... La civilización es el inevitable sino de toda cultura. Hemos subido a la cima desde donde se hacen solubles los últimos y más difíciles problemas de la morfología histórica. Civilización es el extremo y más artificioso estado a que puede llegar una especie superior de hombres. Es un remate; subsigue a la acción creadora como lo ya creado, lo ya hecho; a la vida como la muerte, a la evolución como el anquilosamiento, al campo y a la infancia de las almas —que se manifiesta, por ejemplo, en el dórico y en el gótico— como la decrepitud espiritual y la urbe mundial petrificada y petrificante. Es un final irrevocable, al que se llega siempre de nuevo, con íntima necesidad... La civilización pura, como proceso histórico, consiste en una gradual disolución de formas ya muertas, de formas que se han tornado inorgánicas..." Luego ejem-

plifica: "los griegos tienen alma; los romanos, intelecto. Así se diferencian la cultura y la civilización. Y esto no vale sólo para la Antigüedad".

No es fácil ver con claridad, así, de prisa, en la selva espesa de ideas y palabras del pensamiento spengleriano. Un análisis cuidadoso y detallado nos ocuparía tiempo excesivo, apartándonos de nuestro propósito y del tema principal.

A nuestro entender toda civilización es culminación de una cultura, es plenitud en la creación de técnicas y valores; la cultura es río que nace, fluye y se ensancha a medida que recibe el caudal de nuevas corrientes; pero el ser humano, cuando así conviene a sus intereses, sabe detener el curso de las aguas, sabe construir muros enormes que las contienen. Entonces el río se torna lago, la cultura se hace civilización. El problema estriba en mantener el muro sólido y enhiesto, a pesar de la perversidad de los hombres y de la obra implacable del tiempo.

En cuanto a la permanencia de la cultura, o de la civilización, Antonio Caso, el ilustre maestro mexicano, cuyo pulso ha poco dejó de latir, pensaba

que los pueblos que crean la cultura no pueden a veces, sostenerla en su desarrollo; porque tanto esfuerzo cuesta formar como conservar; tanto importa la capacidad para edificar lo nuevo como el empeño reiterado de su sostenimiento. Es imposible que la cultura se mantengan incólume; que se intensifique y propague, si la raza que la formó desmedra. Crear y sostener son, en suma, lo mismo. El sostenimiento de una cultura sólo se logra con nuevas creaciones: éstas reclaman de la raza la constante capacidad de superación, refrendada con la calidad superior del espíritu.

Un pensador francés, escribe elegantemente: "Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales".

Lo que importa averiguar es si la cultura occidental tiene aún vitalidad bastante para dar nuevos frutos, o es ya un árbol seco, sin savia y próxima a caer. El profeta de *La decadencia de Occidente*, afirma que

una cultura nace cuando un alma grande despierta de su estado primitivo y se desprende del eterno infantilismo humano; cuando una forma surge de lo informe; cuando algo limitado y efímero emerge de lo ilimitado y perdurable. Florece entonces sobre el suelo de una comarca, a la cual permanece adherida como una planta. Una cultura muere, cuando esa alma ha realizado la suma de sus posibilidades, en

forma de pueblos, dogmas, lenguas, artes, Estados, ciencias, y torna a sumergirse en la espiritualidad primitiva.

Nuestro siglo ofrece en la geografía y en la historia es decir, en el tiempo y en el espacio, un paisaje dramático: crisis de sobreproducción, individuos acaudalados que se suicidan, campos algodonereros que se incendian para contener la baja de los precios y millones de gentes sin trabajo y con hambre; revoluciones y rebeliones en todas partes; las dos guerras más generalizadas y espantosas en el curso de los tiempos; y cuando todavía no se curan las heridas de la última contienda, ni se secan todas las lágrimas, se escuchan voces dolientes, gozosas o siniestras que hablan de la proximidad de una nueva conflagración mundial.

Otras veces lo hemos dicho: el hombre ha perdido la brújula y su centro de gravedad; se halla como perdido en un bosque sombrío y sin fronteras, azotado por la lluvia y un viento helado que le paraliza el cerebro y el alma; se halla como prisionero en un manicomio dantesco. Es que la hora es de crisis, de crisis horizontal y vertical, extensa y profunda; tal vez una de las crisis más graves de la historia porque está implicando un hondo trastorno emocional, conflictos mentales, tergiversación de valores y un serio peligro de desintegración.

Berdiaeff sostiene que se vive en una situación comparable a la caída del Imperio Romano y de la civilización antigua del siglo III, cuando sólo el cristianismo salvó espiritualmente al mundo de la ruina y de la descomposición definitivas; que, en nuestra época, ya no queda nada del libre juego renacentista de las potencias del hombre, a las cuales se debe el arte italiano, Shakespeare y Goethe. Añade que en nuestro tiempo se desarrollan fuerzas inhumanas, elementos desencadenados que aplastan al hombre; que no es el hombre quien está liberado sino las fuerzas inhumanas que él desencadenó y que le azotan por todas partes.

Desde la guerra de 1914 a 1918.—escribe Alfredo Weber en su magistral *Historia de la cultura*— este mundo occidental no ha podido hallar descanso y se encuentra en camino de su descomposición.

Harold J. Laski, en un libro reciente, asegura que “nos hallamos en medio de la crisis más profunda que ha conocido nuestra civilización al menos desde la Reforma, y tal vez desde la caída del Imperio Romano”; y que “de nuestra capacidad para actuar a base de una comprensión cabal de lo que esta crisis representa, bien pueden depender la paz y el bienestar de la especie humana durante los siglos venideros”. El cree que la crisis no puede resolverse con un solo remedio,

porque están en disputa no únicamente la índole última de las relaciones entre los hombres, sino también la fe o sistema de valores a que dichas relaciones han dado origen; porque no hay plano del pensamiento o de la acción que no abarque su influencia; religión, política, economía, ciencia, cultura, en la totalidad de sus interacciones recíprocas.

El sabio médico francés, Alexis Carrel, premio Nobel, habla de que la intimidad ya no existe, porque la vida del pequeño grupo ha sido sustituida por la del rebaño. Juzga que en la civilización contemporánea el individuo se caracteriza principalmente por una mayor actividad, dirigida enteramente al lado práctico de la vida; que se caracteriza por una ignorancia, por una cierta sagacidad y por una especie de debilidad mental que le deja a merced de la influencia del medio social en que por casualidad se encuentra.

En casi todos los países —discurre— existe una disminución en el calibre intelectual y moral de quienes tienen la responsabilidad en la dirección de los negocios públicos... el hombre debiera ser la medida de todo. En cambio no es sino un extraño en el mundo que él mismo ha creado. Ha sido incapaz de organizar este mundo para sí mismo, porque no posee un conocimiento práctico de su propia naturaleza. De ahí que el enorme avance alcanzado por las ciencias de la materia inanimada sobre las de los seres vivientes sea una de las mayores catástrofes que jamás sufriera la humanidad.

Por último, en relación con este punto, queremos citar dos párrafos de Ortega, tomados de *La rebelión de las masas*. Dicen así:

Si dejamos a un lado —como se ha hecho en este ensayo— todos los grupos que significan supervivencia del pasado —los cristianos, los idealistas, los viejos liberales, etc.— no se hallará entre todos los que representan la época actual, uno solo cuya actitud ante la vida no se reduzca a creer que tiene todos los derechos y ninguna obligación. Es indiferente que se enmascare de reaccionario o de revolucionario; por activa o por pasiva, al cabo de unas u otras vueltas, su estado de ánimo consiste, decisivamente, en ignorar toda obligación y sentirse, sin que él mismo sospeche por qué, sujeto de ilimitados derechos.

Cualquiera sustancia que caiga sobre un alma así, dará un mismo resultado, y se convertirá en pretexto para no supeditarse a nada concreto. Si se presenta como reaccionario o antiliberal, será para poder afirmar que la salvación de la patria, del Estado, da derecho a allanar

todas las otras normas y a machacar al prójimo, sobre todo si el prójimo posee una personalidad valiosa. Pero lo mismo acontece si le da por ser revolucionario: su aparente entusiasmo por el obrero manual, el miserable y la justicia social, le sirve de disfraz para poder desentenderse de toda obligación, como la cortesía, la veracidad y sobre todo, sobre todo, el respeto o estimación de los individuos superiores.

Estamos en términos generales de acuerdo. Es evidente que sufrimos una grave crisis en todos los órdenes de la vida individual y colectiva; pero avancemos un poco más: ¿a qué se debe esta crisis?, ¿qué causas han producido tan tremendos y angustiosos efectos?

Son múltiples y complejas: la estructura económica imperante, el progreso técnico dominando al hombre, la carencia de ideales superiores y de metas claras y humanas; la falta de moral en las relaciones entre los individuos y en la conducta de cada individuo, etcétera. Todas estas causas de la crisis han entrelazado unas con otras y han producido el tremendo mal.

La democracia capitalista —como alguien con optimismo llama al sistema— creó la economía de la abundancia para los pocos y de la escasez para los muchos. El lucro ha sido su finalidad suprema, su finalidad sin fin; y, para conseguirlo, no se han detenido los oligarcas ante ningún obstáculo material ni ante ningún principio moral. Fue una fuerza progresista que ahora ha dejado de serlo. “El capitalismo —dice Max Lerner— que fue en otra época un principio de desarrollo, se ha convertido en un principio para la conservación del desarrollo anterior”. Nosotros agregamos: la sociedad capitalista se ha vuelto reaccionaria. Para el mismo autor el capitalismo en la época de su apogeo, transformó la competencia económica en una manigua en la que cada persona luchaba en contra de las demás, como las bestias en la selva, y la sociedad aplaudía al superviviente. Concluye diciendo que “el sueño capitalista ha terminado en agonía capitalista”.

El monopolio de los medios de producción, la riqueza en unas cuantas manos y la distribución de los bienes sin equidad y sin justicia, han originado la lucha entre las clases y entre las naciones; han originado pugnas sangrientas y una inconformidad popular honda y sin reposo. La libertad ha sido disfrutada tan sólo por las **minorías**, y el liberalismo ha producido resultados contrarios a los que imaginaron sus fundadores. Si Adam Smith resucitara tendría que confesar, con amargura, su fracaso.

Alfonso Reyes, no hace todavía una década, escribía:

El liberalismo, desatando la competencia, da pábulo al desarrollo monstruoso de esos super Estados que son las potencias industriales, crecimiento del capitalismo moderno que se venía preparando desde los días de los grandes descubrimientos geográficos y la creación de los grandes mercados, las colonias de explotación, etc. Este movimiento conduce a la injusticia social. No bien la teoría política liberta al siervo, cuando la práctica económica crea otra masa de siervos, más populosa, más exasperada que la anterior.

Pero todos tienen que convenir en que el régimen actual —continúa Reyes— con su juego de herencias y capitales, que ni siquiera distingue al que posee por gracia, del que posee por trabajo, o del que posee a expensas o con privación de los demás, si no puede contentar al socialismo, tampoco satisface el postulado esencial del individualismo, puesto que sacrifica a la inmensa mayoría de los individuos en aras de los privilegiados, y es que el individualismo no se ha realizado nunca: se detuvo en su desarrollo, se incrustó en el régimen actual, que es un resultado de acasos superpuestos, y por eso se confunden y yerran los que creen defender las prerrogativas del individuo defendiendo el régimen capitalista.

Es cierto que la sociedad capitalista ha sido factor de progreso científico y técnico, que ha mejorado la vida humana en su aspecto material, aun cuando, cabe advertirlo, no la vida humana de todos los seres humanos. El mal consiste en la subordinación de todos los valores superiores de la cultura al progreso de la técnica y a la adquisición de bienes económicos. Nuestra sociedad, como lo hace notar Mannheim, no ha asimilado todavía la máquina y ha hecho del hombre una parte del proceso mecánico. La técnica no está al servicio del hombre, sino lo contrario: el hombre está al servicio de la técnica; “no sólo es el parásito sino también la víctima de los productos técnicos creados por su impulso de conquista económica del mundo”. Todo esto, de modo inevitable, ha venido a trastornar la esencia íntima de la especie. Porque como dijera el autor de *Ultima Tule*: “querer encontrar el equilibrio moral en el solo ejercicio de una actividad técnica, más o menos estrecha, sin dejar abierta la ventana a la circulación de las corrientes espirituales, conduce a los pueblos y a los hombres a una manera de desnutrición y de escorbuto. Este mal afecta al espíritu, a la felicidad, al bienestar y a la misma economía. Después de todo, economía quiere decir recto aprovechamiento y armoniosa repartición entre los recursos de subsistencia”. Y Antonio Caso cree que “una cultura que se subordina al dinero y a la técnica es una cultura diabólica”.

El filósofo cristiano Berdiaeff exclama: “todo el sistema económico del capitalismo es el retoño de una concupiscencia devoradora y destructiva”. Y lo verdaderamente grave y desalentador es que unos cuantos jefes del capitalismo, representantes del denominador común más bajo en la cultura, más bajo por la pobreza de los conocimientos y por la intención torcida, son quienes manejan a su antojo el cine, la radio, la prensa y hasta las casas editoras de libros. El resultado ha sido el descenso intelectual y moral de los sectores más valiosos de la población, así como también el predominio del mal gusto y de una ramplonería desoladora en las mayorías. Los medios de propaganda capitalista —aparatos eficaces para hacer tontos, necios o fatuos—, son de tal manera poderosos que acallan con su estruendo las voces sensatas y honradas. Esa propaganda satánica ha producido confusión y desaliento, y ha envenenado la conciencia de millones de hombres.

Otra de las causas de la crisis está en la lucha de las naciones por el poder. En esta lucha se encuentra la explicación de las últimas guerras y de muchas otras guerras anteriores; y después de cada contienda armada, se celebran tratados de paz buscando el equilibrio de fuerzas, de las fuerzas que estuvieron en pugna, a sabiendas de que no será posible mantener ese equilibrio por largo tiempo. No es posible —como en alguna otra ocasión se ha dicho— porque los pueblos no poseen idénticos recursos materiales ni las mismas reservas internas. Unos caminan en la historia más de prisa que otros y se pierde, inevitablemente, el equilibrio establecido. El equilibrio de poder no es —dice un autor— sino la negra profecía de que nunca cesará la política inquietante, empapada en sangre, de enfrentar unas naciones con otras y de que el orden mundial no pueda ser otra cosa que un subproducto de odios y de apetitos desenfrenados de poder.

Hay una antinomia incuestionable entre las normas morales y la conducta práctica, entre los principios religiosos y la realidad. La lucha por la vida y un egoísmo sin límites han debilitado las enseñanzas de las más nobles doctrinas. Virtudes sustantivas como la honradez y el desinterés suelen ser motivo de censura, mientras se ensalza a los bribones si es que han acumulado —no importan los medios— una vasta fortuna. Hoy pudiera decir el humanista Juan Luis Vives, con mayor razón que hace tres siglos, que están “las costumbres, depravadas; las ideas, tan pervertidas, que a los crímenes se les aplaude como hechos meritorios”. Hoy, la corrupción moral, es uno de los síntomas más desalentadores y deprimentes de la actual sociedad.

Paul Valéry, escribía en 1919 algo que ahora pudiera escribirse también con razón mucho mayor:

Existe la ilusión perdida de una cultura europea y la demostración de la impotencia del conocimiento cuando se trata de salvar cualquier cosa: la ciencia, dañada mortalmente en sus ambiciones morales y como deshonrada por la crueldad de sus aplicaciones; el idealismo difícilmente vencedor, profundamente zaherido, responsable de sus sueños; el realismo desengañado, descalabrado, agobiado de crímenes y de faltas; la codicia y el renunciamiento igualmente escarnecidos; las creencias confundidas en los campamentos, cruz contra cruz, media luna contra media luna; los escépticos mismos malparados por acontecimientos tan bruscos, tan violentos, tan conmovedores, que juegan con nuestros pensamientos como el gato con el ratón; los escépticos pierden sus dudas, las recuperan, tornan a perderlas, y no aciertan a seguir sirviéndose de la actividad de su espíritu... La oscilación del navío ha sido tan fuerte que al fin hasta las lámparas mejor sostenidas se han volcado.

Las varias causas someramente enumeradas —de seguro hay algunas otras— explican en buena parte la crisis total que sufrimos; y, dentro del marco de la crisis, la cultura de occidente se halla sujeta a dura prueba de supervivencia.

Los manantiales originarios de esta cultura paradójica nacen en las ciudades griegas, en Roma y en Judea. San Agustín, que bebe de los tres surtidores, escribe en el siglo iv *La ciudad de Dios*. Él destila sobre la Edad Media la sabiduría de la Antigüedad, enriquecida por el cristianismo primitivo; pero hasta el siglo xiii las aguas de aquellos manantiales corren precarias por estrechos cauces. Es Santo Tomás de Aquino quien da entonces un vigoroso impulso al pensamiento. Según Eucken, para Tomás el mundo de la cultura está representado por Aristóteles, el cual aparece en su teoría con todo el vigor de la juventud. Esta teoría ofrece una visión del mundo con una riqueza de detalles admirables, redondeada por completo; un todo terminado que no deja en aquellos años ningún problema abierto.

Y a partir de Dante y Petrarca, se anuncia a la distancia el comenzar de un nuevo día.

El Renacimiento es un milagro de la historia. Los veneros de las viejas culturas se juntan y forman amplio caudal. Florecen las bellas artes y más tarde las ciencias. Los humanistas abren de par en par las ventanas del espíritu. Al mismo tiempo, una nueva clase social, la burguesía, emerge emprendedora y audaz de las ciudades medioevales, con ímpetu renovador. Después, los descubrimientos geográficos, las

reformas religiosas y el desarrollo bancario, industrial y comercial. Además, Cervantes, Galileo, Descartes y Newton.

Europa se va enriqueciendo con el tráfico de esclavos y la explotación de los nuevos territorios. La vida cortesana, como lo hace notar Sombart, fomenta el lujo y las industrias de transformación. La burguesía es cada vez más poderosa y reclama la libertad económica; más tarde, reclamará también la libertad política. La decadencia del feudalismo y del poder de la Iglesia, por una parte, y por la otra las ideas de Locke, Cantillón, Montesquieu, Hume, Rousseau y Turgot, preparan la Revolución Francesa, en tanto que las nuevas invenciones y el progreso técnico, sobre todo la aplicación del vapor a la máquina, inician en Inglaterra la Revolución Industrial. Y al finalizar la última década del siglo XVIII en Francia y en el curso del primer tercio del XIX en algunas otras naciones europeas, la burguesía que ya había adquirido el poder económico se adueña del poder político. Empieza entonces el predominio del hombre de negocios, el predominio de la sociedad mercantil. Ello quiere decir preferencia de los valores del mercado, de los valores de la mercancía sobre todos los demás valores de la tierra y del hombre. Por esta sencilla causa los efectos han sido negativos. Los hombres de negocios —observa Laski— han tenido el plazo de un siglo para probar la validez social de su filosofía. Al fin puede afirmarse que de todos sus principios y conquistas sólo queda un pavoroso fracaso: la esclavitud de continentes enteros al servicio rapaz del interés privado. Puede agregarse: las guerras más sangrientas y crueles y la crisis que hoy padece la humanidad.

Ahora bien, la cultura occidental se ha transformado en la cultura de la sociedad mercantil, en una cultura, como ya antes se dijo, que subordina todos los valores, los más respetables, los más legítimos, los más humanos, los más sagrados, a los valores de las mercancías, de los mercados y de los mercaderes.

¿Y esta cultura puede servir los intereses de la paz?

Hasta ahora ha servido los intereses de la guerra, los ha servido con eficacia incuestionable; la guerra es uno de tantos negocios productivos, a veces el más productivo de los negocios. Y la cultura de nuestro tiempo continuará al servicio de la guerra —ahí está el ejemplo de la bomba atómica— mientras la sociedad mercantil no se modifique desde sus raíces, o se le sustituya, como lo fue por ella la sociedad feudal, por una nueva sociedad en la que la aspiración sustantiva sea el bienestar y la felicidad de todos los seres humanos.

Hay síntomas de cambio radical y profundo, merced al instinto de conservación de la especie y a la dialéctica de la historia. En me-

dio de la noche, de la tormenta, de las olas de un mar bravío que sacuden y hacen crujir la nave, hay relámpagos que iluminan el horizonte.

En este momento de la historia —dice Weber— en que aparece inevitable un viraje de las fuerzas vitales hacia otras rutas, resultaría temerario querer predecir a dónde conducirá finalmente ese viraje. Lo único que resulta visible es la gran posibilidad de hacer que estas fuerzas actúen y se utilicen en cierto modo en un sentido de elevación y en un sentido de profundidad, en lugar de que se proyecten en un sentido de latitud por el orbe terráqueo. Cuando hablo de la posibilidad de que esas fuerzas vitales actúen y se aprovechen en un sentido de elevación, de altura, quiero decir con esto que se empleen en una especie de obra de superación o de trascendencia espiritual de la vida; en un ensanchamiento de las posibilidades de inteligencia o comprensión, unido incluso a peligros internos; en una aventura en lo absoluto; tratando con ello de conquistar y de comunicar en una nueva forma el valor y el sentido de la vida. Cuando hablo de que también hay la gran posibilidad de emplear estas fuerzas vitales en un sentido de profundidad, me refiero a lo siguiente: lograr que las vivencias conseguidas del modo que acabo de indicar, sean llevadas a las colectividades que nos rodean, al pueblo, al Estado, a las unidades culturales de esfera más amplia, a la humanidad concebida concretamente. Tanto si esto lo tenemos que realizar como ejercicio del llamado heroísmo cotidiano dentro del pueblo, como si lo tenemos que realizar desde puestos de mando, la consagración fervorosa a esta tarea constituye ciertamente el gran viraje que debemos emprender, el gran viraje que no destruye nuestra esencia propiamente dicha.

Hermosa y difícil tarea; pero para avanzar de nuevo en la historia —estoy recordando a Carrel— para crear una nueva cultura, el hombre necesita crear un hombre nuevo; necesita sufrir y ser al mismo tiempo el mármol y el escultor; necesita descubrir su verdadero rostro y destruir a martillazos la máscara que ha deformado su íntima personalidad.

Mas nada podrá lograrse si no se modifica la estructura económica, antes o al mismo tiempo que la estructura humana; si no se organiza una democracia socialista o una sociedad planificada con libertad. Karl Mannheim, apóstol de la planificación económica, escribe:

Estamos viviendo una época de transición del 'Laissez faire' a una sociedad planificada. La sociedad planificada futura puede tener una

de estas dos formas: la dominación de una minoría mediante una dictadura o un nuevo tipo de gobierno que esté todavía regulado de manera democrática, no obstante el aumento de su poder... pero no es sólo el principio de la democracia el que debe salvarse y fundirse en una nueva forma. También debe realizarse la exigencia de la justicia social si debemos garantizar el funcionamiento del nuevo orden social... la planificación para la libertad como posible forma de vida se apoya en una visión que no es por fuerza cristiana, pero que crea, sin embargo, las condiciones que en nuestra sociedad hacen posible la realización de una vida cristiana. El carácter actual de semejante estructura radica en que responde a la exigencia de una sociedad planificada sin eliminar por eso la libertad, sino creando más bien el marco donde ésta pueda realizarse. Se trata en efecto, según ese modelo, de una sociedad planificada, pero la planificación en ella es el resultado de un acuerdo democrático; si bien, dadas las condiciones de una sociedad de masas el concepto de democracia ha de pasar por una revisión que lo adapte a las nuevas circunstancias.

Quiérase o no, la sociedad mercantil vive su hora crepuscular, por supuesto en términos de tiempo histórico: diez, veinte, treinta años. Quizá todavía dos generaciones tendrán que elibrar cruentas batallas en todos los campos. Una sociedad nueva se aproxima, tal vez distinta a las que han imaginado los ideólogos; mas de todos modos capaz de establecer la paz entre los pueblos, capaz de crear una nueva cultura con apoyo no sólo en la democracia política, sino además en la democracia económica; con apoyo en la justicia, en un ámbito de libertad. Entonces, será posible llevar a cabo lo que quiere uno de los más ilustres intelectuales contemporáneos: "sustituir la vieja noción del honor de la guerra por la nueva noción del honor de la paz... Habrá que dar al hombre un mundo más allá de la guerra, en que las aventuras de la paz construyan poco a poco un nuevo código de caballería y descubran a la vida un nuevo sentido en el alto empeño de servir a los demás".

El hombre se salvará de la tragedia que lo deprime, por su empeño de vivir sin angustias y su afán de superación. Si así no fuese, habría que llegar a la conclusión de que no es sino un mero producto biológico, apenas superior a la bestia e incapaz de rebasar su grado actual de evolución. Si así fuese, tendríamos que recordar las tremendas palabras de Nietzsche: "Si Dios ha hecho este mundo, yo no quisiera ser Dios; la miseria del mundo me desgarraría el corazón". Sería el derrumbamiento de todo por lo cual se lucha, por lo cual se justifica

la existencia. La vida sería un desierto intensamente desolado, bajo un cielo gris.

No, no nos resignamos: el hombre es algo más que pura biología. Es cierto que en largos periodos históricos y dilatadas zonas geográficas, su personalidad interna ha sido cual gusano que se arrastra sobre la yerba húmeda; pero a veces, en algunos entes superiores, se ha realizado una metamorfosis prodigiosa: del gusano ha nacido la mariposa, el hombre con alas e ímpetu del vuelo.

Y digan lo que digan los pesimistas y los escépticos, se advierte en la lejanía la luz de un nuevo amanecer. Entonces, y sólo entonces, cuando esa hora llegue la cultura será un factor definitivo para que reine la paz entre los hombres, entre todos, porque todos serán hombres de buena voluntad.*

Noviembre de 1947

* *Cuadernos Americanos*, núm. 1, ene-feb., México, D. F. 1948, pp. 7-21.

DEL MUNDO EN 1948

No voy a decir nada nuevo. Voy sólo a recordar hechos de la historia contemporánea y a repetir lo que dice en todas partes el hombre de la calle.

La Primera Guerra Mundial comenzó en agosto de 1914 y terminó en noviembre de 1918. Se dijo entonces que Alemania, país militarista, luchaba por la dominación del mundo para imponer principios despóticos y bárbaros. En cambio, se afirmó repetidas veces que Francia e Inglaterra defendían la democracia, la libertad y la civilización; en resumen: luchaban por mantener incólumes los más altos valores humanos.

Los Estados Unidos entraron a la guerra en 1917, haciendo que la balanza se inclinara a favor de las potencias aliadas.

Los alemanes y los austríacos eran los malos, y los franceses, ingleses y norteamericanos, los buenos; aquéllos, demonios escapados del averno; éstos, ángeles tutelares del hombre.

La guerra dejó un saldo de millones de muertos, de miles de mutilados, de viudas y huérfanos. También dejó fortunas inmensas a los negociantes de las naciones victoriosas. Los Estados Unidos, de país deudor ascendió a la categoría de país acreedor.

La revolución socialista rusa sorprendió a las cancillerías de la Europa occidental, menguando la euforia del triunfo a tan alto costo conseguido. Y una vez más apareció en el viejo continente el espectro del comunismo. Los aliados acudieron con soldados en ayuda de los rusos blancos; pero fueron vencidos. Lenin se afirmó en el poder.

En 1922 el espectro del comunismo produjo el fascismo en Italia y una década más tarde, en el fondo por la misma causa, Hitler se adueñó de la situación política en Alemania.

La Sociedad de las Naciones, sueño de paz de espíritus generosos, fracasó una y otra vez y su prestigio declinó día tras día. A las grandes

potencias que manejaron la Sociedad no les importó nunca la paz del mundo sino sus propios intereses económicos.

Durante la década de los 30 se preparó la Segunda Guerra Mundial: la crisis económica más grave de la historia; Abisinia; la guerra en España; y, sobre todo, la ayuda financiera a Hitler de Francia, Inglaterra y de ciertas grandes unidades económicas norteamericanas; todo ello con el propósito de que al armarse Alemania, los hábiles diplomáticos ingleses la arrojarían sobre la Unión Soviética; así, después, Inglaterra se comería tranquilamente el pastel. Por último, la invasión de Austria y la insensatez de Múnich.

Y mientras tanto el hombre contemporáneo se hundía en el pantano de la más profunda crisis de todos los tiempos. Crisis vertical y horizontal, moral e ideológica: crisis total.

La Segunda Guerra Mundial, que abarcó mayor espacio geográfico que la Primera y que fue más larga y mucho más cruenta, comenzó en septiembre de 1939. En mayo del año siguiente, los ejércitos de Alemania se arrojaron sobre Bélgica, Holanda y Francia, venciendo fácilmente la débil resistencia que se les opuso. Hitler se había preparado bien. París, la vieja capital intelectual del mundo, cayó sin combatir en manos de los nuevos bárbaros. Los ingleses sufrieron la derrota de Dunkerque y resistieron con heroísmo los bombardeos asesinos sobre Londres. Si después de Dunkerque Hitler hubiera invadido las Islas, hubiera ganado la guerra; pero no pudo o fue éste su primer gran error.

Se dijo sustancialmente lo mismo que en 1914-18: los alemanes eran los malos, los otros los buenos. Durante la nueva contienda se acentuó la diferencia en los principios económicos, políticos y culturales de las naciones en pugna. Otra vez Alemania luchó por el dominio del mundo y por imponer su régimen regresivo y dictatorial. Otra vez los aliados acudieron en defensa de la democracia, de la libertad y de los más sagrados derechos del hombre. Otra vez los Estados Unidos participaron al fin en la pelea, obligados por el alevoso ataque del Japón a Pearl Harbor. Otra vez su participación fue factor decisivo en los resultados.

Hitler cometió su segundo gran error en contra de la opinión de sus más destacados consejeros: lanzó sus tropas sobre la Unión Soviética, inmenso territorio defendido por todo un pueblo. Allí comenzó a declinar la estrella del torvo dictador alemán. De la noche a la mañana la Unión Soviética dejó de ser atacada por la prensa, la radio y el cine de las naciones adversarias de Alemania, Italia y Japón. Los perversos rusos se tornaron bondadosos y heroicos; los demonios se

convirtieron en ángeles y hasta llegó a hablarse a menudo de la democracia soviética, olvidándose de la realidad; de la dictadura del proletariado.

¡La Carta del Atlántico! ¡Las Cuatro Libertades! ¡Esperanza del hombre atribulado! Cuánto se escribió entonces sobre ese documento, que según se dijo fue redactado en medio del océano. Roosevelt y Churchill aparecían como los paladines de un mundo nuevo donde el hombre viviría con decencia y sin temores. El primero murió fiel a sus principios; el segundo, aún antes de terminar la guerra declaró que cada vez se luchaba menos por ideales y más por intereses económicos. Ahora suele decirse que la Carta del Atlántico jamás existió, que fue una mera ficción de gente de buena voluntad. Sea de ello lo que fuere, la Carta del Atlántico fue un hecho históricamente verdadero, en el sentido de que sus ideales se clavaron en la conciencia colectiva.

Poco antes de que la contienda terminara, se reunieron en San Francisco representantes de numerosos países para constituir la nueva sociedad internacional. Diplomáticos comedidos, elocuentes discursos y escenografía deslumbrante. También buenos deseos, buenos propósitos y anhelos de mejoramiento social. Todavía se luchaba en todos los frentes, todavía se destruían riquezas acumuladas por los siglos, todavía morían centenares de seres humanos en las ciudades, en las campañas y en el mar. El fracaso de la Sociedad de las Naciones se hallaba vivo en la mente de los delegados plenipotenciarios. Había que hacer algo nuevo, algo distinto a fin de que la paz reinara para siempre sobre la faz del planeta; y otra vez el hombre, con su capacidad para olvidar los dolores de ayer y para dejarse engañar por su ansia de mejoramiento, sus sueños en un porvenir mejor, se sintió alegre y optimista ante el brillante paisaje que le ofrecía la novísima unión de naciones.

Después del asesinato de Mussolini, el suicidio de Hitler, la toma de Berlín, la bomba atómica y la rendición del Japón; después la algarada oficial de la victoria y una alegría contenida de los pueblos. Había estallado la paz. ¡Qué distinta fue la celebración de esta victoria a la de la terminación de la otra guerra! Entonces hubo entusiasmo desbordante sin recelos, mientras que en agosto de 1945 las manifestaciones de alegría fueron a la sordina, como si el alma de las masas hubiera presentado los horrores de la paz.

Algo más de tres años han transcurrido y no ha pasado todavía ni parece que pronto pasará la tremenda crisis que azota a los habitantes de nuestro globo. Franco el fascista, el aliado de Hitler y Mussolini, el asesino de su pueblo, permanece en el poder para escarnio de la decencia internacional; la guerra continúa en China con encar-

nizamiento inaudito; la lucha en Grecia continúa; y los sabios diplomáticos de las Naciones Unidas tomaron atinadas resoluciones para sembrara la discordia en Palestina.

En estos momentos los diplomáticos de más de cincuenta países deliberan en la capital de Francia. La impresión de los observadores honestos y más alertas, es la de que después de los hermosos discursos inaugurales, se advierten tan sólo las pugnas por pequeños o grandes intereses económicos y políticos entre Inglaterra, los Estados Unidos y la Unión Soviética. El bienestar de los pueblos es para los gobernantes de las grandes naciones cuestión secundaria.

Mientras tanto la falta de alimentos en no pocas zonas de los países devastados, el hambre y la ruina. Francia amargada por la derrota; Italia rehaciéndose lentamente con la ayuda norteamericana; Inglaterra sacrificando a su pueblo con la ilusión de reconstruir su imperio; Alemania triturada; Rusia decidida a ensanchar su influencia; y los Estados Unidos hinchados de orgullo y de poder pretendiendo resolver ellos solos los complejos problemas del mundo entero. Y en medio de este aquellarre de pasión, de ambiciones y de odio se levanta siniestra la amenaza de una nueva contienda armada. La bomba atómica, las bombas cargadas de bacterias y todos los demás elementos de destrucción, descubiertos por la magia negra, listos para entrar en juego para acabar con el progreso y la civilización.

No puede negarse el gran poder económico, financiero y militar de los Estados Unidos; pero reconociéndolo así, sin ambages, no creo que ellos solos puedan resolver los múltiples problemas de tantas naciones, y mucho menos traicionando los principios de la libertad de los fundadores de la gran nación norteamericana. Los problemas actuales, sólo podrán resolverse con apoyo en bases distintas; con la buena voluntad de los estadistas, y la cooperación de los pueblos, subordinando todos los intereses a un supremo interés: la paz y el mejoramiento de la vida humana. Tampoco podrán resolverse los problemas contemporáneos buscando las soluciones en los sistemas que implantaron las potencias vencidas. No puede haber paz verdadera sin libertad. ¡Ah, el fantasma del comunismo! No hay que temer a los fantasmas. La única fórmula eficaz para vencer una doctrina, estriba en la demostración de que es mejor la que se profesa, y el único modo para que un sistema social impere sobre otro sistema, consiste en probar la superioridad del uno sobre el otro en el marco de la realidad. El dólar es un dioscecillo poderoso, mas no es el único, hay otros dioscecillos y otros dioses tal vez más poderosos. Estoy pensando sobre todo en una diosa: la Justicia.

No es posible olvidar en este esquema a los países latinoamericanos. Los últimos acontecimientos no son nada alentadores y nos llenan de tristeza. Lo ocurrido recientemente en Venezuela es algo vergonzoso. Gallegos fue depuesto por un grupo de sargentos irresponsables, al servicio de oscuras y ruines ambiciones de las compañías petroleras, de esas poderosas empresas saturadas de maldad que tanto daño han hecho en todas las regiones del mundo a donde las ha llevado la codicia. Los amargos resultados son que en los países de nuestra América, durante los tres últimos años, lejos de consolidarse los gobiernos democráticos, son los gobiernos dictatoriales, fascizantes, los que se han afirmado en el poder. El militarismo triunfa sobre la democracia y la libertad; la bota del soldado sobre la legalidad; la fuerza sobre el derecho y la razón. No hay castigo para los criminales. Las protestas aisladas de los mejores hombres se pierden como grito sin eco en la soledad de inmenso desierto.

El panorama del mundo actual no puede ser más desalentador, ni puede estar más cargado de graves peligros. El pantano ha poseído al hombre, se ha metido en su carne, en sus huesos, en su cerebro y no parece sino que le ha hecho perder la razón. Y si no reacciona con un supremo esfuerzo para sobrevivir, el lodo lo destruirá fatal e inevitablemente. Que mediten bien los grandes estadistas lo que hacen. Su responsabilidad no tiene límites. El dilema es claro: o se coloca por encima de todo el interés esencial del hombre que por ahora es la paz; o por encima de ese supremo interés se colocan los intereses de los negociantes y el orgullo y el capricho de los mandatarios de las grandes potencias; y esto, es la guerra, la destrucción, el hambre y la muerte. Comenzarían a realizarse las profecías del Apocalipsis.

Yo pienso que si en una nueva contienda armada se utilizan la bomba atómica y las bombas cargadas de bacterias, eso demostrará que la especie humana no tiene posibilidades de salvación, que ha seguido un camino torcido en su desarrollo histórico y que es mejor que recomience el drama; pero pienso también que no hay que caer en el desaliento y el derrotismo, hay que pelear por la paz; que hay que hacerle la guerra a la guerra, sin partidarios a favor de ninguno de los grandes imperios; lealmente y tan sólo por motivos humanos, en defensa de la supervivencia de la especie. Así y únicamente así, renacerá la esperanza de salvación.

Sin la paz no saldrá el hombre de la crisis, no saldrá del pantano. Luchar por la paz en estos momentos angustiosos que vive el hombre, es deber ineludible del hombre de bien.

El hombre de la calle y el profesionista —médico, ingeniero, arquitecto— alejados del estudio de las cuestiones políticas, sociales y económicas, que leen los periódicos de la ciudad de México, muy probablemente han llegado a las conclusiones siguientes: 1a. El mundo está dividido en dos grandes grupos de naciones, las del Oriente y las del Occidente; 2a. Los gobernantes de los países orientales son seres perversos, demonios escapados del Averno, engendros del mal; 3a. Los gobernantes de Occidente son ángeles tutelares del hombre, que no desean otra cosa que el bien de la especie humana; 4a. La guerra entre Oriente y Occidente parece inevitable; y 5a. La guerra la ganarán las naciones occidentales por los inmensos recursos de los Estados Unidos: el poder incontrastable del dólar, su enorme producción industrial, la superioridad de los armamentos y sobre todo, sobre todo por la gran cantidad de bombas atómicas ya fabricadas listas para destruir ciudades y sembrar la ruina y la muerte.

Los periódicos de Estados Unidos y de México, o más bien la mayor parte de ellos, son los más belicistas, los que dan las notas más agudas a este respecto; los de otras repúblicas americanas dicen lo mismo, pero generalmente con cierta cautela y mesura; y en Europa, donde no ha muchos meses me encontraba, la prensa cuando habla de la guerra lo hace a la sordina, que si siguiera el ejemplo de sus colegas estadounidenses y mexicanos perdería de seguro lectores y provocaría indignación, porque el drama de la última contienda está todavía dolorosamente vivo en el corazón del europeo.

Por supuesto que las publicaciones periódicas de los territorios detrás de la llamada "cortina de hierro", se ocupan de los mismos problemas; por supuesto también que examinando la situación desde ángulo diferente, invirtiendo los términos de conformidad con su versión, los hombres de Oriente persiguen sólo la redención de los habitantes de nuestro globo y los del Occidente trabajan por su ruina, movidos por el egoísmo de unos cuantos multimillonarios, por la codicia de una burguesía corrompida y decadente.

Y nosotros nos preguntamos: ¿dónde está la verdad? ¿Qué es lo que hay en el fondo de las informaciones periodísticas? ¿A qué se debe la siembra de inquietud y de temor que sin medida se propaga día tras día, hora tras hora, por todos los ámbitos de la tierra?

El hecho real es que se trata de la lucha entre dos mundos diferentes: el capitalismo con Washington a la cabeza y el socialismo o

presocialismo dirigido por Moscú; pero antes de proseguir conviene recordar las características esenciales del socialismo y del capitalismo.

Las características que imprimen fisonomía particular al capitalismo son éstas: *a)* propiedad privada de los medios de producción; *b)* se producen mercancías para el mercado, es decir, para obtener ganancias; *c)* se generaliza el uso de la moneda a fin de facilitar las transacciones mercantiles; *d)* predomina el sistema del salariado, por cuyo medio retiene el capitalista en provecho personal, parte de la remuneración que corresponde al trabajador; *e)* se realiza una intensa concentración industrial y de capitales, no obstante lo cual se sigue hablando de la competencia como ideal económico; *f)* la sociedad se divide principalmente en dos clases: ricos y pobres, burgueses y proletarios; y *g)* consecuencia de lo anterior: la lucha de clases. Con respecto al punto *g)* debo confesar mi heterodoxia; debo confesar al mismo tiempo que soy un heterodoxo de todas las doctrinas y teorías. A mi entender hay lucha vertical y lucha horizontal. La lucha vertical es entre los de abajo y los de arriba y la horizontal es entre los de arriba en contra de los de arriba y los de abajo en contra de los de abajo. ¿Qué es la competencia sino una fórmula de lucha? Owen escribía que la competencia es la guerra y la ganancia el botín. En la sociedad capitalista es verdad aquello de que: “ser es luchar y vivir es vencer”.

Ahora bien, las características del socialismo son las siguientes: *a)* no existe la propiedad privada de los bienes de producción, pertenece a la colectividad, representada por el Estado; *b)* no se reproduce con fines de lucro sino para satisfacer necesidades sociales; *c)* se generaliza el uso de la moneda, lo mismo que en el capitalismo. Lenin fracasó en su intento de eliminarla; *d)* el sistema del salariado es norma general, sólo que la remuneración retenida no va a parar a los bolsillos de los accionistas de las grandes empresas como en el capitalismo, sino que se utiliza para el fomento económico y para realizar obras de beneficio social; *e)* hay grandes unidades económicas estatales y también pequeños centros productores. La competencia en sentido capitalista no existe, es medio de estímulo para acrecentar el esfuerzo productivo; *f)* las clases sociales desaparecen, queda una sola clase social, tenuemente dividida en categorías; y *g)* lógicamente la lucha de clases desaparece; mas entiéndase bien, ello no quiere decir que desaparezcan las luchas individuales. El socialismo no cambia ni puede cambiar la naturaleza humana. Esto, si acaso, se alcanzará después de varias generaciones socialistas.

Se ve pues la causa de los antagonismos existentes.

¿Qué es lo que quiere la Unión Soviética y sus llamados satélites? Lo que la Unión Soviética quiere es robustecerse en lo económico y en lo político, aumentar el radio de su influencia, tornarse más poderosa para dominar lo más que dominar pueda. Quienes dirigen a los países del bloque oriental, no son santos, son hombres de nuestro tiempo, realistas, sin escrúpulos cuando defienden sus intereses, implacables y sagaces.

Frente a ellos está el Occidente, está el capitalismo que Washington ahora regentea. Y lo que Washington quiere, lo que necesita imperativamente es no perder zonas de influencia, porque ha menester para su progreso de campos de inversión para sus capitales, amplios mercados para sus mercancías y dilatadas zonas geográficas donde adquirir materias primas indispensables para su inmensa industria. Éste es el problema: la lucha de dos economías diferentes, de intereses antagónicos, de conceptos diferentes sobre la vida, de parecidos egoísmos y de igual ambición.

No por bondad sino como consecuencia de su misma estructura y de conformidad con sus métodos de lucha, la Unión Soviética es pacifista; lo es porque así conviene a sus intereses, porque no necesita de la guerra sino de la propaganda inteligente y constante para alcanzar sus fines. En cambio, no por maldad, sino debido a las condiciones de su propia organización económica, parece que Washington considera que su única salida es la guerra. Por eso a pesar de los pactos pacifistas y de las palabras de paz no pueden ocultar su belicismo. Y es que sus grandes hombres de negocios no se resignan a mirar impasibles la agonía de la empresa privada, que es la espina dorsal del sistema norteamericano y del capitalismo en general. Esos poderosos personajes influyen de manera decisiva, por una parte, en la dirección de la política internacional; y, por la otra, dueños de los más vastos y eficaces medios de publicidad, influyen también en la opinión de las mayorías, crédulas y sencillas, sembrando el temor y el odio.

Hay sus antinomias: Inglaterra, que en el campo internacional está ligada estrechamente a Norteamérica, en la dirección de su política económica se aproxima por lo menos en algunos aspectos más al sistema soviético que al norteamericano. Recuérdese la socialización de varias ramas de la industria inglesa y aun de la práctica de la medicina. Otro caso: algo más del ochenta y cinco por ciento de los habitantes de los Estados Unidos no son católicos. Sin embargo, jamás Washington

y el Vaticano se habían entendido tan bien como en nuestros días. Es que coinciden sus intereses: necesitan recuperar los mercados perdidos detrás de la "cortina de hierro", los unos para su Coca-Cola, los otros para sus indulgencias.

De todo lo anterior se desprende la posibilidad de una nueva tragedia, de un nuevo drama universal. Una tercera guerra bien puede dar al traste con el progreso alcanzado penosamente a través de los siglos por el esfuerzo de numerosas generaciones; bien puede destruir eso que hemos convenido en llamar civilización.

Y ¿cuál es la situación de un país como México, de los países latinoamericanos? Parece que nos hallamos comprometidos a causa de los pactos continentales; nos hallamos comprometidos a seguir a la zaga de nuestro poderoso vecino del norte. Iremos a la cola, como en ese juego infantil en que los niños, cogidos uno detrás de otro, inician la carrera culebreando y, siempre, la peor parte le toca a los que van o al que va a la cola. Y así, precisa no dudar, nos puede ocurrir a nosotros.

Se dice en los Estados Unidos que el ciudadano norteamericano necesita defender su modo particular de vida, del cual está orgulloso y satisfecho, y yo me pregunto, ¿qué le importa el modo particular de vida del norteamericano que él tiene razón en defender, al guaraní del Paraguay, al inca de los Andes peruanos, al chamula de Chiapas o al huichol de Nayarit? ¿Saben ellos siquiera algo de lo que son los Estados Unidos? ¿Es justo, es razonable, es humano que el huichol de Nayarit, el chamula de Chiapas, el inca de los Andes peruanos o el guaraní del Paraguay, vayan mañana a luchar y morir en defensa de bienes materiales que desconocen? La respuesta es rotundamente negativa.

Los pueblos no quieren la guerra, ni el pueblo ruso ni el pueblo norteamericano. Los únicos partidarios de la guerra son los accionistas mayoritarios de las grandes empresas y ciertos militares profesionales. Los pueblos no olvidan que en 1914-18 se dijo que había que luchar para salvar la democracia, la libertad y la civilización; y que, en 1939-1945 se repitieron iguales o parecidas palabras a los de la siguiente generación. Empero al finalizar este año de 1949 la civilización está en entredicho, la democracia en descrédito y menguada la libertad.

¿Y después de esto una tercera guerra también para defender la democracia, la civilización y la libertad? ¡No! Repitémoslo una vez más, hay que hacer la guerra a la guerra; hay que luchar por la paz

sin reposo, día tras día, hora tras hora, hasta ganar la pelea; pero no por una paz de esclavos, sino construida orgánicamente, con los dos únicos materiales posibles que garanticen su duración: la libertad de pensamiento y la justicia social.*

Diciembre de 1949

* "Inquietud sin tregua. Ensayos y artículos escogidos, 1937-1965". *Cuadernos Americanos*, México, D. F., 1965, pp. 217-226.

HOMILIA PARA FUTUROS ECONOMISTAS

En busca de una definición

Nadie puede negar que han existido y existen numerosos fenómenos económicos en todas las sociedades, ni tampoco que tales fenómenos obedecen a causas determinadas. Si un fenómeno se repite muchas veces y de igual manera, es obvio que obedece a la misma causa. Entonces es posible descubrir los principios o las leyes que explican la causa y los fenómenos correspondientes. De lo anterior se deduce lógicamente que la Economía es una ciencia. ¿Pero qué clase de ciencia es la Economía? Aquí se impone ensayar una respuesta.

El economista francés Juan Bautista Say, opinaba que la Economía debía ser objetiva, concreta, teórica y descriptiva; que debía exponerse fríamente cómo se producen, se distribuyen y se consumen las riquezas, y nada de sermones. Por su parte el ginebrino Juan Carlos Leonardo Sismondi, escribió que la Economía es una ciencia moral y que su objeto no es la riqueza sino el bienestar físico del hombre. Y a su vez el inglés Guillermo Stanley Jevons, decía textualmente: "La Economía debe tener un carácter tan matemático como las ciencias físicas... En mi opinión nuestra ciencia ha de ser matemática, sencillamente porque se ocupa de cantidades".

Claramente se distinguen las opiniones divergentes de los autores citados. Say fue un economista clásico liberal y creyente de la existencia de leyes naturales reguladoras de la vida económica; Sismondi puede clasificarse como crítico social, moralista y precursor del historicismo, escuela que afirmaba categóricamente que las leyes de la Economía no son naturales sino históricas; y Jevons fue uno de los primeros marginalistas, junto con Menger y Walras. El marginalismo, que tanto éxito ha tenido en la historia de las doctrinas económicas, es una mezcla de ingredientes psicológicos y lucubraciones matemáticas. Por supuesto que estas concepciones y doctrinas no han sido las

únicas en el pasado ni lo son en el presente. Hay muchas otras de las cuales sería ocioso ocuparnos en este lugar.

La opinión de Say de que la Economía debe limitarse a describir fríamente los hechos, a informar al lector o al oyente cómo se producen, se distribuyen y se consumen las riquezas, no puede aceptarse en nuestros días; si así fuese no podría hablarse de política económica, de desarrollo económico, ni de una mejor distribución del ingreso; no podría hablarse de planear la Economía de un país o de una región. Toda política económica debe basarse en el estudio profundo de la realidad con el claro propósito de superarla. Salta a la vista el absurdo de siquiera pensar en una política económica regresiva, que implicara marcha hacia atrás, no hacia adelante. Reducir la Economía a una ciencia descriptiva es negarle su calidad científica, es hacer de ella una especie de botánica primitiva, es, en fin, grave error que todavía cometen ciertos economistas de muy discutible talento e ilustración.

La Economía no es una ciencia matemática como pensaba Jevons. Es cierto que se ocupa de cantidades; mas es cierto también que entre esas cantidades está el hombre y que el hombre no es una mera cantidad. Aquí está la diferencia fundamental entre la sociología y las ciencias físico-matemáticas. El hombre es el ser más complejo del mundo en que habitamos; y por eso, precisamente por esa complejidad, no se le puede reducir a cifras, ni pueden las matemáticas abarcarlo en su oscura y a la par luminosa personalidad. El hombre es un animal admirable pero imperfecto. Lógicamente es admirable pero imperfecto todo lo que realiza. Lo único que le salva es la eterna inconformidad con su imperfección. “El Hombre —dice Croce— es una síntesis de la historia universal”. La historia es el drama del hombre y es obvio que el drama escapa al guarismo y que no cabe representarlo ni por cien, ni por mil, ni por diez mil. Tampoco puede reducirse a números la emoción estética: “La Piedad” de Miguel Ángel o la “Novena Sinfonía” de Beethoven. No hay balanzas de precisión para medir el odio, el amor, el deleite, el miedo o la vanidad de un ser humano cualquiera. Y se necesita ser un especialista en sardinas o un débil mental, para no darse cuenta que todo sentimiento o reacción psicológica —sobre todo la vanidad— suele influir en la conducta del hombre al comprar ciertas mercancías, desde un ángulo no siempre transparente de su objetividad.

Por otra parte me importa repetir que el hombre económico es una ficción, de igual manera que el hombre religioso, psicológico o biológico. El hombre es todo eso al mismo tiempo y mucho más. Todo hombre es muchos hombres y a la vez un todo integral.

Lo antes dicho no significa ignorancia respecto a la utilidad de las matemáticas para el economista. Lo reconozco sin reserva alguna. Pero no es lo mismo reconocer que las matemáticas son herramientas útiles y aun indispensables al economista, que sostener que la Economía es una ciencia matemática porque se ocupa de cantidades. Entre una y otra postura, entre una y otra concepción la distancia es inmensa.

A mi parecer el punto de vista de Sismondi, se aproxima más a la verdad que los puntos de vista de Jevons y Say; pero se hubiera aproximado más todavía, si hubiera escrito que la Economía es una ciencia social que estudia cómo se producen y distribuyen los bienes materiales y cómo debieran producirse y distribuirse; si hubiera añadido que su objeto no es la riqueza por la riqueza misma, sino un medio para mejorar al hombre en todos los aspectos esenciales de su existencia individual y colectiva.

De lo anterior se concluye que la Economía es una ciencia humana y que sus leyes, con excepción de las de carácter económico-biológico como la de la población y la del rendimiento decreciente en la agricultura, son leyes sujetas a cambios inevitables, impuestos por la estructura económica y las instituciones jurídicas y políticas de la sociedad. Voy a poner dos ejemplos: la libre competencia, que Mill catalogaba entre las leyes naturales, no funciona a principios de 1961 en los Estados Unidos, por lo menos tratándose de un buen número de mercancías, de modo idéntico a como funcionaba hace un siglo en el mismo país, cuando no existían grandes unidades económicas ni el Estado se ocupaba de intervenir para fijar los precios de algunos productos agrícolas o mineros. El otro ejemplo: la libre competencia no funciona o casi no funciona en la Unión Soviética, por la simple razón de que el gobierno interviene en toda la organización económica. Si desea restringir la venta de algún artículo eleva considerablemente los precios, pero si por el contrario estima conveniente incrementar el consumo de otro artículo, y muchas veces lo hace por razones políticas, entonces reduce el precio aun por debajo de los costos.

De suerte que el tiempo y el espacio, o en otras palabras, la historia y la geografía son nociones fundamentales para la ciencia económica. Lo primero lo hizo notar Alfredo Marshall hace ya más de medio siglo; lo segundo, es algo que no escapa, que no puede ni debe escapar a ningún estudioso de nuestra compleja disciplina. Se dijo que la Economía es una ciencia humana; y lo mismo puede y debe decirse de todas las ciencias. Su finalidad suprema es el hombre; y el hombre, jamás debe olvidarse, es el problema esencial.

Sé muy bien que no es ocioso recordar de vez en vez algunas ideas elementales que precisamente por serlo se olvidan fácilmente. Esto me lo ha enseñado la experiencia de más de un tercio de siglo de cátedra universitaria. De manera que voy a decir algo ya dicho en más de una ocasión. Todo en la naturaleza está sujeto a un cambio constante. Lo mismo lo infinitamente grande que lo infinitamente pequeño; lo mismo el átomo que la estrella. Por supuesto que la estrella y el átomo se transforman con ritmo diferente, inmensamente más lento en el macrocosmos que en el microcosmos. Las edades siderales escapan a la imaginación humana. El maestro Antonio Caso solía decir: "Lo único que no cambia es que todo cambia".

El hombre ha ido conociendo poco a poco la historia geológica de su pequeña morada. Sabe bien que no siempre ha sido como es; que donde hoy se levanta una elevada montaña fue quizá hace milenios el lecho de profundo lago; que en el lugar en el cual ayer el mar se agitaba, crecen hoy el olivo y la vid. En México hace algo más de tres lustros presenciamos el parto de un volcán. Se dijo historia geológica, que es lo mismo que decir cambio en la fisonomía del globo. Cambio significa historia e historia significa cambio. Hay en estas dos palabras una sinonimia esencial.

Las sociedades que llamamos civilizaciones y que aún existen, son hoy diferentes a como fueron en cualquier otro momento de su historia a través de los siglos. De la vida en Atenas en los momentos de mayor plenitud económica y cultural, nos queda tan sólo el hermoso recuerdo. Sus sistemas de producción de igual manera que su técnica han sido ha mucho tiempo superados. El hombre de nuestros días difiere en sus concepciones fundamentales sobre la vida, el mundo y el universo, de aquel que en el Ágora escuchara las arengas encendidas de Pericles. Y los dioses inmortales de Hesíodo, Homero y los grandes trágicos, han muerto vencidos por nuevos dioses.

Por otra parte, si el visitante de la ciudad de París, ayudado por la historia, se imagina cómo era la vida allí al finalizar el siglo xvi y la compara con la vida en la ciudad de Nueva York en 1961, se dará cabal cuenta del abismo que las separa. Hay algo más todavía. Se puede pensar en una misma ciudad: México en dos distintos momentos de su historia, 1861 y 1961. Las transformaciones en todos los aspectos de la vida urbana, lo mismo que en las ideas, las normas de conducta, las preocupaciones y los deseos de sus habitantes, no necesitan ninguna demostración.

¿Y a qué se han debido estos cambios en la historia de las sociedades? A mi juicio el origen de tales cambios se encuentra en el cerebro del hombre, estimulado en la mayoría de los casos por la presión de necesidades insatisfechas. Es el cientista que después de largos afanes ha logrado aprehender alguna verdad. Esta verdad, este descubrimiento lo aprovecha el técnico para producir algo. No se olvide que producir es crear utilidades futuras. Ese algo que se produce es un algo material: una riqueza, un bien económico, una mercancía. Ya generalizada la producción —recuérdese la fabricación de locomotoras y de vías férreas en el curso del siglo XIX— se transforma la economía, influyendo en el ingreso per cápita y acelerando el proceso de desarrollo. Y los cambios en la estructura económica exigen cambios en la legislación, en la organización política y en la conducta de los miembros de la sociedad. El esquema puede intentarse en la forma siguiente: primero, descubrimiento científico; segundo, aplicación técnica; tercero, cambios en la estructura económica, total o parcial a la corta o a la larga; cuarto, adaptación de las leyes y de la organización política a la nueva realidad; y, quinto, progreso de todos, o por lo menos de una parte, de los habitantes de un país o de una región. Empero, esto no quiere decir que el progreso se realice sin tropiezos y desajustes derivados de un avance desigual entre las ciencias de la materia y las ciencias del espíritu, entre las ciencias biológicas y la filosofía; entre la física y las ciencias sociales. La *Física* de Aristóteles pertenece a la arqueología de la ciencia, nada es ya aprovechable. En cambio la lectura de la *Política* del mismo autor es todavía útil y aún obliga a meditar a quien la lee con atención. Esto da idea clara del diferente desarrollo de dichas disciplinas. La clasificación de ciencias de la materia y ciencias del espíritu es del filósofo idealista Guillermo Dilthey; mas lo mismo o casi lo mismo hizo el marxista Carlos Kautsky al hacer la distinción entre ciencias de la naturaleza y las del espíritu. El caso es interesante por coincidir en tal clasificación dos pensadores de tendencias opuestas: uno, idealista; el otro, materialista.

Ahora bien, para mayor claridad puede citarse el caso del petróleo. Se perfora el primer pozo en 1859. Pasado cierto lapso, unos químicos, después de buen número de experimentos logran transformar la sustancia negra y viscosa en kerosina para utilizarla como iluminante. Bien pronto se perfecciona la refinación y se obtiene la gasolina. En otro campo otros técnicos ven coronados sus esfuerzos por el éxito al fabricar los primeros motores de combustión interna; y los primeros automóviles sorprenden con su velocidad y su ruido infernal a los habitantes de las grandes urbes. El automóvil mejora año tras

año; se hace más cómodo, más rápido y más estable. Poco después, se presentan en escena los ingenieros y emprenden la tarea de construir largos caminos asfaltados, iniciándose así una revolución en la industria del transporte. Años más tarde se fabrica el avión y se consuma una de las más asombrosas hazañas humanas.

¿Y hay alguien que se atreva a negar que el automóvil y el avión han transformado la vida individual en particular y de la sociedad en general?

La revolución tecnológica está en pleno desenvolvimiento. El cerebro del hombre no descansa. En ocasiones se recibe la impresión de presenciar el triunfo de la magia: de la magia negra en Hiroshima y Nagasaki; de la magia blanca cuando los sabios soviéticos hacen posible, el 12 de abril de 1961, el viaje del primer cosmonauta.

Una teoría económica ayer verdadera, bien puede dejar de serlo en el presente si se han operado cambios sustanciales en la estructura de la Economía. Las teorías o las ideas sobre política económica de los mercantilistas, no fueron equivocaciones de mentes obnubiladas como lo creyeron no pocos economistas de la pasada centuria, quienes se limitaron a repetir los juicios de Adam Smith sin contribuir con ninguna aportación crítica al estudio del problema. La verdad es que el pensamiento mercantilista fue elaborado por hombres inteligentes, que apoyaron sus principios en la realidad objetiva de su tiempo. En cambio, los economistas académicos del siglo XIX, en su gran mayoría, no tuvieron visión histórica para aquilatar con ánimo sereno y comprensivo a los escritores economistas del siglo XVII. La discrepancia entre unos y otros se explica por el hecho de hallarse separados por doscientos años y por la Revolución Industrial, es decir por el tiempo y por el progreso de la técnica.

En resumen, la Economía es una ciencia dinámica que se está haciendo y rehaciendo constantemente, porque constantemente se está haciendo y rehaciendo el mundo económico. Claro que lo mismo sucede con todas las ciencias sociales y con todas las demás ciencias. Toda ciencia es avance, demora, retroceso, para de nuevo caminar hacia adelante y aproximarse a las metas perseguidas. Ninguna ciencia ha sido terminada como se termina un puente, un edificio o una estatua; y tal vez jamás, el auténtico hombre de ciencia —biólogo, físico o economista— podrá ufanarse de haber violado todos los arcanos o de que su ciencia sea perfecta y transparente cual una esfera de cristal. Entre la ciencia y la religión hay una diferencia fundamental: el hombre de ciencia duda; el hombre religioso cree. Entre dudar y creer hay una antinomia irreductible.

El espacio de igual manera que el tiempo, tiene singular importancia para la Economía. Muchas veces, no siempre, el tiempo y el espacio, o sea la historia y la geografía, se conjugan y exigen un amplio análisis económico. Si como antes se dijo, se estudia la estructura económica de la ciudad de México en el año de 1861 y se le compara con la de 1961, se advertirá que los grandes cambios se han realizado en el tiempo y que se trata de fenómenos históricos; pero si el estudio comparativo se hace entre la ciudad de Nueva York y la de México en un mismo año, se notará que las diferencias no sólo son de tiempo sino también de espacio; de tiempo porque Nueva York se halla en un grado de evolución económica más adelantado que México, en un tiempo histórico superior; y de espacio a causa de las muy diversas características geográficas: altitud, latitud, temperatura, precipitaciones acuosas, etcétera. De todo esto parece obvio que los problemas económicos de uno y de otro centros de población no pueden resolverse con idénticas formulaciones teóricas. Lo mismo debe decirse tratándose de las naciones, ancladas —como dijera hace más de un siglo Federico List— en etapas económicas diferentes. A lo que cabe agregar y en puertos de distintas condiciones naturales.

La geografía es una ciencia a la que a menudo tiene que acudir la Economía, por la razón elemental de las distintas condiciones orográficas, hidrográficas, climáticas y de otra índole en las varias regiones del planeta.

Para la adecuada localización de una industria se debe tomar en consideración los recursos naturales del lugar escogido, principalmente combustibles y materias primas, a la par que los medios de transporte y la proximidad de los mercados. En todo problema de localización industrial, los conocimientos económicos se entrelazan lógicamente con la geografía. Estas nociones son elementales pero sin duda útiles e indispensables, de modo especial para el futuro economista. Lo anterior se aclara más aún al pensar en lo disparatado que resultaría establecer una fábrica de refrigeradores en Terranova, o una gran empresa para fabricar zorros azules o plateados en la población de Panamá.

Ahora bien, sabido es que las mercancías de mayor consumo son aquellas que sirven a la alimentación, a la indumentaria y a la morada; mas el caso es que las habitaciones, los vestidos y la comida no son ni pueden ser los mismos en todas las latitudes y altitudes. Dos ejemplos absurdos: usar trajes de lino en Siberia durante los siete meses del crudo invierno, o pasear en el verano por las calles de La Habana luciendo un grueso abrigo de pieles. Y no sería difícil, seguramente, ejemplificar destacando contrastes con respecto a los productos ali-

menticios y a los alojamientos. Precisa pues insistir, una y muchas veces, en que el tiempo y el espacio son dos obstáculos que la teoría económica necesita salvar.

La teoría económica moderna, o mejor dicho contemporánea—olvidemos por ahora la historia de las doctrinas— ha sido en buena parte elaborada en los países anglosajones: Inglaterra y los Estados Unidos, dos de las naciones capitalistas más ampliamente desarrolladas. Y aquí se impone la pregunta siguiente: ¿La teoría económica elaborada en las naciones más cabalmente industrializadas, en los centros metropolitanos más poderosos del mundo, puede aplicarse en los territorios de la periferia, apenas en proceso de desarrollo? La respuesta no puede ser completamente afirmativa ni tajantemente negativa. La teoría keynesiana, verbigracia, con sus adiciones y refinamientos posteriores es aplicable en algunos casos y en otros no. Hay algo más: en los países latinoamericanos, por lo menos en la mayor parte de ellos, se hallan todos los grados de desarrollo económico, todos los escalones de la evolución industrial, desde la industria familiar hasta la fábrica moderna, sin excluir el artesanado, la industria a domicilio y las manufacturas propiamente dichas; o en otros términos: existen grupos de organización casi primitiva, explotaciones agrícolas que semejan feudos medievales y ciudades de estructura precapitalista o plenamente capitalista; y, lógicamente, la teoría keynesiana y poskeynesiana puede aplicarse hasta cierto punto en los grandes centros urbanos como México, Buenos Aires o Río de Janeiro, pero en manera alguna en las poblaciones medianas y pequeñas de retrasada evolución económica y cultural.

El profesor Samuelson del Tecnológico de Massachusetts, escribe en su *Economía moderna* que el problema fundamental de la teoría económica estriba en encontrar la solución adecuada para lograr de modo permanente la ocupación plena. Esto es cierto para las naciones capitalistas que han alcanzado enorme desenvolvimiento; mas no lo es en relación con los países deficientemente desarrollados, porque el problema fundamental de éstos consiste precisamente en alcanzar su pleno desarrollo, para lo cual necesitan resolver un buen número de problemas complejos y de inevitable lenta solución.

Vale la pena añadir que la teoría económica contemporánea del mundo capitalista, se ha basado en el análisis de su propia realidad estructural y no en el feudalismo del siglo xvi ni en el socialismo o pre-socialismo del siglo xx. Y como por una parte hay extensos territorios en África, Asia y América que no han llegado todavía o están lejos de llegar a la etapa capitalista, y por la otra que la Unión Soviética, China, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, y otras naciones, se han

organizado o se están organizando de conformidad con normas no capitalistas, resulta claro que las teorías de Keynes y de sus sucesores no tienen aplicación en la mayor parte de las sociedades humanas; no son teorías ecuménicas, de horizontes ilimitados dentro de nuestro globo, sino de funcionamiento restringido, más restringido de lo que generalmente se cree.

Insistimos una vez más: el tiempo y el espacio son las dos mayores dificultades de la Economía y por lo tanto del economista.

Mi radiografía del economista

Ahora para completar el cuadro que me he propuesto diseñar, se impone la necesidad de dar mi versión acerca de los conocimientos que debe adquirir el economista y de las funciones que debe desempeñar en la sociedad.

Keynes dice en la biografía de Alfredo Marshall que la Economía es una materia fácil en la que son muy pocos los que logran destacarse. El lector se habrá dado cuenta de la intencionada ironía keynesiana. La Economía es una ciencia social compleja, dinámica y difícil de abarcar en su enorme y variada totalidad. Por eso son muy pocos los economistas que logran destacarse; tan pocos que en los últimos cien años apenas pueden contarse con los dedos de ambas manos.

J. A. Schumpeter, en su obra póstuma titulada *Historia del análisis económico*, escribe que las herramientas del economista son la teoría económica, la historia económica, la sociología económica y la estadística. A mi entender hay que agregar la geografía, en primer lugar; y, en segundo, una cierta dosis de matemáticas y a guisa de complemento el resto de las ciencias sociales. Finalmente no dañará al economista adquirir algunos conocimientos generales sobre biología. Se dirá que estoy pidiendo demasiado y esto tal vez es verdad. Estoy pidiendo demasiado porque pienso en la responsabilidad del economista en la hora aciaga que estamos viviendo; porque conozco las posibilidades del economista de cuerpo entero para contribuir a superar la profunda crisis en que impotente se agita el hombre contemporáneo.

Pero no basta ser ilustrado para ser útil a la humanidad en general y en particular al grupo social en que se ejerce acción rectora; es menester vivir preocupado por el grupo social y por la humanidad, por sus problemas vitales y por sus anhelos de superación. El que sólo sabe, no sabe para qué sirve lo que sabe, si no sabe sentir las palpitaciones del mundo circundante. Lo que me importa afirmar es que el

economista sin preocupaciones sociales, sin un sentido social de la Economía, es un mutilado que se mueve en ámbito estrecho, sin alas en el pensamiento y sin capacidad constructiva y creadora. Es claro que no todos los economistas ni los aspirantes a economistas, tienen igual capacidad intelectual. Unos son o podrán llegar a ser buenos artesanos de la Economía, útiles como los peones en el juego de ajedrez; otros alcanzan o alcanzarán la categoría de técnicos distinguidos, aptos para manejar con seguridad y soltura la variada herramienta; y sólo unos pocos, ciertamente muy pocos, merecen o merecerán la honrosa designación de hombres de ciencia; y el auténtico hombre de ciencia es aquel que vive poseído de amor apasionado por la verdad y hondo interés desinteresado por la suerte del género humano. Por eso todo hombre de ciencia verdadero es humanista y todo verdadero humanista es hombre de ciencia. El estrecho maridaje de las humanidades con la ciencia es la forma suprema de la cultura.

No se me oculta la dificultad de que un economista abarque con amplitud y profundidad todos los campos de la Economía, por lo cual no puedo negar la necesidad de la especialización; mas ésta, obviamente, debe ser posterior a los conocimientos generales a que arriba se hizo referencia. No se puede ser oftalmólogo sin conocer la anatomía y la fisiología del ojo, ni ingeniero especialista en la construcción de puentes sin saber matemáticas. Ya lo he dicho otras veces y me gusta repetirlo: no hay que ver el paisaje por una estrecha claraboya, porque será fragmentario y engañoso, sino por amplios ventanales abiertos a todos los rumbos.

Es noción elemental que no puede siquiera concebirse al especialista en moneda, comercio exterior, economía industrial o hacienda pública, sin una sólida base teórica general, sin tener muy presente el espacio geográfico y sin contacto estrecho con la realidad del momento histórico.

En un país deficientemente desarrollado, la tarea sustantiva del economista consiste en trabajar sin descanso dentro del marco de sus posibilidades, para que ese país alcance su pleno desarrollo. Y aquí es oportuno insistir en que no debe aplicar servilmente la teoría elaborada en los grandes centros del capitalismo, porque si así lo hiciera, el fracaso sería inevitable. Toda adaptación teórica debe hacerse después de un cuidadoso trabajo analítico, con los pies hundidos en la propia tierra y con clara visión de las necesidades primarias y de las legítimas aspiraciones del pueblo. El economista nativo de un país de la periferia, sin capacidad crítica, que sigue al pie de la letra y con ufana pedantería al autor extranjero, por ilustre que éste sea, se ase-

meja al lacayo que imitara gozoso y grotesco los finos modales de su señor.

El móvil del economista no debe ser su propio enriquecimiento porque entonces se transformaría, descendiendo, en un simple y vulgar mercader. El economista debe ser investigador social, vasallo de la verdad porque sólo con la verdad se sirve de verdad al hombre; debe ser misionero en la noble cruzada para mejorar las condiciones materiales de vida de las grandes masas desnutridas y harapientas. A los estómagos vacíos jamás interesa el aprendizaje del alfabeto, porque no puede haber fraternidad entre el hambre y la cultura. Sólo aquellos que normalmente satisfacen sus necesidades biológicas elementales, pueden adormecer a la bestia que todos llevamos dentro, disfrutar de los dones del espíritu, contribuir al progreso de la ciencia, crear obras de arte, levantar la cabeza para estudiar la luz de las estrellas, o cantar libremente su canción.

Me place citar, siempre que lo encuentro oportuno, al clásico Smith cuando escribió: "ninguna sociedad puede florecer ni ser feliz, si la mayoría de sus miembros son pobres o miserables". Y lograr que no existan miserables ni pobres en la propia nación, es la meta a cuya conquista definitiva debe el economista consagrar su vida y sus más claros afanes. Porque si en un país desaparece la pobreza, la miseria, eso quiere decir que ya alcanzó su pleno desarrollo o que está a punto de alcanzarlo. El economista de nuestra América que es en quien particularmente pienso, de la América nuestra de que hablara Darío en su poema *Al otro Roosevelt*, de la América de Bolívar, de Juárez y de Martí, puede y debe sumarse a los que movidos por un ideal de justicia y de libertad, trabajan en la construcción del nuevo edificio en que mañana se alojarán sin temores, con decencia y dignidad, los pueblos de nuestro linaje.

Lo primero que debe aprender el joven universitario es el oficio de hombre, el más difícil de todos los oficios; después, el oficio de ciudadano y de profesionista honorable y competente. Y si tiene capacidad creadora hacer oficio de antorcha para la sociedad en que vive. Es obvio que estoy pensando especialmente en el futuro economista.

Y no debe dejarse mutilar como los árboles que el jardinero experto deforma evitando su libre crecimiento, al reducirlos a formas caprichosas: cónicas, esféricas, cilíndricas o todas combinadas. Por lo contrario debe ser cual esos árboles copudos y frondosos que se desarrollan libremente lanzando sus ramazones hacia todos los horizontes para que sean agitadas por todos los vientos del espíritu.

El ideal supremo de un economista mexicano o latinoamericano en general, estriba en decir las cosas bien y hacerlas mejor, en amar a su patria con hondo y desinteresado amor, en servir a su pueblo con la mira de elevar sus condiciones culturales y materiales, y, por último, luchar sin tregua consigo mismo para hacer de la propia vida algo así como una obra de arte.

Y esperemos que la palabra economista quiera decir en el próximo futuro, por su íntimo y recóndito significado esencial, arquitecto de pueblos.*

* Edición especial de la Editorial Cuadernos Americanos. México, 1950, pp. 5 a 29.

LA PROPIEDAD DE LA TIERRA Y EL DESARROLLO HISTÓRICO

Sin duda la lucha por la tierra es lo que más ha influido en la historia de las sociedades humanas. El hombre primitivo que vivió milenios en un estado semejante al de la bestia, libró seguramente las primeras batallas en contra de otros hombres para disputarles las tierras más ricas en frutas silvestres; más tarde, cuando dejó la vida nómada y se hizo sedentario y agricultor, cuando se formaron los primeros grupos en pequeñas aldeas, la posesión de la tierra fue el más importante factor en su desenvolvimiento económico y social; y es que de la tierra obtiene el hombre directa o indirectamente los medios para construir su morada, para su alimentación y para su indumentaria. De la tierra depende el bienestar o la miseria, la vida o la muerte de todos los seres que habitan en nuestro pequeño planeta.

La propiedad de la tierra ha sido el origen de las desigualdades entre los hombres. En los tiempos prehistóricos o ya inicialmente históricos, cuando ya los pueblos habían alcanzado un cierto desarrollo económico y cultural, se observa que la organización agraria es la base del progreso material y de las relaciones entre los individuos. Desde que el hombre ha tenido suficiente cultura —dice Emilio de Lavelaye— para que lo conmuevan las inquietudes sociales y al mismo tiempo para elevarse a un orden más perfecto, ensueños de reformas han tenido que germinar en su espíritu. Así se han visto en todas partes, en todas las épocas y en todo país, después de haber desaparecido la igualdad primitiva, aspiraciones sociales, ya bajo la forma de protesta contra el mal existente, ya bajo la de planes utópicos de reconstrucción colectiva.

En Judea, no obstante la pobreza del territorio ya existía la desigualdad de fortunas, según se advierte en las palabras de encendida protesta de Amós e Isaías. En cuanto a la tenencia de la tierra, el profeta Ezequiel ordenaba a su pueblo: "...y partiréis de la tierra de

una manera igual entre todos y compartiréis el país entre vosotros; es por esto que no debéis enajenar la tierra para siempre. Cada cincuenta años deberá producirse una vuelta a la igualdad y santificaréis el cincuentenario y le llamaréis un año de libertad en el que cada uno encontrará su riqueza primitiva y en el que todos serán iguales en su situación social y económica". Estos sanos principios se practicaron en Israel durante largo tiempo por lo menos a partir del siglo vi a. de C.

Solón, el sabio legislador griego, cuyos perfiles biográficos nos ha dado a conocer Plutarco en *Vidas paralelas*, dictó leyes sobre la organización agraria de su país con el objeto de salvar a los campesinos endeudados y evitar la concentración de la propiedad territorial en manos de unos cuantos ricos terratenientes; y Licurgo, personaje histórico casi mitológico, también biografiado por Plutarco, dividió la tierra de Esparta entre treinta mil laconios y nueve mil espartanos. Esta organización prevaleció durante doscientos años, aproximadamente, de acuerdo con el parecer de varios historiadores. Cabe decir que la organización agraria en las ciudades griegas, basadas en la pequeña propiedad, tuvo importancia innegable en su evolución social.

En un régimen así, el propietario trabaja eficientemente la tierra, porque sabe que cada esfuerzo que realiza puede traducirse en bienestar y abundancia; pero si predomina el latifundio el cultivo será pobre en rendimientos, puesto que sólo puede ser cultivado por esclavos de hecho o de derecho y el trabajo del esclavo es siempre poco productivo.

Ya lo hemos dicho en más de una ocasión: los pueblos hambrientos nunca han dejado huella profunda en la historia de la civilización.

Persia fue un país latifundista, país de esclavos, y cuando trató de apoderarse de las pequeñas ciudades griegas con un ejército de millones de hombres, según cuenta Heródoto en su obra titulada *Los nueve libros*, ese ejército fue vencido en Salamina, en Maratón y en Platea; fue vencido por un puñado de griegos que disfrutaban de libertad política porque gozaban de libertad económica, resultado de un régimen agrario de pequeña propiedad. "La propiedad —dice Chateaubriand— no es otra cosa que la libertad".

Con el lento transcurrir de los años se fue llevando a cabo en las ciudades griegas la concentración de la propiedad, y por lo tanto, inevitablemente, se acentuó poco a poco la desigualdad entre los habitantes. Parece obvio que: *La República* y *Las Leyes* de Platón son una protesta contra la organización de su tiempo a la par que utópicos diseños de mundos ideales. En *Las Leyes*, obra escrita a los ochenta

años, el ilustre filósofo resuelve el problema de la tenencia de la tierra, ordenando que se dividiera la tierra en tantas parcelas como cabezas, es decir, Platón propone una distribución igual de la tierra entre los componentes de su ciudad imaginaria. Aristóteles, discípulo genial del genial maestro, en *La Política* y en las dos *Éticas*, trata en forma magistral los problemas económicos, sociales y políticos de su época. En *La Política* escribe: “algunos han creído que lo más importante es arreglar ante todo lo que se refiere a las propiedades, porque en ellas ven el origen de todas las revoluciones. Faleas de Calcedonia es el primero que haya tratado este asunto; defiende la igualdad de fortuna para todos los ciudadanos”.

Se de ello lo que fuere, lo cierto es que al organizarse las ciudades griegas dentro de marcos estructurales precapitalistas, apareció la codicia y la rivalidad. Buena prueba de ello fue la lucha entre Esparta y Atenas, la larga lucha que duró 30 años y que refiere Tucídides en *la Historia de la guerra del Peloponeso*. El resultado fue que lo mismo. Atenas la vencida que Esparta la victoriosa, se debilitaron de tal manera que fueron fácil presa de Filipo y Alejandro.

Roma fue grande mientras fue país de campesinos libres; pero cuando éstos dejaron sus tierras para aumentar las filas de las legiones, atraídos por las ganancias del botín que por la fuerza conquistaban en los territorios distantes, comenzó a desarrollarse el latifundismo y con él vino la inevitable decadencia. Muchas fueron las rebeliones agrarias en Italia y Sicilia. La lucha fue constante por la adquisición de la tierra. Tiberio Graco, que sucumbió por defender el ideal agrario, dijo en un discurso que ha recogido la historia:

Los animales del campo en Italia tienen al menos sus guaridas, pero los hombres que por Italia vierten su sangre no tienen más que la luz que los alumbró y el aire que respiran. Vagan sin casa, sin morada con sus mujeres y sus hijos. Mienten los generales cuando los exhortan a combatir por sus tumbas y sus hogares. ¿Entre tantos romanos, hay uno solo que tenga todavía el hogar de su casa y la tumba de sus antepasados? No combaten y mueren sino para sostener el lujo ajeno. Se les llama dueños del mundo y no tienen nada suyo, ni siquiera un pedazo de tierra.

Al fin, el imperio más poderoso de la Antigüedad, corroído por dentro y desvitalizado, no resistió el empuje avasallador de las tribus bárbaras del norte, menos civilizadas pero más sanas y vigorosas.

En términos generales puede decirse que el latifundio perdió a

Roma, como lo anunciara Plinio proféticamente y como lo observara el agrónomo Columela.

El sistema feudal de los primeros tiempos fue resultado del concepto individualista romano sobre la propiedad y el concepto comunista de los pueblos vencedores. Feudo significa depósito. Los reyes daban en feudo, es decir, en depósito, las tierras a sus vasallos, exigiéndoles en cambio la prestación de servicios durante las guerras que constantemente sostenían en contra de otros reyes o nobles poderosos. Más tarde se estableció el derecho de primogenitura.

La desigualdad durante la Edad Media, resultado en parte de la distribución de la tierra, fue cada vez mayor, no obstante la opinión contraria sobre la propiedad privada de los más ilustres padres de la Iglesia, tales como San Clemente, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, etcétera. El siervo, arraigado a la tierra no era dueño de nada y trabajaba sin esperanzas de liberación para incrementar la riqueza de su señor. La Edad Media europea está llena de episodios sangrientos en que los siervos lucharon en vano para mejorar su existencia individual y colectiva. Seignobos en su *Historia de la Edad Media*, al referirse a la situación de los siervos en el siglo x escribe lo siguiente:

En Normandía, el año 996, los villanos intentaron emanciparse. El señor, decían, lo coge todo, hay demasiados tributos y cargas, no nos queda nada de nuestro trabajo. Tuvieron reuniones secretas y juraron apoyarse unos a otros. Pero los señores descubrieron el complot y se prendió a los descontentos. A unos les fueron saltados los ojos, a otros se les cortó la nariz, a otros los pies o las manos, o les fueron arrancados los dientes. Luego se les envió a sus aldeas para atemorizar a los otros.

El cronista que refiere esta historia añade: "Deberán quedar agradecidos de que no se les haya desollado vivos y dejado para pasto de las moscas". Esto da idea de las condiciones de vida durante los siglos en que la Iglesia de Cristo ejercía pleno dominio en el occidente europeo. La antinomia entre la doctrina y la realidad aparece tajante e incontravertible.

En el siglo xii la mayoría de las organizaciones eclesiásticas tienen como fin preponderante adquirir bienes materiales, muchas veces con apoyo en la propiedad de dilatadas extensiones territoriales. Los viejos ideales se pierden en el vértigo de la ambición. Las inconformidades con la política del clero aparecen lo mismo en Italia que en Inglaterra

y Alemania. El retorno al cristianismo de los primeros tiempos con sus ideas comunistas cimentadas en la fraternidad y el amor al prójimo, es el ideal de teólogos virtuosos y rebeldes a la par que versados en los Evangelios y en la Patrística. Entre ellos cabe citar a Joaquín de Fiori, Arnaldo de Brescia, Jacobo de Benavente, Marcilio de Padua y Guillermo de Occam. Las opiniones de estos teólogos de igual manera que la realidad objetiva, es decir, el divorcio de la Iglesia de Cristo de la esencia de las doctrinas de su fundador, son los factores determinantes de los movimientos heréticos de los siglos XIII y XIV. Tanto los husistas y cátaros como los albigenses y valdenses, no sólo lucharon a favor de principios religiosos sino también por principios de justicia social. La propiedad privada de la tierra y de otros bienes, era por ellos considerada como el origen de todos los males.

En los comienzos de la época moderna aparece la obra de Tomás Moro titulada *Utopía*, la cual contiene una severa crítica a la propiedad privada en general y a la de la tierra en particular. Lo mismo cabe decir de *La ciudad del sol* de Tomás Campanella, el monje de las rebeldías irreductibles. En fin, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, la lucha entre los dueños de la tierra y el siervo de la gleba se agita en el trasfondo histórico de las principales naciones de Europa, lucha sorda y tenaz que había de estallar como violento incendio en las trágicas jornadas de la Revolución Francesa.

El filósofo inglés John Locke, en sus estudios sobre el gobierno civil, escribe en relación con la propiedad de la tierra: "Dios, que ha dado la tierra a los hombres en común, les ha dado asimismo la razón para hacer de una y otra el uso más ventajoso a la vida, y más cómodo. La tierra, con todo lo que contiene, está dada a los hombres para su subsistencia y su placer..." Páginas adelante sostiene el citado autor, que un hombre sólo puede apropiarse la tierra absolutamente necesaria para su subsistencia y la de su familia, y siempre que los frutos que obtenga sea resultado de su trabajo personal. Fuera de esto, si se apropia más de lo que ha menester, entonces, agrega Locke, defrauda a su prójimo. Estos puntos de vista divulgados en el curso del siglo XVIII, a los que se sumaron las ideas radicales acerca de la propiedad, de Morelly, Mably, Meisler y las del célebre Juan Jacobo Rousseau, sirvieron de puntales a los ideólogos posteriores, que aprovecharon las condiciones de vida angustiosas del aldeano francés para conseguir sus objetivos de transformación. Jaurés, en su *Historia socialista*, escribe: "Para que una revolución estalle es necesario que las clases inferiores sufran un terrible malestar o una gran opresión, pero también es menester que tengan un principio de fuerza, y por consiguiente de espe-

ranza". A lo anterior cabe añadir: unas cuantas ideas sustantivas que orienten hacia las metas que precisa conquistar.

La Revolución Francesa, obra de la burguesía y del proletariado de las ciudades y de los campos transformó el régimen de la propiedad territorial al sustituir, las grandes haciendas de la nobleza y del clero por pequeñas o medianas explotaciones agrícolas. Pero al mismo tiempo o casi al mismo tiempo en que se parcelaron los terrenos dilatados de la minoría privilegiada, se consolidó el régimen jurídico por medio del Código Civil, obra maestra de eruditos juristas y del mismo Napoleón Bonaparte, en cuanto a que consolidó los derechos del propietario de conformidad con las aspiraciones de la burguesía. Esta clase social que a fines del siglo XVIII ya tenía en sus manos el poder económico, necesitaba adueñarse del poder político para la continuación de su desarrollo cada vez más acelerado; necesitaba libertad económica, garantías para sus bienes materiales y la consagración del derecho al goce de esa libertad y de esa propiedad.

En las últimas décadas del siglo XVIII, como es bien sabido, tuvieron lugar tres grandes acontecimientos, tres grandes revoluciones: dos de carácter político y una tecnológica. Las dos primeras fueron la Revolución Norteamericana y la Revolución Francesa; la segunda fue la Revolución Industrial que se inició en los comienzos de la segunda mitad del siglo precitado. Tanto la Revolución Francesa como la Revolución Norteamericana, las consumaron hombres ricos o de un mediano pasar, a quienes ayudaron en forma decisiva las masas trabajadoras; pero no fueron éstas sino aquéllos los que usufructuaron los cambios de la estructura económica. Es pertinente hacer notar que el éxito de las revoluciones políticas a que se hace referencia, o en otras palabras el triunfo del capitalismo, no hubiera sido posible sin la Revolución Industrial. La sustitución de la fuerza muscular del hombre, de la fuerza de la bestia, de la fuerza del viento y del agua por la del vapor, hizo mucho más rápida, asombrosamente más rápida la acumulación de grandes capitales a la vez que la proletarianización de grandes grupos de la sociedad. Los ricos se hicieron más ricos y los pobres más pobres.

Los doctores de los capitalistas aseguraron que la vida económica obedecía a leyes naturales basadas, fundamentalmente, en la libertad, en la propiedad y en la seguridad de la propiedad y de la libertad. Si había unos pocos ricos y millones de miserables, esto era resultado de las leyes naturales, y no había nada que hacer. Cuenta un economista inglés que al preguntar a un industrial qué iban a hacer los cientos

de trabajadores despedidos con motivo de la crisis de 1815, el aludido industrial respondió con sencillez: las leyes naturales decidirán.

Ahora bien, cabe añadir que el proletariado también tuvo sus doctores. Se hizo cada vez mayor la distancia que separaba a los ricos de los pobres, a los burgueses de los proletarios; y la lucha de clases en ocasiones violenta, con perfiles dramáticos, apareció inevitable en los grandes centros industriales del capitalismo. Owen en Inglaterra y Fourier, San Simón, Blanc y Proudhon en Francia, criticaron la sociedad capitalista con agudeza y severidad; defienden a las personas económicamente más débiles y diseñan mundos utópicos para acabar con los males existentes y crear la felicidad del género humano. Más tarde, Marx y Engels insisten en la crítica, aleccionan al proletariado sobre la táctica de lucha que debe normar su acción y descubren los resortes y engranes ocultos de la sociedad capitalista.

Por su parte, Spencer en su primera época de pensador y sociólogo, y con él buen número de socialistas agrarios, sostienen con singular energía y abundancia de argumentos el principio de la nacionalización de la tierra. Paralelamente pero con más profunda convicción que Spencer, el norteamericano Henry George, notable autodidacta, realiza intensa campaña de agitación al aparecer sus libros de tendencias radicales, especialmente el titulado *Progreso y miseria*. George considera que todos los males de la sociedad derivan de una mala organización de la propiedad de la tierra a su juicio contraria al derecho más sagrado e indeclinable de todo ser humano. La argumentación del escritor de que se trata, puede resumirse en la forma siguiente: todo hombre al nacer, por el solo hecho de haber nacido tiene derecho a la vida. Lo mismo el hijo de una millonaria que el de una pordiosera; ni más ni menos, ni menos ni más. ¿Y qué es tener derecho a la vida?; la respuesta es obvia para George: es tener derecho a respirar el aire, a calentarse bajo los rayos del sol; es tener derecho a comer; y como todos los alimentos se derivan directa o indirectamente de la tierra, se concluye que tener derecho a la vida es tener derecho a un pedazo de tierra para alimentarse. Con apoyo en estas ideas elementales George sostiene la conveniencia de establecer un impuesto único y permanente igual a la renta de la tierra en sentido ricardiano. Las ideas de este autor tuvieron cierto éxito al difundirse en varios países, sirviendo más bien como elemento de agitación que en el terreno de la práctica. Entendemos que algunos experimentos georgistas llevados a cabo en pequeña escala no fueron coronados por el éxito.

A fines del siglo XIX, y durante la primera década de presente, parecía a no pocos de los mejores hombres de igual manera que a la

mayoría de la gente, que el mundo occidental o los países de cultura occidental, habían encontrado la ruta definitiva del progreso. Se pensaba que la paz entre las naciones estaba asegurada por medio de arbitrajes internacionales; se tenía fe en el adelanto de la ciencia y en su capacidad para resolver todos los problemas que se suscitaran; en resumen, se creía con ingenuo optimismo que las sociedades humanas que entonces marchaban a la vanguardia: Francia, Inglaterra y Alemania, se hallaban muy cerca de alcanzar la perfección.

El capitalismo daba la impresión de haberse consolidado para siempre y de haber descubierto la fórmula definitiva de la organización económica, social y política.

En buen número de países se concentró la propiedad en grandes explotaciones o latifundios que recordaban los feudos medievales, porque lo importante no era la explotación de la tierra, sino la del hombre.

Pero la lucha sorda y cada vez más enconada de las grandes potencias por el predominio mundial, por el acceso a las materias primas en territorios distantes de los centros metropolitanos; la lucha para ganar mercados para los productos acabados y la competencia del capital financiero para invertirse en los renglones más productivos y seguros en ámbito mundial; todo esto, todo ese hervidero de ambición, de codicia, de fiebre de lucro, proyectaba una sombra trágica en las cancillerías al principio de la segunda década del presente siglo. En agosto de 1914, estalló la guerra entre las grandes potencias europeas, a la cual más tarde se sumarían potencias de otros continentes. La realidad amarga y brutal barrió la ilusión del progreso en que habían soñado muchos hombres de elevada estatura intelectual, y los cuatro jinetes del Apocalipsis, durante cuatro largos años, cabalgaron victoriosos por los campos y las ciudades de Rusia, Francia, Bélgica y otras naciones.

A fines de 1917, antes de que terminara la tremenda contienda internacional los bolcheviques dirigidos por Lenin y sus camaradas se adueñaron del poder en Rusia y meses más tarde firmaron una paz separada con Alemania. Este hecho, de igual manera que las medidas revolucionarias tendientes a socializar los medios de producción, sorprendieron y alarmaron a los centros capitalistas del mundo. Los rusos confiscaron las grandes propiedades territoriales e iniciaron desde luego una transformación muy profunda en el régimen agrario que culminó lustros más tarde con la colectivización de la agricultura.

El miedo al contagio soviético, por una parte, y por la otra las necesidades reales y en algunos casos inaplazables de distribuir mejor la tierra, trajeron como resultado una serie de reformas agrarias en

varias naciones de Europa, la mayor parte de ellas próximas o vecinas a la Unión Soviética: Alemania, Austria, Bulgaria, Estonia, Finlandia, Grecia, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia, Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia y un poco más tarde España. Total 14 países. Por supuesto que ninguna de las reformas en ninguno de los territorios precitados, colmaron las aspiraciones del campesino, ni mucho menos. Fue preciso que llegara a su fin la Segunda Guerra Mundial para que se tomaran medidas más radicales en más de la mitad de las naciones mencionadas y en parte de Alemania. Y no debemos olvidar a la República Popular China, en la cual se ha realizado una revolución agraria de enorme trascendencia para el futuro.

En América cabe citar tres reformas de innegable importancia en cuanto al régimen de propiedad territorial. En primer lugar la mexicana, en segundo la guatemalteca y en tercero la boliviana en orden cronológico. En México la reforma agraria ha transformado al país y su éxito parcial, en términos generales, no puede razonablemente negarse. En Guatemala, la reforma iniciada con tanta moderación, ha sido frustrada por la acción negativa de intereses creados, tanto internos como externos. En Bolivia, la reforma más reciente, iniciada con decisión y valentía se encuentra en la primera etapa de su desarrollo y no parece posible por ahora intentar su diagnóstico.

En estos momentos la cuestión de la tenencia de la tierra, quiérase o no se quiera, se agita con mayor intensidad, a la luz del día o en la penumbra en todas las naciones. Y es que el problema de la propiedad territorial ha sido y es fundamental en la historia del género humano.*

* "Inquietud sin tregua. Ensayos y artículos escogidos, 1937-1965". *Cuadernos Americanos*, México, D. F., 1965, pp. 239-247.

EL SOCIALISMO Y EL SINDICALISMO EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Por razones obvias, divido este trabajo en dos partes: antes y durante la revolución iniciada en 1910. Por supuesto que sólo haré referencia a los antecedentes inmediatos, a partir de fines del siglo XIX y comienzos del XX.

A mi juicio, la Revolución Mexicana puede dividirse en cuatro etapas: la maderista; la constitucionalista; la que puede denominarse la lucha de las facciones, que termina con la promulgación de la Constitución de 1917, y la de los gobiernos revolucionarios. En esta ocasión: dejo de lado la última etapa, por la sencilla razón de que sería imposible abarcarla con provecho, en un estudio que necesariamente no puede ser demasiado extenso; mas no obstante la fecha fijada como límite, debo declarar anticipadamente, que se trata tan sólo de un esbozo de tema tan interesante. El material disponible es abundantísimo y podría utilizarse en la elaboración de un libro voluminoso, tal vez en una obra de varios volúmenes.

Antes de la Revolución

La política económica del gobierno del general Porfirio Díaz se limitó al fomento de la producción, sin preocuparse por la distribución. El progreso del país favoreció a la minoría privilegiada, grandes terratenientes, industriales, comerciantes y banqueros. La mayoría de los habitantes, de seguro alrededor de un 90%, vivía en la miseria o en la pobreza cuando se celebraba en septiembre de 1910 el centenario de la Independencia. No existía ninguna legislación que protegiera de algún modo al proletariado de las ciudades y de los campos. Las huelgas estaban prohibidas y se castigaba con severidad a quienes en alguna forma pedían la elevación del salario, o la reducción de la jornada de

trabajo. "El código penal del Distrito Federal castigaba con prisión de ocho días a tres meses y multa de veinticinco a quinientos pesos a quienes pretendieran el alza de los sueldos o impedían el libre ejercicio de la industria o del trabajo por medio de la violencia física o moral". Algo semejante se ordenaba con mayor o menor severidad en los códigos penales de buena parte de los estados de la República. El gobierno de Díaz sólo permitía la organización de sociedades mutualistas entre obreros y artesanos. Sin embargo, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, comenzaron a organizarse algunos grupos de trabajadores en uniones que solían reclamar mejor trato de parte de los patrones o capataces, más altos salarios y menor número de horas de labor. Un autor registra doscientas cincuenta huelgas durante el porfirismo, principalmente en los ferrocarriles, la industria tabaquera y la de hilados y tejidos de lana y algodón. En muy pocas tuvieron éxito las demandas de los trabajadores, pues el gobierno del general Díaz siempre apoyaba con decisión y energía a las empresas.

Los ferrocarrileros deben contarse entre los trabajadores que primero organizaron agrupaciones de resistencia. Entre ellas cabe mencionar la Sociedad de Ferrocarrileros Mexicanos, en Nuevo Laredo; la Suprema Orden de Empleados del Ferrocarril Mexicano, en la ciudad de México; la Hermandad de Ferrocarrileros en Monterrey; la Unión de Mecánicos, en Puebla; la Unión de Caldereros, en Aguascalientes; y sobre todo, la Gran Liga Mexicana de Empleados de Ferrocarril, fundada en 1907 por Félix C. Vera y suprimida en 1908 por el gobierno, a causa de un conato de huelga en San Luis Potosí.

La Gran Liga Mexicana de Empleados de Ferrocarril, tenía entre sus postulados el de que los ferrocarriles fueran manejados por mexicanos. En aquellos años no sólo los puestos de dirección propiamente dichos eran ocupados por norteamericanos, sino también los de segunda, tercera y cuarta categoría. Los superintendentes de división, los jefes de trenes, los despachadores, conductores, maquinistas y aun los jefes de telegrafistas en estaciones importantes, eran norteamericanos. Pocas veces, muy pocas veces, el trabajador mexicano tenía posibilidades de ascender a los puestos de cierta importancia y bien remunerados. Para él quedaban reservados los empleos secundarios: telegrafista, garrotero, mecánico, fogonero, jefe de estación de segunda, oficinista, mensajero, etcétera. Un periódico de la época consigna en tono festivo la preferencia por los norteamericanos en la forma siguiente:

—¿Tú eres americano?

—Sí, señor.

—Pase usted y siéntese. ¿Qué son ruedas?

—Unas cosas redondas.

—¿Dónde va la lumbre?

—En el fogón.

—¿Para dónde caminan las ruedas?

—Para adelante.

—Es bastante, usted puede ser maquinista.

—¿Qué es usted?

—Mexicano.

—¡Oh, tú molestar mucho todo el tiempo! ¿Sabes tú inglés?

—No, señor.

—¿Qué cantidad de combustible consumirá una locomotora corriendo a doce leguas por hora y subiendo una pendiente de tres por ciento con presión de cien libras? ¿Cuál sería el número de calorías desarrolladas? ¿Cuál es el consumo de agua y aceite? ¿Cuál la fricción sobre los rieles? ¿Cuál el trabajo de los émbolos y el número de vueltas de las ruedas? ¿Cuál es la cantidad de vapor que se consume en una subida de cuatro por ciento y dos leguas de longitud...?

—Señor, no sé, porque me pregunta muchas cosas, y de una vez.

—¡Ah!, tú mexicano, no saber nada. Tú, muy animal, necesitar muchas patadas. Tú no servir para maquinista. Tú no servir más que para garrotero, en un tren de carga. Tú no ascender por no contestar.¹

Poco a poco, por etapas, los ferrocarriles se mexicanizaron, realizándose así el ideal de los fundadores de la Gran Liga Mexicana de Empleados de Ferrocarril.

Por otra parte, la oposición al régimen porfirista comenzó a manifestarse en forma decidida a partir de la fundación, en San Luis Potosí en 1899, del Círculo Liberal Ponciano Arriaga. Bien pronto se organizaron otros círculos en la República. Tres años después, al celebrarse en la población citada una gran asamblea de la Confederación de Círculos Liberales, el gobierno lo impidió por la fuerza y aprehendió a los organizadores, quienes sufrieron varios meses de prisión. En 1903 se reorganizó el Círculo Liberal en la ciudad de México por sus mismos fundadores. Entre otros valiosos elementos, se unieron al Círculo, Santiago de la Hoz, Ricardo y Enrique Flores Magón, Luis Jaso, Al-

¹ Cosío Villegas, Daniel (director), González Navarro, Moisés, *Historia moderna de México, El porfiriato*. Editorial Hermes, México, D. F., 1957.

fonso Cravioto y Santiago R. de la Vega. Publicaron tres periódicos de oposición: *El Hijo del Ahuizote*, dirigido por Juan Sarabia; *Excelsior*, por Santiago de la Hoz y *Regeneración*, por Ricardo Flores Magón. Inevitablemente varios miembros del nuevo Círculo Liberal, fueron bien pronto perseguidos y encarcelados por órdenes del general Díaz o de sus testaferros. Pasaron varios meses en la Cárcel de Belén: Jesús Martínez Carreón, Alfonso Cravioto, Juan Sarabia, Ricardo y Enrique Flores Magón. En la Cárcel de Belén había celdas espantosas destinadas a quebrantar la voluntad de los enemigos del régimen. Ricardo Flores Magón describió más tarde la ergástula en que pasó semanas:

Alguna vez, cuando aún era joven, fui internado durante semanas en un calabozo oscuro, tan oscuro que me impedía verme las manos. Esto aconteció en la ciudad de México, durante aquel horripilante periodo en que Díaz imperaba con mano sangrienta. El calabozo carecía de pavimento y constituía el piso una capa de fango, de tres o cuatro pulgadas de espesor, mientras que las paredes rezumaban un fluido espeso que impedía secar las expectoraciones que negligentemente habían arrojado sobre ellas los incontables y descuidados ocupantes anteriores. Del techo pendían enormes telarañas, desde las que acechaban enormes, negras y horribles arañas. En un rincón abierto en el albañal, había un agujero... Era éste uno de los calabozos en los que el déspota acostumbraba arrojar a sus opositores, con la esperanza de quebrantar sus espíritus, y fue de una de esas cámaras infernales, tan sagazmente calculada para quebrantar, majar y estropear la voluntad más poderosa, de donde Jesús Martínez Carreón, el exquisito artista cuyas pinturas le conquistaron el reconocimiento de Europa y América, fue sacado agonizante y ciego para morir, pocas semanas después, en un hospital, presa de la tuberculosis. En mi horrible morada pude soportar el viscoso contacto de las paredes; mis pulmones, entonces jóvenes y sanos, pudieron resistir el veneno de aquella tumba; mis nervios, aunque sensibles, pudieron ser amaestrados por mi voluntad, para responder con sólo un leve estremecimiento a los asaltos y mordiscos de las ratas en la oscuridad... Mi petate estaba húmedo, así como mi vestido; de vez en cuando un golpe en el petate o en el fango, o de mañana en mi cuerpo, me indicaba que una araña había caído, y un estremecimiento recorría mi sistema nervioso. Pero pude soportar todo eso, menos la ausencia de luz.²

² Carrillo, Rafael, *Ricardo Flores Magón. Esbozo biográfico*. México, D. F., 1945.

Los Flores Magón, Juan Sarabia y otros luchadores se expatriaron voluntariamente. En Laredo, Texas, comenzó otra vez a publicarse *Regeneración*; mas las autoridades norteamericanas hostilizaron a sus redactores y algunos sufrieron varios días de cárcel. Juan Sarabia y Ricardo Flores Magón tuvieron que refugiarse, por lo pronto, en Canadá; otros se radicaron en San Luis Missouri para alejarse de la influencia del gobierno de México.

Ahora bien, mención muy especial debe hacerse de tres grandes sucesos que tuvieron lugar en el segundo lustro del presente siglo: el Plan del Partido Liberal, firmado en San Luis Missouri, el 1º de julio de 1906; la huelga de Cananea que estalló el 31 de mayo de 1906, y la huelga de Río Blanco de 7 de enero de 1907.

El Plan del Partido Liberal está firmado por Ricardo y Enrique Flores Magón, Antonio I. Villarreal, Juan y Manuel Sarabia, Librado Rivera y Rosalío Bustamante. El documento de que se trata se divide en exposición y programa. Éste se divide en cincuenta y dos artículos en los cuales se tocan con conocimiento de causa los problemas fundamentales de México en aquellos días. Los artículos que particularmente interesan en este trabajo son los que se copian a continuación:

21. Establecer un máximo de ocho horas de trabajo y un salario mínimo en la proporción siguiente: \$ 1.00 para la generalidad del país, en que el promedio de los salarios es inferior al citado, y de más de un peso para aquellas regiones en que la vida es más cara y en las que este salario no bastaría para salvar de la miseria al trabajador.

22. Reglamentación del servicio doméstico y del trabajo a domicilio.

23. Adoptar medidas para que con el trabajo a destajo los patronos no burlen la aplicación del tiempo máximo y salario mínimo.

24. Prohibir en lo absoluto el empleo de niños menores de catorce años.

25. Obligar a los dueños de minas, fábricas, talleres, etc., a mantener las mejores condiciones de higiene en sus propiedades y a guardar los lugares de peligro en un estado que preste seguridad a la vida de los operarios.

26. Obligar a los patronos o propietarios rurales, a dar alojamiento higiénico a los trabajadores, cuando la naturaleza del trabajo de éstos exija que reciban albergue de dichos patronos o propietarios.

27. Obligar a los patronos a pagar indemnización por accidentes de trabajo.

28. Declarar nulas las deudas actuales de los jornaleros de campo para con sus amos.

29. Adoptar medidas para que los dueños de tierras no abusen de los medieros.

30. Obligar a los arrendadores de campos y casas que indemnicen a los arrendatarios de sus propiedades por las mejoras necesarias que dejen en ellas.

31. Prohibir a los patronos, bajo severas penas, que paguen al trabajador de cualquier otro modo que no sea con dinero efectivo; prohibir y castigar que se impongan multas a los trabajadores o se les hagan descuentos de su jornal o se retarde el pago de la raya por más de una semana o se niegue al que se separe del trabajo el pago inmediato de lo que tiene ganado; suprimir las tiendas de raya.

32. Obligar a todas las empresas o negociaciones a no ocupar entre sus empleados y trabajadores sino una minoría de extranjeros. No permitir en ningún caso que trabajos de la misma clase se paguen peor al mexicano que al extranjero en el mismo establecimiento, o que a los mexicanos se les pague en otra forma que a los extranjeros.

33. Hacer obligatorio el descanso dominical.³

El Plan del Partido Liberal circuló clandestinamente entre los grupos de trabajadores organizados o no organizados, influyendo en su pensamiento y fortaleciendo su inconformidad con la situación que prevalecía entonces en el país. Así se fue formando la ideología de la Revolución Mexicana. Muchos de sus caudillos, me consta personalmente, conocieron desde 1906, o después, el Plan de que se viene tratando; y no puede negarse que los artículos transcritos se encuentran, de manera obvia con diferente redacción, en la mayor parte de las fracciones del Artículo 123 Constitucional, base de la legislación obrera vigente.

En Cananea había descontento entre los trabajadores de la empresa norteamericana que explotaba las minas de cobre: The Cananea Consolidated Cooper Company, tanto por los bajos salarios como por los malos tratos que recibían del personal norteamericano y en particular de algunos capataces. La situación era cada vez más difícil y la tirantez de relaciones aumentaba cada día entre obreros y patronos. Al fin, la huelga comenzó en la fecha arriba señalada. Los dos principales dirigentes del movimiento fueron los trabajadores Manuel M. Diéguez y Esteban B. Calderón.

³ Naranjo, Francisco, *Diccionario biográfico revolucionario*. Imprenta Editorial "Cosmos". México, D. F., 1935.

Al día siguiente de iniciada la huelga, los obreros presentaron a la empresa un pliego de peticiones que el abogado de la misma calificó de absurdo. Y bien vale la pena reproducir aquí tan importante documento histórico:

MEMORANDUM

- 1.—Queda el pueblo obrero declarado en huelga.
- 2.—El pueblo obrero se obliga a trabajar sobre las condiciones siguientes:
 - I.—La destitución del empleo del mayordomo Luis (Nivel 19).
 - II.—El mínimo sueldo del obrero será de cinco pesos, con ocho horas de trabajo.
 - III.—En todos los trabajos de la 'Cananea Consolidated Copper Co.', se ocuparan el 75% de mexicanos y el 25% de extranjeros, teniendo los primeros las mismas aptitudes que los segundos.
 - IV.—Poner hombres al cuidado de las jaulas que tengan nobles sentimientos, para evitar toda clase de irritación.
 - V.—Todo mexicano, en los trabajos de esta negociación, tendrá derecho a ascenso, según se lo permitan sus aptitudes.⁴

Aquí es preciso señalar el hecho de que fueron los mineros de Cananea, los primeros que en México lucharon por conquistar la jornada de ocho horas y un salario mínimo suficiente para satisfacer, dentro de marcos humanos, las necesidades del trabajador y de su familia; fueron los primeros mártires de noble cruzada, héroes anónimos, precursores de la revolución social que habría de transformar la fisonomía de la nación. El 1º de junio por la tarde se organizó una ordenada manifestación de tres mil trabajadores de la empresa minera. Desfilaron por las calles de la población hasta la maderería de la Cananea Copper, para invitar a los obreros que aún seguían trabajando, a unirse al movimiento. Éstos lo hicieron desde luego, provocando la ira de los jefes norteamericanos. Los hermanos Metcalf, desde un balcón, arrojaron agua con una manguera sobre los manifestantes. La respuesta fue una lluvia de piedras y la contrarrespuesta un tiro que mató instantáneamente a un obrero. La lucha comenzó. Los dos hermanos Metcalf y diez trabajadores mexicanos murieron en el primer encuentro. La

⁴ Díaz Cárdenas, León, *Cananea, primer brote del sindicalismo en México*. Publicaciones del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, 1936.

lucha se reanudó en más de una ocasión durante ese día y el siguiente. De un lado, el gobernador Izábal, del Estado de Sonora, que había llegado a Cananea con alrededor de cien hombres, los empleados extranjeros de la compañía, las autoridades locales y doscientos setenta y cinco soldados norteamericanos al mando del coronel Rining, que había cruzado la frontera a petición del acobardado e imbécil mandatario sonorensé. Del otro lado los cinco mil trescientos trabajadores de las minas de cobre. Aquéllos, perfectamente armados; éstos sin armas, prácticamente inermes. Es cierto que asaltaron los montepíos y se apoderaron de algunos rifles, escopetas y pistolas, mas bien pronto se les agotó el parque y se quedaron indefensos. Perdieron los obreros. Las amenazas del jefe de las armas, general Luis E. Torres, de enviar a los huelguistas a pelear en contra de la tribu yaqui, por una parte, y por la otra el hambre, los obligaron a regresar al trabajo. Manuel M. Diéguez, Esteban B. Calderón y José María Ibarra, fueron aprehendidos y sentenciados a sufrir quince años de prisión en el castillo de San Juan de Ulúa, la espantosa y subhumana cárcel a donde el porfirismo arrojaba a sus víctimas. Así, a sangre y fuego, con mano de hierro, se creyó que podían contenerse las legítimas aspiraciones de la masa trabajadora. Se ignoraba que causa que tiene mártires es causa que triunfa; a veces desde muy luego y en ocasiones después de largo tiempo; pero siempre, la sangre injustamente vertida se transforma en simiente que germina en nuevos anhelos y generosas rebeldías. La historia de México lo comprueba plenamente.

Siete meses después de los sucesos de Cananea, había de registrarse en el Estado de Veracruz otro suceso sangriento y de más serias consecuencias. A mediados de 1906 se organizó en Río Blanco el Gran Círculo de Obreros Libres. Bien pronto se fundaron círculos afines en Puebla, Querétaro, Jalisco, Oaxaca y Distrito Federal, los cuales reconocían al de Río Blanco como centro director. El órgano periodístico *Revolución Social*, sostenía ideas inspiradas en los principios del programa del Partido Liberal de los Flores Magón, principios radicales y de abierta y decidida oposición al régimen del general Díaz. Las opiniones revolucionarias del periódico alarmaron con sobrada razón a los capitalistas. El centro industrial de Puebla —asociación patronal—, expidió un reglamento prohibiendo que los trabajadores se organizaran, so pena de expulsión. Las protestas no se hicieron esperar y el descontento cundió entre los obreros. Hubo paros y huelgas en varias partes. Se ponía en peligro la tranquilidad del país, la paz de esclavos que había perdurado durante tantos años. Intervino el gobierno del Centro

y obreros y patronos ofrecieron someterse al laudo que habría de pronunciar el presidente de la República.

El laudo se dio a conocer el 5 de enero de 1907 en un teatro de la ciudad de Orizaba a los trabajadores de las fábricas vecinas. El laudo era en términos generales contrario a los intereses de los trabajadores. Don Porfirio, lógicamente afirmaba una vez más su posición al lado de los capitalistas. Estalló ruidosa la inconformidad y se resolvió no obedecer las órdenes presidenciales. El artículo primero del laudo decía:

El lunes 7 de enero de 1907 se abrirán todas las fábricas que actualmente están cerradas en los Estados de Puebla, Veracruz, Jalisco, Querétaro, Oaxaca y en el Distrito Federal, y todos los obreros entrarán a trabajar en ellas, sujetos a los reglamentos vigentes al tiempo de clausurarse o que sus propietarios hayan dictado posteriormente y a las costumbres establecidas.⁵

De manera que los hilanderos y tejedores quedaban así en manos de los patronos y quedaba en vigor el Reglamento que prohibía toda organización obrera y que, precisamente, había provocado la agitación.

El día 7 de enero en Río Blanco, los obreros no entraron a la fábrica. Se presentaron frente a las puertas para impedir que alguno entrara. Los dependientes de la tienda de raya se hicieron de palabras con un grupo de obreros. Menudearon las injurias y sonó un tiro. Un obrero cayó muerto. Alguno de los dependientes había disparado su pistola. La muchedumbre se arrojó sobre la tienda y después de saquearla fue incendiada. El humo y las llamas anunciaron a la distancia la venganza popular.

La muchedumbre indignada y rabiosa, formada por hombres, mujeres y niños, resolvió marchar rumbo a Orizaba. Muchos de ellos jamás volverían a sus jacales. Una fracción del 12º Regimiento se había apostado en la "Curva de Nogales" y al aparecer la multitud los soldados dispararon sus armas una y muchas veces. Cumplían órdenes de su jefe el general Rosalío Martínez. No hubo aviso previo de intimidación. El saldo: doscientas víctimas entre muertos y heridos. No fue eso todo. Durante el resto de ese día y parte de la noche los soldados se ocuparon de cazar a los pequeños grupos de obreros dispersos que

⁵ List Arzubide, Germán y Armando, *La Huelga de Río Blanco*. Publicaciones del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública. México, 1935.

huían para tratar de salvarse. La persecución fue encarnizada, innecesaria y brutal.

A la mañana siguiente, frente a los escombros de la tienda de raya en Río Blanco, fueron fusilados Rafael Moreno y Manuel Juárez, presidente y secretario del Gran Círculo de Obreros Libres. A otros dirigentes menores se les deportó al lejano e insalubre Territorio de Quintana Roo, condenados a trabajos forzados.

En *El Imparcial*, de la ciudad de México, diario subvencionado por la dictadura se publicó un editorial comentando los sangrientos sucesos y llenando de elogios al general Díaz. El editorial se titulaba: "Así se gobierna".

Durante la Revolución

Al triunfar la Revolución en su etapa maderista y en los meses agitados en que gobernó al país don Francisco I. Madero, se organizan o se fortalecen varias agrupaciones obreras al amparo de la libertad preconizada por el nuevo régimen. Entre estas agrupaciones cabe citar el Gremio de Alijadores en Tampico; la Unión Minera Mexicana en el Norte; la Confederación del Trabajo en Torreón; la Confederación de Sindicatos Obreros de la República Mexicana en Veracruz; la Unión de Canteros y la Confederación Tipográfica de México en el Distrito Federal. Pero tal vez el hecho más importante en aquella etapa histórica, desde el punto de vista del movimiento obrero, fue la fundación de la Casa del Obrero Mundial. A este respecto escriben Rosendo Salazar y José G. Escobedo lo que parece interesante recoger:

De las reuniones verificadas en el taller de Méndez, los demolidores Moncaleano y otros, que leían "La conquista del pan", de Pedro Kropotkine, y "Las mentiras convencionales de la civilización", del judío Max Simón Nordau, quisieron hacer algo que significara la realización de ambiciones nobilísimas y, a la vez que lanzaban a la publicidad el órgano titulado "Luz" el 15 de julio de 1912, en la 4a. calle de Matamoros, número 105, establecían la Casa del Obrero Mundial, y en ella la Escuela Racional, ideal del profesor Francisco Ferrer Guardia, con el patrocinio de la Unión de Canteros⁶

No puede negarse que la Casa del Obrero Mundial dirigida por

⁶ Salazar, Rosendo, y José G. Escobedo, *Las pugnas de la gleba, 1907-1922*. Editoriale Avante, México, D. F., 1923.

asiduos lectores de Pedro Kropotkine, Miguel Bakunin y Eliseo Reclus, influyó durante varios años en el pensamiento de no pocos trabajadores mexicanos, quienes frecuentaban la flamante institución cada vez en número mayor. Además, solían asistir para expresar sus opiniones y conversar con los trabajadores, intelectuales de alta o mediana talla como Jesús Urueta, Antonio Díaz Soto y Gama, Rafael Pérez Taylor, Agustín Aragón, Santiago R. de la Vega, José D. Ramírez Garrido, Fredesvindo Elvira Alonso, Diego Arenas Guzmán, Serapio Rendón, Sotero Prieto, Ignacio Díaz Soto y Gama y el inquieto poeta peruano entonces de fama internacional José Santos Chocano. El gobierno de Madero, cuyas ideas predominantes se cimentaban en el liberalismo del siglo XIX, bien pronto vio con desconfianza y cierta hostilidad a la Casa del Obrero Mundial, pues expulsó del país a uno de sus fundadores, al dirigente español Juan Francisco Moncaleano, y clausuró la Escuela Racionalista adscrita a la misma Casa.

También ejercieron influencia notoria en el proletariado de las ciudades los escritos de Ricardo Flores Magón que con ejemplar constancia publicaba en su periódico *Regeneración*, desde los Estados Unidos, el cual circulaba entre los miembros de uniones y sindicatos de trabajadores. Flores Magón evolucionó del liberalismo social predominante en el Plan del Partido Liberal de 1º de julio de 1906, a un anarquismo con ciertos ingredientes comunistas. Tomemos unos cuantos ejemplos:

Deseamos que nuestros compañeros los desheredados se penetren bien de lo que es la libertad política y los beneficios que puede reportar a los pueblos. Nosotros tenemos la convicción de que la libertad política por sí sola es impotente para hacer la felicidad de los pueblos, y es por eso por lo que trabajamos con empeño por hacer entender al pueblo que su verdadero interés es el de trabajar por la libertad económica, que es la base de todas las libertades, el cimiento sólido sobre el cual puede construirse el grandioso edificio de la emancipación humana.

Es oportuno ahora volver a decir lo que tanto hemos dicho: hay que hacer que este movimiento, causado por la desesperación no sea el movimiento ciego del que hace un esfuerzo para librarse del peso de un enorme fardo, movimiento en que el instinto domina casi por completo a la razón. Debemos procurar los libertarios que este movimiento tome la orientación que señala la Ciencia. De no hacerlo así, la Revolución que se levanta no servirá más que para sustituir un Presidente por otro Presidente, o lo que es lo mismo, un amo por

otro amo. Debemos tener presente que lo que se necesita es que el pueblo tenga pan, tenga albergue, tenga tierra por cultivar; debemos tener presente que ningún gobierno, por honrado que sea, puede decretar la abolición de la miseria. Es el pueblo mismo, son los hambrientos, son los desheredados los que tienen que abolir la miseria, tomando, en primer lugar, posesión de la tierra que, por derecho natural, no puede ser acaparada por unos cuantos, sino que es la propiedad de todo ser humano. No es posible predecir hasta dónde podrá llegar la obra reivindicadora de la próxima Revolución; pero si llevamos los luchadores de buena fe el propósito de avanzar lo más posible por ese camino; si al empuñar el winchester vamos decididos, no al encumbramiento de otro amo, sino a la reivindicación de los derechos del proletariado; si llevamos al campo de la lucha armada el empeño de conquistar la libertad económica, que es la base de todas las libertades, que es la condición sin la cual no hay libertad ninguna; si llevamos ese propósito encauzaremos el próximo movimiento popular por un camino digno de esta época; pero si por el afán de triunfar fácilmente; si por querer abreviar la contienda quitamos de nuestras tendencias el radicalismo que las hace incompatibles con las tendencias de los partidos netamente burgueses y conservadores, entonces habremos hecho obra de bandidos y de asesinos, porque la sangre derramada no servirá más que para dar mayor fuerza a la burguesía, esto es, a la casta poseedora de la riqueza, que después del triunfo pondrá nuevamente la cadena al proletariado con cuya sangre, con cuyo sacrificio, con cuyo martirio ganó el poder.

... nuestro objeto es que la tierra y la maquinaria de producción queden en poder de todos y cada uno de los habitantes de México, sin distinción de sexo.

El pueblo mexicano es ignorante en su mayoría; pero es inteligente y comprende que su salvación no está en elegir un nuevo gobernante, sino en tomar posesión de la fábrica, del taller, de la mina, del campo, del barco, del ferrocarril, de todo, en fin, para que no haya hambre, para que todos seamos iguales y hermanos.

Compañeros trabajadores: continuad ingresando al Partido Liberal mexicano. No esperéis nada bueno de los Gobiernos. Haced justicia desconociendo el derecho de propiedad individual. Que todo sea para todos. No esperéis a que esté hecha la paz para que un gobierno misericordioso ponga en vuestras manos todo lo que existe. Tomad inmediata posesión de todo.

Pero donde se concretan las ideas del líder anarquista, es en el

largo manifiesto que dirigió al pueblo mexicano, con fecha 23 de septiembre de 1911. De dicho documento olvidado, se toman los fragmentos que siguen:

“MANIFIESTO DE 23 DE SEPTIEMBRE DE 1911”

Mexicanos:

La Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano ve con simpatía vuestros esfuerzos para poner en práctica los altos ideales de emancipación política, económica y social, cuyo imperio sobre la tierra pondrá fin a esa ya bastante larga contienda del hombre contra el hombre, que tiene su origen en la desigualdad de fortunas que nace del principio de la propiedad privada.

Abolir ese principio significa el aniquilamiento de todas las instituciones políticas, económicas, sociales, religiosas y morales que componen el ambiente dentro del cual se asfixia la libre iniciativa y la libre asociación de los seres humanos que se ven obligados, para no perecer, a entablar entre sí una encarnizada competencia, de la que salen triunfantes, no los más buenos, ni los más abnegados, ni los mejor dotados en lo físico, en lo moral o en lo intelectual, sino los más astutos, los más egoístas, los menos escrupulosos, los más duros de corazón, los que colocan su bienestar personal sobre cualquier consideración de humana solidaridad y de humana justicia.

Sin el principio de la propiedad privada no tiene razón de ser el gobierno, necesario tan sólo para tener a raya a los desheredados en sus querellas o en sus rebeldías contra los detentadores de la riqueza social; ni tendrá razón de ser la Iglesia, cuyo exclusivo objeto es estrangular en el ser humano la innata rebeldía contra la opresión y la explotación por la prédica de la paciencia, de la resignación y de la humildad, acallando los gritos de los instintos más poderosos y fecundos con la práctica de penitencias inmorales, crueles y nocivas a la salud de las personas y, para que los pobres no aspiren a los goces de la tierra y constituyan un peligro para los privilegios de los ricos, prometen a los humildes, a los más resignados, a los más pacientes, un cielo que se mece en el infinito, más allá de las estrellas que se alcanzan a ver.

Capital, Autoridad, Clero: he ahí la trinidad sombría que hace de esta bella tierra un paraíso para los que han logrado acaparar en sus garras por la astucia, la violencia y el crimen, el producto del

sudor, de la sangre, de las lágrimas y del sacrificio de miles de generaciones de trabajadores, y un infierno para los que con sus brazos y su inteligencia trabajan la tierra, mueven la maquinaria, edifican las casas, transportan los productos, quedando de esa manera dividida la humanidad en dos clases sociales de intereses diametralmente opuestos: la clase capitalista y la clase trabajadora; la clase que posee la tierra, la maquinaria de producción y los medios de transportación de las riquezas, y la clase que no cuenta más que con sus brazos y su inteligencia para proporcionarse el sustento.⁷

Y puede afirmarse, porque nos consta personalmente, que algunos jefes y oficiales revolucionarios recibieron la influencia de los escritos de Ricardo Flores Magón. Unos, murieron en la lucha; otros, se fueron adaptando a las distintas circunstancias impuestas por la realidad, y no faltaron quienes abandonando el radicalismo de la juventud combativa, prefirieron enriquecerse para sumarse a la nueva burguesía nacional. Después de los asesinatos del presidente y del vicepresidente de la República, don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez, ordenados por el general Victoriano Huerta y de otros crímenes cometidos por la dictadura instaurada por el usurpador, la Casa del Obrero Mundial asumió una actitud valiente y decidida de oposición al régimen espurio. El 1º de mayo de 1913 se celebró el Día del Trabajo por primera vez en México, en un teatro de la ciudad. Entre los discursos que se pronunciaron merece recordarse el del diputado Isidro Fabela, que levantó aplausos entusiastas de parte de los trabajadores que llenaban el local. He aquí los primeros párrafos de la citada pieza oratoria:

El mundo entero consagra hoy sus alegrías, sus optimismos, sus entusiasmos a la Fiesta del Trabajo, como un tributo espontáneo de simpatía, como una ofrenda de amor, como un signo de reconocimiento y de admiraciones para esos millones de seres, respetables y no respetados, que pasan la vida pesada y melancólicamente trabajando siempre para los demás en medio de la monotonía doliente de la pobreza, sin más aliciente que la conquista del pan de todos los días, sin más consuelo que los dulces querer del hogar, sin más descanso a veces que el de las noches, sin más esperanza que la conservación del salario.

Y ellos son, ellos, los que concurren con sus manos incansables

⁷ Flores Magón, Ricardo, *Vida y obra. Semilla libertaria*. (Artículos). Tomo I y II. Grupo Cultural "Ricardo Flores Magón". México, D. F., 1923.

a la eterna algarada del mundo; ellos son los productores pacientes y constantes de la riqueza; ellos son los que, torturando sus fuerzas, menoscabando su salud y agotando impíamente su triunfal juventud, viven laborando la felicidad ajena.

Ellos construyen los palacios principescos que adornan los bulevares para ostentación desdeñosa y altiva de los dueños ricos; ellos fabrican los carruajes opulentos que se deslizan por las brillantes avenidas, donde los herederos ricos y los burgueses se abandonan al amor y placidez de su aburrida pereza o a la estulticia de sus estu-
pendos problemas de divertimento; ellos son los que llevan el confort a los salones, la elegancia a los atavíos, la suntuosidad a los banquetes, el esplendor a los teatros y el lujo maravilloso y deslumbrante a las mansiones regias.

Y ellos son también los que viven en las fábricas bajo el ruido terco y ensordecedor de las máquinas, mirando siempre la aridez desconcertante de las bandas, oliendo a todas horas el ambiente asfixiador del humo, teniendo siempre los ojos fijos, la atención insistente, las manos incansables en la tarea ruda que se transformará en pan.

Ellos son los que escuchan y acatan en el taller, sin un gesto de disgusto, sin un altisonante vocablo, a los patronos que tienen bajo su férula el estómago de los obreros.

Ellos son los que rompen la tierra bajo un sol ardientísimo, los que siembran el grano en las invernadas mortíferas, los que siegan en las sementeras sobre los fangos y bajo los torrentes.

Por ellos estamos aquí los que sentimos sus dramas misérrimos, los que comprendemos sus justas inconformidades, los que amamos su pobreza, los que ensoñamos su adelanto, los que bendecimos sus brazos edificantes y los que vemos en el sublime sudor de sus frentes el rocío de esa madrugada luminosa que iniciará la verdadera transformación de nuestros obreros.⁸

Por supuesto que se dictó orden de aprehensión contra Fabela; pero pudo escapar y embarcarse en Veracruz para unirse a la revolución en el norte del país.

Semanas más tarde de la celebración del Día del Trabajo, la Casa del Obrero Mundial organizó el 25 de mayo un gran mitin, el cual se efectuó en el Monumento a Benito Juárez. Hablaron Serapio Rendón, Jesús Urueta, José Colado, Rafael Pérez Taylor, Eloy Ar-

⁸ *Antología del Pensamiento Universal de Isidro Fabela*. Prefacio y selección de Baldomero Segura García. Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F., 1959.

menta, el poeta José Santos Chocano y Antonio Díaz Soto y Gama. Se cuenta que este último, dijo, poco más o menos, que

los trabajadores formaban ya encadenamientos prepotentes que ninguna fuerza, ni divina ni humana, era capaz de hacer pedazos, a despecho de todos los traidores y a despecho de todos los cuartelazos; que el pueblo mexicano era revolucionario por idiosincracia y que por tal razón echaría por tierra viniendo del Norte o del Sur, el gobierno espurio y vil de Victoriano Huerta, que se había entronizado en México para mengua y vergüenza de nuestra Historia.⁹

Asombra y provoca nuestra admiración la valentía de aquellos ciudadanos que se jugaban la vida al atacar sin eufemismos al régimen huertista. Algunos de los opositores como Belisario Domínguez y Serapio Rendón, fueron asesinados; otros, como Isidro Fabela y Antonio Díaz Soto y Gama, tuvieron que huir de la ciudad de México para salvar la vida, uniéndose a los grupos que combatían al gobierno con las armas en la mano.

Los miembros de la Casa del Obrero Mundial, no obstante los peligros que les acechaban, continuaron su obra de propaganda ideológica. Todavía el 18 de marzo de 1914 celebraron otro gran mitin para conmemorar la Comuna de París de 1871. Por supuesto que abundaron los discursos alusivos, fogosos y elocuentes para exaltar a los promotores de aquellas históricas jornadas. La difusión de ideas, mezcla de anarquismo con comunismo, continuó sin tregua. Al fin el gobierno de Huerta ya no pudo tolerar por más tiempo la actividad de la Casa del Obrero Mundial. Con lujo de fuerza y aprehendiendo a una veintena de trabajadores la Casa fue clausurada la noche del 27 de mayo del año precitado.

Mientras ocurrían los hechos que en forma somera se mencionaron en los párrafos anteriores, la revolución constitucionalista, iniciada al firmarse el Plan de Guadalupe el 26 de marzo de 1913, iba poco a poco avanzando victoriosa de norte a sur. Al mismo tiempo, se aclaraban los propósitos de la lucha, y se señalaban las metas que era preciso conquistar. Lucio Blanco, repartía a los campesinos tierras de la hacienda de "Los Borregos" en Tamaulipas, el 30 de agosto de 1913; y, don Venustiano Carranza, el 24 de septiembre del mismo año, pronunció en el local del Ayuntamiento de la población de Hermosillo un discurso, de notoria importancia histórica, del cual es menester transcribir unos cuantos renglones:

⁹ Salazar, Rosendo, y José G. Escobedo, *op. cit.*

Sepa el pueblo de México, que terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar formidable y majestuosa la lucha social, la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos y opónganse las fuerzas que se opongan, las nuevas ideas sociales tendrán que imponerse en nuestras masas; y no es sólo repartir las tierras y las riquezas naturales, no es el sufragio efectivo, no es abrir más escuelas, no es igualar y repartir las riquezas nacionales; es algo más grande y más sagrado; es establecer la justicia, es buscar la igualdad, es la desaparición de los poderosos, para establecer el equilibrio de la economía nacional. El pueblo ha vivido ficticiamente, famélico y desgraciado, con un puñado de leyes que en nada le favorecen. Tendremos que removerlo todo. Crear una nueva constitución cuya acción benéfica sobre las masas nada ni nadie puede evitar.

Nos faltan leyes que favorezcan al campesino y al obrero; pero éstas serán promulgadas por ellos mismos, puesto que ellos serán los que triunfen en esta lucha reivindicadora y social.¹⁰

A mi parecer don Venustiano Carranza tenía en aquellos momentos ideas claras sobre los problemas vitales del país. Sin embargo, es pertinente observar que la lucha social, la lucha de clases a que él hizo referencia, ya había comenzado desde fines de noviembre de 1911 al firmarse el Plan de Ayala, generalizándose desde que se inició la revolución constitucionalista.

Es obvio que debe subrayarse la importancia del Plan de Ayala, aportación significativa a la ideología revolucionaria. El Plan de Ayala puede, a mi parecer, clasificarse como un socialismo agrario atenuado, aun cuando su influencia en el pensamiento de los combatientes, a lo largo y a lo ancho del territorio nacional, fue muy considerable.

Ahora bien, a partir de mediados del año de 1913 la guerra intestina asume caracteres de lucha de clases, acentuándose y precisándose cada vez más, a medida que las batallas son más enconadas y sangrientas. Al gobierno de Huerta lo apayaban el ejército porfirista, el alto clero, los grandes banqueros, los grandes industriales y, por supuesto, los propietarios de grandes haciendas; del lado de Carranza y de Zapata estaba el pueblo: campesinos, artesanos, trabajadores de las minas y de algunas industrias de transformación, profesores de enseñanza primaria, uno que otro pequeño agricultor y no más de una veintena

¹⁰ Barragán, Juan, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, tomo 1. Talleres Gráficos de la Editorial Stylo. México, 1945.

de intelectuales. Con frecuencia al tomar las fuerzas revolucionarias las ciudades exigían préstamos forzosos a los ricos, ocupaban sus casas, intervenían las haciendas y en ocasiones expulsaban a los sacerdotes o clérigos, según el radicalismo del jefe de las tropas ocupantes. Inevitablemente no faltaron connotados enemigos del movimiento revolucionario que fueron pasados por las armas. Todo lo anterior le consta al autor de este trabajo. En la segunda mitad del año de 1914 y en el curso de 1915, algunos jefes revolucionarios expedieron decretos a favor de la clase trabajadora. Sirvan de ejemplo los que a continuación se mencionan:

El general Alvaro Obregón, en su carácter de general en jefe del Ejército de Operaciones en plena campaña, establece un salario mínimo en los Estados de Michoacán, Querétaro, Hidalgo y Guanajuato.

El general Pablo González, comandante en jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, decreta la abolición de las deudas en todas las haciendas y ranchos de Puebla y Tlaxcala.

Alberto Fuentes D., gobernador de Aguascalientes, instituye por medio de una ley el descanso semanario y la jornada máxima de 9 horas.

En Tabasco, el gobernador Luis F. Domínguez también decreta la abolición de las deudas en el Estado, un salario mínimo y la jornada máxima de 8 horas.

Fidel Ávila, encargado del Gobierno de Chihuahua, legisla sobre salario mínimo.

En San Luis Potosí, el gobernador Eulalio Gutiérrez, expide un importantísimo decreto estableciendo el salario mínimo en el estado y la jornada máxima de 9 horas, la abolición de las tiendas de raya y la prescripción de las deudas. Además, el decreto ordena la creación de un Departamento del Trabajo en el estado para conocer de los conflictos entre las empresas y los trabajadores, así como también para procurar que las empresas constituyeran fondos que tengan por objeto realizar obras de beneficencia en provecho de obreros y campesinos.

Claramente se advierten en este escrito las diferentes corrientes de ideas que animaban a los revolucionarios. Empero, en todas ellas se advierte la tendencia a mejorar las condiciones de vida del pueblo mexicano. Se iba desde un liberalismo socializante hasta los principios más radicales de profunda y total transformación económica, social, política y jurídica. El problema de la tenencia de la tierra, sin dejar lugar a duda, ocupaba el primer plano en la lucha y en las aspiraciones del proletariado de los campos. La Revolución, lo escribí hace más

de un decenio en otra parte, tuvo su origen en el hambre de tierras, en el hambre de pan, en el hambre de justicia y de libertad.

En los años de 1913 a 1915 se publicaron algunos folletos de propaganda socialista, aun cuando muchas veces sus autores no sabían bien lo que era el socialismo. Puede citarse el folleto de Rafael Pérez Taylor titulado *El socialismo en México*, publicado en 1913. Se intenta en él divulgar la doctrina socialista en forma muy esquemática y sin sólida información. Un libro *Savia roja*, escrito por el periodista Luis F. Bustamante, también de tendencias socialistas, aproximadamente de la misma época, nos proporciona información interesante que es pertinente recoger aquí. El autor nos informa que en los años de 1898 a 1899:

...en Yucatán se empezaron a propagar las ideas socialistas. Es, por lo tanto, aquella Península, la cuna del socialismo en México.

Por la época citada un hispano socialista, José Zaldívar, que había sido expulsado de Cataluña primero, y de una República Sudamericana después, arribó a las playas yucatecas, fundando un periódico de doctrinas marxistas, del que sólo vieron la luz pública tres números, pues el régimen molinista que entonces imperaba en la Península clausuró la imprenta y expulsó al ibero socialista embarcándolo para La Habana a bordo de un barco de la 'Ward Line'.

En el mismo escrito Bustamante adoctrina a los trabajadores en estos términos:

El sindicalismo, constituyendo sociedades de resistencia al capital fortifica a los gremios obreros, los hace fuertes; con el tiempo los impone al capital.

Los obreros de las ciudades, sindicalizados, pueden 'boycotear' al comerciante o al industrial que se resiste a mejorar los jornales o a reducir la jornada a ocho horas; puede decretar la huelga general del gremio o de los gremios y dejar a las ciudades sin pan, sin combustible, sin luz, sin tranvías; puede establecer el 'label' y el 'sabotaje'.

Y cuando el capital se ve vencido por la pujante fuerza del núcleo en huelga, cede, aumenta el salario, disminuye las horas de labor y mejora así, en algo, o en mucho en ocasiones, la triste situación del pobre, del de abajo, del que antes sufría y callaba y que ahora, en los centros europeos es respetado, temido y toma parte en la cosa pública.

Nuestros obreros de las ciudades deben constituirse en sindicatos de resistencia al capital. En este sentido, en la metrópoli, se ha dado ya un gran paso. Y cuando esos sindicatos tengan en sus arcas los miles de duros que requiere la huelga general de un gremio, podrá obtenerse para todos los obreros del país, más de lo que hasta hoy han conseguido los ferrocarrileros gracias a los esfuerzos de un Félix C. Vera, el temido periodista que logró en la época cesariana paralizar el tráfico de dos divisiones; lo que no ha mucho, durante el gobierno maderista, lograron los motoristas en México, en Veracruz los obreros de Orizaba y en Yucatán los estibadores y ferrocarrileros.¹¹

Otra muestra de lo que digo respecto a la imprecisa información del socialismo, se encuentra en la conferencia que pronunció en agosto de 1914 el teniente coronel David G. Berlanga en el Teatro "Morelos" de la población de Aguascalientes. De ella tomamos los tres párrafos que se insertan a continuación.

Es preciso que los obreros se organicen en centros socialistas, para que se preparen así a ser ungidos con los nuevos derechos que la Revolución les otorga, y hacer uso de sus nuevas riquezas materiales, de sus nuevos instrumentos de trabajo, para que se transformen en verdaderos elementos del progreso y de la fraternidad nacional.

Otra de las soluciones del Socialismo es la 'socialización de la autoridad'. Esto es, que la autoridad sea diñanada del pueblo, que sea colectiva, que esté formada de elementos que representen al pueblo y que pueda ser sustituida por alguna otra autoridad cuando el pueblo crea conveniente.

El Socialismo persigue la 'socialización de los productos'. Esto es, que los gobiernos inspeccionen los talleres, las fábricas, las haciendas, las minas y todos los establecimientos mercantiles, a fin de que los productos de ellos sean repartidos de una manera equitativa entre los elementos que contribuyan para la adquisición de la riqueza. Esto es, que el gobierno vigile los intereses del asalariado y establezca relaciones justas entre el capital y el trabajo.¹²

David G. Berlanga era un profesor educado en Alemania. En San Luis Potosí, durante el gobierno maderista desempeñó el cargo de

¹¹ Bustamante, Luis F., *Savia roja. (Socialismo mexicano)*. San Luis Potosí, 1941.

¹² Berlanga, David G., "Soluciones del Socialismo". Conferencia del teniente coronel David G. Berlanga en el Teatro "Morelos", el domingo 9 de agosto de 1914. Aguascalientes. Imp. Pedroza e Hijos, 1914.

Director General de Educación. Al iniciarse la segunda etapa de la Revolución se incorporó a las fuerzas del general Pablo González, participando en no pocos combates. Fue uno de los secretarios de la Convención de Aguascalientes. En el mes de diciembre de 1914, en la ciudad de México, fue villanamente asesinado por Rodolfo Fierro, lugarteniente de Francisco Villa. Igual suerte corrió entonces en manos del mismo Fierro, el ameritado periodista Paulino Martínez, quien militaba en las fuerzas de Zapata. La Revolución comenzaba a tragarse a sus hombres.

La Casa del Obrero Mundial reanudó sus trabajos de propaganda revolucionaria inmediatamente después que el Ejército Constitucionalista ocupó la capital de la República el 15 de agosto de 1914. Al principio fueron vistos con simpatía los dirigentes de la Casa y los trabajos que llevaban a cabo por algunos funcionarios del Gobierno Constitucionalista, de tal manera que se les entregó el edificio del Jockey Club —hoy Sanborn's—, centro aristocrático del porfirismo. Allí estuvieron por corto tiempo las oficinas de varios sindicatos y la Escuela Racionalista. Un autor refiere que

este amplísimo y lujosísimo Palacio fue entregado íntegro a los 'Líders' obreros, entre los que recuerdo al compañero Luis Morones, electricista; Salvador Gonzalo García, mecánico (finado); Eduardo Gracidas, linotipista; Samuel Yúdico, impresor; Celestino Gazca, zapatero; Victorio Góngora, albañil; Eduardo Cortina, conductor; Cayetano Sánchez, panadero; Eulalio Martínez, jornalero; Martín Torres, tejedor; Eduardo Moneda R., plomero, y tantos más que sería cansado enumerar.

Todos y cada uno se dieron por recibidos, procediendo desde luego a repartir salas y salones para los diferentes sindicatos que estaban creados y que eran bien pocos; cuanto había de valor en aquel recinto, una parte quedó en poder de 'Líders' y obreros, y la otra, la mayor parte, ya había desaparecido en manos de la revolución. Cómodamente instalados más de cinco mil trabajadores, nombráronse mesas directivas y, desde luego, una intensa labor en pro de nuestras ideas empezó a desarrollarse, los delegados se multiplicaron y los propagandistas del Socialismo se distribuían por todos rumbos, para intensificar una campaña que había de traernos como resultado el triunfo definitivo de las ideas libertarias de que tanto se había hablado y discutido.¹³

¹³ Morales, Julián. *El socialismo en México o sea la explotación del obrero mexicano*. Editado por "Libertad y Trabajo". México, D. F.

Pero semanas después el señor Carranza comenzó a alarmarse y ordenó al general Pablo González que desalojara a los obreros del flamante edificio, lo cual se cumplió al pie de la letra.

La lucha de las facciones comenzó en noviembre de 1914, después del fracaso de la Convención de Aguascalientes para lograr un advenimiento entre don Venustiano Carranza y el general Francisco Villa. Vino después un periodo anárquico —diciembre de 1914 y los primeros meses de 1915. La Revolución se había dividido de hecho en cuatro facciones: constitucionalistas, villistas, zapatistas y gutierristas. Unos convencionistas estuvieron con Gutiérrez, otros con Zapata y unos terceros con el villismo.

La capital de la República que había sido abandonada en noviembre por el Constitucionalismo, fue de nuevo ocupada por las fuerzas del general Alvaro Obregón, leal a Carranza, el 28 de enero de 1915, donde permaneció hasta el 10 de marzo del propio año. Aquí es pertinente recordar que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, expidió un decreto el 12 de diciembre de 1914 ofreciendo al pueblo dictar una serie de medidas revolucionarias, tendientes a transformar la vida económica, social y política de la Nación. Además, el 6 de enero de 1915 se expidió la ley con la cual se inició la reforma agraria. Mientras tanto, el jefe de la División del Norte, general Francisco Villa, no había dicho ni hecho nada importante sobre sus propósitos en el caso de alcanzar la victoria. Esto explica que los obreros de la ciudad de México, bajo la dirección de la Casa del Obrero Mundial, resolvieran luchar al lado del constitucionalismo, formando los seis batallones rojos que fueron a pelear contra las fuerzas hasta entonces invencibles, del famoso "Centaurio del Norte."

Las autoridades militares dispusieron que el primero de esos batallones, integrado en su totalidad por obreros de la Maestranza Nacional de Artillería, fuera enviado al mando inmediato del general Manuel González Cuéllar a las posiciones militares de El Ebano, S.L.P.; el segundo, compuesto por la Federación de Obreros y Empleados de la Compañía de Tranvías y otro gremio fue enviado de guarnición a la Huasteca Veracruzana, a las órdenes del general Emilio Salinas; el tercero y el cuarto, integrados por los sindicatos de hilados y tejidos, ebanistas, canteros, pintores, sastres y conductores de carruajes de alquiler, formaron la tercera brigada de infantería del cuerpo de ejército del noroeste, al mando de los generales Juan José Ríos y José T. Méndez, que se incorporó a las legiones del general Alvaro Obregón; finalmente, el quinto y el sexto, compuestos por albañiles, tipógrafos,

mecánicos y metalúrgicos quedaron a las órdenes del coronel Ignacio C. Enríquez.

A mi juicio puede decirse que el general Francisco Villa nunca tuvo ideas claras ni precisas en materia social y que la División del Norte fue en la lucha de las facciones el ala derecha de la revolución. No ignoro que mi opinión puede dar motivo a interesantes y provechosas discusiones.

No debo terminar este trabajo sin hacer referencia al Primer Congreso Feminista celebrado en la República, que tuvo lugar en Mérida, Yucatán, en el mes de enero de 1916, como resultado de la Convocatoria que al efecto expidió el general Salvador Alvarado, gobernador y comandante militar de aquel Estado. Del informe que las congresistas dirigieron al gobernador, se toman las conclusiones que a mi parecer son las más significativas, porque ponen de relieve las ideas que predominaban en las mujeres más progresistas en aquel momento de euforia revolucionaria:

I. En todos los centros de cultura de carácter obligatorio o espontáneo, se hará conocer a la mujer la potencia y la variedad de sus facultades y la aplicación de las mismas a ocupaciones hasta ahora desempeñadas por el hombre.

II. Gestionar ante el Gobierno la modificación de la Legislación Civil vigente, otorgando a la mujer más libertad y más derechos para que pueda con esta libertad escalar la cumbre de nuevas aspiraciones.

III. Ya es un hecho la efectividad de la enseñanza laica.

IV. Evitar en los templos la enseñanza de las religiones a los menores de dieciocho años, pues la niñez lo acepta sin examen por falta de raciocinio y de criterio propio.

V. Inculcar a la mujer elevados principios de moral, de humanidad y de solidaridad.

VI. Hacerle comprender la responsabilidad de sus actos. 'El bien por el bien mismo'.

VII. Fomentar los espectáculos de tendencias socialistas y que impulsen a la mujer hacia los ideales del libre pensamiento.

VIII. Instituir conferencias periódicas en las escuelas, cuya finalidad sea ahuyentar de los cerebros infantiles el negro temor de un

Dios vengativo e iracundo que da penas eternas semejantes a las del Tali6n: 'diente por diente, ojo por ojo'.

IX. Que la mujer tenga una profesi6n, un oficio que le permita ganarse el sustento en caso necesario.

X. Que se eduque a la mujer intelectualmente para que puedan, el hombre y la mujer, completarse en cualquier dificultad y el hombre encuentre siempre en la mujer un ser igual a 6l.

XI. Que la joven al casarse sepa a lo que va y cu6les son sus deberes y obligaciones; que no tenga jams 6tro confesor que su conciencia.

XII. Establ6zcanse conferencias p6blicas a las que asistan principalmente profesores y padres de familia a compenetrarse de los nobil6simos fines que persigue la educaci6n racional con su base de libertad completa, la que lejos de conducir al libertinaje, orienta a las generaciones hacia una sociedad en que predomine la armon6a y la conciencia de los deberes y derechos.

XIII. La supresi6n de las escuelas actuales, con sus textos, res6menes y lecciones orales, para sustituirlas con institutos de educaci6n racional, en que se despliegue acci6n libre y beneficaosa.

XIV. Creaci6n del mayor n6mero posible de escuelas granjas mixtas.

XV. Fomentar por medio de conferencias y art6culos de peri6dicos, la afici6n al estudio de la medicina y farmacia en el bello sexo.

XVI. Debe abrirse a la mujer las puertas de todos los campos de acci6n en que el hombre libra a diario la lucha por la vida.

XVII. Puede la mujer del porvenir desempe 6ar cualquier cargo p6blico que no exija vigorosa constituci6n f6sica, pues no habiendo diferencia alguna entre su estado intelectual y el del hombre, es tan capaz como 6ste, de ser elemento dirigente de la sociedad.¹⁴

Debo hacer notar que en la convocatoria del gobernador Alvarado al Congreso Feminista, se dec6a expresamente que se convocaba a las mujeres honradas de Yucat6n, no tenemos motivo alguno para dudarlo,

¹⁴ "El Primer Congreso Feminista de Yucat6n". Convocado por el C. Gobernador y Comandante Militar del Estado, General D. Salvador Alvarado, y reunido en el Teatro "Pe6n Contreras" de esta ciudad, del 15 al 16 de enero de 1916. M6rida, Yuc., M6xico.

las que llegaron a las conclusiones que arriba se insertan. Hay que agregar que la dirección del Congreso estuvo a cargo de las profesoras de enseñanza primaria más distinguidas y de buena reputación.

Al fin la Constitución de 1917, donde se asegura que cristalizaron por entonces las aspiraciones populares en aquella hora intensamente dramática en la vida de la nación. Hoy, después de casi 50 años, no faltan aspiraciones que continúan siendo nada más eso, porque no han cuajado aún en realidades objetivas y tangibles. Hoy, lo digo con inmensa tristeza, el pueblo mexicano tiene todavía hambre de pan, hambre de tierras, hambre de justicia y hambre de libertad. Hoy, la gran burguesía nacional puede gritar alborozada: ¡La Revolución ha muerto! ¡Viva la Revolución!*

Octubre de 1959

* "El Mexicano y su morada y otros ensayos". Ediciones Cuadernos Americanos, núm. 54, México, 1960, pp. 27-53.

EL MEXICANO Y SU MORADA

Una necesaria introducción

De conformidad con la opinión de algunos especialistas, el mundo existe hace dos mil millones de años; la vida en nuestro mundo empieza hace trescientos millones de años; el hombre aparece en la tierra hace trescientos mil y la civilización apenas cuenta con unos sesenta siglos. De modo que cabe decir que la civilización, se halla apenas en la infancia, si reflexionamos un poco en las cifras anteriores.

Arnold J. Toynbee, el filósofo de la historia, hace notar lo que sigue a este respecto:

...los cinco o seis mil años transcurridos desde la aparición de los primeros ejemplares de sociedades que llamamos civilizaciones, representan un lapso infinitamente breve comparado con la antigüedad que tiene hasta hoy la raza humana, con la de la vida sobre el planeta, con la del planeta mismo, con la de nuestro propio sistema solar, con la de la galaxia en la cual es una simple partícula de polvo; o con la totalidad del cosmos estelar, inmensamente más vasta y más vieja.

En esos trescientos mil años —poco tiempo si se le compara con las edades siderales— se ha desarrollado el drama del hombre en los inmensos escenarios de su pequeña morada.

El antropólogo norteamericano Luis E. Morgan, divide esos años en tres periodos: el salvajismo, la barbarie y la civilización. Hace notar que el salvajismo duró un lapso mucho mayor que la barbarie; y ésta, claro está, bastante más que la civilización. Para Morgan “las principales instituciones del hombre se originaron en el salvajismo, se desarrollaron en la barbarie y maduraron en la civilización”.

La civilización no emergió en un momento dado de manera repentina. La civilización fue obra lenta de trabajo colectivo a través

de milenios. El hombre primitivo, inerme y desnudo, debió haber vagado, durante siglos, por las selvas hostiles; debió haber luchado desventajosamente contra las fuerzas naturales que le lanzaron su reto, en espera de la respuesta. Cuántas veces el hombre de los primeros milenios perecía de frío o de insolación; cuántas veces también sería víctima del desbordamiento de los ríos caudalosos. El hombre primitivo tuvo que luchar contra las bestias y luchar en condiciones de inferioridad, porque muchas de ellas eran más fuertes y feroces que él. Tuvo que luchar desde edades remotas incluso en contra de otros hombres. Es probable que en determinadas regiones del globo, en múltiples ocasiones, el hombre fuera vencido por sus enemigos: la naturaleza, el hambre, los grandes mamíferos y los pequeños insectos agentes ocultos de la muerte.

De seguro grupos de hombres aniquilaron a otros grupos, despojando dilatadas zonas geográficas. Pero el hombre tenía cerebro: inteligencia, imaginación y memoria. La inteligencia para entender los fenómenos del mundo circundante; la imaginación para crear obras de arte en las cavernas primitivas e inventar instrumentos para su defensa; y la memoria para aprovechar las enseñanzas de su propia experiencia y la de sus antepasados. Además tenía manos, con el milagro del pulgar que es tenaza perfecta. Sin el dedo pulgar probablemente nuestra especie hubiera avanzado mucho más despacio o tal vez hubiera sucumbido. El pulgar es herramienta admirable del cuerpo humano, al que guía el cerebro y con cerebro y manos el hombre fue obteniendo las primeras victorias.

Ahora bien, el hombre encontró útil asociarse. Darwin, el célebre autor de *El origen de las especies*, escribió: "Los más aptos no son los más fuertes ni los más astutos, sino los que se unen". Y Alfredo L. Palacios, piensa que "la necesidad y las hostilidades aguzaron el ingenio y crearon la técnica". A Darwin y a Palacios les asiste plenamente la razón.

Un descubrimiento maravilloso marcó probablemente el fin del salvajismo, el principio de la barbarie o tal vez el comienzo de las más antiguas civilizaciones. Me refiero al descubrimiento del fuego. Este descubrimiento fue la primera gran victoria del hombre. "El hombre con el fuego —dice un autor— pudo ir arrancando a la naturaleza todo lo que le negaba: el fuego fue el gran propulsor del progreso que comenzó permitiendo a los humanos la defensa de las fieras con un círculo incandescente a manera de muralla ignea". El fuego hizo posible la cocción de los alimentos y es el origen de la cerámica y de muchas otras industrias primitivas. El fuego hizo posible

que el hombre pudiera descansar durante la noche sin temor a las bestias enemigas.

Más tarde el hombre domesticó a los animales y comenzó a nacer en su mente la idea de la propiedad privada. El hombre que lograba domesticar un caballo, por ejemplo, era lógico que pensara: este caballo es mío. No sólo fue domesticando bestias, sino al mismo tiempo fue mejorando su instrumental técnico: el hacha de piedra, la flecha; mucho más tarde el arado y la rueda, que había de transformar de modo ascendente la vida de las antiguas sociedades. Y cuando el hombre emplea instrumentos con los cuales, ayudado de su familia, puede cultivar un pedazo de tierra que le permita vivir durante varios meses del fruto del trabajo, también empieza a germinar vagamente en su conciencia el concepto de propiedad individual. La propiedad privada de la tierra no pudo existir cuando un pequeño campo debía ser cultivado por muchos, obteniendo escaso rendimiento. Entonces fue absolutamente lógico que el fruto del trabajo de varios individuos o de varias familias, se considerara como propiedad de todos.

Hay un momento de la prehistoria o de la historia en que se inicia la esclavitud. Entre las hipótesis que se han elaborado se puede recordar la siguiente: una tribu se lanza en contra de otra tribu que habita detrás de la montaña vecina, porque sabe que las tierras que posee son más fértiles que las suyas. Comienza la guerra y en las primeras luchas de los grupos beligerantes, la tribu victoriosa mata a todos los supervivientes: hombres, mujeres y niños. Más tarde, después seguramente de muy largos periodos, ya no se mata sino a los varones y se respeta la vida de la mujer y la del niño, a quienes se les asimila a las costumbres y hábitos colectivos. Siglos después se dan cuenta de que tampoco es menester matar a los hombres, por que éstos, sujetos a normas estrictas de vigilancia y de procedimientos coercitivos, pueden ayudar en las más rudas tareas. Por lo menos de este modo se explica uno de los orígenes de la esclavitud. Existió durante toda la Antigüedad y principios de la Edad Media, reapareciendo en América (Estados Unidos, Cuba, Venezuela, Perú, Brasil y aun México), cuando se necesitó mano de obra resistente y barata. Ya he hecho notar en más de una ocasión que a pesar del cristianismo, lo mismo los reyes católicos de España que los reyes protestantes de Inglaterra, autorizaron el inhumano y a la par lucrativo tráfico de esclavos negros.

Lo que nos interesa destacar, es que el hombre, ya poseedor de las herramientas de que hemos hablado, de la bestia domesticada y del esclavo, avanzó rápidamente en la historia.

Se tiene ya una serie de útiles descubrimientos. En la Edad Me-

dia hay algo así como una demora y con el Renacimiento se revive el deseo de progreso. La ciencia, que estuvo a punto de perecer durante la Edad Media ahogada por la teología, la ciencia pura al transformarse en ciencia aplicada o técnica, encuentra la manera de utilizar la fuerza del viento y la del agua. Debido al genio de varios inventores, en el siglo xviii se realiza el extraordinario hecho de la aplicación del vapor a la máquina; la fuerza del vapor sustituye al músculo del hombre, sustituye a la fuerza de la bestia, la del viento y en parte la del agua. La fuerza de la bestia y la del hombre débil fuerza era; la fuerza del viento no era permanente; la fuerza del agua estaba localizada en sitios determinados; en cambio la fuerza del vapor podía utilizarse en todo tiempo y en todo lugar y podía producir una energía muchísimo mayor que el músculo del hombre y la fuerza de la bestia.

Se inventó más tarde el barco de vapor, la locomotora, la máquina de coser, el telégrafo y el teléfono; se descubrieron los abonos químicos y la electricidad; avanzó el siglo xix hasta llegar a sus últimas décadas que Stefan Zweig llamara nostálgicamente "el mundo de la seguridad"; cuando pensaban nuestros abuelos o bisabuelos que el hombre había descubierto definitivamente la ruta de un progreso sin límites; cuando se pensaba que el derecho internacional sustituiría definitivamente las guerras entre las naciones.

Por otra parte, se descubrió el petróleo. Rockefeller pensó que con el petróleo iluminaría al mundo. No tuvo la más vaga idea, cuando organizó su primera compañía, de que el petróleo no iba a triunfar como iluminante, sino que su porvenir sería distinto, un porvenir que él no pudo entonces ni siquiera sospechar. El petróleo triunfaba en el motor de combustión interna. Al mismo tiempo se inventaba el fonógrafo y el cine. Poco después los aviones, la radio y la televisión.

El hombre ha ido modificando la geografía del globo. Alfonso Reyes dice: "La geografía no es una constante absoluta... ni lo es siquiera en el sentido físico". Y agrega: "El hombre, puede decirse, redondea y achica la bola de billar del planeta". Efectivamente el hombre ha ido modificando la geografía; ha ido transformando y mejorando su morada; ha construido caminos para reducir las distancias, para achicar el espacio; ha construido caminos para trepar las montañas, unas veces tendiendo las cintas de acero de los ferrocarriles, otras construyendo carreteras para que el automóvil pueda llegar hasta las cimas de las altas montañas y descender después a las amplias llanuras.

El hombre ha sido capaz de construir grandes puentes sobre los ríos caudalosos, ha sido capaz de encauzar sus corrientes y llevarlas a grandes depósitos; ha sido capaz, también, de construir grandes cana-

les que han transformado la geografía al reducir las distancias entre los continentes: Suez y Panamá. El hombre también ha sabido luchar con el mar tenebroso de que se hablaba en los comienzos del Renacimiento, al cruzarlo en todas direcciones con sus enormes naves de hierro; ha luchado con el mar haciéndolo retroceder, como en Holanda, para ganarle tierras útiles al fomento de la agricultura.

El hombre con su poder mental ha logrado arrancar secretos a la naturaleza, dominándola y poniéndola a su servicio. El hombre descubrió el fuego, no sabemos cuántos milenios ha; la leyenda nos cuenta que Prometeo, compadecido de la debilidad del hombre, le entregó el fuego que robó a los dioses para su defensa y para que marchara hacia adelante con mayor seguridad. El hombre contemporáneo ha robado otro secreto a los dioses. Al desintegrar el núcleo robó a los dioses el secreto de la materia. El ladrón genial fue el gran físico Einstein. Él fue quien dio la fórmula inicial de ese robo asombroso.

La naturaleza desafió al hombre. El hombre ha dado su respuesta y la respuesta del hombre al desafío ha significado una serie de triunfos sorprendentes. Sin embargo, no vivimos hoy en aquel mundo de la seguridad de Zweig; vivimos en el mundo de la inseguridad y de la angustia. Tantas victorias sobre la naturaleza no han servido aún para que el hombre alcance la más grande de todas: la victoria que consiste en conocer el secreto de su propia personalidad y establecer la paz entre todos los habitantes de la tierra.

El escenario

Es obvio que el desafío y la respuesta no han sido parejos en todas partes. En algunas regiones la naturaleza ha sido más difícil de vencer. No es lo mismo construir un camino carretero en planicies dilatadas, con vegetación escasa, que hacerlo teniendo que vencer el reto de una selva poblada de árboles gigantes, de insectos y de reptiles venenosos.

Egipto —como lo dice la frase consagrada— es un don del Nilo. Argentina ha sido y es un don de la pampa, donde madura el trigo y se reproduce el ganado en provecho del hombre. Los Estados Unidos de Norteamérica han sido y son un don del Mississippi, del Hudson, del subsuelo donde se encuentran en abundancia mantos petroleros y vetas de metales preciosos e industriales. Los Estados Unidos han sido y son un don de sus condiciones naturales privilegiadas, útiles al hombre para dar la respuesta al desafío. Esto nos explica por qué, indepen-

dientemente del ingenio y de la actividad de sus habitantes, ese país ha llegado a ser la primera potencia de la tierra.

Ahora debemos preguntarnos cómo es la morada del mexicano, cómo el mexicano ha respondido al reto de la naturaleza. Para analizar esta cuestión, es aconsejable que hagamos un breve examen de las condiciones naturales de México. Vamos a hacer la siguiente enumeración: primero, el clima; segundo, el suelo; tercero, el subsuelo; cuarto, la orografía; quinto, la hidrografía; y, sexto, la configuración de las costas.

En México, y esto es bien sabido, tenemos una gran variedad de climas. El clima, no es ocioso recordarlo, está determinado por la presión atmosférica, por las corrientes aéreas, la temperatura, las precipitaciones acuosas, la altitud y la latitud. Y a causa entre otras, de que tenemos, como suele ocurrir en territorios extensos, grados distintos de latitudes, existen variadas condiciones climáticas, lo cual ha hecho de México un país de contrastes, un país hasta cierto punto paradójico. Tenemos climas templados húmedos y templados secos en el altiplano; clima tropical húmedo y clima tropical seco a lo largo de las costas. Tenemos bosques frondosos y extensos desiertos; lluvias abundantes en Tabasco, en el sur de Veracruz y en una parte de Chiapas; lluvias escasas en enormes zonas del norte y del centro de la nación, como en buena parte de los estados de Coahuila, San Luis Potosí, Aguascalientes y Zacatecas. Y es absolutamente lógico que existiendo diferentes condiciones de clima, existan condiciones diversas en la vida del mexicano, condiciones diversas en cuanto a la morada, a la indumentaria y a la alimentación. No puede ser igual la alimentación ni la indumentaria ni la morada en las faldas de una montaña en el altiplano que en las regiones del trópico frente al Golfo de México o al Océano Pacífico. Por supuesto que la morada, la indumentaria y la alimentación tienen importancia fundamental en el desarrollo individual y colectivo.

El clima ha tenido considerable significación en la historia de México. Un ejemplo: los españoles se establecieron preferentemente en el altiplano: clima templado y saludable; no se esforzaron, porque difícil tarea era, por dominar los trópicos. Los primeros misioneros, con excepciones que confirman la regla, realizaron su tarea adoctrinadora en el centro del país. Después la obra fue continuada por los miembros de las distintas órdenes religiosas. La consecuencia fue que la catolización resultó mucho más honda en el altiplano y zonas próximas que en Sonora, Sinaloa, Chihuahua, sur de Oaxaca, Tamaulipas y Veracruz. Por eso el sentimiento religioso o la práctica de los ritos católi-

cos, está más generalizado en el centro del país que en la periferia. Por supuesto que también influyó en la propaganda religiosa un hecho económico: los reales de minas; pero las condiciones climáticas no pueden ignorarse. Los más hermosos monumentos coloniales se admiran en Puebla, México, Oaxaca, San Luis Potosí, Morelia y hasta Guadalajara y Zacatecas. No hay grandes catedrales o iglesias que conmuevan al visitante, por su belleza, en las regiones de climas inhospitalarios; ni había, generalmente, reales de minas con ricas vetas de oro y plata, codiciadas por el español. En ciertas zonas hay todavía grupos de indígenas que conservan sus religiones primitivas mezcladas con el catolicismo. Detrás de la imagen del Cristo o de la Virgen de Guadalupe, suele encontrarse el idolillo precolombino. Hay más de un millón de mexicanos que conservan aún sus antiguas religiones.

En resumen, estamos apenas esbozando en esta ocasión, y no podemos detenernos en ello mayor tiempo, cuán importante es el clima y cómo su diversidad origina gran variedad de productos vegetales, animales, y de tipos humanos. Por eso cabe apuntar desde luego, que México es muchos países y el mexicano muchos tipos de mexicano.

Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones del suelo de México?

Podemos resumirlas del modo que sigue: superficie completamente inutilizable, 16%, es decir, treinta y dos millones de hectáreas, enorme extensión si se le compara con la pequeñez de algunos grandes países europeos, como Holanda, Bélgica y Dinamarca. Tierras forestales, 24%, cuarenta y ocho millones de hectáreas, seguramente cada día venidas a menos por la tala inmoderada y criminal de los bosques. Pastales, 48% noventa y seis millones de hectáreas; y tierras cultivadas y susceptibles de cultivo, apenas el 12%, o sean veinticuatro millones de hectáreas.

Tenemos seguramente grandes posibilidades para desarrollar una gran industria ganadera en el futuro. En cuanto al cultivo de la tierra no podremos pasar muchos de los veinticuatro millones de hectáreas. Agreguemos algo más: del 12% de tierras cultivables, ¿cuál es la división por lo que se refiere a tierras de temporal y de riego? Dieciséis millones de hectáreas son de temporal, sujetas por razones climatológicas, a las heladas tempranas o tardías, a la abundancia de lluvias en algunos años y a la escasez en otros. De manera que en las explotaciones agrícolas de terrenos de temporal, las cosechas suelen perderse total o parcialmente. Solamente podremos llegar a tener siete millones de hectáreas al concluirse las obras de riego en proyecto y un millón de hectáreas más al sanear terrenos con fines agrícolas. Como se ve, las condiciones del suelo han sido un desafío de la naturaleza al mexicano que ha debido luchar con paciencia y energía para responder al reto.

Con respecto al subsuelo, México ha sido tradicionalmente un país minero. Fue famoso durante los siglos *xvi*, *xvii* y *xviii* por la riqueza de algunas de sus minas. Por ejemplo, en la Valenciana se explotó la veta de plata más rica que jamás haya existido. Pero la riqueza minera de México, en términos generales, no se ha debido a la alta ley de sus metales sino más bien a su abundancia. El minero español respondió al reto y cavó en lo hondo de la tierra para extraer el metal blanco y el metal amarillo. Nuestras rebeliones y revoluciones suspendieron la obra que venía realizándose durante tres siglos y al establecerse la paz, el mexicano desalentado por el largo periodo de luchas, no se sintió con ánimo para seguir explotando la mina. Entonces una política equivocada, entregó las minas al extranjero. La riqueza minera, en más de un 90% pertenece en la actualidad a empresas norteamericanas. México, tal vez exagerando un poco, es hoy un país minero de mineros hambrientos.

También en el subsuelo encontramos petróleo. El petróleo no era nuestro; desde el 18 de marzo de 1938 es y deberá seguir siendo nuestro si seguimos siendo mexicanos.

Pasemos ahora a la parte de la orografía. ¿Quién no sabe que México es un país de montañas? La montaña ha sido el personaje más importante de la historia de México. La montaña es hermosa a los ojos del viajero. No es fácil caminar por una carretera o viajar en ferrocarril, sin mirar a la distancia o muy cerca la montaña. A veces es azul, en ocasiones gris; suele verse verde y también muchos la hemos visto rojiza o morada. El color de la montaña varía según la hora en que la contemplemos; pero la montaña que es tan hermosa, tan decorativa, tan atrayente para el turista, ha sido y es enemiga de la nación; porque ha sido una barrera, el obstáculo al desarrollo del país. La montaña es un desafío de la naturaleza al mexicano, el más tremendo desafío. Nos ha aislado a unos de otros, ha sido muralla para las comunicaciones, para el transporte de mercancías y para el intercambio de ideas. Si México —imaginémoslo por un momento— hubiera sido un país de inmensas llanuras, su historia hubiera sido distinta. La montaña hizo posible nuestras luchas intestinas durante gran parte del siglo *xix*. El revolucionario podía reponerse de la derrota en lo intrincado de la montaña, y ahí se ocultaban el rebelde, el asaltante de caminos o el plagiarlo, que asolaron al país durante nuestros largos periodos de anarquía. Por todo esto la montaña ha tenido tanta significación en nuestra dramática historia. Pero el mexicano ha estado contestando al desafío. Primero construyó ferrocarriles que escalaron las montañas y después ha estado construyendo carreteras, por supuesto

a costos mucho mayores que si se hubiera tratado de terrenos planos. Hay que remover mayores obstáculos, hay que hacer mayores erogaciones para construir esos caminos. La explotación de una vía férrea como la de Veracruz a la ciudad de México, que tiene que trepar la montaña y luego descender al valle, es mucho más costosa que en regiones sin accidentes topográficos. De México a Veracruz hay 300 kilómetros en línea recta. El Ferrocarril Mexicano tiene 424 kilómetros de extensión. Fue menester construir 124 kilómetros más, lo que significa mayor número de horas para llegar del puerto de Veracruz a México y de México al puerto de Veracruz; mayor inversión de capitales, mayor consumo de combustible, mayores pagos en salarios y fletes más elevados. Así como hemos citado el caso del Ferrocarril Mexicano, pueden mencionarse grandes tramos de vías férreas en análogas condiciones. Por otra parte, en respuesta a tal desafío, los caminos para automóviles van uniendo poco a poco al país; y el primer camión que llega a un pueblo lejano e incomunicado —como dijera mi dilecto amigo Miguel Othón de Mendizábal— es el mejor maestro misionero.

¿Qué podemos decir ahora de nuestras condiciones hidrográficas? Un geógrafo distinguido ha catalogado algo más de cincuenta ríos importantes en nuestro territorio; pero muchos de nuestros ríos no son siempre ríos; sólo lo son por temporadas. No tenemos un solo río navegable en toda su extensión. Alguien dijo que los ríos son caminos que andan, cabe añadir que también ayudan a los pueblos a caminar en la historia. Desgraciadamente nuestros ríos no son sino en cortos trechos caminos que andan; otros no son ríos en época de secas. En ocasiones un pequeño hilito de agua va sorteando trabajosamente el lecho pedregoso y poco a poco, cuando se unc con otro hilo de agua de otro río, que también lo es por temporadas, va ensanchándose para verterse en el mar y cumplir así su destino. Pero ese río en el verano o a principios del otoño, cuando las lluvias son abundantes, se torna caudaloso y sus corrientes suelen desbordarse inundando los campos vecinos, ocasionando pérdidas materiales y segando vidas. Es otro reto de las fuerzas naturales al habitante de nuestro suelo. Mas también en este caso ya estamos dando la respuesta, captando las aguas de los ríos por medio de la construcción de grandes presas, con ventaja para la agricultura. Sin embargo, será preciso que transcurran varios años y que se inviertan algunos cientos de millones de pesos para que sea cabal la respuesta.

A continuación tratemos de la configuración de las costas. México no tiene en el Golfo puertos naturales. Ha sido menester llevar a cabo obras muy costosas para adaptar Veracruz, Tuxpan y Tampico a las

necesidades del tráfico moderno, y ni aún así puede decirse que las condiciones de dichos puertos sean óptimas. Puertos como el de Progreso no pueden ser puertos de altura; ahí se ha construido un muelle de varios kilómetros, no obstante lo cual no pueden atracar barcos ni siquiera de veinte pies de calado. En algunos puertos del Pacífico las condiciones son menos malas, pero el tráfico internacional, por ahora es de muy escaso volumen en ese litoral. He aquí otro desafío: somos el país con más extensas costas: más de nueve mil kilómetros, pero sin puertos apropiados. Por todo esto, entre otras causas, la marina no ha tenido en nuestro país el deseable y necesario adelanto. El mexicano todavía no sabe aprovechar los enormes recursos que le ofrecen sus mares. La debida respuesta a ese desafío parece todavía lejana.

¿Qué es lo que cabe concluir, después del panorama que en forma tan somera se ha procurado diseñar? Se desprende que el pueblo de México ha tenido y tiene una morada hostil, una morada en la cual se han acumulado innúmeras dificultades. No es que el mexicano sea inferior a tal o cual habitante de la tierra, es que al mexicano le ha tocado una morada donde el desafío de la naturaleza ha sido formidable. Por eso hemos ido evolucionando lentamente. Nuestra historia, nuestra realidad, nuestra pobreza, se explican en gran medida por la morada que nos ha tocado en suerte habitar. Algo hemos hecho; mas no lo olvidemos: hay mucho más todavía por hacer. Para ello se necesita superar el complejo de inferioridad que tanto nos perjudica. No pensar que todo extranjero es hijo del sol. Necesitamos economistas capaces de planear la política económica, ingenieros que construyan puentes y caminos; necesitamos agrónomos que exploten nuestras tierras de conformidad con la técnica más avanzada; necesitamos hombres de ciencia que apliquen sus conocimientos a la realidad mexicana y puedan imaginar procedimientos adecuados para responder al desafío; necesitamos también, para no hacer gris la vida, hombres que cultiven las bellas artes, con capacidad creadora, "poetas que canten libre y alegremente su canción". En fin, necesitamos gobernantes responsables, laboriosos, competentes y honrados; sobre todo, sobre todo honrados; y así, mañana podremos contestar con éxito al inaudito desafío.

"Los personajes"

Ya se sabe del desafío de la naturaleza y de la respuesta del mexicano. Ya se conoce nuestra morada, el escenario de grandes horizontes en que el habitante de este país ha ido escribiendo su historia; pero nos

falta examinar cómo son los autores y actores que han vivido sobre el suelo de México.

Desde hace mucho tiempo ha habido ensayistas y novelistas que han tratado de describir al mexicano. Los ensayistas por regla general, a partir de don José María Luis Mora, han tenido la tendencia de crear al mexicano tipo. En cambio, los novelistas, desde don Joaquín Fernández de Lizardi, José T. Cuéllar, Rafael Delgado, hasta Mariano Azuela y muchos más, han presentado a sus lectores diferentes tipos de mexicano. Recientemente un grupo de jóvenes filósofos, inteligentes y audaces, han dedicado buena parte de sus lucubraciones a decirnos cómo es el mexicano. Algunos de ellos nos han sorprendido al decirnos que el mexicano es tainado, que el mexicano es hipócrita; nos han presentado un mexicano con escasas cualidades y numerosos defectos, con muchos vicios y casi ninguna virtud.

Por lo tanto cabe formular las siguientes preguntas: ¿Existe el mexicano tipo? nuestro país ha evolucionado lo suficiente para crear un tipo uniforme?, ¿o la verdad es que hay muchos tipos de mexicano? Desde luego, respetando opiniones ajenas, nuestro punto de vista es absolutamente claro y preciso: no creemos en la uniformidad psicológica del mexicano; creemos en lo contrario, en una gran variedad psicológica del mexicano.

Como se habrá advertido, concedemos singular importancia al factor geográfico en el desarrollo de los pueblos. Nosotros pensamos que el medio geográfico y el medio social combinados, influyen en la personalidad íntima del hombre. Y con el objeto de apoyar esta opinión, se ofrecen aquí varios ejemplos, elocuentes y difíciles de lógica refutación. Comparemos al habitante de la ciudad de Nápoles con el de la ciudad de Londres. En la primera ciudad predominan los días de cielo diáfano y azul, la temperatura es templada la mayor parte del año, y a veces, el calor es intenso. El napolitano gusta, debido a las condiciones propicias de la temperatura, vivir fuera de su casa. Es extrovertido, ama la conversación, es efusivo, en ocasiones demasiado efusivo. En cambio el londinense con sus días nublados gran parte del año, vive puertas adentro; la vida del club en Londres tiene indudable significación social. El londinense se refugia en el club o en su hogar; desde las ventanas de su casa o de su club mira la niebla, a veces tan espesa que es peligroso caminar de prisa por las aceras de la urbe inmensa. Padece de la enfermedad del *spleen*, que es un aburrimiento melancólico. Es introvertido, no eleva la voz como el napolitano; no mueve las manos al conversar; charla despacio, cuando charla. En resumen, la psicología

del napolitano difiere radicalmente de la psicología del londinense. El clima y el medio social han producido diferentes tipos humanos.

El campesino mexicano del trópico es muy diferente del campesino soviético de las proximidades de Leningrado. Precisemos más, el campesino mexicano del Estado de Tabasco usa una indumentaria, consume alimentos y habita en una casa completamente diferente de las casas, alimentos e indumentaria del campesino ruso. El traje del campesino tabasqueño es ligero y el traje del campesino ruso tiene que ser, durante los seis o siete meses del invierno, de lana gruesa y necesita usar un abrigo de pieles que suele heredarse de padres a hijos. El campesino tabasqueño necesita una morada abierta por donde entre el viento en las noches cálidas. La morada del ruso debe tener posibilidades para cerrarse casi herméticamente y calentarse con el fuego de la chimenea. El ruso necesita alimentarse con abundancia de carne y grasa; esa necesidad no la tiene el campesino tabasqueño. Si al campesino tabasqueño le diésemos la indumentaria del ruso, la morada del ruso y la alimentación del ruso, lo sujetaríamos a un tormento infernal. El concepto del mundo y de la vida del campesino ruso, es incuestionablemente diferente del concepto de la vida y del mundo de nuestro campesino tabasqueño.

Un pescador veracruzano se levanta cuando apenas despunta el alba, va en su barca a buscar el diario sustento y está habituado a los peligros del mar. Un dependiente de tienda de ropa en la ciudad de San Luis Potosí, lleva una vida sedentaria, monótona, sin peligros de ninguna especie. El mundo del pescador, obviamente, es distinto al mundo del dependiente de comercio; tienen, el uno y el otro, opiniones distintas de la vida y sobre sus semejantes.

Cabe agregar otro ejemplo: hace muchos años me encontré por vez primera con un personaje mexicano. No lo encontré en un salón, en un restaurante o caminando por la Avenida Madero; lo encontré en un libro, en *El águila y la serpiente*, por Martín Luis Guzmán. En ese libro leí un capítulo titulado "Los capitanes del ensueño". Tres capitanes que avanzaban victoriosos sobre la ciudad de México en la división comandada por el general Alvaro Obregón. Uno de esos capitanes es mi personaje. El capitán del ensueño llegó a la ciudad de México, tenía talento, fue prosperando, ascendió en la escala social, ocupó altas funciones públicas, fue acumulando una fortuna y hubo un instante en el cual el capitán del ensueño se transformó en capitán de grandes industrias; mi personaje es hoy un hombre multimillonario que vive en lujosa mansión en esta ciudad. Tengo otro personaje: se llama Timoteo García; es un peón de albañil, gana \$ 11.00 al día,

habita en un cuartucho de la calle de Hojalateros 82, interior 201, con su mujer y tres hijos. Mi personaje acaudalado tiene a su alcance todos los goces materiales de la vida. Mi personaje miserable no tiene ni siquiera lo suficiente para llenar las necesidades más elementales de su familia. Habrá acaso semejanza psicológica entre el inmensamente rico y el desoladoramente pobre? La respuesta es tajantemente negativa. Uno y otro, a pesar de habitar en la misma ciudad, viven en dos mundos diferentes. Lo que piensa de la vida el multimillonario es, inevitablemente, muy diferente a lo que piensa el peón de albañil.

Hasta este momento nos hemos limitado a examinar en forma muy somera distintos tipos humanos; mas ahora pasemos al examen de grandes grupos representativos de nuestra dolorosa realidad, valiéndonos para ello de unos cuantos datos tomados del Censo General de Población de 1950 y del Anuario Estadístico correspondiente a 1951-1952, publicados por la Dirección General de Estadística. Según el Censo de Población habitaban en México 25 791 017 habitantes, de esta cantidad el 42.58% fue clasificado como población urbana y el 57.42% como población rural. Y lo mismo en México, que en cualquier otro país del mundo, no es idéntica la psicología del habitante de las zonas rurales a la del habitante de las zonas urbanas. Del total de la población mexicana, sólo el 54% come pan de trigo habitualmente, el 46% restante es consumidor tan sólo de maíz, frijol y chile. Por otra parte, solo usan zapatos en México el 54.5% de la población; el 26.5% usa huaraches o sandalias y el 19% camina descalzo por las largas veredas polvorientas o pedregosas. Cinco millones de mexicanos, se hallan en tan duras y penosas condiciones de pobreza. ¿Y no son esos pies descalzos tan mexicanos o más mexicanos que los de la minoría privilegiada que habita en las grandes urbes del país?

Hay en México 5 259 208 viviendas. De ellas, el 44% tiene agua entubada y es muy probable que no toda esa agua sea potable; el 36% tiene agua de pozo, posiblemente contaminada en muchos casos; el 12% se surte de agua de depósitos y aljibes, de seguro abundante de gérmenes patógenos; y hay algo peor: el 8% de las casas en que habitan dos millones de individuos, en números redondos, carecen en lo absoluto de agua y sus moradores necesitan ir a buscarla a lugares distantes. Por supuesto que el hecho de que no sea potable el agua que beben muchos mexicanos, ocasiona la muerte entre la gente más pobre de la sociedad. Según el Anuario ya citado, en 1951 murieron 73 382 personas de enfermedades del aparato digestivo, lo que equivale a doscientas personas diarias.

Es pertinente añadir, para que resulte menos incompleta esta

radiografía, las cifras siguientes: en el año precitado murieron 55 660 personas de neumonía, o sean 152 al día. ¿Pero cómo es eso posible? ¿Y las drogas mágicas? ¿Y la penicilina y la estreptomina que en pocas horas curan al paciente de esa mortal enfermedad? La respuesta es bien sencilla: la mayoría del pueblo mexicano no tiene capacidad de compra para adquirir los antibióticos; de suerte que las drogas mágicas sólo están al alcance de la clase media que las adquiere con sacrificio o de la clase rica que las compra sin ningún sacrificio. Y tan mexicano es el que goza de una buena situación económica que puede salvar al hijo enfermo con la aplicación oportuna de la estreptomina, como lo es el desdichado jornalero impotente para salvarlo por no tener dinero para pagar al médico, si es que hay alguno en las proximidades de su pueblo, ni para comprar el medicamento milagroso.

En materia de educación viene a cuento citar unos cuantos datos tomados también del Anuario en cuestión: escuelas primarias urbanas, 5 289; rurales, 19 365. Los resultados no son satisfactorios, como desgraciadamente se deduce de las siguientes cifras: en las escuelas rurales se inscribieron en el primer año en 1946, 859 611 niños; en 1949, se inscribieron en el cuarto año solamente 41 308; más de 800 000 niños campesinos desertaron de las escuelas, seguramente por la miseria. El niño tuvo que ayudar al padre, tuvo que llevarle la comida al lugar donde cultivaba con afán la tierra. La niña hubo de ayudar a su madre en los duros trabajos domésticos. En 1951, sólo se inscribieron en el sexto año, 8 499 alumnos. Debe aclararse que en muchas escuelas rurales no hay sino hasta el cuarto año. En las escuelas urbanas se inscribieron en 1946, en el primer año 512 633 niños y en 1951 en el sexto año, 138 488, aproximadamente apenas el 25%. Estas deserciones se explican por las mismas causas que las del niño de las escuelas rurales; pobreza, igual a injusta distribución del ingreso nacional. Los estómagos vacíos son enemigos del alfabeto.

En cuanto a las lenguas, en 1950, hablaban español e idiomas indígenas 1 652 540 individuos; y, solamente lenguas indígenas... 795 069. Esto parece indicar que 1 652 540 personas, aún no están plenamente incorporadas a la civilización occidental. Y posiblemente revela que 795 069 individuos se encuentran en un grado primitivo o casi primitivo de evolución económica y social. Tanto los primeros como los segundos son mexicanos y no tienen que ver nada, absolutamente nada, con el mexicano imaginado en la apacible quietud del gabinete o de la biblioteca.

Formulemos unas cuantas conclusiones. Primera: México es un país de condiciones naturales predominantemente adversas para una

rápida evolución económica y cultural. Segunda: la geografía ha tenido una influencia considerable en nuestra dramática historia. Tercera: el mexicano ha estado dando respuesta al reto de la naturaleza, sin que aún pueda ufanarse de haber vencido en el tremendo desafío. Cuarta: en México existen en la actualidad todos los grados del desarrollo económico y cultural, desde la tribu primitiva hasta la ciudad de estructura capitalista. Quinta: por razones geográficas, históricas, económicas y culturales, no hay un mexicano tipo sino muchos tipos de mexicanos.

Finalmente, México no es un país sino varios países. México no constituye todavía una auténtica nacionalidad; porque para que una nación exista real y objetivamente, es indispensable que haya lazos de solidaridad y simpatía entre la mayoría de sus habitantes, con fundamento en la comunidad de intereses, de propósitos y de metas por alcanzar. México no está hecho todavía. Hacer México es la tarea fundamental de la presente y de las próximas generaciones.*

* "El mexicano y su morada y otros ensayos". Ediciones Cuadernos Americanos, núm. 54, México, 1960, pp. 9-25.

FRANCISCO ZARCO, EL GRAN PERIODISTA DE LA REFORMA

Este gran periodista y político liberal sin tacha, nació en la ciudad de Durango el 4 de diciembre de 1829. A causa de los escasos recursos familiares el niño Francisco pudo tan sólo cursar la enseñanza primaria; pero como le movía un deseo incontenible de saber, estudió sin pausa durante toda su vida por su cuenta, llegando a adquirir amplísima cultura en diferentes disciplinas. Además conocía el inglés, el francés, el italiano y el latín, revelándose en más de una ocasión como excelente traductor. Desde los 15 años tuvo que ganarse la vida, para lo cual se trasladó a la capital de la República. Su primer empleo lo desempeñó en la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde poco a poco fue ascendiendo debido a su dedicación y hombría de bien. Su verdadera vocación fue el periodismo, al que dedicó la mayor parte de su vida. Hombre de convicciones, honrado a carta cabal, sincero e intransigente con las fallas, errores o arbitrariedades de los gobernantes, sufrió en más de una ocasión persecuciones injustas y encarcelamientos. El primer día de enero de 1852 se le nombró redactor del *Siglo XIX*, famoso periódico de la época, del que Zarco fue director durante varios años y en diferentes periodos. En este diario apareció su último artículo el 11 de octubre de 1869, semanas antes de su muerte.

Don Francisco Zarco fue tres veces diputado. Una de ellas en el Congreso Extraordinario Constituyente de 1856-1857, del cual fue cronista e historiador, así como también un miembro destacado y brillante. Se sumó sin vacilaciones, en cuerpo y alma, al grupo magnífico de liberales que luchó al lado de don Benito Juárez, defendiendo valientemente, sin vacilaciones, los dos principios que todavía hoy en 1966 son norma de nuestra política exterior: los principios de no intervención y de autodeterminación.

Durante la permanencia del gobierno juarista en el puerto de Veracruz, Zarco, desde la ciudad de México y en la clandestinidad, es-

tuvo prestando notables servicios a dicho gobierno, tanto desde el punto de vista de la propaganda como allegándole importantes recursos. Al fin fue descubierto y encarcelado en una celda fría, lóbrega e inmundada. Lo libertó el triunfo de los patriotas republicanos después de la batalla de Calpulalpan en que González Ortega derrotó a Miramón; mas la salud precaria de Zarco salió quebrantada para el resto de su vida después de 7 meses de duro cautiverio que sufrió con la entereza acerada de su carácter. En 1861 sustituyó a Ocampo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, durante unas cuantas semanas. Después siguió a Juárez en su heroica peregrinación hacia el centro y norte del país, defendiendo siempre los principios democráticos con su clarísimo talento, tanto en el periódico que fundó en San Luis Potosí, como en el de Saltillo. Por supuesto que también en tales periódicos dirigió ataques certeros al imperio de Fernando Maximiliano de Habsburgo. De la última población citada, don Francisco Zarco se dirigió con su familia a los Estados Unidos, radicándose en Nueva York. Desde esta urbe ya entonces inmensa para la época, Zarco no cesó de defender al gobierno legítimo de Juárez por medio de escritos que se publicaban en órganos de la prensa de diferentes naciones. Don Francisco y los suyos vivieron en la pobreza durante tres largos años. Meses después de la restauración de la República, la familia Zarco desembarcó en Veracruz el 2 de octubre de 1867. Nuestro biografiado se hizo cargo una vez más de la dirección del *Siglo XIX*. Dos años después una tuberculosis pulmonar terminó con la vida de este gran patriota, de este patriota ilustre, de este ciudadano ejemplar. Su muerte acaeció el 22 de diciembre de 1869. El sepelio de Zarco fue una manifestación de duelo popular. Ante sus restos mortales hicieron uso de la palabra Ignacio M. Altamirano, José María Iglesias, Justo Sierra y Joaquín Baranda.

Entre sus obras debemos citar la *Historia del Congreso Constituyente*, *Comentarios sobre la intervención francesa* y *Comentario del Tratado de Miramar y dificultades prácticas para la transformación monárquica de México*. También hay que mencionar el libro de Oscar Castañeda Batres titulado *Francisco Zarco*, libro que contiene interesante selección de artículos del ilustre duranguense; pero inevitablemente faltan muchos otros que debieran recogerse y darse a la luz pública. Esta tarea nos parece que corresponde a la Universidad Nacional Autónoma de México.

Pasemos ahora a examinar algunas de las ideas de Zarco susceptibles de clasificarse como económicasociales, a sabiendas de que lo predominante de su pensamiento se aventura por el campo de la política.

Al referirse a la raza indígena, de la que Zarco se muestra defensor sincero y apasionado, su actitud es contraria a la tesis de la superioridad de una raza sobre otras. En su opinión, pasó el tiempo en que se sostenían con éxito tales ideas, pues hoy —dice— se sabe bien que cualquier individuo es capaz de grandes concepciones filosóficas y gozar de la libertad y de las ventajas de los principios esenciales del cristianismo. Zarco cree necesario distribuir tierras a los indios “para disminuir el número de proletarios y aumentar el de propietarios”; suprimir los abusos de las autoridades; fijar un salario conveniente; generalizar “a costa de cualquier sacrificio la instrucción entre los indios”, y extender entre ellos la doctrina cristiana. Estas ideas de nuestro autor son enteramente actuales y por lo mismo pueden ser sostenidas por una persona progresista en 1966, aun cuando por supuesto dándoles un mayor desarrollo. Como muestra del indigenismo de Zarco, copiamos el párrafo que sigue:

En ninguno de nuestros gobiernos ha habido el sistema de oprimir a la raza indígena, ningún partido se lo ha propuesto tampoco, ya no hay ese odio y ese desprecio a los indios; pero nuestras disensiones y nuestras revueltas han hecho que todos los gobiernos que tan rápidamente se han sucedido, atendiendo sólo a prolongar su existencia, no hayan tenido tiempo de ocuparse de la suerte de los indios. Éstos, extraños a los negocios políticos, sólo han sentido de la sociedad las cargas más penosas y ninguna de sus ventajas. En algunos puntos verdaderos esclavos de los ricos propietarios, han llegado a exasperarse y a hacer una guerra de exterminio y de venganza, propia, a la verdad, de la barbarie en que se les ha tenido hundidos.

Hasta ahora los indios no han gozado de derechos políticos, ni han encontrado ventaja en ninguno de los sistemas porque hemos pasado. Ellos son los que cultivan la tierra; sin ellos no fuera productiva nuestra agricultura; ellos abastecen de provisiones a las ciudades todas; y su trabajo, estéril para ellos, sirve para aumentar la fortuna de los propietarios. Sufriendo exacciones para mantener a una sociedad de que no reciben beneficios; alimentando con el fruto de su trabajo a párrocos ignorantes como ellos, y que exigen para sí un culto absurdo e impío; arrancados de su hogar para servir por fuerza en el ejército; llevados a la muerte para defender al resto de la sociedad y, cuando multilados en la guerra, mendigando un pedazo de pan en las ciudades: tal es, sin exageración, la suerte de la raza indígena; fatal para ella, contraria a la civilización, la democracia y el cristianismo y perjudicial, en fin, para la República.

A mediados de 1857 un grupo de negros procedente de los Estados Unidos se avecindó en el estado de Veracruz, formando una pequeña colonia. En algunos periódicos norteamericanos se aconsejó al gobierno que expulsara de nuestro territorio a la gente de color, gente ingobernable que causaría daño a México. Este racismo rabioso e irracional de nuestros vecinos blancos no se ha extinguido todavía al escribir estas líneas. Zarco contestó en el *Siglo XIX* a tales periodistas, sosteniendo los puntos de vista de México opuestos a toda discriminación por el color de la piel, sosteniendo los principios proclamados por Hidalgo y Morelos en la lucha por la Independencia; y a este propósito escribió nuestro insigne periodista un artículo excelente, del cual tomamos como muestra el párrafo que sigue:

Si somos enemigos de la esclavitud es porque el negro es hombre, porque el negro es nuestro hermano; y si celebramos verlo libre, no podemos querer para él leyes de exclusión que lo alejen de la influencia civilizadora de las sociedades cristianas. México al proclamar la emancipación de todo hombre que pise su territorio, al hacer de su atmósfera un aire de libertad, al negarse a la extradición de los esclavos, no ha querido hacer vanas declaraciones, sino seguir todas las consecuencias de sus humanitarios principios. El negro goza en México de todas las garantías que concede al hombre nuestra acta de derechos; no sólo puede ser colono, está llamado si quiere, a ser ciudadano, a ejercer funciones públicas, y éste es uno de los timbres honrosos de nuestra patria. En el caso de la nueva colonia, por humanidad, por patriotismo, por respeto a la ley del país, no podemos consentir que se aconseje al gobierno que se oponga a la inmigración de una raza agraviada, que aún es esclava en algunas partes de nuestro continente.

Frecuentemente escribe artículos sosteniendo la necesidad de construir caminos carreteros en la República, medio indispensable para fomentar la agricultura, las industrias y el comercio. Puede decirse que esta necesidad era un clamor en nuestro país desde poco después de consumada la independencia y en los años posteriores a través del *Siglo XIX*. A raíz de la Revolución de Ayutla, este mexicano ejemplar, se duele de los errores y de los males sin cuento que afligen a la patria; y como buen liberal y buen patriota, al denunciar esos males y esos errores, escribe:

¿Qué importa que haya buenos caminos si nadie puede recorrerlos sin pasaporte, sin registro, sin vejación; si las mercancías han

de permanecer estancadas en unos cuantos puntos, y ha de haber trabas que hagan imposibles el desarrollo de la agricultura y de la industria? ¿Para qué quiere buenos puertos, radas seguras y faros salvadores el país que no admite en sus costas buques extranjeros, que rechaza a la nueva población y prohíbe caprichosamente el libre cambio? ¿Quién ha de emplear sus capitales en canalizar los ríos, en construir puentes, en desecar pantanos, si la propiedad está insegura, si la leva ha de privar de brazos a los trabajos útiles, y si los hombres que se reúnen a promover tales mejoras han de inspirar desconfianza y temores? ¿Habrá colonización donde sean frecuentes las contribuciones de guerra, los préstamos forzosos y las vejaciones de la fuerza armada? ¿Qué progreso, qué adelanto es posible donde el ciudadano vive a merced de despreciables esbirros, donde es omnipotente el yugo del denunciante? ¿Cómo ha de haber mejoras donde se reprime la voz de las localidades y se quiere sostener la más absurda centralización administrativa?

Siete años antes cuando tenía apenas veintiún años y se iniciaba en el periodismo, expresó:

...háganse arreglos radicales en toda la máquina social; foméntense y empréndanse con los fondos públicos la apertura o mejora de los caminos y demás vías de comunicación, sin las cuales no puede haber ni agricultura ni verdadero comercio; promuévase a toda costa la inmigración extranjera; decrete algo con respecto a los terrenos baldíos y dispóngase de ellos con equidad; aliéntese y protéjase las empresas agrícolas y mineras, fuentes primordiales de nuestra riqueza pública; arréglese como es debido la instrucción pública, primaria y secundaria, quitándole las trabas que tiene y los vicios del sistema colonial de que por desgracia se resienten aún en algunos puntos... corrijanse los defectos de la administración de justicia, puesto que sin ella, cuanto se diga de orden, de libertad, de garantías individuales, y aun de derechos políticos, no es más que una quimera, comiéntese a organizar una marina, que aunque reducida sirva para guardar nuestras costas y evitar el contrabando... corrijanse las demasías y los abusos de ciertas clases que han sido constantemente rémoras para el establecimiento de muchas mejoras útiles y convenientes; en fin, hágase efectiva la responsabilidad en los funcionarios y empleados de toda especie, para que pueda decirse que la moral es la base de nuestra política.

Siempre hemos sostenido que el mejor ciudadano no es aquel indiferente ante los problemas de su país o el que vive adulando y aplaudiendo a los hombres del poder, sino el que sufriendo dolor de patria señala con valentía las llagas que corroen el cuerpo social para incitar a encontrar los remedios que las curen. A esta clase de ciudadanos perteneció Francisco Zarco, y en épocas posteriores Justo Sierra, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera y otros eminentes mexicanos.

Francisco Zarco se ocupa también de cuestiones impositivas y sostiene que hay que tener presente que el impuesto directo recae sobre la renta y el indirecto sobre el consumo. Para él los impuestos indirectos resultan siempre odiosos, en tanto que los directos son proporcionales, más fijos y más en consonancia con los principios elementales de la ética impositiva. Ataca de igual manera que otros miembros del Congreso Constituyente apoyen las contribuciones alcabatorias, y concluye considerando que corresponden a la Federación los impuestos indirectos tales como los de importación y exportación, el de acuñación de moneda y el de papel sellado, dejando los gravámenes fiscales directos dentro de la órbita de las entidades federativas.

En otra de sus intervenciones insiste en su actitud agresiva en contra de las alcabalas. Piensa que sería un triste escándalo que a mediados del siglo XIX, en el seno de una asamblea democrática, encontrara apologistas el bárbaro impuesto que agota las fuentes de la riqueza, paraliza el comercio, grava la agricultura, disminuye la producción, exprime la subsistencia del pobre, recae sobre el consumo de los efectos más necesarios a la vida, y que con sus trabas fiscales y sus vejaciones hace imposible el bienestar material del pueblo.

A pesar de que las alcabalas fueron prohibidas por la Constitución de 1857 primero y por la de 1917 después, todavía subsisten más o menos disimuladas en algunos estados de la República, y el gobierno federal continúa la lucha en contra de ellas. La explicación de que a pesar de todos los esfuerzos hasta ahora llevados a cabo, no se logra aún la supresión total de ese gravamen antieconómico, se encuentra en la pobreza en que viven algunos estados de la República. Por esa circunstancia lamentable, los gobiernos locales o los municipios se ven obligados a obtener recursos como pueden para llenar sus necesidades más apremiantes. A lo anterior hay que agregar la incultura de algunos gobernadores de los estados que prefieren apearse a sistemas fiscales anticuados y rutinarios en vez de acudir a reformas hacendarias de conformidad con principios modernos sobre la materia.

De igual manera que otras personas progresistas de su época, entre

ellas por ejemplo don Melchor Ocampo, Francisco Zarco es partidario del sistema penitenciario, es decir, la reclusión del reo con propósitos de regeneración y obedeciendo a principios elementales de humanidad. Congruente con estos puntos de vista, censura de modo decidido la utilización de grillos, grilletes y cadenas en las cárceles.

Zarco vive en los años más terribles y dolorosos de la historia de México independiente, años de lucha constante entre conservadores y liberales, entre —recordemos al doctor Mora— partidarios del progreso y del retroceso. De modo que en aquellos años tenía importancia considerable la designación de los empleados gubernamentales, a quienes se sustituía en cada ocasión en que cambiaba la persona que ocupaba la silla presidencial. El cree que para ocupar los empleos públicos debía exigirse en primer lugar la honradez, en segundo la aptitud y en tercero las opiniones políticas. Nosotros hemos sostenido una y muchas veces, porque sabemos la importancia que tiene, que al empleado y al funcionario público debe exigírsele laboriosidad, capacidad y honradez, sobre todo honradez; de lo contrario debe castigarse con severidad a los prevaricadores desde muy abajo hasta muy arriba y desde muy arriba hasta muy abajo, sin ninguna distinción.

Los principios fundamentales para el adelanto de una sociedad —piensa el periodista duranguense— son las mejoras materiales y la instrucción pública, concluyendo que “México será un pueblo verdaderamente feliz, cuando haya en cada población la más perfecta armonía al lado de campos, talleres y mercados, un templo, una escuela y un gabinete de lectura”. Enteramente de acuerdo. Sin progreso material no puede haber progreso cultural, sencillamente porque un pueblo pobre con necesidades elementales sin satisfacer no está capacitado para el cultivo de la mente, ni para las tareas superiores del espíritu. El hambre endémica es enemiga irreconciliable del alfabeto.

En el Congreso Extraordinario Constituyente de 1856-1857, don Francisco Zarco fue el diputado que defendió con más calor la libertad de imprenta. A él, uno de los pocos periodistas diputados del Congreso, le asistía plenamente la razón, pues en más de una vez sufrió la imposición de multas y encarcelamientos con el pretexto de atacar el orden público con sus escritos. En alguna parte de sus intervenciones orales dijo:

¿Y cómo se ataca el orden público por medio de la imprenta? Un gobierno que teme la discusión, ve comprometida la paz y atacado el orden si se censuran los actos de los funcionarios; el examen de una ley compromete el orden público; el reclamo de reformas sociales

amenaza el orden público; la petición de reformas a una constitución, pone en peligro el orden público. Este orden público es deleznable y quebradizo y llega a destruir la libertad de la prensa, y con ella todas las libertades.

En nuestros días en México cambia lo adjetivo pero no lo sustantivo. En nuestros días se habla poco del orden público, pero se habla mucho de delito de disolución social. ¿Y qué podemos decir de algunos países de la América Latina gobernados por dictaduras militares con la complacencia de Washington, el paladín del mundo libre?

En el tantas veces citado Congreso Constituyente se planteó el arduo y difícil problema de la tolerancia religiosa. Asunto que motivó discusiones en pro y en contra, y que dividió la Asamblea en dos bandos opuestos, partidarios y adversarios. Zarco estuvo en lo esencial entre aquéllos, como era lógico, dado su criterio y su cuadro ideológico de liberal avanzado. Conocía bien la historia amarga de México y los hechos recientes en que la Iglesia desempeñaba papel contrario a los intereses populares. Por eso no sólo fue partidario decidido sino paladín entusiasta de las leyes de Reforma, a favor de las cuales luchó con honradez acrisolada desde el poder o desde las columnas del *Siglo XIX*. Zarco distinguía con toda claridad, de igual manera que otras personalidades de su grupo, la enorme diferencia que existe entre la religión y el clero. Sabía que éste es una institución política, una institución humana que corresponde a lo material, en tanto que aquélla atañe a la conciencia íntima del hombre y corresponde a lo más entrañable y recóndito del ser. Esto lo sabía bien nuestro distinguido publicista, según puede verse en el párrafo que insertamos a continuación:

...entre la religión y el clero, hay una distancia inmensa, porque entre la religión y el clero, yo contemplo un abismo profundo... (El clero) ha desnaturalizado la religión del Crucificado, porque se ha declarado enemigo de la libertad, porque ha acumulado tesoros empobreciendo al país, porque ha engañado a los pueblos, porque nos ha puesto las armas en la mano encendiendo luchas fratricidas, porque ahora lanza excomuniones traidoras como libelos, porque defiende el privilegio y el dinero, desentendiéndose de la verdad católica y profanando sacrílego la cátedra del Espíritu Santo. Si habláis de protección a esta clase, os sobra razón para alarmaros, porque protegerla es proteger el fuero y el privilegio, el fanatismo y el retroceso, la ignorancia y la superstición, seguir esclavizando al pueblo y acabar con la soberanía nacional.

Ése era el pensamiento de los reformadores. Ellos —debemos aclararlo una vez más— no eran en su inmensa mayoría enemigos de la religión católica, ni mucho menos ateos; eran católicos practicantes, creyentes cristianos como fácilmente puede comprobarlo quien lea la Crónica del mentado Congreso escrita por el propio Francisco Zarco. Eso sí, anticlericales sí lo fueron, resultado de la experiencia, de las enseñanzas de la historia.

De conformidad con el parecer de Zarco, a un pueblo católico lo que le importa es que los ministros de la Iglesia le administren los sacramentos y no que pronuncien discursos políticos. Y en otro lugar precisa sus ideas en cuanto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado:

Coartar la independencia de la Iglesia Católica, es violar la libertad de conciencia e incurrir en una verdadera contradicción, conculcando el gran principio de la libertad de cultos. El Estado debe encerrarse en su indiferencia, por más que esta palabra disuene a ciertos oídos. El gobernante como particular seguirá las prácticas de su culto; pero como representante de la sociedad no tiene ni que amparar ni que perseguir ni mucho menos que fallar cuál es la religión verdadera.

Y al referirse a los enemigos del gobierno de Juárez que después de la victoria de Calpulalpan trataban de filtrarse en las filas del régimen victorioso, Zarco exclama con santa indignación y en estilo un tanto oratorio:

Cristo, el ejemplo de la caridad, el tipo de la clemencia y de la misericordia, el modelo de la mansedumbre, perdonó a Magdalena, perdonó al salteador que lo acompañó en el patíbulo, perdonó al centurión que con su lanza le atravesó el costado; pero no perdonó a Judas Iscariote. Los traidores han sido y son los judas de la república.

En opinión de Zarco, gobernar es hacer, es actuar, es luchar, es imaginar y promover; y si todo esto se hace con acierto, el triunfo será el resultado. Nosotros hemos escrito que gobernar es trabajar sin descanso para mejorar las condiciones de existencia de las grandes masas de la población, lo mismo en el terreno material que en el de la cultura. Y el poder público no hace eso, lo que hace es desgobernar, caminar hacia atrás, exponiéndose a ser aplastado por las fuerzas incontenibles de la historia. México —en opinión de nuestro escritor siempre preocupado por los grandes problemas nacionales— no necesita de

dictadores ni de tiranos; necesita transformarse por medio de reformas administrativas y de carácter político y social, con el propósito de asegurar la independencia y la libertad.

Zarco sabe que las ideas mueren como los organismos vivos y que la ley del progreso enseña cómo sobre los restos de los que perecen se levanta lo nuevo y palpitante de vida. En otras palabras, sabe bien que nada se detiene, que todo lo que existe sobre la tierra cambia y se transforma con ritmo diferente; lo mismo el animal que el vegetal; lo mismo el hombre que las sociedades de que forma parte. Ya sabemos que los hombres instruidos y de ideas avanzadas de la segunda mitad del siglo XIX, lo mismo los de Europa que los de América, creían con profunda convicción en la ley del progreso.

Al terminar sus arduas labores el Congreso Constituyente, los miembros del mismo comisionaron a don Francisco Zarco para redactar el manifiesto que el propio Congreso debía dirigir a la nación. El proyecto de Manifiesto de Zarco fue aprobado por su colegas, lo hicieron suyo y fue publicado y distribuido ampliamente. De dicho importantísimo documento copiamos a continuación tres de los párrafos que a nuestro juicio caracterizan el pensamiento medular de los constituyentes:

Persuadido el Congreso de que la sociedad, para ser justa, sin lo que no puede ser duradera, debe respetar los derechos concedidos al hombre por su Creador, convencido de que las más brillantes y deslumbradoras teorías políticas son torpe engaño, amarga irrisión cuando no se aseguran aquellos derechos, cuando no se goza de libertad civil, ha definido clara y precisamente las garantías individuales, poniéndolas a cubierto de todo ataque arbitrario. La acta de derechos que va al frente de la Constitución es un homenaje tributado en vuestro nombre por vuestros legisladores a los derechos imprescriptibles de la humanidad. Os quedan, pues, libres, expeditas todas las facultades que del Ser Supremo recibisteis para el desarrollo de vuestra inteligencia, para el logro de vuestro bienestar.

La igualdad será de hoy más la gran ley en la República. No habrá más mérito que el de las virtudes; no manchará el territorio nacional la esclavitud, oprobio de la historia humana; el domicilio será sagrado; la propiedad inviolable; el trabajo y la industria libres; la manifestación del pensamiento sin más trabas que el respeto a la moral, a la paz pública y a la vida privada; el tránsito, el movimiento, sin dificultades; el comercio, la agricultura, sin obstáculos; los negocios del Estado examinados por los ciudadanos todos. No habrá leyes retroactivas, ni monopolios, ni prisiones arbitrarias, ni jueces es-

peciales, ni confiscación de bienes, ni penas infamantes, ni se pagará por la justicia, ni se violará la correspondencia, y en México, para su gloria ante Dios y ante el mundo, será una verdadera práctica la inviolabilidad de la vida humana, luego que con el sistema penitenciario pueda alcanzarse el arrepentimiento y la rehabilitación moral del hombre que el crimen extravía.

Tales son, ciudadanos, las garantías que el Congreso creyó deber asegurar en la Constitución para hacer efectiva la igualdad, para no conculcar ningún derecho, para que las instituciones desciendan solícitas y bienhechoras hasta las clases más desvalidas y desgraciadas, a sacarlas de su abatimiento, a llevarles la luz de la verdad, a vivificarlas con el conocimiento de sus derechos. Así despertará su espíritu, que aletargó la servidumbre; así se estimulará su actividad, que paralizó la abyección; así entrarán en la comunicación social —dejando de ser ilotas miserables—, redimidas, emancipadas, traerán nueva savia, nueva fuerza a la República.

No puede ponerse en tela de juicio la buena fe, el espíritu progresista, el idealismo de los legisladores. Ellos quisieron señalar rumbos nuevos a México, siguiendo un camino verdaderamente democrático. Recordemos lo que pasó. El clero mexicano se opuso con saña inaudita a la nueva Carta Magna y desató la sangrienta guerra de tres años, con el propósito de sustituirla por otra elaborada por los conservadores. Fracasaron en su empeño como también fracasaron al traernos al transitorio imperio de Maximiliano de Habsburgo. Y la Constitución de 1857 quedó implantada en todo el país al restaurarse la República, diez años después de haber sido promulgada.

Pasando a otro asunto, hagamos referencia a la llamada doctrina de Monroe, lanzada sobre el continente americano el 2 de diciembre de 1823 por el presidente de los Estados Unidos. En la tal doctrina, como todo el mundo lo sabe, se sustentó la tesis de que América debía ser exclusivamente para los americanos. Desde luego se le dio una interpretación continental a todas luces ilegal y arbitraria. El presidente norteamericano no tenía derecho, ni jamás lo ha tenido, para legislar o establecer normas políticas abarcando a todas las naciones al sur del Río Bravo. Lógicamente ningún latinoamericano patriota y medianamente inteligente la ha reconocido ni aceptado. En relación con ese asunto remitimos al lector al excelente estudio de Roque Sáenz Peña, titulado "La doctrina de Monroe y su evolución".* Además hagamos

* En "Hispanoamérica en lucha por su independencia", Cuadernos Americanos, México, 1962, de la p. 181 a la 207.

notar que el Departamento de Estado la ha invocado o no, según las circunstancias del momento. Por ejemplo, no la invocó cuando los invasores franceses hollaron el suelo de México en 1862. Es que se trataba de una potencia entonces más fuerte que Norteamérica. A propósito de esta cuestión, el señor Zarco comentó en un artículo publicado en *El Siglo XIX* que: “Los Estados Unidos, que tanto alarde habían hecho de la doctrina de Monroe, llegada la hora suprema del conflicto, olvidaron todas sus declaraciones, y llevaron este olvido hasta el grado de no permitir en sus costas la exportación de armas para México”. Este hecho está plenamente comprobado, siendo muy discutible la versión de que los Estados Unidos tuvieron parte en la desocupación de México por el ejército de Napoleón III.

La más vehemente aspiración de Zarco era “mantener la independencia de México, sus instituciones republicanas y su integridad territorial”. Al escribir esto estaba pensando en el problema, en el eterno, difícil y escabroso problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos, según se desprende del artículo de donde tomamos las palabras anteriores. Él deseaba que entre los dos países se estableciera una amistad sincera y cordial basada en la igualdad y “en el desarrollo de sus mutuos intereses”. Pero le asaltaba la desconfianza y el temor. No creía en la buena fe ni en la lealtad de los norteamericanos. Al tener noticias de que se celebraban conversaciones entre nuestro gobierno y el país vecino para la celebración de un tratado, Zarco escribe en su periódico:

...si se atiende a que los Estados Unidos son los que han de cumplir el tratado, ninguna confianza debemos tener en que se haga positivo lo que se estipule favorable a México. La Unión Americana estará siempre dispuesta a exigir más de lo que se haya pactado; y nunca cumplirá lo que se haya comprometido a hacer. Tal es la política de ese país en México; los hechos son muy recientes para que tan pronto se hayan olvidado... Nos parece, pues, que se necesita un extremo candor para creer en la fe americana y que de ninguna manera conviene al honor ni a la seguridad de México celebrar tratados que, más tarde o más temprano, lo pongan bajo la influencia de los Estados Unidos y que sólo producirán dificultades más perniciosas que las que los mismos tratados tienden a precaver.

Y desde el 4 de junio de 1850, fecha en que Zarco escribió lo anterior, hasta el 15 de octubre de 1966 —fecha en que esto se escribe— no falta comprobación de los temores del mexicano ilustre, tanto en

algunos países de la América Latina como en otras naciones del mundo. Norteamérica no puede ufanarse de haber obrado siempre con limpieza internacional en sus relaciones con otros pueblos.

En cuanto al principio de autodeterminación de los pueblos, principio vigorosamente defendido por México a lo largo de su historia, Zarco decía en agosto de 1862 que

Solos mantuvimos el fuego de la independencia, solos burlamos las tentativas de reconquista, solos hemos adelantado en el sendero de la civilización. Solos, pues tenemos que salvar nuestra autonomía, o al menos nuestro honor y nuestro nombre seguros de que sean cuales fueren nuestros desastres, no hay ya conquistas que puedan extinguir las nacionalidades que defienden vigorosas su dehecho de existir.

Y vino la lucha tenaz y heroica del pueblo de México contra la intervención y el imperio, salvando así nuestro decoro y la soberanía de la nación. Tuvimos entonces la fortuna de contar con la voluntad de Benito Juárez.

Don Francisco Zarco desde su juventud, apenas cumplidos los 20 años, se revela como un convencido y fervoroso latinoamericanista, siguiendo a veces y a veces anticipándose a grandes próceres de nuestra América desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días. Este latinoamericanismo jamás lo abandona, no dejando de escribir sobre el mismo tema durante toda su vida, malograda en plena madurez por la enfermedad implacable que lo llevó al sepulcro. El aboga constantemente por la unión de los pueblos de nuestro linaje, como medio para defenderse de las asechanzas de naciones poderosas, como medio para desenvolverse y progresar; él quiere una alianza fraternal y estrecha, en la que dentro de la más plena reciprocidad, no haya ninguna potencia preponderante; él quiere que cualquier latinoamericano "no considere sólo como patria a Venezuela, a México o al Ecuador, sino al Continente entero". Hoy podemos decirlo, los hombres mejores de la América Latina, los más alerta ante los problemas del mundo contemporáneo, por su preparación política y sociológica, por su amor a lo nuestro, a nuestro modo particular de ser, piensan y anhelan apasionadamente lo mismo que el gran ciudadano de México anhelaba y pensaba hace algo más de un siglo.

Guillermo Prieto, el célebre "Fidel", compañero de andanzas periodísticas y políticas de Zarco, traza de él, en un artículo que vio la luz pública en *El Siglo XIX* allá por el año de 1868, la siguiente silueta:

¿Quién no conoce a Pancho Zarco? Pancho no tiene aún 40 años, y parece un viejo de sesenta, flaco, encogido como una almeja, jorobado como un número tres. Frente no muy elevada ni abierta, ojos chicos, pero muy penetrantes, nariz corva, boca pequeña y decidida, voz sonora, de facilísimo y apasionado timbre.

Se agarra a la tribuna cuando comienza a hablar, se anima su fisonomía y deja chispear la interrogación con destreza extraordinaria; rodea su argumento como un perdiguero buscándole el lado débil, y cuando lo halla le sacude y clava en él el diente de la ironía y del sarcasmo de un modo implacable. . .

Después de esa silueta conviene recoger algunas opiniones acerca del autor que nos ocupa, a fin de que el lector vaya dándose cabal cuenta de la robusta personalidad de tan noble figura humana, tan mexicana y tan universal. Su biógrafo, el periodista Castañeda Bares, escribe:

Ser periodista —¡periodista como él lo fue!— no es ser caudillo?, ¿no es librar una batalla diaria?, no es recibir una herida cada día más? . . . Ser periodista como Zarco, ¿no es dar la vida poco a poco a la libertad y a la República? . . . En las luchas por la libertad, Zarco fue el Aquiles de la prensa. El joven que a los veintiséis años defendió con tal brío en 'El Siglo XIX' y en la tribuna del Congreso Constituyente la libertad de imprenta, la libertad de conciencia, todas las libertades, bien merece una estatua porque fue héroe. Ya que le quitamos la vida poco a poco, démosle en cambio la vida augusta de los mármoles y bronces.

Recientemente, el escritor Gastón García Cantú, en su libro *Utopías mexicanas*, dedica un testimonio a Francisco Zarco. En la parte final del mismo formula el siguiente atinado resumen acerca de la personalidad del mejor periodista mexicano de su tiempo:

Nadie, en la lucha por crear nuestro país, ha combatido con armas tan limpias y nobles como las de Zarco. Durante veinte años escribió de la necesidad de la educación para el pueblo, la instrucción para los artesanos, la libertad de conciencia, la independencia del gobierno frente a todos los poderes, la libertad de escribir, reunirse, hablar y creer; de la urgencia de reglamentar la distribución de la tierra, incrementar el comercio, exterminar los abusos contra la industria, civilizar los métodos carcelarios, trazar caminos, establecer

la marina mercante, expulsar a los ladrones de los puestos público, darle libros al pueblo, colonizar nuevas tierras, abolir la impunidad de los militares, mejorar las condiciones de los obreros, juzgar a los delincuentes con un código penal sin venganzas, respetar la ley, evitar el aislamiento político de la nación, asociarnos con dignidad a todos los países, defender la integridad del territorio y combatir siempre, en todo instante, por la independencia de la nación. Su legado son las más cabales ideas del liberalismo, escritas con el fervor de un hombre que amó a su patria.

Francisco Zarco puede y debe ser guía de la juventud contemporánea de México por su esfuerzo para hacerse una sólida cultura, por su laboriosidad sin tregua, por la firmeza de sus convicciones y sobre todo, sobre todo, por su honradez inmaculada.

Vamos a transcribir un fragmento del discurso que pronunció Ignacio Manuel Altamirano al descender a la tumba el féretro en que reposaron los restos de Zarco:

Zarco ocupa un espacio más dilatado que ninguno en la vida intelectual de la República Mexicana. Su talento, dotado de una flexibilidad maravillosa, tomaba todas las formas, si puede expresarse así, y ora se elevaba hasta las dulces regiones de la poesía como penetraba atrevido entre los oscuros huracanes de la política; ora alumbraba con un fulgor de sol las cuestiones más árduas de nuestro derecho público, del que hasta ahora es el único expositor, como convenía en el seno de la intimidad y servía de guía en los caminos de la ciencia y de las bellas letras. . .

Como liberal acendrado, Zarco no tiene una sola mancha en su vida pública. Consecuente con sus principios, jamás transigió con la tiranía, sufrió largas y dolorosas prisiones en tiempos de la facción clerical y cuando la invasión francesa pretendió dominar el país, Zarco, achacoso pero siempre esforzado y trabajador, prefirió las amarguras del destierro en los Estados Unidos a someterse a los extranjeros que le brindaban, conociendo su valía, con importantes puestos. Zarco allí, en esa tierra extraña, sufrió todos los tormentos de la miseria y pudo alimentar a su familia merced a trabajos ímprobos que hubieran acabado con la salud de otro hombre más robusto que él. Y así, trabajando sin fatigarse, no cesó de consagrar su pensamiento y su pluma a los intereses de México. En todas partes donde se habla español se escucha todavía la voz poderosa del ilustre demócrata en favor de los intereses de su patria.

Como hombre de Estado, Zarco tiene una gloria purísima y que le santifica a los ojos de sus conciudadanos. Fue ministro en 1861, cuando se nacionalizaron los bienes cuantiosos del clero; y él ha muerto pobre, tan pobre que los representantes del pueblo, por un acto de justicia que honrará siempre a los ojos del mundo civilizado al Congreso de 1869, han tenido que decretar un auxilio a la infortunada familia de tan grande hombre. Este hecho es más elocuente que cuanto pudiera decirse. . .

Atleta de la libertad, luchó y venció. Más feliz que otros que, como el Josué de la Escritura, murieron antes de pisar la tierra de promisión, Zarco sucumbió, es verdad, pero después de clavar en la muralla enemiga la bandera grandiosa de sus ideas triunfantes.

El que duerme así, después de la fatiga, duerme en paz y entra en la tumba como entraban al templo los semidioses antiguos para recibir el culto de la posteridad.

El norteamericano Ralph Roeder, en su excelente libro titulado *Juárez y su México* reconoce las grandes cualidades de Zarco, tales como la sensatez, la ecuanimidad y su pasión combativa; cualidades que "representaban la aproximación más conspicua a la imparcialidad entre sus contemporáneos y le hicieron el árbitro y el moderador reconocido de la opinión pública". Roeder reconoce que Zarco ejerció influencia decidida en el ánimo de Juárez en más de una ocasión, debido a que ambos sustentaban los mismos principios políticos y tenían opiniones semejantes acerca de lo que había que hacer en México para consolidar la libertad.

Por último, en relación con los juicios sobre la personalidad de Francisco Zarco, citemos el parecer de otro de sus biógrafos, el estadounidense Raymond C. Wheat, en su libro *Francisco Zarco. El portavoz liberal de la Reforma*:

Francisco Zarco, mexicano y leal patriota, no aceptaba ciegamente todas las ideas que habían tenido éxito y popularidad en el extranjero. Siempre se preguntaba: ¿Es bueno para México? ¿Se adapta a nuestro pueblo y a las condiciones en que vivimos? ¿Necesitamos cambiar nuestro sistema actual y sustituirlo por esta innovación, extranjera? Cualquiera innovación, para caber dentro de su programa de reforma y progreso, tenía que comprobar que era de provecho para México.

Las observaciones de Wheat acerca de la actitud de Zarco frente

a lo extranjero son muy interesantes y merecen subrayarse; porque uno de los errores que frecuentemente hemos cometido en México, consiste en la imitación de lo realizado fuera de nuestras fronteras y en adoptar sin adaptar, sin análisis serio y profundo, doctrinas y teorías elaboradas en las metrópolis de otras naciones. Por supuesto que sabemos bien que la cultura es y debe ser universal, que es como un río caudaloso alimentado por múltiples afluentes. Estamos en contra del vocablo exótico aplicado a las ideas, vengan de donde vengan. Lo que nos parece mal es implantar, es seguir servilmente lo hecho y lo pensado en otras partes sin preguntarnos como quería Zarco: ¿Es bueno para México? ¿Se adapta a nuestro pueblo y a las condiciones en que vivimos? ¿Necesitamos cambiar nuestro sistema actual y sustituirlo por esta innovación extranjera? Bueno será tener siempre presentes tales interrogaciones para evitar cometer en el presente y en el futuro los graves errores cometidos en el pasado. De manera especial nos referimos a las ciencias sociales y todavía más particularmente a la ciencia de la economía política.*

* *El pensamiento económico, social y político de México 1810-1964*. Fondo de Cultura Económica, 1a. reimpresión 1974, pp. 214-228.

IDEAS ECONÓMICO-SOCIALES DEL MAESTRO JUSTO SIERRA

Nació en la población de Campeche el 26 de enero de 1848. En Madrid, el 13 de septiembre de 1912, su voz elocuente y sabia se hundió en el silencio eterno de lo arcano. La noticia de la muerte del maestro, del patriota insigne, fue un duelo nacional.

Luis G. Urbina, el poeta de "Lámparas en agonía", habría de exclamar:

¡Qué cruel y angustiosa tu partida!
¡Qué bruma en los espíritus! ¡qué amarga
tu remota y eterna despedida!

Sus restos mortales fueron desde luego traídos a México, donde reposan en el amor de la tierra que él amara con entrañable amor.

Jesús Urueta, ante la muerte del maestro, dijo:

Nos quedan, es verdad, para el lento consuelo de sus hijos, de sus discípulos y de sus amigos, y para el difícil consuelo de la patria que fue siempre su mejor inspiradora, las lecciones de verdad y de belleza que nos dio su palabra religiosa y opulenta y las lecciones de virtud que nos legó su vida ejemplar y humilde; nos quedan los versos ardientes y nebulosos de su anunciación y los versos serenos, límpidos y estelares como los astros cuando tocó con su frente, como Apolo, el zenit de la belleza; nos quedan sus "Cuentos románticos" en los que la historia y la leyenda, la observación y la fantasía, son fondo y forma de creaciones poéticas estupendas en la plena juventud del amor y del entusiasmo; nos quedan sus vastos y nutridos estudios de historia general, en los que el severo clasicismo de Curtius y de Mommsen se despeja con la claridad de Lavisse, se caldea con la pasión de Michelet y se agracia con la poesía de Renán; nos que-

dan sus fragmentos venerables de Historia Patria tan llenos de ciencia, de arte y de amor, entre los que sobresale un tomito para los niños, que si para éstos es un encanto, es una joya para los viejos; y su colosal retrato de Juárez, mejor dicho, su colosal escultura de Juárez —del tamaño de Juárez— comparable tan sólo con la grandiosa de Guillermo Shakespeare de Víctor Hugo, o al Víctor Hugo desnudo que hizo brotar del mármol el genio titánico de Augusto Rodín; nos quedan sus admirables obras de sociología y de política en conceptuosas monografías y en grandilocuentes discursos en las que armonizan y forman un todo el idealismo del poeta, el amor del artista, el método del escritor y la pasión por la libertad del patriota; nos quedan las piedras angulares y los planos grandiosos de su obra más amada y más amable, objetivo de toda su vida, remate de todos sus esfuerzos, la reorganización de la educación nacional, en la que puso todo su talento, todo su saber, todo su arte y todo su corazón lleno del amor a la Patria en la más tierna y en la más augusta de sus formas...

La personalidad de Sierra ha crecido con el correr del tiempo, como la de todo artista o pensador de auténtica valía. Los aficionados a la lectura lo conocíamos parcialmente. La publicación de sus *Obras completas* editadas por la Universidad de México, obra meritoria de Agustín Yáñez, nos ha permitido conocerlo bien, de cuerpo entero, en toda su extraordinaria dimensión. Ahora podemos compararlo con los más grandes pensadores de nuestra América: Montalvo, Hostos, Alberdi, Sarmiento y Martí. Este último es el más grande de todos por su muerte heroica, al combatir por crear una patria.

El pensamiento de Sierra caminó por múltiples senderos. Vivió siempre alerta y pleno de nobles inquietudes. Le preocuparon los problemas de su país, de su América, del mundo entero. ¡Pensamiento con alas que supo explotar en dilatados horizontes! Sierra puede ser clasificado como periodista, orador, poeta, escritor político, historiógrafo y educador; a veces es sociólogo y economista, y sobre todo, sobre todo y siempre, maestro en el cabal sentido del término. Además, fue hombre bueno que gustó de prodigar el don de la amistad. ¡Hombre admirable!, que jamás se fatigó de hacer el bien. Su robusta personalidad supo reunir la mayor suma de virtudes que puede soportar el ser humano. Cuando se escriba un libro titulado "Vidas de mexicanos ejemplares", Justo Sierra estará entre los mejores.

A medida que se avanza en la lectura de las obras del Maestro de América, como lo declararan hace años varias universidades de

nuestro continente, se conforma que lo que más le importaba era el bienestar material y espiritual del hombre. Todo lo demás le parecía secundario. Trabajó toda su vida por clavar en el corazón de sus conciudadanos el amor a la patria, a la justicia y a la libertad; pero siempre, invariablemente, como bienes concretos, en beneficio del individuo y de la sociedad.

Su viaje a los Estados Unidos primero, y a Francia, Italia y España después, completó y ensanchó sus conocimientos y su visión del mundo, como siempre ocurre al viajero acucioso, atento, inteligente, ilustrado. El 17 de diciembre de 1899, escribía desde París, refiriéndose a Francia, que mientras el partido socialista tendía a transformarse en uno de los grupos políticos más importantes, el partido liberal se había disuelto al declararse impotente para facilitar la solución de las cuestiones sociales; por no mermar la facultad del individuo para disponer de lo suyo a su guisa, y que, por consiguiente, niega al Estado el derecho de obligar, verbigracia, al patrón de una fábrica a asegurar contra la miseria final a los obreros inutilizados. Y añadía:

Este liberalismo del antiguo tipo es ya una reliquia; ahora el liberalismo parte en sus programas de esta verdad, a cuyo establecimiento ha contribuido todo el trabajo de la sociología moderna para definirse: individualismo y socialismo son denominaciones vanas si se presentan como antitéticas; precisamente el derecho individual está en razón directa de su carácter social, y el objeto del Estado, hasta en los términos mismos en que lo indican las constituciones como la nuestra, está formulado por una ecuación entre el interés social y el derecho individual: los derechos del hombre son la base de las instituciones sociales.

Por supuesto que ahora, a la luz de discusiones y estudios posteriores, no pueden aceptarse como verdaderas algunas de las opiniones arriba insertas; ahora se piensa, por ejemplo, que hay un antagonismo irreductible entre la doctrina individualista y los principios de las escuelas socialistas. Por lo demás, estamos conformes en que "los derechos del hombre son la base de las instituciones sociales", aun cuando nos gustaría más decir que el bienestar del género humano debiera ser la aspiración esencial y el cimiento de toda organización económica, social y política. Lo humano, lo hemos dicho muchas veces, es el problema esencial.

Allá por el mes de julio de 1875, en el periódico *El Federalista*, Sierra decía a sus lectores en un artículo bajo el rubro de "Preocu-

paciones de las clases obreras”, que era absurdo el antagonismo absoluto entre el trabajo y el capital, porque capital y trabajo significan una relación indeclinable entre un hecho como causa y otro hecho como efecto. Siempre el trabajo —agregaba— produce la propiedad individual del producto, y el producto, invariablemente, supera a las necesidades; el excedente es el ahorro y el ahorro es el capital. En otro párrafo del mismo artículo se lee:

No vamos a defender las preocupaciones de la clase rica, mil veces peores y de todas maneras más inexcusables que las de los obreros; nuestro objeto es solamente demostrar cómo ciertas preocupaciones desvirtúan el juicio del obrero sobre las relaciones sociales, hasta el grado de ponerlos en la imposibilidad de comprender que el sistema industrial presente es un producto de la naturaleza humana actual. . . porque nosotros creemos en la modificación lenta, pero indefinida de la naturaleza humana.

Seguramente que el lenguaje de nuestro polígrafo no coincide con la terminología de los economistas y sociólogos de nuestros días; mas se advierte que él ya tenía ideas claras sobre la ley del cambio constante que rige la vida de las sociedades humanas. Todo cambia: lo mismo lo infinitamente grande que lo infinitamente pequeño, lo mismo el átomo que la estrella. Lo único que no cambia —decía Antonio Caso— es que todo cambia.

En Chicago y a fines del siglo pasado, al observar la vida nocturna de la gran ciudad, aparece el crítico social, el moralista. Escribe que la civilización tiene sus enormes cloacas a donde va todo lo que tritura, desorganiza y defeca. Todo para hacer la dicha precaria de unos cuantos grupos selectos. En ese albañal —continúa— florece, hija de la miseria y de la noche, la inmensa flor negra del vicio.

Pero volvamos a sus ideas acerca de la clase trabajadora en otro artículo publicado en *El Federalista*, también en 1875, artículo que tal vez complementa y aclara lo que pensaba por aquellos años. Vamos a transcribir tres de los párrafos más característicos:

El gremio que mataba la libertad del trabajo; que estancaba la industria, enferma con la terrible gangrena del monopolio; que extinguía el estímulo, no sería tan perjudicial al perfeccionamiento social, como las pretensiones de los grupos obreros que tienen por ideal el hacerse dueños del poder en los Estados democráticos, en que el número está llamado a decirlo todo, con el objeto de hacer del Estado

un instrumento de coacción para el capital. Esta es una idea falsa que, llegado el caso, no tendría resultado alguno; la mano de hierro del poder, al querer afianzar el capital, agarraría un espectro, una sombra, nada. Estas son verdades que es preciso decir sin miedo a las clases trabajadoras. Nuestra enseñanza es la de la libertad, y nuestros enemigos son los tiranos, lo mismo los que usan corona que los que llevan gorros frigos.

En cambio, los obreros que buscan la solución del problema en la libertad y sólo en la libertad son nuestros hermanos, somos nosotros mismos. El gran socialista alemán Lassalle, decía en sus arrebatos proféticos que el reino del cuarto Estado iba a llegar; que el porvenir pertenecía a los obreros.

No se engañaba. El porvenir es de los obreros, mas damos a esta palabra toda su amplitud; el porvenir es del obrero de la tierra, lo mismo que del obrero del hierro, que del obrero de la pluma; lo mismo del labrador, que del herrero, que del escritor, y el artista. Todo el que trabaja tiene lugar a un lote en el gran repartimiento del porvenir.

Así es que, el joven Justo Sierra, todo lo esperaba de la libertad, opinión dominante en aquellos años entre no pocos hombres de letras y políticos de alto rango. No obstante, nótese que ni aun entonces cabe clasificar a Sierra como liberal puro; se observa en sus ideas la influencia del liberalismo social mexicano. En ese mismo año de periodista en plena labor, llevado por sus constantes preocupaciones sociales, encuentra que la teoría cooperativa es bastante buena, porque satisface, en una justa proporción, las aspiraciones legítimas del obrero y corresponde a un tipo superior de organización industrial.

En la *Revista Nacional de Letras y Ciencias* —año de 1889— se publicó por vez primera el ensayo *México social y político*, trabajo admirable que señala la madurez intelectual del maestro. Es una síntesis magistral de la realidad mexicana, en algo más de 40 páginas, difícilmente superada. Se cuenta que José Martí elogió con calor este estudio de Sierra en más de una ocasión. Y debiera ser leído despacio por toda persona interesada en la historia del pensamiento hispanoamericano.¹

Seguramente a menudo citaremos el ensayo en cuestión en el presente trabajo. Por ahora queremos incluir estos interesantes renglones:

¹ Sierra, Justo. *Obras completas*, t. IX, de la página 125 a la 169.

El estado moral y social de los grandes grupos humanos depende de su estado económico. Verdad es ésta que no requiere ya demostración. Conocida la constitución etnológica de determinada fracción nacional; el modo y la intensidad de acción de los tres factores económicos por excelencia, la naturaleza, el trabajo, el capital; las relaciones sociales entre el propietario y el trabajador; la proporción entre el salario real y la productividad de trabajo del obrero o jornalero, se tendrá un conjunto de datos de donde podrá inferirse con plena seguridad cuál es la fisonomía neta de un pueblo bajo la máscara de sus instituciones generalmente copiadas, y de sus derechos escritos; cuál el valor de los elementos de sociabilidad, es decir, de civilización que en él existen; qué grado de firmeza tienen sus instituciones domésticas; cuál es su coeficiente de actividad individual, es decir, de libertad, base de la responsabilidad y sustancia de la moral.

Sierra veía con claridad los resortes y engranajes ocultos de la realidad social y política. Y es que él sabía historia y muchas otras cosas más que ignora la mayoría de los especialistas contemporáneos que, como dijera el venezolano Díaz Rodríguez, sólo tienen una ventana en el espíritu. Al sostener que la moral, la vida política y la vida social en general, dependen de la producción y del reparto de bienes materiales, se sospecha que no sólo conocía la obra del fundador del positivismo y la de Spencer, sino también la del maestro de aquél, Claudio Enrique Rouvroy, conde de San Simón, y quizá algunos de los libros de Federico Engels y Carlos Marx. El párrafo arriba transcrito, con la sustitución de algunos vocablos, lo firmaría hoy un economista o sociólogo contemporáneo al tanto de la concepción económica, realista o científica de la historia.

En un diario francés de la ciudad de México, se publicó el 18 de febrero de 1874 un artículo en el cual, al comentar la visita del presidente Lerdo de Tejada a las grutas de Cacahuamilpa, el articulista termina imaginando lo que una sibila le hubiera dicho al primer mandatario de la nación. Sierra, en el periódico *La Tribuna*, da su propia respuesta en el hermoso párrafo siguiente, que tiene sabor de proclama:

Así es que si hay una sibila en la gruta de Cacahuamilpa, después de decirle al ilustre viajero todo lo que el 'Trait d'Union' (nombre del diario) quería que le dijese, debía empuñar una trompa de bronce para que su voz, resonando desde Belice a Baja California, hiciera escuchar estas palabras al pueblo más rico de la tierra; las

maravillas que encantan la vista, sólo enriquecen la imaginación; somos muy pobres; las minas que encierra nuestro suelo han sido la causa de la dispersión de los conquistadores por todos los ámbitos de la Nueva España; es decir, del derrame de una población corta en un terreno inmenso, causa de nuestro malestar; necesitamos llenar ese inmenso hueco con millares y millares de pobladores; para eso es preciso comunicarnos, porque al borde del riel brota la colonia; así la mina será útil. Pero la gran riqueza de un pueblo es la agricultura, y somos muy medianamente agrícolas, porque las costumbres de la paz aún no echan raíces entre nosotros; porque si tenemos todos los climas en nuestras regiones, la irrigación natural es mezquina y corta; porque los Estados Unidos son hijos de la libertad y del Mississippi, porque un gran río central es un agente de riqueza incalculable; porque somos como un cuerpo humano que tuviera atrofiada la aorta; por consiguiente, para llegar a ser medianamente ricos, necesitamos esfuerzos sobrehumanos, tener alma de holandeses; ellos arrebataron su país al mar, abrámoslo nosotros, abramos el caudino de las corrientes humanas que surcan el océano, confundiendo en todos los picos de nuestras sierras el humo del vapor y las nubes del cielo; pero pronto, porque el mundo marcha aprisa; pronto, no nos fíemos en lo que pueda hacer el gobierno; un gobierno solo nunca ha podido hacer nada; cada uno de nosotros comprenda su deber y hágalo; al trabajo todo el mundo; propietarios, abrid vuestras tierras al colono, empezad por los indígenas; ciudadanos, el hombre a la labor y el niño a la escuela, a ver si empezamos a dejar de ser pobres, porque lo somos mucho; todos esos ilusos que dicen maravillas de nuestra riqueza, nos engañan; la riqueza es hija del esfuerzo humano. Benjamín Franklin dijo estas palabras, que debían siempre tener presentes las naciones y los individuos: 'Si alguno te dice que puedes enriquecerte de otro modo que por el trabajo y la economía, huye de él, porque es un envenenador'.

Esto debía decir la sibila, si pudiera ser profeta en la tierra.²

Es todo un programa, el de los hombres más progresistas de la época. Cada frase está escrita con honda emoción de clarinada, la emoción de un joven político desbordante de sinceridad, de un poeta que ama a su patria con encendido y claro amor. Todavía no somos ricos, todavía nos faltan caminos, aun cuando es mucho lo que hemos realizado de entonces a acá; todavía podemos repetir que la riqueza

² Sierra, Justo. *Obras completas*, t. IV, pp. 58-59.

fundamental está en la agricultura, todavía podemos gritar, con él, que la riqueza es hija del esfuerzo humano. Pero ya no estamos de acuerdo en lo de la colonización por extranjeros. El ensayo de las compañías deslindadoras, de 1875 en adelante, fue un tremendo fracaso que causó graves daños al país. Además, siempre el inmigrante europeo, por su más alto nivel de vida, se convertirá aquí en un explotador más del labriego mexicano.

Sierra decía, refiriéndose a nuestras bellezas naturales, que “las maravillas que encantan la vista, sólo enriquecen la imaginación”. Ahora cabe decir que también enriquecen nuestra reserva monetaria y el patrimonio de algunos individuos. Él no pudo prever el desarrollo de la industria del turismo, fruto del adelanto de la industria del transporte y de las instituciones de progreso social, ni tampoco que fuera posible vender rayos de sol en la primavera y hermosos paisajes en el invierno y el verano. En cuanto a que los propietarios abrieran sus tierras al colono, empezando por los indígenas; como no le hicieron caso, ni a él ni a otros que vieron con claridad el problema de la tenencia de la tierra, lo hizo la Revolución.

Creemos que ya no se sorprenderá el lector si le decimos que Justo Sierra puede ser considerado como precursor de la Revolución de 1910, precursor del agrarismo y del artículo 27 constitucional; tales afirmaciones podrán comprobarse con la lectura de esta parte del presente estudio.

En el ensayo *México social y político* antes citado, el autor se ocupa de la teoría ricardiana de la renta de la tierra en los términos que siguen:

La teoría de Ricardo sobre la renta territorial, tan combatida por la Escuela francesa, y entre nosotros por el jefe venerable de la escuela economista mexicana, don Guillermo Prieto, contiene una parte de verdad cuando se trata de propiedad rústica en México, por lo menos el alza de la renta sin esfuerzo ninguno del propietario, en virtud de hechos sociales como las vías férreas, etc., que han decuplicado el valor de la tierra; este fenómeno que hace tamaño papel en las teorías de Stuart Mill sobre la propiedad, es aquí una verdad innegable, y ante esta verdad, cesan de ser máximas incondicionales respecto de nuestro país, las que se fundan en el dejar hacer y dejar pasar, de los doctrinarios de Manchester; deja de ser un axioma el spenceriano de la acción benévola del Estado.

Por la cita anterior se ve que para Sierra no eran ajenos los es-

tudios de economía política. Ya sabemos que es discutible la teoría de la renta del suelo de Ricardo desde el punto de vista histórico, como lo hizo notar hace mucho más de un siglo el economista norteamericano Carey; pero es a nuestro juicio indiscutiblemente verdadera, en cuanto a que el precio de los productos agrícolas en un mercado se basa en el costo de producción de las tierras en uso menos productivas, pues de otra manera la sociedad carecería de la cantidad de artículos indispensables para llenar sus necesidades elementales; y los que explotan terrenos más fértiles, o con menores costos por estar cerca de los centros de consumo o de las vías comerciales, obtienen una ventaja adicional ajena a su esfuerzo, la cual se llama en la jerga económica, con toda propiedad, la renta de la tierra o el incremento no ganado.

En su periódico *La Libertad*, escribe el 14 de febrero de 1878:

Somos individualistas, en el sentido de que ponemos sobre toda acción del Estado al derecho humano, pero no porque creamos que todo lo que se llama derecho individual es absoluto; al contrario, es nuestra opinión que como la sociedad no es una ficción sino un organismo real, sujeto a leyes más complejas que las de los individuos, su acción puede en determinados casos servir de límite a algunos de los derechos humanos, como el de propietario, y creemos que partiendo de esta base puede, en condiciones de la más alta justicia, pedirse una parte de la solución del problema social a una legislación que tendiese de una manera prudente y firme a la desamortización de la propiedad territorial; creemos que es éste el medio de sacar a la más numerosa de nuestras clases de la situación en que se halla y de desarrollar, rápidamente, las mejoras de que esperan nueva vida la agricultura, la industria y el comercio.

Algo más de tres años después, en la Cámara de Diputados, el 5 de diciembre de 1881, sostenía las mismas ideas con estas palabras:

Para los que opinamos por el carácter histórico del derecho de propiedad, este conflicto es todavía más imposible. El derecho de propiedad —el señor Dublán lo ha afirmado— es un derecho condicional; la condición es ésta: mientras la sociedad no declara la utilidad pública; mientras la sociedad no hace uso de su derecho de expropiar. Esto quiere decir que inmediatamente que la sociedad pone en práctica esta facultad, cesa el derecho de propiedad. Cesa el derecho de propiedad particular, desde el momento en que conforme a las condiciones de una ley, conforme a la ley, una sociedad ha formu-

lado el límite preciso en donde se va a detener la propiedad de un individuo; esta propiedad no puede pasar de ahí; hasta ahí debió llegar...

A nuestro parecer, la historia de todos los pueblos y de todos los tiempos, comprueba la tesis del elocuente tribuno. Sólo quienes viven mentalmente en un pasado remoto, sostienen aún que la propiedad es de derecho natural; que es de derecho divino, algo así como si Dios hubiera entregado las escrituras a los afortunados propietarios. No fue la propiedad la que creó la sociedad; fue la sociedad la que creó la propiedad. En resumen, para nuestro autor la propiedad es un derecho social.

En 19 de febrero de 1900, se publica en *El Mundo Ilustrado* un artículo de Sierra con el título de "Patología sudamericana". En ese artículo considera que si los latifundistas mexicanos y de otros países de la América Latina no fraccionan sus propiedades territoriales, correrán el riesgo de atraerse una ley agraria sobre sus cabezas; mas en ocasiones es todavía más categórico y radical. Por ejemplo, en el artículo que escribió en *El Federalista* el 4 de enero de 1876:

Y el administrador de la hacienda de caña y sus empleados eran casi siempre españoles, e hijos de españoles los amos de las otras haciendas; el trabajador del campo en sus manos era un animal a quien se enseñaba a cantar 'el alabado', se le obligaba a comprar en 'la tienda' en que dejaba mucho más del monto de sus jornales, con lo cual tenía un nexo terrible que lo encadenaba a la gleba, y se le trataba a palos, y se le dejaba sistemáticamente embrutecerse con la superstición, el pulque o el aguardiente y la promiscuidad generalmente incestuosa en la familia, que apenas así podía llamarse. De este estado sacaba al indio y al mestizo la 'leva', que lo arreaba rumbo a todos los mataderos de la guerra civil. Pero en el fondo de este ser brutalmente mantenido en los límites de la animalidad por el alcohol y la fusta de los cómitres, había una llama de odio contra los amos, contra los capturadores, que fue precisamente la que sirvió a Hidalgo en septiembre de 1810 para incendiar la Nueva España y darle conciencia de su ser propio en el feroz grito antisocial de ¡Mueran los gachupines!, cuyo recuerdo hacía estremecer de frío al anciano don Lucas Alamán, y recrudecía su afán de resistir a los innovadores. No se equivocaba; el grito de 'constitución y reforma' era nieto del de los insurgentes de 1810; era la misma protesta contra el antiguo régimen...

Años antes de *Juárez, su obra y su tiempo*, al referirse a los hacendados en *México social y político*, escribió:

Dijimos nosotros que la colonización en México tenía que ser precedida de la expropiación por causa de utilidad pública sin indemnización previa. Renunciamos a sostener esta proposición si se nos prueba que puede haber colonización sin necesidad de ofrecer tierras al colono; que el gobierno tiene estos terrenos; que tiene las rentas suficientes para pagar la indemnización previa... Creer que se violan derechos con sacar de la posesión de los particulares terrenos que no cultivan, que no aprovechan de ningún modo, es no conocer la naturaleza del derecho de propiedad, bien distinto de los otros individuales como la libertad y la vida...

Insistimos en subrayar que Sierra en 1876 es partidario de la expropiación de la tierra por causa de utilidad pública mediante indemnización, principio que 40 años más tarde fue consagrado en la Constitución de 1917.

Justo Sierra, el hombre de claro talento y de alma clara, se colma de angustia al examinar la realidad dolorosa de su patria. La ignorancia y la miseria del pueblo le llegan con su amargo temblor de lágrimas a lo más recóndito de su ser. A través de toda su vida, desde la juventud hasta la vejez, fustiga a los encomenderos de todos los tiempos y predica la doctrina de la redención popular. En sus trabajos de periodista, en sus obras históricas, en sus ensayos y en sus discursos, se encuentran de vez en vez frases que recuerdan al linaje de Amós, de Isaías, de Ezequiel.

En *Juárez, su obra y su tiempo*, encontramos algún fragmento que vale la pena reproducir:

¿Quién fue el primero, cuál fue la serpiente que tentó a nuestra pobre patria, a esta Eva indiana perdida en las sombras salvajes de su paraíso, diciéndole: eres rica? De ahí vienen todos nuestros pecados, porque eso era una mentira infame, porque somos pobres y sólo a nuestros esfuerzos, a nuestra pena, al sudor que corra de nuestra frente, deberemos un día la riqueza.

Y la colonización, ¿cómo puede ser una realidad? De un modo sólo. Dando tierras al colono. Y el gobierno, la nación, ¿no tiene baldíos? ¿Qué hacer? Decretar la desamortización que aún falta: la expropiación por causa de utilidad pública.

Ni hay otra solución, ni otro remedio.

Expropiación sin indemnización previa, sino posterior; es decir, suspensión de los efectos del artículo 27 de la Constitución de 1857.

Si hay quien se atreva a iniciar esto el año que hoy comienza, esta fecha, 1876, será después de esta otra, 1810, la más grande de todas; si la última marca el nacimiento del pueblo mexicano, la primera señalará la época en que tomamos la toga viril, en que el pueblo mexicano se hizo hombre.³

Unos cuantos días más tarde en otro artículo:

Los criollos ricos, con marcadas excepciones, apenas educados intelectualmente, creados en el despego del trabajo, encontrando en todos los vicios que facilita el servilismo, desde tiempo inmemorial establecido en las haciendas con diversos nombres, una satisfacción suficiente para su vida animal, y en las prácticas minuciosas del culto católico el ideal de sus aspiraciones morales; los criollos ricos han constituido una clase pasiva, en donde el dogma político ha sido la incapacidad radical del pueblo mexicano para gobernarse a sí mismo y la necesidad de una intervención, y donde el amor por la patria mexicana es, cuando existe, un sentimiento de vanidad, no un efecto activo y profundo. Esta clase contribuyó a mantener a la indígena en esa especie de servidumbre de la gleba, que es aún hoy el estado social de la mayoría de nuestras poblaciones rurales, y que el día que se transforme traerá consigo la fuerza y la grandeza para nuestro país, porque una raza entera habrá ascendido entonces a la civilización.

Justo Sierra conoce la realidad amarga de México y la pinta con fidelidad. Su voz suena a menudo discordante entre las voces del coro porfirista. Fustiga a los acaudalados y no oculta su amor a los humildes, su amor al indio y la fe en sus posibilidades de superación. Estos principios jamás lo abandonan. Son la esencia de su vida, convicción y anhelo clavados en la conciencia y en el corazón. Los defenderá cuando joven en su época de periodista, cuando hombre maduro en sus ensayos, y en sus discursos en la Cámara de Diputados, y ya muy cerca de los sesenta años desde la altura del Ministerio de Instrucción Pública.

El 12 de junio de 1878, apareció en *La Libertad* un artículo escrito por Sierra con el título de "Conservadores y reaccionarios". De ese artículo se toman estas líneas:

La cuestión está en pie, más terrible que nunca, porque cada día que pasa agrega al anterior su elemento de desorden y de pena;

³ Sierra, Justo. *Obras completas*, t. IV, pp. 344 y 345.

tenemos como antaño, el mismo pueblo muriéndose de hambre, compuesto de individuos cada vez más raquíticos, porque sus padres y sus abuelos agonizaron de hambre también; incapaz de moralizarse, porque la instrucción, infundida en el que vive en la miseria, es un delirio. Como único porvenir para el proletariado existe un empleo de sangre: ser soldado; como único porvenir para el hombre de ciencia: una subvención del gobierno; para el comerciante: un negocio con el gobierno o contra él; para el profesionista: un pacto con el gobierno; para los demás: la burocracia, sola carrera en un país en que el rico es el Estado, que es un pobre.

En la sesión del 12 de diciembre de 1893 en la Cámara de Diputados, se discutió el problema de la inamovilidad judicial. Justo Sierra pronunció un brillante discurso, del cual se toman estos párrafos:

Soy yo, señores diputados, quien hace algunos meses dijo que el pueblo mexicano tenía hambre y sed de justicia; todo aquel que tenga el honor de disponer de una pluma, de una tribuna o de una cátedra, tiene la obligación de consultar la salud de la sociedad en que vive; y yo, cumpliendo con este deber, en esta sociedad, que tiene en su base una masa pasiva, que tiene en su cima un grupo de ambiciosos y de inquietos, en el bueno y en el mal sentido de la palabra, he creído resumirse su mal íntimo en estas palabras tomadas del predicador de la montaña: "Hambre y sed de justicia".

Ellas no son sino el eco del grito que se escapa de las entrañas del mundo moderno ante la intensidad profunda del malestar social. Ese espectáculo que presenta el fin de este siglo es indeciblemente trágico; bajo una apariencia espléndida se encuentra tan profunda pena, que pudiera decirse que la civilización humana ha hecho bancarrota, que la maravillosa máquina preparada con tantos años de labor y de lágrimas y de sacrificios, si ha podido producir el progreso, no ha podido producir la felicidad.⁴

Aquí precisa detenerse. Llama la atención, una vez más, la sinceridad de Sierra y la claridad de sus ideas. Hablaba así en pleno idilio porfiriano, en los años en que ser optimista en cuanto al presente y futuro de la República era una obligación indeclinable. Además, en todos los países de cultura occidental se tenía entonces fe en el progreso, se creía que el hombre, gracias al capitalismo creador, había

⁴ Sierra, Justo. *Obras completas*, t. V; p. 169.

encontrado por fin la ruta definitiva de la felicidad. Por lo menos esto era lo que creían los capitalistas y quienes vivían bajo su amplia sombra protectora. Sólo unas cuantas voces discordantes se oían aquí y allá, como la de nuestro Justo, nombre simbólico.

La intervención norteamericana en 1847, esa guerra infame que nos arrebató más de la mitad de nuestro territorio, dejó un trauma doloroso en todos los mexicanos; y ese trauma, dígame lo que se diga y a pesar de la devolución de las banderas que nos quitaron y que les quitamos durante la lucha, no ha desaparecido todavía. La desconfianza y el temor permanecen latentes en el corazón del pueblo. Esta es verdad amarga y desnuda. Lo demás, son copas de oratoria que se sirven después de los postres en los banquetes diplomáticos.

En Washington, frente al Capitolio, Sierra piensa y escribe:

... su grandeza me abruma y me impacienta, y me irrita a veces; pero no soy de los que pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborozados, con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante que en otro tiempo fue el ogro de nuestra historia... Pertenezco a un pueblo débil que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo; y quiero, como mi patria, tener ante los Estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestro destino. Y no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más para ver mejor.⁵

¡Hermosas palabras del hombre austero y patriota! La actitud mental que retrata debiera ser norma de buenos ciudadanos, debiera ser claro ejemplo para la juventud. Es cierto que hay en las palabras de Sierra un tenue optimismo y una ruda altivez; mas a las patrias sólo así se las defiende, con altivez y optimismo, con coraje, con espíritu de sacrificio, con hondo y desinteresado amor.

Don Justo se daba cuenta de que nuestro incipiente y débil desarrollo económico no podía enfrentarse con éxito al enorme progreso material de los Estados Unidos. Por eso pensaba que debíamos defendernos haciendo al mexicano por medio de la educación, creándolo moral e intelectualmente, y encendiendo en su pecho el amor por la tierra en que nació. En el informe que en su carácter de Ministro de Instrucción Pública presentó al Congreso de la Unión, el 1º de diciembre de 1908, entre otras cosas dijo:

⁵ Sierra, Justo. *Obras completas*, t. VI, p. 119.

...vosotros sabéis que por desgracia nada en la naturaleza, nada en nuestro modo de ser económico nos defiende bastante; que la naturaleza abre nuestro territorio a la invasión como una rampa inmensa; que nuestro modo de ser económico necesita la aclimatación constante en nuestro país de capitales e intereses extranjeros; pero vosotros sabéis que formando al mexicano, moral, física e intelectualmente completo consagrado a su patria, con el amor de sacrificio en el fondo del alma, habréis formado la mejor defensa del país, habréis realizado la mejor de sus garantías de victoria.

Y en diciembre 31 de 1907, Sierra contesta en tono polémico una carta del Ministro de Hacienda Limantour, relativa a una nueva ley sobre educación, en la que entre otras innovaciones se proponía elevar los sueldos a los profesores de enseñanza primaria. Limantour, como es bien sabido, favoreció por todos los medios a su alcance la inversión de capitales extranjeros en México, creyendo que ello traería grandes beneficios al país. Sierra, en una parte de la citada carta, dice:

Todos los otros resultarían acaso contraproducentes (se refiere a los otros ramos de la administración pública), si este de la educación no los rectificase, los completase y los bonificase a todos; de allí su ingencia y urgencia; es, pues, imponderable, es todo el porvenir de la patria. Porque veamos a fondo las cosas, mi querido amigo; todo lo han hecho aquí el capital extranjero y el gobierno en la transformación del país; los ferrocarriles, las fábricas, los empréstitos y la futura inmigración y el actual comercio; todo nos liga y nos subordina en gran parte al extranjero. Si anegados así por esta situación de dependencia, no buscamos el modo de conservarnos a través de todos nosotros mismos y de crecer y desarrollarnos por medio del cultivo del hombre en las generaciones que llegan, la planta mexicana desaparecerá a la sombra de otras infinitamente más vigorosas.

Hoy podemos suscribir las palabras de Sierra. Necesitamos defender nuestros auténticos valores, nuestro modo particular de ser; necesitamos integrar nuestra cultura y fomentarla, haciéndola cada vez más propia, de conformidad con nuestra geografía y nuestra historia; necesitamos defendernos de ajenas culturas bárbaras o deshumanizadas, siempre alentados por un anhelo perenne de superación.

Sierra publica en *El Mundo Ilustrado*, el 1º de abril de 1900, un artículo en el cual se advierte claramente su posición contraria a los grandes imperios. Al final de ese artículo escribe:

Lo que nos parece de pésimo gusto, y no nos atrevemos a decir una violación clara del derecho, un abuso más claro de la fuerza, porque éste es un modo anticuado de decir las cosas y que no está ya de moda, es la proposición del senador H. para solicitar de Nicaragua su ingreso a la federación norteamericana, porque allí van a construir los norteamericanos un canal interoceánico. No, qué diablo; que nadie tome por lo serio esta proposición; son nuestros votos; este sistema de invitar a la anexión con el pretexto de que va a realizarse una gran mejora, que de seguro habrá de favorecer más el comercio americano que el de Nicaragua, es una doctrina inadmisibles; afortunadamente el senado rechazará la idea y Nicaragua el proyecto; no faltaba más. Pues, ¿a cómo se cotizan en el mercado de la civilización humana la independencia y la libertad? o ¿esto no es más que para los fuertes?

Entendemos que en los párrafos transcritos se advierte la preocupación de Justo Sierra respecto a los países latinoamericanos en sus relaciones con los Estados Unidos. Él expresa, en cuanta ocasión se le presenta, su profunda simpatía por los pueblos de nuestra misma estirpe idiomática, a la vez que el recelo y el temor hacia Norteamérica. Los Estados Unidos han sido y son todavía, hoy más que ayer, el mayor peligro, la mayor amenaza para el bienestar de los latinoamericanos; es un inmenso fantasma que proyecta su sombra trágica desde el río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes. Es cierto que en estos países existen no pocos individuos que temen al comunismo; mas es cierto también que son muchos más los que temen al Departamento de Estado y a otros departamentos del gobierno de Washington.

Los Estados Unidos, ya lo hemos visto en repetidas ocasiones, no despiertan en Sierra la admiración desorbitada que en otros viajeros menos cautos o menos inteligentes. La crítica aguda, honda y a veces burlona, aparece aquí y allá en las páginas de su libro *En tierra yankee*. En el capítulo final de este libro, "La postrer jornada", se pueden leer estas admirables líneas:

La vida mental y la alimentación a 'outrance' enfermarán del estómago a este atleta, lo harán neurasténico y vendrán terribles desequilibrios. Ved los pródromos: una democracia que aspira a la gloria militar y caerá en el cesarismo; una democracia ficticia que está dominada por una plutocracia de cuatro millonarios, que la tiene a sus pies y de quien, sumisa o rabiosa, es esclava. Una plutocracia que quiere conjurar el odio de cincuenta millones de pobres, dándo-

les la limosna de los hospitales, de los asilos y de maravillosos institutos de instrucción pública, que pondrán armas terribles en manos de sus adversarios.

Y en otro de sus escritos titulados "Entre sajones y latinos", se precisa su pensamiento cuando dice:

Pero llegará en lo porvenir un día en que al hacer el balance, se llegue a la conclusión de que, aun desde el punto de vista económico, el imperialismo es pérdida, y que bajo el aspecto político es el naufragio de las instituciones libres.

Quienes reflexionen en el actual momento histórico, podrán advertir que las afirmaciones de Sierra se están cumpliendo plenamente. El naufragio de las instituciones libres, de la libertad de pensar y de obrar, es ya un hecho doloroso en los Estados Unidos y en la mayoría de las naciones que sufren su influencia mefítica, su influencia desintegradora del ideal humano de libertad. Todo ello a pesar de las declaraciones oficiales de altos y medianos funcionarios.

Continuemos con nuestro don Justo. Su vivo interés de hombre de pensamiento siempre alerta, de intelectual de cuerpo entero, lo impulsaban a ensayar el vuelo por todos los horizontes. No sólo le llenaban de inquietud los problemas de su patria y los de América Latina, sino también los del resto del mundo, sobre todo tratándose del fenómeno imperialista. Por supuesto que aquí nos referimos únicamente a su pensamiento social o que como tal puede clasificarse. En el capítulo "Progresos y problemas" de su *Historia general*, dice:

Los pueblos no industriales y por ende en grado menor de cultura, son los que compran los productores; todo el afán de éstos consiste en preponderar en los mercados de los pueblos inferiores o en monopolizarlos; todas las empresas de conquistas y colonización del África y del Asia han obedecido a este fin, y por eso han abundado tanto en el pasado siglo las guerras civilizadoras. Otra forma de la lucha consiste en la disputa de una vasta región consumidora por dos o más pueblos productores.

Sierra sabe perfectamente lo que es el imperialismo y se da cabal cuenta de las luchas entre los grandes imperios por el dominio del globo. En un artículo publicado en *El Mundo Ilustrado* el 1º de abril de 1900, escribe:

Empecemos, ya que de descomposiciones y recomposiciones se trata, con estas cuestiones imperialistas que están a la orden del día y probablemente estarán a la orden del siglo...

Meses más tarde, en la misma publicación, el 19 de agosto, en su artículo "Chinerías", se lee:

Pero tratándose de los pueblos, de las naciones explotables y débiles, ya es otra cosa; aquí ya no hay derechos, ni hay filosofías y apenas procedimientos humanitarios. Yo estoy en mi casa, y tú te apoderas de mis puertas y de mis ventanas y luego te haces dueño de la azotea; no tengo el derecho de preguntarte: ¿con qué derecho? Los dueños de Hong Kong y de Puerto Arturo y de otras puertas responden: porque como ya no tenemos dónde vender lo que producimos, porque todos, poco más o menos, producimos lo mismo, necesitamos que vosotros, trescientos millones de chinos, nos compréis todo nuestro sobrante, si no, estamos expuestos a volver a ser pobres, y para ello ha sido preciso apoderarnos de las puertas de entrada y de una parte de las casas y hemos apostado a quién cogía primero y a quién cogía más; la sublevación de los 'boxers', las matanzas de cristianos (nosotros quisiéramos que todos fuéis cristianos porque así seríais nuestros clientes obligatorios) son incidentes; el hecho, el destino, se cumplirá, después del incidente, más inevitablemente que antes, seréis nuestros compradores o nuestros siervos.

Este diseño de la política imperialista es correcto; así fue en el inmediato pasado, y así, con algunos matices diferentes, es en nuestros días. Hay menos imperios y un imperio de imperios: los Estados Unidos de América.

La educación del pueblo desde la primaria hasta la universidad fue la preocupación predominante en los últimos lustros de su vida. A ella dedicó con pasión fervorosa, y amor apasionado, sus energías, sus amplios conocimientos, y sus más nobles afanes. En las ideas de Justo Sierra se encuentran antecedentes, todos los antecedentes de la obra educativa de los gobiernos revolucionarios. Sierra coronó su obra de educador y de humanista al crear la Universidad Nacional en 1910. Y aquí conviene recoger algo de lo más característico de su pensamiento de auténtico universitario, de mexicano y de hombre universal. Dijo en su discurso de 22 de septiembre de este año de 1910:

No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa

en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

El interés de la ciencia y el interés de la patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano.

Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que, si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y a la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria.

Los fundadores de la Universidad de antaño decían: 'La verdad está definida, enseñadla'; nosotros decimos a los universitarios de hoy: 'la verdad se va definiendo, buscadla'. Aquéllos decían: 'sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y el Rey'. Nosotros decimos: 'sois un grupo de perpetua selección dentro de la sustancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad'.

Estas ideas del maestro están en pie, aun cuando de manera obvia cabe adicionarlas con nuevos principios y conceptos nuevos de conformidad con la realidad del momento histórico y las nuevas corrientes del pensamiento contemporáneo. La función esencial del universitario estriba en servir con lealtad y sin descanso a la sociedad de que forma parte, con la finalidad concreta de mejorarla más cada día en provecho de todos sus componentes.

El 29 de abril de 1900, en su colaboración en *El Mundo Ilustrado* nos dice:

El gran fenómeno internacional del siglo xx no va a ser una federación entre las naciones, eso será en el siglo xxv, sino un sindicato entre las naciones fuertes para explotar a las que no lo son. Este 'trust' lo van a iniciar los Estados Unidos; va a ser el imperio sindicado universal.

¿Al leer lo anterior no se piensa acaso en el “Pacto del Atlántico” y en el Mercado Común Europeo? Sierra vislumbró, a cincuenta años de distancia, acontecimientos político-económicos seguramente de considerable significación histórica.

Pero hay algo mucho más admirable. En sus apuntes del viaje a Europa, a bordo del vapor que lo condujo al viejo continente, intuyó, pronosticó la fisión del átomo. Entonces escribió mientras navegaba en alta mar:

El hombre no acometerá nunca aventura más trágica, más terriblemente capaz de demostrar en un momento toda la importancia contra la naturaleza del que se llama su ‘rey’, que la de entregarse al mar —se siente, se comprende, se palpa; lo mismo es para el mar el esquife pintarrajeado del fenicio, que el barco de cuero del normando, que la carabela de Colón, que estos espléndidos steamers, prodigios de ingenio, de fierro y de oro. ¡Quién puede dudarle, quién puede creer que de esta red viva de fuerzas ilimitadas tenga más probabilidades de escapar —el hombre— si contra él se conjura la molécula ¿el átomo?⁶

Y en Hiroshima y Nagasaki —agregamos nosotros— el átomo se conjuró contra la vida de millares de hombres, mujeres y niños, y es en la hora actual una pesadilla dantesca para todo el género humano, temeroso de ser destruido por el contubernio de la insensatez con la maldad.

Ermilo Abreu Gómez compara a Justo Sierra con Víctor Hugo. Dice que la voz del gran poeta francés fue lo que más se acercó a su espíritu.

Eran las suyas dos elocuencias humanas que se encontraban. Hay en esto más coincidencia que influencia. A los dos les gustaba el gesto, el ademán, como arma de combate. A Víctor Hugo le encantaba contemplar las montañas y medir su inmensidad. Le sobraba aliento para ello. A veces equivocaba el tamaño. No importa: el tamaño estaba en el poeta. A Sierra le agradaba arengar a los elementos desatados. De la luz de los rayos desprendía otra no menos intensa: la de su ingenio. Eran iguales los dos poetas en la actitud heroica frente a la vida. Eran espíritus gemelos. Al encontrarse se hubieran tratado como viejos amigos. Los dos tenían madurez abue-la. A los dos les hería por igual la injusticia. Por esto abrigaban igual

• Sierra, Justo. *Obras completas*, t. XIV, p. 116.

concepto del pequeño Napoleón. A los dos los había lastimado en lo más íntimo: en el amor a la patria. De sus manos, bajaba abundante misericordia. En ocasiones, de ellas caían rosas.

Ya lo dijimos al principio. Hace algunos años, Justo Sierra fue designado Maestro de América por varias universidades del continente. Cumplido homenaje a sus méritos como hombre, como ciudadano, como pensador. Alfonso Reyes dice que "si hay momentos en que escribió de prisa, puede decirse que afortunadamente siempre pensó despacio". El amor a la patria encendió su palabra en luz de relámpago que ha tenido la virtud de perdurar. Su hermosa personalidad despierta al mismo tiempo que admiración, cariño apasionado. El mismo Alfonso Reyes piensa que, cuando se conoce la vida ejemplar de Justo Sierra y se leen sus libros, "acuden al lector las palabras temblorosas de Eneas: aquí tienen premio las virtudes, lágrimas las desgracias, compasión los desastres".

Y el pueblo de México debe al Maestro la más honda y rendida gratitud, porque él supo honrarlo con su clara bondad y noble inteligencia, con la limpieza de su vida y con la llama de su pensamiento; debe honrarlo porque desempeñó para la patria el oficio de antorcha.*

* *El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964*, Fondo de Cultura Económica, México, 1a. reimpresión, 1974, pp. 278-295.

EL ILUSTRE ANTROPÓLOGO E INDIGENISTA MANUEL GAMIO

Este hombre modesto y sabio puede clasificarse como escritor, indigenista, sociólogo y antropólogo. Se conviene en que fue el fundador de la antropología científica en México. Nació en la capital de la República el 2 de marzo de 1883 y dejó de existir en la misma ciudad el 16 de julio de 1960. Hizo el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, y entre 1906 y 1908 siguió los cursos de arqueología, etnología y antropología que impartían Nicolás León y Jesús Galindo y Villa en el Museo Nacional. Posteriormente se trasladó a los Estados Unidos e hizo estudios en la Universidad de Columbia donde obtuvo el grado de maestro. Su inclinación por la arqueología y la antropología se manifestó claramente desde su primera juventud.

De regreso a México fundó en 1917 la Dirección de Antropología, dependiente de la Secretaría de Agricultura y Fomento. Al frente de dicha oficina dirigió las investigaciones sobre la población del valle de Teotihuacán, cuyos resultados dio a la luz pública en la obra del mismo nombre en 1922. Esta obra monumental que significó una investigación integral sin precedente, no ha sido igualada ni mucho menos superada todavía. En diciembre de 1924 Gamio fue designado Subsecretario de Educación Pública por el presidente Plutarco Elías Calles. Meses después tuvo que renunciar a dicho cargo por dificultades con el titular de la Secretaría, el doctor José M. Puig Casauranc. Entre el político y el sabio se manifestó desde luego la absoluta incompatibilidad de puntos de vista, de opiniones y de acción.

De 1925 a 1941, el doctor Manuel Gamio desempeñó diferentes puestos directivos en la administración pública, llevando al cabo al mismo tiempo valiosas publicaciones de libros y artículos sobre temas de su especialidad. Desde 1942 hasta su muerte en 1960, fue director del Instituto Indigenista Interamericano, dirección que desempeñó con dedicación y atingencia mereciendo siempre la aprobación y el

aplauso de todas las personas interesadas en los problemas indígenas de América.

En 1921 se graduó de doctor en la Universidad de Columbia, y en 1948 la misma Universidad lo nombró Doctor en Letras Honoris Causa. Tres años después le otorgó la misma alta distinción la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1956 se publicó un libro en homenaje a Gamio, en el cual colaboraron varios de los antropólogos más eminentes del mundo; todo ello en justo reconocimiento de la obra magnífica realizada por nuestro autor a través de su larga y fecunda vida.

Entre sus principales obras cabe citar las siguientes: *Forjando patria*, 1916; *Introducción, síntesis y conclusiones* a la obra *La población del Valle de Teotihuacán*, 1922; *Número, procedencia y distribución geográfica de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos*, 1930; *The Mexican immigrant, his life-history*, 1931; *Hacia un México nuevo*, 1935; *De vidas dolientes*, 1937; *Consideraciones sobre el problema indígena*, 1938. Todos los editoriales de *América Indígena* y del *Boletín Indigenista* desde 1942 a 1960 fueron escritos por el doctor Gamio.

El doctor Manuel Gamio se ocupó en sus numerosos escritos y durante varios lustros de los problemas económicos, sociales y políticos de México, con probidad indiscutible y conocimiento de la realidad de nuestro territorio y de las variadas características de sus pobladores. Por la índole de este trabajo no será posible recoger todas sus ideas, muchas de ellas interesantísimas y en ocasiones de cierta originalidad, sino únicamente de aquellas que a nuestro parecer tienen mayor significación. El conoció bien nuestro territorio con sus aspectos positivos y negativos para la producción y distribución de mercancías, razón por la cual jamás comulgó con las ruedas de molino de las riquezas fabulosas del suelo mexicano. Refiriéndose particularmente a la industria agrícola escribe que las tierras de la mesa central natural y artificialmente regadas, lo mismo que aquellas en que las lluvias son regulares y abundantes, son en mínima proporción, y que las tierras calientes que cuentan con agua suficiente son muy fértiles pero las enfermedades tropicales contribuyen a que la población sea poco numerosa y por lo mismo escasa su producción. Añade de manera obvia que las tierras desérticas o semidesérticas, que ocupan grandes extensiones en el centro y norte del país son lógicamente muy poco productivas o del todo improductivas. Lo anterior lo escribió Gamio en el prólogo al libro de Nathan L. Whetten, *Rural Mexico*, publicado en 1948. De entonces acá, se han realizado y se realizan estudios impor-

tantísimos sobre el aprovechamiento de las zonas áridas del país con resultados que parecen prometedores, entre ellos la utilización de la palma china para la fabricación de celulosa en el norte del Estado de San Luis Potosí.

Considera el doctor Gamio que mientras la inmensa mayoría de las tierras agrícolas de México sean destinadas al cultivo del maíz, del frijol y del chile, no contaremos con una agricultura próspera. A su juicio estos cultivos deben ser en gran parte sustituidos por otros más remunerativos, importando maíz de Argentina o de los Estados Unidos y exportando otros productos. Por supuesto que la tesis de dejar de producir maíz, alimento imprescindible en la dieta popular es muy discutible, pues podría acontecer que en caso de guerra como la de 1939-1945 tuviéramos serias dificultades para la importación de tal artículo. Nosotros opinamos que debemos continuar produciendo dicha gramínea para llenar las necesidades del consumo doméstico, al mismo tiempo que algodón, café, caña de azúcar, frutas y legumbres, es decir, precisamente lo que hemos estado haciendo en los últimos años.

En numerosos escritos desde la publicación del libro *Forjando patria* hasta sus últimos editoriales de *América Indígena* y del *Boletín Indigenista*, Gamio se mostró de acuerdo con los principios de la Revolución Mexicana y siempre defendió la distribución de tierras a los pueblos. En la ponencia que presentó en representación del Instituto Indigenista Interamericano al Primer Congreso Nacional Revolucionario de Derecho Agrario, celebrado en México en julio de 1945, concluyó con los considerandos y proposiciones siguientes:

En vista de las consideraciones hasta aquí expuestas proponemos a este honorable Congreso se digne aceptar los siguientes considerandos y resoluciones:

Considerando:

1o. Que, en general, los ejidatarios se dedican exclusivamente a la agricultura, por lo que cuando las cosechas son escasas o nulas su situación económica se torna intolerable.

2o. Que los ejidatarios cuentan anualmente con determinado tiempo que les dejan libre sus cultivos y cosechas, el cual pueden aprovechar dedicándolo a pequeñas industrias.

3o. Que para la industrialización de los ejidatarios se requiere localizar las materias primas regionales, enseñar técnicas industriales y crear cooperativas.

Se resuelve:

1o. Que el Departamento Agrario y las Secretarías de Educación, Economía y el Departamento de Asuntos Indígenas constituyan una dinámica y desburocratizada comisión que se encargue de industrializar gradualmente a los ejidatarios y principalmente a los de la altiplanicie.

2o. Que se localicen las materias primas aprovechables valiéndose de competentes especialistas en el conocimiento de recursos naturales de carácter mineral, vegetal y animal.

3o. Que artesanos competentes enseñen la transformación de esas materias primas en objetos para el consumo doméstico y para la venta.

4o. Que ya establecidas las industrias se proceda a la formación de cooperativas de producción y venta, así como a refaccionarlas adecuadamente.¹

Los puntos de vista anteriores son correctos. Desgraciadamente es muy poco, poquísimos lo que se ha hecho a tal respecto y es todavía algo que está por hacerse. Ha faltado visión, capacidad organizadora, limpieza en la conducta de funcionarios y empleados públicos e interés constructivo y creador.

En *Hacia un México nuevo* don Manuel Gamio insiste constantemente en que en México y en toda la América Latina jamás se han estudiado a fondo las condiciones de vida, las costumbres, la idiosincrasia de los grupos indígenas y en parte mestizos que vegetan alejados de la cultura occidental. Hace notar una y muchas veces que se legisla para las minorías de los países indoamericanos, sin tomar en cuenta a las grandes masas de la población. Ello explica por qué buen número de problemas se han ido acumulando sin encontrarles aún la adecuada solución. Y al referirse concretamente a las cuestiones económicas escribe:

En nuestra modesta opinión, esas cuestiones todavía no han sido resueltas, ni consecuentemente formulados los tratamientos que pueden traer consigo el mejoramiento integral de la economía nacional, porque generalmente la atención de nuestros investigadores, inspirada en métodos y enseñanzas de origen extranjero, ha convergido exclusiva y preferentemente hacia nuestros centros urbanos de población y a las grandes explotaciones agrícolas e industriales de organización

¹ Gamio, Manuel. "Consideraciones sobre el problema indígena", p. 35.

moderna que existen fuera de ellos. Por otra parte, en nuestro medio social, que es tan heterogéneo en cuanto a tradición, raza, civilización o cultura, idioma, etc., la investigación y principalmente la interpretación económica, debe hacerse a base del previo conocimiento sociológico, etnográfico y aun psicológico de los diferentes grupos que integran la población, conocimiento que desgraciadamente no ha sido impartido en las aulas al mismo tiempo que el puramente económico.

¿Quiénes, en efecto, han podido observar, identificar, clasificar e interpretar, contando con aquella integración de conocimientos, las múltiples y disímbolas modalidades que caracterizan a la anticuada economía cerrada de diez o más millones de mexicanos que viven en campos y pueblos e integran la gran mayoría de la población nacional? ¿Quiénes han investigado la economía primitiva de más de un millón de indígenas nómadas que vagan en regiones solitarias, poco o nada influenciados por la moderna civilización capitalista y aun por la cultura retrasada del ya citado enorme grupo de economía cerrada...?

Estamos enteramente de acuerdo con lo transcrito arriba. Nosotros pensamos que en un país deficientemente desarrollado, la tarea sustantiva del economista y del sociólogo consiste en trabajar sin descanso dentro del marco de sus posibilidades, para que un país alcance su pleno desarrollo. Y aquí es oportuno insistir en que no deben aplicar servilmente las teorías elaboradas en los grandes centros del capitalismo, porque si así lo hicieren, el fracaso sería inevitable. Toda adaptación teórica debe hacerse después de un cuidadoso trabajo analítico, con los pies hundidos en la propia tierra y con clara visión de las necesidades primarias y de las legítimas aspiraciones del pueblo. El economista o el sociólogo nativo de un país de la periferia, sin capacidad crítica, que sigue al pie de la letra y con ufana pedantería al autor extranjero, por ilustre que éste sea, se asemeja al lacayo que imitara gozoso y grotesco los finos modales de su señor.

En el mismo libro antes citado que vio la luz pública en 1935, Gamio consideraba conveniente para México que las comunicaciones, el oro, la plata, la producción de cerillos y de otros ramos de la economía, podrían ser explotados por el Estado que junto con los rendimientos de los diferentes gravámenes fiscales, harían posible disponer de amplios caudales para mejorar los niveles de vida del pueblo. Esto nos hace pensar que Gamio debió haber visto con buenos ojos la explotación de los bienes de las empresas petroleras, así como también

todas las demás medidas de intervención gubernamental en la economía de la nación.

En opinión de nuestro autor, el incremento de la población durante los largos años del gobierno porfirista no significó elevación del standard de vida de las grandes mayorías sino todo lo contrario. Este hecho explica, a su parecer, el estallido de la Revolución en noviembre de 1910. Pero con la probidad que siempre normó su pensamiento, escribe:

Desde diversos puntos de vista, principalmente desde el económico, nuestras masas proletarias, sobre todo las rurales, todavía no ven cristalizada la solemne promesa de redención económica que les hizo la revolución; todavía persisten salarios de miseria que en algunas regiones no llegan a cincuenta centavos; todavía la tortilla y el chile constituyen, casi exclusivamente, la base de su insuficiente alimentación; todavía sus primitivas habitaciones y elementales prendas de vestir no las protegen de los extremos climatéricos y de las enfermedades que fatalmente engendra el pauperismo crónico y son causa de insólita mortalidad.

Esto está escrito en 1935, hace 31 años; y hoy, precisa confesarlo con amargura, con honda tristeza, que es insignificante lo que se ha hecho para mejorar la alimentación, el vestido y la morada de millones de mexicanos. Hoy en 1966 hay hambre endémica en el campo y en los suburbios de las grandes ciudades: desnutrición, anemia, pocilgas, harapos, ignorancia. Éstas son verdades indiscutibles que nos producen dolor de patria. Dejamos el optimismo en manos de los logreros de la Revolución. Nosotros hemos sido siempre revolucionarios y hombres de izquierda; y ser hombre de izquierda y revolucionario implica el deber de decir la verdad, de ser patriota, de denunciar las llagas que corroen el cuerpo social para que se les aplique el cauterio necesario. Sin embargo, no somos pesimistas porque tenemos fe en las virtudes y en la capacidad de lucha de nuestro pueblo.

El distinguido antropólogo no cree que las campañas de alfabetización por sí mismas resuelvan los grandes problemas nacionales, si al mismo tiempo no se hacen esfuerzos para educar políticamente a las grandes masas, mejorando paralelamente su situación económica. Nosotros hemos escrito en más de una ocasión, que los estómagos vacíos son enemigos del alfabeto. El niño hambriento no tiene capacidad de aprendizaje, ni le importa aprender; lo que le importa ante todo y sobre todo es comer, satisfacer su necesidad biológica fundamental.

Gamio sostiene "que las inyecciones de alfabetismo aislado que se aplicaron hasta hoy a la población mexicana", han sido ineficaces y de muy pobres resultados. Estas ideas las expresó Gamio hace medio siglo en *Forjando patria*.² Hoy nosotros podemos decir lo mismo, aun cuando reconociendo que los esfuerzos alfabetizadores de nuestros días han sido mejor orientados, mejor organizados y por lo tanto con mejores resultados que en épocas anteriores. Pero el problema no será cabalmente resuelto si no logramos también elevar los ingresos per cápita de la población rural, que es la que vive en condiciones verdaderamente paupérrimas. Por otra parte, casi 20 años después en *Hacia un México nuevo*, condensaba algunas de sus más permanentes preocupaciones en los términos que siguen:

Creemos que es de urgencia: equilibrar la situación económica, elevando la de las clases proletarias; intensificar el mestizaje, a fin de consumir la homogenización racial; sustituir las deficiencias características culturales de esas masas; por las de la civilización moderna, utilizando, naturalmente, aquellas que presenten valores positivos; unificar el idioma enseñando castellano a quienes sólo hablan idiomas indígenas. Es pues un nacionalismo referente a las estructuras sociales, étnica, cultural y lingüística, el que proclamamos. Condenamos el nacionalismo conservador, imperialista, guerrero, torpemente anacrónico, que pretende obstaculizar la marcha ascendente de la humanidad.

El interés por los grupos indígenas fue constante en Gamio desde que inició su vida profesional hasta poco antes de su muerte. Con toda razón y justicia podemos decir que fue el indigenista más destacado de toda América. Sostuvo sin descanso la necesidad de conocer al indio por medio del estudio y de observaciones directas, aplicando los métodos más modernos de las ciencias sociales. Atribuyó al desconocimiento de las características biológicas, sociológicas, económicas y psicológicas de los grupos aborígenes, el fracaso de los sistemas empleados para resolver los problemas ingentes de esos millones de habitantes de nuestra América. Y no sólo se preocupó por el varón sino también por la mujer. Propuso que "grupos de mujeres especialistas en ciencias sociales y otras complementarias como son biología y ecología, investiguen los diversos factores que presiden la vida de la mujer en grupos indi-

² Gamio, Manuel, *Forjando patria*, p. 159.

genas representativos".³ Según nuestras lecturas, él fue el primero que sugirió medidas para aliviar la vida desdichada de la mujer del nativo. Además, en uno de sus editoriales recogidos en el libro titulado *Consideraciones sobre el problema indígena*, llamó la atención de sus lectores acerca de los negros y mulatos que habitan en territorios de América, señalando la necesidad de su plena incorporación a las ventajas de la civilización occidental.

El problema de los braceros —inmigrantes temporales en los Estados Unidos— se ha discutido en múltiples ocasiones en los últimos años, lo mismo en periódicos diarios que en revistas y folletos. Unos opinan, los más, que ello es indeseable; otro los menos, sostienen que el bracerismo tiene la ventaja de contribuir a mejorar nuestra balanza de pagos y que por ende los braceros elevan sus conocimientos al contacto con una cultura más avanzada. Gamio conoció muy bien este asunto e hizo estudios especiales en folletos y en un libro publicado en lengua inglesa por la Universidad de Chicago. Aquí copiamos dos párrafos tomados un tanto al azar sobre lo que Gamio pensaba sobre el particular en 1935:

Por último, los progresos del repatriado intelectualmente considerado, son notables: se desfanatizan rápidamente, pues aun quienes conservan todas o parte de sus creencias religiosas, no incurren en ridículas exageraciones ni se dejan hacer víctimas de abusos clericales. Se tornan alfabetos y hasta relativamente ilustrados, de analfabetos que eran. El ambiente hostil del destierro aclara y magnifica su conciencia personal y colectiva, despertando e intensificando en ellos un fuerte concepto de nacionalidad y un hondo espíritu de cooperación y mutuo apoyo. Así pues estos hombres pueden ser no sólo maestros de trabajo sino maestros de educación integral, maestros de vida en general.

Cuando los repatriados entraron a México, desapareció de golpe el estado de inferioridad social y racial que había pesado duramente sobre ellos más allá del Río Bravo y por consiguiente dejó de existir el aislamiento que, repetimos, había estimulado las actividades anteriormente mencionadas. Disminuidas las tendencias de asociación, se desarrollaron en cambio las individualistas: cada quien tomó el rumbo que creyó conveniente y fue a diluirse en las masas sociales inferiores de la población nacional. Como el standard cultural que caracteriza a éstas es generalmente inferior al que representan los

³ Gamio, Manuel. Editorial, en *América Indígena*, vol. XIII, núm. 4, octubre, 1953.

repatriados, un indefectible proceso de regresión los envolvió de manera que descendieron y continúan descendiendo de la etapa evolutiva, que habían alcanzado en Estados Unidos para reincorporarse a la etapa inferior en que estaban colocados antes de emigrar: alimentación, vestido, habitación, técnica, método de trabajo, ambiciones, etc., vuelven a ser tal como lo habían sido anteriormente.

Confesamos no haber estudiado de modo especial este problema. Empero, a nuestro juicio —lo decimos en tono provisional y susceptible de corrección— el bracerismo tiene más ventajas que inconvenientes. Entre los inconvenientes cabe mencionar las humillaciones y el mal trato que suelen sufrir nuestros compatriotas allende el Bravo y más al occidente; entre las ventajas las ya enunciadas arriba: ayuda a nivelar la balanza de pagos y lo que de nuevo suelen aprender allá nuestros hombres del campo. Por otro lado la emigración de braceros es un caso típico de desequilibrio interno a causa de la subocupación en el campo. No obstante que en años anteriores el número de emigrantes temporales fue de cientos de miles, ello no afectó a la producción agrícola nacional. Por supuesto que este asunto ha sido, es y continuará siendo discutible. No hay balanzas perfectamente niveladas para saber si pesa más lo positivo que lo negativo o lo contrario.

Al abordar la cuestión relativa a la significación de la palabra cultura, Gamio la define como el conjunto de manifestaciones materiales e intelectuales que caracteriza a los grupos humanos; pero agrega que no establece gradaciones en cuanto a estadios superiores o inferiores de cultura. Su concepto de dicho vocablo coincide con el del antropólogo polaco Bronislaw Malinowski, y se aparta de las definiciones meramente espiritualistas de ciertos filósofos. En estos momentos pensamos en don José Ortega y Gasset, quien dice que “cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee”. Nosotros nos pronunciamos a favor de Gamio y Malinowski.

Ahora bien, en su libro publicado en 1916, escribió que para que una familia viva unida, es necesario que todos sus componentes gocen de los medios económicos que les suministren bienestar físico e intelectual y que lo mismo es tratándose de las familias que forman una nación. Por nuestra parte, hemos escrito en más de una vez, que, para que una nación lo sea en realidad, es menester que existan lazos de solidaridad y simpatía entre todos sus habitantes, con base en la comunidad de intereses sociales y económicos.

En su constante afán por ahondar en los problemas nacionales, el doctor Gamio hace notar en múltiples ocasiones las grandes diferencias

que existen entre los distintos grupos y clases sociales de la población del país. Como muestra de ello insertamos en seguida un párrafo significativo:

Es erróneo, por ejemplo, querer que una misma ley, rija al lacandón de Chiapas, que anda desnudo y vive de la caza y de la pesca en una salvaje región tropical, donde no tiene más noción de patria que la constituida por sus montañas, sus mujeres y sus hijos; al fronterizo del Norte en el que se han infiltrado el idioma, la industria, las aptitudes comerciales y demás características del pueblo norteamericano; al individuo de las altas mesetas, conservador de las tradiciones, de los hábitos y de la religión, al costeño liberal e innovador; al fronterizo del Sur cuya cultura es más centroamericana que mexicana, al indio en general, desvalido y analfabeta, que habla distintos idiomas, vive en diversos climas y difiere en hábitos; al hombre culto, industrial, de tendencias progresistas; al individuo de estirpe aristocrática que se ha educado (?) en el extranjero y cuando regresa a sus lares ostenta repulsivo hibridismo en costumbres e ideas.⁴

Enteramente conformes con el eminente hombre de ciencia. Siempre nos hemos opuesto a cierta moda entre jóvenes filósofos que han tratado recientemente de caracterizar al mexicano, como si fuera cierto que hay un mexicano tipo y no muchos tipos de mexicanos, ya que en México se encuentran todos los grados de la evolución económica, desde la tribu primitiva hasta la ciudad de estructura capitalista o precapitalista, pasando por todos los grados intermedios. Este asunto lo analizamos en nuestro ensayo titulado *El mexicano y su morada*, en el cual expresamos opiniones coincidentes con las de Gamio.

También en su libro escrito hace medio siglo, libro excelente para su época, se ocupa nuestro autor de los políticos porfiristas de principios de este siglo. Veamos lo que escribió:

Los primates de la política siquiera lucían valores aparentes y se formaban a sí mismos: discursos efectistas carentes de fondo; campañas de prensa en las que campeaban adulación servil o insulto procaz, jamás ideas; banquetes a todas horas, y en todos los sitios, vinieran o no a cuenta; sacrificio voluntario del honor oficial y del personal; renuncia de la dignidad humana en ridículas mojigangas o manifestaciones pseudo-políticas, etc., constituían el mecanismo, el

⁴ Gamio, Manuel. *Forjando patria*, pp. 30 y 31.

modo de hacer política. Los politicastros, infelices por nacimiento, carneros de Panurgo, eran dados a luz por obra y gracia de padrinos más o menos influyentes, los que, en cambio de ese alumbramiento, exigía de esas criaturas putativas, vitalicia fidelidad canina. En resumen, se procuró de continuo que la vida política de quince millones de almas, estuviese consagrada a conservar rico y poderoso al pequeño grupo de pulpos políticos que paralizaban el desarrollo nacional.

Adivinamos el pensamiento de los lectores al leer lo anterior. ¿No piensan que en la actualidad sucede algo muy semejante? ¿Ya no se adula a los poderosos? ¿Ya no se celebran banquetes en que se elogia sin medida al personaje agasajado? Y aquí nos detenemos en este punto porque parece que huelgan los comentarios.

Garnio considera que la política es casi siempre mala y a veces buena. Acepta la definición del Webster que dice que la política es "la adaptación al fin que se persigue, ya sea éste bueno o malo". Por nuestra cuenta y riesgo diremos que la política ha sido algo importantísimo a través de los siglos y en todas las naciones, pero naturalmente por su propia índole ha sido un juego sucio en la inmensa mayoría de los casos. Es que el político, si lo es de verdad, tiene que nadar a merced de la corriente y las corrientes de los ríos suelen ser turbias y arrastrar detritos humanos. Claro que hay excepciones que confirman la regla tanto en el pasado como en el presente.

Dice el señor Garnio que generalmente los gobernantes "fomentan el bienestar de la clase a que pertenecen por origen, o de aquella a la que por cualquier circunstancia se han incorporado, dejando a las otras vegetar pasivamente". Podemos comentar que a través de toda la historia han gobernado a los pueblos la clase o clases dominantes por su poder económico: emperador o rey, clero o nobleza feudal, burguesía, oligarquía, plutocracia; o en los países socialistas los representantes del proletariado. Y la clase en el poder no sólo olvida a las otras clases sino que las somete a su dominio, propósitos e intereses.

Cuando una clase gobernante pierde el poder económico, pierde, después de cierto tiempo, el poder político. Ejemplo notorio: la Revolución Francesa. El poder político continuaba en manos del rey, de la nobleza y del clero, pero habían perdido el poder económico, el cual poco a poco había sido adquirido por la burguesía desde fines del siglo XVI en adelante. Se había roto el equilibrio lógico y fue desde fines del siglo XVI en adelante. Se había roto el equilibrio lógico y fue menester un movimiento violento para que la clase en el poder fuera sustituida

por la propietaria de los medios de producción secundarios y terciarios: la industria manufacturera, los transportes y el comercio.

De paso queremos hacer notar el hecho relacionado con la entusiasta simpatía con que don Manuel Gamio vio en 1935 los comienzos del gobierno del general Lázaro Cárdenas. Después de hablar de principios conculcados por prevaricaciones indignas durante los gobiernos anteriores, dice que ha vuelto a su ánimo el optimismo, porque advierte en el nuevo régimen "inmaculado patriotismo, rectitud y energía, que hacen añorar a Juárez, inspiran hoy al Poder Público, reviven ideales, señalan el rumbo". Creemos que Cárdenas no defraudó durante su sexenio al afanoso, noble y terco indigenista.

En la introducción de *La población del Valle de Teotihuacán*, escrita en el curso de 1920 o 1921, Gamio exterioriza sus ideas acerca del socialismo y del soviétismo. En aquellos años de euforia revolucionaria en México se sintió la influencia de la revolución rusa, no faltando impacientes que pensaran que había llegado la hora de dar pasos adelante a efecto de que México se soviétizara. Gamio escribió entonces:

Desde luego extraña profundamente el contraste que hay entre lo que se observa en el valle de Teotihuacán y en la capital de la República, no obstante que aquél está tan próximo a ésta, pues sólo dista cuarenta y cinco kilómetros. En efecto, en la Capital el socialismo ha hecho tan grandes y positivas conquistas como en cualquier otro país del mundo, exceptuando Rusia, y hasta un pseudo-bolchevismo, teórico, embrionario y exótico, manifiesta, de cuando en cuando, su presencia. En cambio, entre los habitantes del valle se desconoce aún el socialismo, o no se le comprende, y menos aún se practica, no obstante que el malestar económico de aquéllos es y ha sido siempre exagerado. De socialismo rojo o bolchevismo, nada, absolutamente nada, se habla siquiera.

Aquellos elementos de espíritu sensato y moderno, identificados con los progresos socialistas universales, han luchado vigorosamente por mejorar las condiciones de vida del proletariado mexicano y, principalmente, del obrero... Este plausible triunfo se debe, principalmente, a que como en lo general los obreros viven en centros urbanos, de continuo se están aproximando e incorporando a los elementos sociales de raza blanca y mestiza y a la civilización de tipo moderno. Justa, muy justa nos parece, desde cualquier punto de vista, la mejoría económica y social que, merced a nobles esfuerzos, han logrado alcanzar los obreros, y sólo deploramos que, por los motivos que más

adelante se expondrán, las clases indo-mestizas de los campos no gocen todavía de un bienestar análogo.

En cambio, consideramos que, hoy por hoy, es utópico, es inútil y hondamente perjudicial para el país que el insignificante número de personas de criterio ultra-moderno y desorientado a que antes nos referimos, se empeñe, con ingenuidad inexplicable o con punible mala fe, en procurar la implantación del soviét en México, ya que esto, en vez de traer consigo el mejoramiento económico e intelectual de las masas indígenas, exacerbaría su miseria y haría más dura su esclavitud. En efecto, nuestros líderes pseudobolchevistas pertenecen a clases sociales urbanas, comulgan o aparentan comulgar con ideales ultramodernos y exóticos y desconocen absolutamente las características, las necesidades y las aspiraciones de las grandes mayorías indígenas rurales, como lo demuestran dos hechos incontrovertibles. 1o. La propaganda roja nunca considera en sus prédicas el factor indígena, como si ignorara que existe o desdeñase su existencia. 2o. Las masas indígenas rurales no han sacado provecho alguno, ya no del bolchevismo, pero ni aún del socialismo sensato, en tanto que los obreros urbanos sí mejoraron sus condiciones de vida.

Convenimos, desde luego, en que algunas instituciones actuales son perjudiciales a la colectividad, y convenimos también en que la generalización y universalidad de los movimientos de renovación social alcanzan tales proporciones, que la soviétización de los gobiernos, que hoy es imposible en varios países, entre ellos México, se efectuará de acuerdo con las condiciones peculiares de cada nación, en un futuro de que no sabemos cuantos años nos separan. Por lo demás, hay algo que es concluyente a este respecto: el soviétismo no podrá jamás ir de México a otros países capitalistas, principalmente a los Estados Unidos... Cuando en un futuro desconocido se establezca el soviét en Washington, en París o en Londres, automáticamente sucederá lo mismo en México; mientras tanto, hay que seguir caminando sensata y cuidadosamente por el difícil sendero social e internacional que nos corresponde.⁵

Efectivamente, en la euforia de ideas revolucionarias en el curso de la década de 1920 no faltaron en México quienes pretendían que imitáramos a Rusia. Recordamos un libro publicado en Puebla en

⁵ Gamio, Manuel. En la introducción a *La población del Valle de Teotihuacán*, editada en tres volúmenes por la Secretaría de Educación Pública en 1922. La obra es ya muy rara. Existe un ejemplar en la Biblioteca de Hacienda y Crédito Público.

1926, titulado *Mexico soviet* por Julio Cuadros Caldas; recordamos de igual manera que el estandarte de la Liga Nacional Campesina era rojo y tenía en el centro como insignia la hoz y el martillo; y en la Unión Soviética en 1929, nos consta (el autor de este libro era ministro de México en aquella nación) que en la Tercera Internacional se creía que México estaba a punto de transformarse en país socialista, debido a los informes que se recibían del Partido Comunista Mexicano.

Cuando Gamio escribió lo transcrito arriba, los Estados Unidos estaban aún muy lejos del inmenso poder de que gozan en la actualidad; era una nación deudora de Europa, cuyo poder económico y militar no superaba al de la Gran Bretaña, Alemania o Francia. Hoy es acreedora de casi todo el mundo y la potencia más poderosa que existe y que ha existido en toda la historia. Negar esto es sencillamente ignorancia o estupidez. Lo antes dicho no implica negación en defensa del monstruo. Los países de América Latina, que son los que más nos importan, deben luchar sin tregua para salvaguardar su derecho a ser libres e independientes, a vaciarse en moldes propios de conformidad con su geografía, su historia, idiosincrasia e intereses legítimos; mas es menester estar alerta y tener ideas claras del poderío del enemigo.

Algo más de 20 años después de su introducción a *La población del Valle de Teotihuacán*, en un editorial de *América indígena*, expresa sus ideas tanto en contra del comunismo como del fascismo. Veamos lo que entonces escribió:

¿Hacia qué sendero deben caminar quienes no quieren extraviarse en ese caos de antitéticas y nada constructivas actitudes políticas y sólo desean laborar por el advenimiento de una mejor existencia para aquellos grupos humanos que, como los aborígenes de América, nada más han conocido hambre, incultura y servidumbre? ¿Cómo propagar por este elevado fin, que es el que persigue el 'Instituto Indigenista Interamericano', sin que con buena fe equivocada, con ceguera o con malicia, diversas facciones políticas nos atribuyan, como frecuentemente lo han hecho con otras entidades, esta o aquella bandera e 'indistintamente pretendan marcar nuestras actividades con uno u otro' membrete partidarista?

Este 'Instituto' no tiene ni puede tener color comunista, pues tal cosa equivaldría básicamente a sugerir que sean sustituidas por administraciones de tipo soviético los gobiernos del Continente, que son quienes lo crearon, sostienen su funcionamiento y rigen sus actividades por medio de sus representantes diplomáticos en el Consejo Directivo, resultando por lo tanto inconcebible que tales gobiernos se auto-hostilicen y empeñen en su propia destrucción.

Estamos también totalmente alejados del nazi-fascismo, de la política reaccionaria, que es la pesada losa que gravita sobre los pueblos, sofocando toda tendencia humanitaria y la negociación absoluta de los fines que perseguimos.⁶

Podemos clasificar al doctor Manuel Gamio como un hombre progresista, partidario decidido de los principios de la Revolución Mexicana, que en lo fundamental consisten en el mejoramiento real de las grandes masas en lo económico y en lo cultural, de modo muy especial tratándose de los grupos indígenas en cuya defensa ejerció durante toda su vida un verdadero apostolado.

Para terminar vamos a incluir algunas opiniones de seis hombres de ciencia sobre la personalidad del doctor Gamio:

Del doctor Angel María Garibay:

La parte arqueológica entró en un camino de rectitud científica. Ya no fueron los tiempos de aventura y fantasía como los de Batres. Se procedió con el rigor científico que el director había adquirido en sus estudios cuidadosos en las universidades de Norteamérica. La exploración de la llamada Ciudadela, que no cupo ya en el libro para ser reseñada, se debe a Gamio, que con sagaz visión pudo descubrir en un enigmático hacinamiento de mogotes de tierra una maravillosa construcción religiosa y social de un pueblo ido, más enigmático aún. El templo de Quetzalcóatl, como se le ha llamado, no sé con cuenta exactitud, es una de las maravillas de exploración de este siglo en toda la tierra. Solamente la revelación de la tumba de Tutankamen en Egipto, o los monumentos de Ugarit en la antigua Fenicia, pueden resistir comparación con el descubrimiento de este complejo de edificios.

Del doctor Eusebio Dávalos Hurtado:

Con la muerte del Maestro Gamio, la Antropología mexicana, la cultura de México y el indigenismo pierden a su prócer.

A él se debe la creación de la Antropología de nuestro país; deseó siempre que se conociera su patria y luchó por todos aquellos aspectos que tuvieron que ver algo con la dignidad del hombre indígena. Su gran amor por él, lo llevó a una lucha que no tuvo fin. Su trabajo empeñoso y hecho con verdadero fervor, nos manifiesta cla-

⁶ Gamio, Manuel. *Consideraciones sobre el problema indígena*, p. 74.

ramente que supo encontrar las raíces de nuestra nacionalidad y por exaltar sus valores trabajó sin demagogia, enseñando cómo se debe actuar.

Buscando en lo profundo de nuestros orígenes, Gamio fue uno de los primeros en dedicarse a la investigación arqueológica. De todos es conocida la grandiosa labor desarrollada en ese campo: a él se deben las primeras exploraciones en el Valle de México, en la zona del Pedregal de San Angel y en tantos y tantos sitios que fueron escenario de la afanosa vida del indígena prehispánico.

Del doctor Juan Comas:

Generalmente, en un momento dado de la vida, la mayoría de los hombres termina su formación intelectual, elige un modo propio de obrar y se atiene a él en adelante . . . ; pero Gamio no ha procedido así. Parece ser un eterno estudiante, el constante y ansioso investigador de todo aquello que el mundo ofrece a su experiencia, y en este sentido creemos que muy pocos Hombres (así con mayúscula) poseen esta magnífica cualidad que los hace directores y organizadores ideales.

Del arquitecto Ignacio Marquina:

Gamio ha tenido una inteligencia clara y una visión precisa para resolver los problemas que más afectan al porvenir de México, porque siempre ha trabajado con verdadera devoción y desinterés; ha realizado con energía y el mayor decoro sus propósitos, con lo que consiguió formar un grupo unido por la amistad y el respeto mutuo, que le permitió llevar a cabo sus proyectos y dejar establecido un estricto método científico en las investigaciones, y una institución que ha prestado muy relevantes servicios a nuestra patria.

Del doctor Luis E. Valcárcel:

Quienes desde este lado extremo de América conocemos la luminosa y ejemplar trayectoria de don Manuel Gamio, no sabemos que admirar más: si la persistencia de una línea de conducta que no se tuerce cualesquiera que sean los tiempos, o el aliento juvenil que se percibe en todos los actos de su larga existencia. En realidad, ambos aspectos son complementarios. Don Manuel no varía, porque no pesan sobre él las decepciones de la edad proveyta. Es, como don Fernando Ortiz, un optimista, porque confía en los demás tanto como en sí mismo. Don Manuel tiene fe en el pueblo indio: la tuvo siem-

pre; de ahí su apostolado de indigenista. Nadie ni nada le hará cambiar. Su pensamiento nunca ha oscilado por la duda. Va derecho a su objetivo como un dardo, y ese objetivo fue siempre la defensa y la ayuda cordial al gran conglomerado de los grupos aborígenes americanos, del norte, del centro, del sur. Comienza, como es natural, por la de sus propios compatriotas, allá, a los principios del siglo. Hoy, desde su alto cargo de Director del Instituto Indigenista Interamericano, domina el panorama entero del continente. Don Manuel no es un indigenista por espíritu de caridad, por impulso romántico: lo es por convicción, por profundo estudio como antropólogo. Conoce el pasado y el presente del pueblo indio de América. Sabe, como pocos, de lo que fue capaz y de lo que será en un futuro no lejano, que él, con su esfuerzo, con su ejemplo, trata de acercar.

La obra de Gamio se emparenta con la de Bartolomé de las Casas y la de Tata Vasco. Sigue la salvadora tradición. Pertenece a la minoría de los hombres de América que no son cómplices, con su silencio, del crimen de genocidio que se ha venido repitiendo desde 1492. Don Manuel Gamio, desde su sitial de México, dirige, sin pausa, la gran cruzada. Le vemos enhiesto, desde Magallanes hasta Alaska, como un vigía, como un acucioso centinela.

Del doctor Alfonso Caso:

Manuel Gamio es un precursor de las investigaciones en Antropología Social, tal como se entienden ahora en todo el mundo.

Fue el primero que concibió la investigación integral de una región, para llegar más tarde a la aplicación de medidas que tuvieran por objeto el mejoramiento de los habitantes de esa región.

Fue también el primero que estableció, por sus excavaciones estratigráficas, la secuencia de las culturas indígenas en el Valle de México.

Su integridad científica y su integridad moral; su espíritu progresista, su afán de establecer una protección para el indígena, no sólo en México sino en todo el Continente, inspiraron su vida y su obra al frente del Instituto Indigenista Interamericano.

Al desaparecer Manuel Gamio, deja un ejemplo de una limpia trayectoria en la ciencia y en la acción.

Después de estudiar la obra de Manuel Gamio se siente la impresión de que no se le ha hecho justicia en México. Lo conocen bien los arqueólogos y antropólogos de todo el mundo y admiran su obra magnífica al través de sus libros, de sus artículos y de su acción incansable

y fecunda en defensa del indio de México y de toda América. Por desgracia no es conocido en numerosos círculos intelectuales ni siquiera en su patria. Entre sus virtudes precisa destacar su modestia, su sabiduría, su plena y desinteresada entrega a una labor intelectual. Y ya es tiempo de reparar tamaña injusticia. La manera de lograrlo consiste a nuestro juicio en lo siguiente:

1. En que la Universidad de México edite sus obras completas, precedidas de un amplio estudio sobre su vida y su obra.

2. Que en la ciudad de México y en otras poblaciones de la República, particularmente en las capitales de los Estados donde predomina la población indígena, se honre su memoria dando su nombre a una calle o plaza de cada lugar.

3. Que un busto de bronce sea colocado en la Escuela Nacional de Antropología.

4. Que sus restos, pasados los 7 años de su muerte, sean reinhumados en la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde no están todos los que son ni todos los que están.*

* *El pensamiento económico, social y político de México, 1810-1964*. Fondo de Cultura Económica, México, 1a. reimpresión 1974, pp. 601-616.

ALFONSO REYES. UN GRAN HUMANISTA CON PREOCUPACIONES ECONÓMICO-SOCIALES

Nació en la ciudad de Monterrey el 17 de mayo de 1889 y dejó de existir en la capital de la República el 29 de diciembre de 1959. Hizo los estudios primarios en su ciudad natal y los de preparatoria y de jurisprudencia en la metrópoli mexicana. Obtuvo el título de abogado en 1913. En el mismo año fue designado segundo secretario de la Legación de México en Francia. Posteriormente se trasladó a España donde durante seis años se ganó la vida como periodista y escritor. Al mismo tiempo trabajó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal. De 1920 a 1937 desempeñó cargos diplomáticos en España, Francia, Argentina y Brasil, ascendiendo por riguroso escalafón desde segundo secretario hasta embajador. Reyes prestó eminentes servicios al país en el desempeño de sus tareas diplomáticas, siempre ponderado, discreto, inteligente y brillante. De regreso a su patria a fines de 1937 o comienzos de 1938 se radicó por el resto de su vida en nuestro país. Fue presidente de la Casa de España en México, institución fundada para acoger en su seno a intelectuales españoles arrojados por el franquismo del solar de sus mayores. Pasado cierto tiempo la citada institución se transformó en El Colegio de México, presidido por el mismo Reyes durante largos años. Numerosos fueron los honores recibidos por el gran polígrafo: fue en más de una ocasión candidato al premio Nobel de literatura, apoyado por varias instituciones de alta cultura; recibió doctorados de universidades extranjeras; miembro fundador de El Colegio Nacional, y presidente en los últimos años de su vida de la Academia Mexicana de la Lengua.

Alfonso Reyes fue un escritor nato, nació escritor. Sus escritos de adolescente y de su temprana juventud sorprenden por la corrección del estilo, la erudición, la gracia y la hondura del pensamiento. Su bibliografía es sumamente extensa y no es fácil decir cuáles fueron

sus principales libros, ya que ello depende del ángulo en que se coloque el juzgante. El Fondo de Cultura Económica ha publicado 17 volúmenes de sus *Obras completas* de alrededor de 500 páginas cada uno, y entendemos que todavía falta dar a la luz pública un volumen más. Sin embargo, hay trabajos de Reyes publicados y no incluidos en las *Obras completas* y sabemos que aún quedan por ahí escritos inéditos en poder de la familia.

No han faltado críticos superficiales que han acusado a Reyes de no haberse ocupado de México y de que jamás se interesó por los problemas sociales. Dichos cargos son injustificados e inexactos, pues en numerosos libros de que es autor está presente México; y quien conoce bien sus libros sabe que además de su obra literaria magnífica, actividad predominante en su vida, bien puede ser clasificado como historiador y que, frecuentemente, opinó sobre cuestiones económicas, sociales y políticas, casi siempre con criterio progresista. Nuestro propósito es recoger en estas páginas sus opiniones al respecto, ofreciendo así a los lectores una faceta poco conocida de nuestro gran polígrafo regiomontano, mexicano y universal.

Reyes publicó en ediciones limitadas una serie de folletos bajo el título general de *Archivo de Alfonso Reyes*. Uno de estos folletos de algo más de 40 páginas se denomina *Introducción al estudio económico del Brasil*, el cual se divide en los pequeños capítulos siguientes: "Propósito", "La frontera en marcha", "Metamorfosis del producto principal", "Tipos humanos económicos", "Las ideas económicas", "Las finanzas públicas en el siglo XIX", "Circulación y bancos" y "La segunda República". Es una breve historia económica del inmenso país que firmaría con beneplácito el más exigente especialista. A manera de muestra se incluye a continuación un párrafo que en cierto modo resume las vicisitudes económicas brasileñas en cuanto al auge y decadencia de determinadas mercancías en el curso de su historia:

En conclusión, el cambio continuo de leading article produjo un movimiento en la frontera económica: el ciclo azucarero formó núcleos agrícolas; el ciclo del oro vino a perturbarlos y produjo la creación de nuevos centros agrícolas y ganaderos; el cacao y el tabaco obraron como el azúcar a este respecto; el caucho tuvo una acción destructora parecida al oro, arrebatando a la gente de sus antiguas actividades; el café junta todos los caracteres anteriores, pues mientras atrae y barre como el oro y el caucho, tiene también la influencia colonizadora de los otros productos más pacientes, aparte

de su gran papel en la economía monetaria. Con el movimiento de la frontera, muda el centro de gravitación: para el azúcar, Bahía y Pernambuco; para el café, S. Paulo, especialmente en la Primera República, o sea hasta antes de la revolución de 1930. La policultura de Río Grande do Sul y Minas Gerães (que también posee riquezas minerales famosas), amenazan la primacía de S. Paulo, pero aún tienen que cooperar con este rico Estado para salir adelante. La mudanza continua de artículos capitales no sólo afecta la política interior, sino también la política internacional: la lucha del Norte y del Sur es reflejo de la pugna entre influencias americanas y europeas: Bahía, la Virginia Americana, se puebla de ingleses, mientras S. Paulo da un nuevo tipo, un yanki sudamericano. El principal mercado de azúcar, oro y algodón era Europa. El caucho y el café pasan por los Estados Unidos. La lucha del café brasileño, como la de la azúcar cubana, se ha entablado en Norteamérica como campo de pelea. Es el café quien determina el acercamiento internacional —casi subordinación— del Brasil a los Estados Unidos.

El folleto de que se trata lo escribió nuestro autor en 1936 y lo dio a la estampa en México en 1938. Seguramente fue uno de los informes que Reyes enviaba a nuestra Secretaría de Relaciones.

El comentario que se ocurre al leer que “es el café quien determina el acercamiento internacional —casi subordinación— del Brasil a los Estados Unidos” es que de entonces acá, durante los 30 años transcurridos, la subordinación de ese “gigante inseguro” al capital norteamericano ha aumentado considerablemente, corriendo la misma o parecida suerte que otras naciones latinoamericanas.

En opinión de Reyes, “el Brasil ha perdido todas sus grandes batallas económicas” debido a que ha sido incapaz de producir en condiciones de competencia con los productos similares extranjeros. Hace notar la desventaja del cultivo extensivo brasileño en comparación con el intensivo de países técnicamente más adelantados, y agrega que la declinación de una mercancía brasileña “no lleva a perfeccionar técnicamente su cultivo”, sino a lanzar al mercado internacional un nuevo artículo que a la postre sigue la misma suerte que el anterior.

En cuanto a los empréstitos brasileños contraídos en Londres en el curso del siglo XIX dice que se redujeron “al juego de la flauta: destapar unos agujeros para tapar otros”. El comentario se impone: lo mismo pasó en México.

Y al examinar las ideas económicas predominantes en Brasil en la primera mitad del siglo pasado, nos informa del hecho paradójico de

las dos principales influencias, la de Adam Smith y la de Claudio Enrique Rouvroy, conde de Saint-Simon. La influencia sansimoniana quizá se debió al libro *Catecismo de la industria* publicado en París en 1822 y a alguna otra obra anterior del mismo gran utopista francés. Saint-Simon pensaba que la palabra industria quería decir trabajo pacífico y daba gran importancia a lo económico en el desarrollo social. Para él las únicas tres clases productoras eran la de los industriales, la de los sabios y la de los artistas, clasificando a todos los demás como parásitos. En cuanto a Smith ya sabemos que es considerado, con razón o sin ella, nada menos que el fundador del liberalismo económico y de la escuela clásica inglesa.

Don Alfonso Reyes tenía ideas claras sobre la influencia del progreso tecnológico en la vida social. En *Historia de un siglo* que aparece en el tomo v de sus *Obras completas*, se ocupa de la Revolución Industrial en los términos siguientes:

La revolución industrial, hija del maquinismo, comienza con los progresos de hilados y tejidos en Inglaterra, madura con el vapor, culmina con la electricidad; transforma, al volcarse por toda Europa, los cuadros sociales. Sus nuevos perfiles son la división del trabajo, el aumento de la producción, el nacimiento de ciudades fabriles, la creación de las dos clases —patrones capitalistas y trabajadores asalariados—, las uniones de obreros, la aceptación creciente de la labor femenina e infantil, la acelerada expansión del comercio, el prodigioso desarrollo de las comunicaciones. Antes, ‘las hilanderas’ de Velázquez; ahora, una planta del Liverpool moderno. Tales son los términos de esta rauda evolución.

La política resiente el efecto de estas mudanzas. Y la relación entre las ganancias del capital y las ganancias del trabajo es el fondo de todas las futuras luchas sociales... ‘Las cuatro hadas del siglo XIX’ han sido el vapor, la electricidad, el maquinismo y la química. La marmita, el motor de explosión y el barco de vapor, el ferrocarril, el telégrafo, el alumbrado, la fotografía y cien inventos más no son solamente unos juguetes. Bien está que afecten despreciarlos algunos modernos ascetas que, sin saberlo en el mejor caso, cuentan con ellos todos los minutos del día y de la noche, todos los días del año y todos los años de su ‘residencia en la Tierra’. Pero a tales instrumentos debemos, en suma, el dominio de la naturaleza, que un espectador de Sirio, recorriendo nuestro panorama histórico, llamaría acertadamente la magia, insignia de la civilización de Occidente.

No es exagerado decir que la revolución industrial afecta a la

familia humana hasta en sus últimas estructuras biológicas y en sus relaciones nerviosas; a la vez, comunica al hombre el sentido de ser un morador de todo el planeta. La era que hemos llamado actualidad de la historia, es la era prometida por excelencia. El problema para nuestra especie depende ahora del equilibrio o desequilibrio entre la aptitud moral, difícil de acrecer, y la capacidad material en desenfrenado desarrollo.¹

Hacemos notar que cuando Reyes escribe que “la relación entre las ganancias del capital y las ganancias del trabajo es el fondo de todas las futuras luchas sociales”, parece aceptar o por lo menos conceder significación importante al principio de la lucha de clases; pero lo anterior queda atenuado cuando escribe: “El problema para nuestra especie depende ahora del equilibrio o desequilibrio entre la aptitud moral, difícil de acrecer, y la capacidad material en desenfrenado desarrollo”. En efecto, podemos afirmar que después de casi 50 años de lo escrito por Reyes (corresponde a artículos escritos en Madrid en 1919) es difícil sostener que el hombre haya adelantado desde el punto de vista moral frente a los extraordinarios avances de las ciencias de la naturaleza; y en ocasiones más bien se recibe la impresión de retroceso, de involución. Tres ejemplos bien conocidos: las cámaras letales de Hitler, las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki y últimamente el caso de Vietnam.

En un conocido artículo de Reyes dado a la stampa bajo el rubro “El hombre y su morada” opina que un mundo en el cual se queman las cosechas mientras millares de seres humanos mueren de hambre, es un mundo mal repartido. Por otro lado, en el pequeño libro *Ancorajes*, publicado en 1951, diserta sobre las clases ociosas diciendo que los parásitos se dividen en ricos y pobres; que el rico “vive del esfuerzo ajeno y no devuelve a la sociedad ninguna contribución apreciable”, y que el pobre se deja llevar por la inercia social, la cual “lo transporta dulcemente de la cuna a la sepultura”.² No estamos de acuerdo con lo de “dulgemente”; mas bien convendría utilizar los vocablos amargamente; o todavía mejor dolorosamente.

Uno de los libros más celebrados de Alfonso Reyes es *El deslinde*. En él encontramos sintetizado su parecer sobre la interpretación o concepción materialista de la historia. Reyes nos dice que la historia no puede prescindir de la ayuda de la economía política, porque “esta

¹ *Op. cit.*, pp. 20 y 21.

² Reyes, Alfonso. *Ancorajes*, pp. 58 y 59.

ciencia presta hoy su lenguaje a la explicación de los hechos históricos”, entendidos en el pasado como sucesos caprichosos de lo político. Se trata del materialismo histórico descubierto por Carlos Marx, descubrimiento que significó algo semejante a “la revolución copernicana”. Añade que no es necesario ser materialista histórico “para aceptar la necesidad de esta exégesis, que completa el entendimiento de los hechos sociales”. Y todo parece indicar que él, Reyes, acepta la dicha exégesis. No es ocioso recordar que el materialismo histórico ha sido denominado interpretación económica de la historia por Seligman, realismo histórico por Sée e interpretación científica de la historia por Pareto.

No son pocas las páginas a través de alguno de sus libros en que examina con objetividad el hecho económico del imperialismo. En *Tentativas y orientaciones* escribe que el liberalismo ha desatado la competencia dando pábulo a esos super Estados, ingentes potencias industriales producto del capitalismo moderno “que se venía preparando desde los días de los grandes descubrimientos geográficos y la creación de los grandes mercados, las colonias de explotación, etcétera. Nosotros sabemos bien, por nuestras aficiones personales, que la libre competencia, considerada por los economistas clásicos como la palanca impulsora del progreso económico y social, se ha destruido a sí misma en los países de estructura capitalista, produciendo esas monstruosas unidades económicas de poder incontrastable, las cuales muchas veces influyen de modo decisivo en la política de los gobiernos. El caso de los Estados Unidos es notorio e incontrovertible.

En uno de sus excelentes estudios históricos que aparece en el volumen v de sus *Obras completas* al referirse a lo que podríamos llamar origen y desarrollo del imperialismo, nos dice lo que a continuación se transcribe:

En las últimas décadas del siglo XIX, se ensancha el escenario histórico. Los duelos europeos se vuelven mundiales. Ya no es el Rin, ya no es el Danubio o siquiera la península balcánica. Ahora se trata de Africa, de Asia, de los mares del Sur. No bien se han reorganizado las naciones, cuando ya tienden a convertirse en imperios; no bien arreglan, más o menos, su propia casa, se echan sobre la casa ajena. Esta expansión, como hemos dicho, va determinando al paso la evolución del sistema de alianzas descrita en anterior capítulo. Las ocupaciones de territorios comienzan por disimularse, con más o menos sinceridad o inconsciencia, bajo el aspecto de fardos morales, encomiendas de almas, duros deberes civilizadores, hasta que

un buen día descubren —confiesan— que son un excelente negocio. El imperialismo reconoce causas económicas, y se escuda en pretextos humanitarios y de prestigio nacional.

Páginas adelante atribuye a causas económicas las guerras de Inglaterra en Sudáfrica, la europea en Pekín, la italiana en Tripolitania y las dos en las Balkanes, culminando con la gran guerra de 1914. Esta guerra en opinión de varios autores se debió a la lucha de Gran Bretaña contra Alemania por el dominio de los mercados de materias primas y de productos industriales, así como también por la supremacía financiera en las naciones coloniales o semicoloniales. De suerte que la suerte, la vida o la muerte de millones de seres humanos dependió, por el menos en buena medida, de la ambición de los grandes mercaderes de las dos potencias mencionadas.³

Citaremos nuevamente *Tentativas y orientaciones* en que nuestro polígrafo explica los pretextos que se dan para justificar la conquista de un país débil por un país fuerte:

a) El primer pretexto de la conquista imperial es el pretexto moral o civilizador. La historia está llena de ejemplos. Esta disculpa es irrisoria y contraria a la humanidad y el derecho.

b) El segundo pretexto imperial de la conquista es la teoría racial, anticientífica por todos aspectos, conforme a la cual corresponde a determinado tipo humano, y es su mayor incumbencia histórica, el gobernar a los demás. Se la encuentra, como mero alarde poético y patriótico, en una palabra de Virgilio. El falso espíritu de Gobineau la vuelve a poner de moda, aunque ya no como privilegio del romano, sino del escandinavo rubio; Nietzsche le presta su genio para la concepción de la “bestia blanca”; cierta política se le apropia, adaptándola y adulterándola a su talante (discurso de Munich, 27 de enero de 1936); y por la más cómica de las paradojas, esta pretendida verdad, construida por y para la raza blanca, opera milagros en Manchuria y en China, esgrimida por los amarillos japoneses. Por donde se ve que, en el fondo el disparate racial no se refiere a raza ninguna, sino que sólo sirve para justificar la explosión de los imperialistas, de cualquier color que ellos sean.

c) Otro pretexto imperialista, con más visos o apariencias científicas, es el pretexto de la sobrepoblación. Según esto, las grandes naciones necesitan salida para su plétora humana. Lo curioso es que

³ Reyes, Alfonso. *Obras completas*. Tomo V. En “Historia de un siglo”, pp. 234, 235, 326 y 327.

los apóstoles de esta doctrina, mientras por un lado la predicán, por el otro insisten en la urgencia de medidas para evitar que la proporción anual de nacimientos pueda decrecer con el desarrollo de los refinamientos ciudadanos, e instituyen premios para las parejas que den más 'soldados a la patria'.

d) El cuarto pretexto imperialista se funda en la necesidad de la materia prima que las grandes naciones industriales no poseen dentro de su actual territorio (Discurso de Goebbels, 17 de enero de 1936). Este pretexto tiene, al menos, en su crudeza, más realidad que los anteriores, aunque tampoco puede justificar la conquista. Pero, al presentar a las colonias como vastos almacenes o graneros del imperialismo industrial, disimula el verdadero carácter de las explotaciones coloniales. Si se tratara solamente de cambiar materias primas por artículos elaborados, ¿para qué la guerra y la conquista? Este pretexto lo esgrimen las llamadas potencias poseedoras o satisfechas contra las potencias desposeídas o insatisfechas: los 'Have' contra los 'Have-not', los cuales son generalmente revisionistas del Pacto de Versalles. Donde hay abundancia de materias primas, todas las naciones industriales podrían venderlos; pero como la competencia de los capitalismos en libertad quiere asegurarse el vasallaje de mercados coloniales exclusivos, de aquí la conquista, la guerra, la lucha por los privilegios.⁴

Agreguemos nosotros: cuando un país por el desarrollo de sus industrias, de su comercio y de sus sistemas de crédito, logra acumular capitales más allá de las necesidades que exige su propio desenvolvimiento económico, y los intereses del capital invertido se reducen a tasas muy bajas; entonces los capitales que no encuentran inversiones lucrativas en su territorio, emigran a las naciones de retardada evolución, donde se colocan en negocios que producen altas ganancias. Además, los países superindustrializados han menester para continuar su línea ascendente, tanto de mercados para sus productos como de materias primas. Con tal propósito adquieren en las naciones atrasadas materias primas baratas por medio de la explotación de los trabajadores indígenas y logran la adquisición de mercancías a bajos precios, lo cual es obstáculo para la industrialización de estas naciones. En otros términos, los capitales excedentes se desbordan e invaden las zonas geográficas vecinas o lejanas, de la misma manera que el agua, cuando en abundancia se precipita por las corrientes que surten la presa

⁴ Reyes, Alfonso. *Tentativas y orientaciones*, pp. 89, 90 y 91.

que la contiene, sobrepasa la cortina y cae y fluye, inundando las comarcas próximas o distantes. Esto es lo que es imperialismo económico, que de modo inevitable se torna imperialismo político. Hay que proteger los intereses de los súbditos o ciudadanos de los países fuertes. Y como se ha dicho ya muchas veces, tras los comerciantes van las banderas.

La actitud contraria al imperialismo fue constante en Alfonso Reyes. En una entrevista concedida al escritor Mauricio de la Selva con motivo de la intervención yanqui en Guatemala en 1954, dijo textualmente, que “ni por un instante rehuyo el declarar que abomino del Imperialismo bajo todos sus disfraces y disimulos y que deseo la libertad de los pueblos y de los hombres. La tragedia de Guatemala me duele como cosa propia”. Al atentado contra la soberanía de la vecina república hermana lo llamó John Foster Dulles, sarcasmo inaudito, una gloriosa victoria.

Don Alfonso se ocupa de informar a sus lectores lo que a su juicio debe entenderse por derecha y por izquierda. Para él la derecha carga el acento en el pasado y la izquierda en el futuro, de lo cual resulta que la derecha es realista y la izquierda utopista. Reyes es siempre sereno y ponderado; y prefiere la sordina al do de pecho. Parece que se inclina, invariablemente, a sostener que la verdad no está en los extremos. Sin embargo “cuando la violencia, la impudicia, la barbarie y la sangre se atreven a embanderarse como filosofías políticas, la duda no es posible un instante. Nuestro brazo para las izquierdas: cualesquiera sean sus errores en defecto o exceso sobre el lecho de Procasto de la verdad pura, ellas pugnan todavía para salvar el patrimonio de la dignidad humana, hoy tan desmedrado, hoy tan amenazado”. Y a propósito de tema tan traído y llevado, bueno es formular aquí, por cuenta propia, algunas reflexiones.

Parece obvio que todo hombre de derecha o derechista es un conservador. En consecuencia cabe afirmar que a través de toda la historia de las sociedades humanas han existido conservadores u hombres de derecha, lo mismo que progresistas u hombres de izquierda. El conservador es el que quiere conservar lo existente tal y como es, porque está bien situado en el mundo, porque se siente bien en su poltrona, porque la vida es buena para él y teme cualquier cambio que en alguna forma pudiera perjudicarlo. En ocasiones quisiera realizar algo imposible: detener el tiempo. Mas si el hombre de derecha no sólo es conservador sino reaccionario, en ese caso tiene la mirada fija en el pasado; quisiera que la sociedad retrocediera a la época de Felipe II; quisiera, absurdo inaudito, que las corrientes del río de la historia

retrocedieran a su manantial originario. El hombre de izquierda o izquierdista, no se siente bien en su mundo porque le parece injusto. Puede o no sufrir él la injusticia, pero le duele el dolor del prójimo, la miseria del pueblo, y quisiera con su esfuerzo transformar la sociedad haciéndola marchar hacia adelante y ejercer en ella noble y constructiva misión rectora en su pequeño círculo, en su provincia, en su país o en el mundo entero.

En consecuencia, de conformidad con lo anterior, tratemos de averiguar quiénes en la historia de México han sido hombres de derecha y quiénes de izquierda, quiénes quisieron conservar lo existente tal y como existía, y quiénes quisieron realizar profunda transformación. El padre Hidalgo sintió en su recóndita intimidad el dolor de una patria sojuzgada y quiso libertarla. Su profundo desacuerdo con la organización colonial lo arrojó al torbellino de la Revolución de Independencia. El padre Hidalgo fue un inconforme, fue un hombre de izquierda, en tanto que fueron hombres de derecha los obispos que lo excomulgaron. Murió sin realizar su grandioso sueño. Lo siguió en la lucha para crear una patria el cura Morelos, nuestro gran cura Morelos, hombre evidentemente de izquierda y evidentemente de derecha los inquisidores que lo humillaron, lo mismo que el virrey Félix María Calleja.

¿Y quiénes fueron de derecha y quiénes de izquierda durante las guerras de Reforma?

Fueron de izquierda Benito Juárez, el Benemérito, el hombre todavía odiado por la derecha fanática y ultramontana; fueron de izquierda Ponciano Arriaga, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Melchor Ocampo, Ignacio Zaragoza, Santos Degollado, Leandro Valle y otros más que sería ocioso citar. Fueron de izquierda porque lucharon para libertar a México del dominio de un clero inmensamente rico, egoísta, ambicioso e ignorante. Y fueron de derecha durante esa etapa dramática y sangrienta de nuestra historia los que fueron a pedir ayuda a Napoleón III, a traernos la Intervención francesa y a un flamante emperador: el archiduque Maximiliano de Habsburgo; es decir, los que traicionaron a su patria para no perder su riqueza, sus granjerías, sus prerrogativas, sus privilegios.

Para el preciso momento histórico en el que le tocó actuar, Francisco I. Madero fue un hombre de izquierda, de igual manera que los que lucharon a su lado. La derecha porfirista no pudo tolerar el triunfo del caudillo revolucionario y nunca dejó de conspirar en la sombra. Así se creó el clima para el cuartelazo y la traición de febrero de 1913. Ya lo sabemos: Victoriano Huerta, el soldado traidor, hizo

que Madero y Pino Suárez fueran asesinados. Victoriano Huerta fue un típico hombre de derecha, no sólo conservador, sino reaccionario, quiso gobernar con fórmulas caducas. Desde luego, lo combatió Venustiano Carranza con sus generales improvisados, con sus ejércitos improvisados de campesinos, de mineros y de artesanos. Del lado de Huerta —esto no puede negarse porque es un hecho histórico incontrovertible— estuvieron con decisión las fuerzas de la derecha, las derechas de siempre: los arzobispos, los obispos, los banqueros, los industriales, los comerciantes y el ejército porfirista. Carranza tuvo un solo apoyo, el apoyo del pueblo, del pueblo desnutrido y harapiento. Fue la lucha —la frase es de Pedro Henríquez Ureña— del peladismo honrado contra el decentismo ladrón.

¿Y ahora a fines de 1966 quiénes son de derecha y quiénes son de izquierda?

La respuesta no ofrece ninguna dificultad. Son de derecha los descendientes ideológicos de los obispos que excomulgaron a Hidalgo y de los inquisidores que humillaron a Morelos; son de derecha los descendientes ideológicos de los traidores que nos trajeron la intervención francesa y a Maximiliano, son de derecha los descendientes ideológicos de Victoriano Huerta y de los mercaderes de toda laya que lo ayudaron a mantenerse en el poder usurpado. A toda esta variada especie zoológica, hay que agregar a buen número de generales y políticos desgajados de la Revolución, traficantes de influencias, enriquecidos en los puestos públicos o en otros menesteres nada honrosos. Y lo irritante estriba en que hay entre estos sujetos de vida turbia, quienes con cinismo increíble se atreven a señalar el rumbo que debe seguir la República. Muchas veces, seguros de que la Revolución ha muerto, se muestran públicamente defensores ardientes de la Revolución.

De izquierda son los que llevan el amor por México en la sangre, en la carne y en los huesos; de izquierda son los que luchan sin cesar contra la miseria, la ignorancia y el hambre de las grandes masas de nuestra población; de izquierda son los que defienden la soberanía nacional y la independencia económica del país; de izquierda son los que marchan hacia adelante para alcanzar metas nuevas de justicia social; de izquierda son los que quieren un gobierno honrado, progresista y patriota; de izquierda son los que sueñan en una patria grande, libre y respetada, en la cual todos sus hijos sean tan dichosos como sea dable serlo sobre la tierra. Por todo esto, el hombre de izquierda debe sentirse satisfecho de ser de izquierda y decirlo con orgullo, despacio y en voz alta siempre que se presente la ocasión.

Un humanista de la calidad de Alfonso Reyes tenía que ser defen-

sor ardiente de la paz entre los hombres y entre las naciones. Nos lo dice en un artículo titulado "Doctrina de Paz", incluido en *Tentativas y orientaciones*: "Trabajosamente se va abriendo paso por la humanidad el impulso ético que procura sustituir la antigua noción del honor guerrero por la nueva noción del honor fundado en la paz, fundado en el servicio del pueblo". Páginas adelante añade que son los pacifistas los que están preparando el porvenir. Y en otro trabajo, en tono levemente burlón: "Se sabe de agentes de la policía que, en ciertos países, toman nota, en su libreta de sospechosos, de todo el que hable de pacifismo o de solidaridad humana, porque, según parece, en el fondo de estos conceptos está agazapado el monstruo horrendo de las subversiones sociales". Precisa reconocer que en los últimos años después de Juan XXIII y de Paulo VI, la palabra paz ya no se considera subversiva o maldita como sucedía hace apenas 10 o 15 años.

En otro libro, *Marginalia*, encontramos un ensayo sobre el genocidio, asunto del cual se habla frecuentemente en nuestros días con motivo de la agresión norteamericana en Asia. Copiamos enseguida tres párrafos del ensayo citado:

El 'genocidio' abarca la destrucción premeditada de un grupo humano, en su entidad de nación, raza o religión, y cuantas tentativas se encaminen a llevar a cabo semejante aniquilamiento, sea abierta o clandestinamente, sea por autoría, complicidad o incitación efectiva, sea por los gobernantes o las personas privadas que compartan la responsabilidad de este crimen; ya se trate del aniquilamiento físico y actual, que consiste en mutilar o matar seres humanos, o en someterlos a condiciones irresistibles como las de campos de concentración, trabajos forzados, hambre o contaminación voluntaria de enfermedades; ya del aniquilamiento futuro o interrupción de la continuidad biológica como las medidas de esterilización, el aborto, el secuestro de niños y otros actos de parecido intento.

Los ejemplos de tales crímenes pesan en la conciencia de los contemporáneos, sin que sea menester remontarnos a los ejemplos de la historia: destrucción de Cartago, persecuciones de cristianos en Roma, matanzas armenias y otros casos de fácil e infausta recordación.

El genocidio merma y rebaja el valor espiritual de la especie, su patrimonio biológico, cultural y económico, y siembra vientos de rencor para futuras tempestades y guerras. Es el crimen por excelencia contra el Hombre y viene a anular el privilegio único de la familia

humana entre todos los seres vivos, que consiste en ser capaz de promesa, de esperanza, de confianza en el porvenir.⁵

En la historia de todos los tiempos y de todas las naciones se encuentran casos de genocidio, es decir, de exterminio sistemático de un grupo social por motivos de religión, de raza o por razones de carácter político; el hombre, siempre, lobo del hombre. Y no es posible saber si algún día en lo por venir la voz genocidio desaparecerá del lenguaje humano, de nuestro pequeño grano de lodo lanzado hacia el espacio hace milenios por las manos inefables de una inteligencia creadora.

A juicio de don Alfonso la tierra desunida, partida en discordias, es un organismo con deficiente circulación y por lo mismo la sangre no llega a todas partes, hecho que produce “asfias e intoxicaciones”. Y agrega que “la fraternidad cristiana, hace veinte siglos que anda dando rodeos, y todavía no puede bañar a todos los hombres”. El hecho —lo decimos por nuestra cuenta y riesgo— es que sumadas todas las ramas del cristianismo representan apenas el 18% en números redondos de los habitantes del mundo en la hora actual; y, por ende, ni siquiera en los países cristianos practican los cristianos el verdadero cristianismo: ceremonia y rito en vez de la esencia de la doctrina. Ya lo hemos dicho en otra ocasión: entre el régimen capitalista y la doctrina de Cristo hay una antinomia irreductible. Al amor entre los hombres, base cristiana de la vida, se opone el grito brutal del mercader: ser es luchar y vivir es vencer.

Pasemos a otro tema. El diccionario de la Real Academia Española define la palabra cultura en los términos siguientes: “Resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre”. Pobrísima definición. Para Linton, autor de la obra titulada *Estudio del hombre*, la cultura de cualquier sociedad es la suma total de las ideas, las reacciones emotivas condicionadas y las normas de conducta que sus miembros han adquirido por instrucción o imitación y que comparten en mayor o menor grado, Ortega y Gasset, en su estudio, *Misión de la Universidad*, dice que la “cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee”, y que ésas que él llama “ideas vivas o de que se vive, son, ni más ni menos, el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuáles son más esti-

⁵ Reyes, Alfonso. *Marginalia*, pp. 88 y 89.

mables; cuáles son menos"; y agrega que "la cultura necesita —por fuerza, quiérase o no— poseer una idea completa del mundo y del hombre".

Hasta aquí no nos satisfacen del todo las ideas anteriores sobre la significación del vocablo cultura, ni las de Linton, ni las de Ortega y Gasset. ¿Por qué la cultura de un pueblo o de una época debe sólo abarcar el horizonte intelectual y no tener conexión alguna con las cosas materiales, tales como los utensilios, los instrumentos de trabajo, las máquinas y los edificios?

Algunos antropólogos han explicado mejor que los filósofos lo que es la cultura. Malinowski escribe que es esencialmente una realidad instrumental que existe para satisfacer las necesidades del hombre, de mucho mejor manera que por la simple adaptación al medio. En otra parte: la cultura es una unidad bien organizada que se divide en dos aspectos fundamentales: un conjunto de instrumentos de trabajo y una serie de costumbres sistematizadas; mas no se queda Malinowski en un solo campo, como pudiera inducirse de las frases anteriores; porque en su opinión, y la expresa con toda claridad, la cultura no material requiere un complemento menos sencillo, menos fácilmente catalogable y que consiste en el conocimiento intelectual, el sistema ético, los valores espirituales, la organización social, el lenguaje, la religión y el arte. Nuestro parecer se acomoda al criterio y a los conceptos del antropólogo polaco. En consecuencia, la cultura estriba en los sistemas ideológicos y de producción de una comunidad, en un momento histórico dado.

Veamos ahora lo que el autor de *El deslinde* nos dice acerca de la voz cultura:

La obra de la cultura consiste en salvaguardar, transmitir y hacer correr con igual facilidad por todos los pueblos las conquistas del hombre, materiales o espirituales; consiste en redondear y canalizar la tierra para la mejor circulación del bien humano. Por eso la cultura es, en esencia, coordinación cooperativa: lo mismo los puentes y túneles, las carreteras, los medios de locomoción, que la repartición y distribución de los frutos económicos e intelectuales. La captación de la tierra por el hombre dista mucho de ser completa. El ideal no se ha realizado, acaso porque nunca se logró que los distintos pueblos marchen de acuerdo.

La cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia. Es el acarreo de conquistas a través de las cuales el

hombre puede ser lo que es, y mejor aún lo que ha de llegar a ser, luchando milenariamente contra el primitivo esquema zoológico en que vino al mundo como enjaulado. La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla es conservar y continuar al hombre.⁶

Como se ve, el parecer de Reyes sobre lo que es la cultura coincide en términos generales con el de Malinowski.

Ahora queremos recoger algunas opiniones de quien fuera dilecto amigo nuestro, tanto acerca del porfirismo como del propio general Porfirio Díaz. Transcribimos enseguida tres párrafos tomados de "El cazador", de "Aquellos días" y de "Pasado inmediato", en orden de inclusión:

... No sé si os asombrará lo que os digo; pero hubo un día en que mi México pareció —para las conciencias de los jóvenes— un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos: sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas 'pequeñas repúblicas revolucionarias'. ¡Y teníamos un concepto estático de la patria, y desconocíamos los horrores que nos amenazaban, sólo para que gimiéramos más el día del llanto! Y creíamos —o se nos quería hacer creer— que hay hombres inmortales, en cuyas generosas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.

* * *

El gobierno mexicano de Porfirio Díaz, con sus puntas y ribetes de 'despotismo ilustrado', habría transcurrido sin obstáculo, a haberse dado en plena era monárquica de la humanidad. Por haberse dado en una era democrática, paró en un fracaso y admitirá siempre en la historia un grave reparo: el no haber contado con la integración fundamental y la movilidad y dinamismo que caracterizan a la democracia; el haber creído que podían ponerse —de una vez para siempre— de este lado los gobernantes y del otro los gobernados; el

⁶ Reyes, Alfonso. *Cuadernos Americanos*. Marzo-abril, 1942. pp. 7-10.

no haber dejado que el pueblo se educara gradualmente para gobernarse a sí mismo, puesto que el porvenir había de desarrollarse dentro de una atmósfera democrática. Y aquí gobernarse a sí mismo quiere decir algo muy precioso; quiere decir educarse para un cambio continuo y fácil de los hombres en los puestos públicos (no en los técnicos), entregando al resultado de los sufragios y a la mecánica constitucional el decidir periódicamente estos cambios, de modo que la función del gobierno interese a todos de un modo, a la vez, normal y no exclusivo.

* * *

El antiguo régimen —o como alguna vez le oí llamar con pintoresca palabra, el Porfiriato— venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos.

En el mismo libro publicado bajo el rubro de *Pasado inmediato*, Alfonso Reyes escribe que la Revolución Mexicana nació más bien de un impulso popular que de una idea preconcebida, que no fue planeada sino resultado “de un crecimiento natural”. A su entender nuestro gran movimiento social se fue aclarando poco a poco y precisando las metas que debían conquistarse a medida que se intensificaba la lucha armada. El parecer de nuestro Alfonso ha sido compartido por muchos estudiosos de la historia contemporánea de México. Nosotros que también tuvimos tal parecer durante cierto tiempo nos hemos rectificado como consecuencia de más acuciosas investigaciones, de precisión de

hechos vividos en la juventud, de nuevas lecturas y de lentas y profundas reflexiones; todo para llegar a las tres siguientes conclusiones:

1) Que la Revolución Mexicana sí tuvo un cuadro de ideas claras y definidas como puede comprobarse con el Manifiesto del Partido Liberal de 1906 y buen número de artículos periodísticos, manifiestos de los partidos políticos y otros documentos de carácter personal antes del 20 de noviembre de 1910.

2) Que de manera obvia, lo mismo que en todos los movimientos revolucionarios, las ideas y principios iniciales se aclararon y perfeccionaron durante las peripecias de la contienda.

3) Que lo que podemos llamar la ideología de la Revolución Mexicana no es cierto que haya sido genuina y privativamente mexicana, sino que recibió la influencia lógica e inevitable del pensamiento universal, particularmente de las doctrinas anarquistas y socialistas en boga en Europa en los tres primeros lustros del presente siglo.

Y para terminar el esbozo de algunas ideas del mexicano ilustre, que tuvo luz y alas en el pensamiento, vamos a transcribir algunas opiniones acerca de las múltiples facetas de su rica personalidad:

De Jorge Luis Borges:

Reyes es fino catador de almas, es observador benévolo de las distinciones insustituibles de cada yo. De tan bien conversarnos de sus amigos, nos amiga con ellos.

De Ezequiel Martínez Estrada:

Hubo también elogios reticentes; se le reprochó que consagrarse más interés a los asuntos universales que a los conminatorios de su época y su país. Este y otros reproches que se desembozarán paulatinamente son inconsistentes, y hasta cierto punto de incomprensiva trivialidad. Toda la obra de Alfonso Reyes está sellada con caracteres representativos de su linaje. Su interés por los problemas que competen a la vida del espíritu más que a la vida económica y política, lo alejó de su tiempo y su lugar, es cierto, convirtiéndolo en ciudadano del mundo. Su semejanza con Goethe 'el alemán' es, también a este respecto, incuestionable. Acaso fuera ateniense o florentino, pero en cualquier latitud era mexicano. El rasgo gentilicio a que aludía es la delicadeza, específica de la gran cultura náhuatl común en el indígena y rara en el hombre de letras. Diré civilización de orfebrería, filigrana, poesía, pluma y flor.

De Gabriela Mistral:

¡Desconcertante Alfonso Reyes, hombre salido de nuestra América y en el cual no están los defectos del hombre de nuestros valles: la vehemencia, la intolerancia, la cultura unilateral! Al revés de eso, una cordialidad "fabulosa" hacia los hombres y las cosas, especie de amistad amorosa del mundo; paralela con el amor de las criaturas, una riqueza de conocimiento del cual vive ese amor.

De Fernando Ortíz:

Sólo por él salgo hoy de las sombras de mi morbosa y senil abulia, para responder al llamado de quienes me honran pidiéndome unas líneas, como unas siemprevivas de recuerdo, para un homenaje fúnebre a ese antepasado gran genio, gran hombre, de las letras mexicanas. No sé de otro escritor pensante que tuviera más amplitud en sus ideas, sin límites de tiempo, pasado y futuro, y de espacio, aquí y allá en la metafísica. Su pluma podía cosquillear las sonrisas de la milenaria Cleopatra y las muecas que harán las bombas de cobalto que aún están por estallar. Y siempre con arte espontáneo y fino, y con la verdad y la bondad que manaban perennes de su inagotable humanía. Ya sabía él de todas las cosas, ahora en la gloria sabrá de muchas más.

De Juan Ramón Jiménez:

Hombre trino y un Alfonso Reyes, superior de espíritu, diferencia, cultura, conciencia, despejo, tolerancia. Una cabeza entera. ¿Desde dónde venía, así preparado de lo ajeno, de dónde le llegó lo diferente que él mismo le añadía, se incorporaba, se donaba? Bello caso de destino fatal resuelto. Tres razones por lo menos, sumadas en cuenta final. ¿Cuánto? Su prosa, su verso lo dirán a quien no lo conozca de vista. Las siete personalidades, la oblicua, la redonda, la recta, la picuda, la cuadrada, la horizontal, la vertical. Caminos indígenas, españoles, mejicanos hacia lo total permanente. Y todos caminados por lo sumo, con entrega y con análisis, con profundidad y con alegría, con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, del tránsito internacional y universal.

De Jean Cassou:

Hoy, si quiero escoger un ejemplo y un tipo de humanista verdadero y cabal, acogeré a un mexicano. Y me dirigirá a usted, querido amigo Alfonso Reyes, honor de las letras y de la diplomacia mexicanas,

sintiendo solamente que mis actuales deberes militares no permitan que llegue mi propia voz hasta sus oídos por las ondas transoceánicas. Otra vez, pues, lecrá mi homenaje; pero el oído de usted, experto en descifrar las más sutiles modulaciones del afecto, sabrá discernir todo el calor personal que anima tal mensaje. Según el lenguaje corriente, parecería que la flor del humanismo no puede crecer y abrirse en otra parte que en el jardín de las civilizaciones muy antiguas, muy envejecidas, hinchadas de tradición y de erudición. Pues no; en un pueblo joven como el pueblo mexicano existe también un humanismo, y Alfonso Reyes, escritor exquisito y abogado de las grandes causas, hombre de biblioteca y hombre de acción, me parece haber nacido para seguir defendiendo e ilustrando aquella gran tradición humanista mexicana.

De Luis Cardoza y Aragón:

Hace tiempo escribí de él que al hincarse sus raíces entre las grietas de nuestras pirámides y buscar nuevas savias, llegaron hasta los mármoles del Parternón. Algunas veces no se ha comprendido tal virtud; sin embargo, cada día es más clara su excelencia. En realidad, Alfonso Reyes estaba adelante, abriéndole camino a un México que hoy ya se percibe mejor. Pero él no iba con jactancia alguna de guía. Avanzaba sencillamente: lo que él llamaba "la respiración de su alma.

Alimentaba su fuego con esencias de todos los rumbos, y él ardía en su fuego con sus viejas tradiciones, con la idiosincracia de su pueblo. Era tan mexicano que supo ser hermano de todos los hombres. Ninguna cultura le fue extraña y por todas partes se sintió en su casa, porque estaba excepcionalmente enraizado en la suya: Parte de su obra aún está en la sombra. La revelación durará años. Su agudeza y su complejidad, como lo hacen ya tan diferente para cada uno de nosotros, de manera semejante lo harán para las próximas generaciones. No sufre de un asentamiento general sobre su obra: es decir, está vivo en ella, y se le discute esto, se le celebra aquello. Tal falta de unanimidad en el juicio (la unanimidad que es una forma de muerte), comprueba lo singular de su creación. Unos pueden ascender a una cima de cordillera, otros a otra. La luz se refleja en todas sus facetas, pero estamos aún contando sus facetas. Nos enredamos y comenzamos de nuevo a contarlas. Todavía no nos ocupamos a fondo de su luz. Su obra es como una sonrisa de México: cordial, escéptica y entusiasta. Nunca sube la voz; siempre se le oye. Es persuasivo y como casual. Su inteligencia parece que nunca entorna los párpados. Se ha olvidado

de todo lo que ha leído —una montaña mágica—, y nos dice para siempre lo que tuvo que decirnos y lo que sólo él podía decirnos”.

De Jaime Torres Bodet:

Hubo un tiempo, por fortuna ya superado, en el que ciertos ingenios reprochaban a Alfonso Reyes una indiferencia supuesta para lo nuestro. ¿Qué hacía en Grecia, junto al Partenón, aquel hijo dilecto de Monterrey? Los años se han encargado de explicarnos lo que entonces hacía: servir a México, contribuir a situarlo en lo universal.

De Ignacio Chávez:

Esta muerte de hoy nos deja en desamparo. Por sobre la admiración que teníamos por Alfonso Reyes había el hecho de que todos lo amábamos. Nunca un hombre reunió mayor don de simpatía ni se amasó una figura de mayor calidad humana. Y junto a esos dones estaba el otro, el de la radiación de una inteligencia superior. En el Colegio Nacional unos representan la historia, otros la filosofía y otros más, alguna disciplina artística o científica. Alfonso Reyes las representaba todas, como el ejemplo vivo de la universalidad en el talento y en la cultura. En él no sabría decirse qué predominaba, si el poeta o el ensayista, si el crítico o el filósofo, si el humanista o el científico. El científico también, aunque parezca extraño, porque nadie logró mejor que él sistematizar sus conocimientos y forjarse una recia disciplina mental e investigar en su campo con tanto rigor como un hombre de ciencia.

De Pedro Henríquez Ureña:

Alfonso Reyes, poeta de emociones hondas, hombre de imaginación y de ingenio, ensayista cuya libertad llega a vestir las apariencias del capricho arbitrario, es el reverso del improvisador sin brújula y del extravagante sin norma; predica —y ejemplifica— para su patria, la fidelidad a la única luz firme, aunque modesta. Debajo de sus complejidades y sus fantasías, sus digresiones y sus elipsis, se decubre el devoto de la noción justa, de la orientación clara, de “la razón y la idea, maestras en el torbellino de todas las cosas subconscientes”.

De Mariano Picón Salas:

No sólo su virtud de sabiduría y estilo, hacían acaso, de Alfonso Reyes el primer humanista y el primer hombre de letras de la América

Hispana, sino también la intención y mensaje moral que impregna desde sus obras eruditas hasta sus más libres ensayos. Fue el prosista más significativo y de ámbito más universal que dio el postmodernismo hispanoamericano; el hombre en quien culmina una revolución lingüística y que anuncia, al mismo tiempo otro clasicismo. Espíritu conciliador como lo fue en el siglo pasado don Andrés Bello, aunque la prosa de Reyes alcance una dimensión de gracia, agudeza inventora y trabajo artístico que no fue nunca el propósito del humanista venezolano. A cierta casa de la Avenida Industria en la ciudad de México como antes a las embajadas mexicanas en París, Río y Buenos Aires, acudieron siempre los escritores de América en busca de su sutilísima percepción crítica, su refinada erudición, su ánimo de concordia... Quizás fuera el gran escritor y humanista mexicano uno de los cinco o seis hombres de más vasta cultura literaria en el mundo... Era también uno de los pocos hombres que podían enseñar y aconsejar al continente entero. Nos deja la presencia, siempre irradiante, de sus libros, de su prosa perfecta, pero nos hará falta la voz, el sumo fervor, la cálida compañía y la generosidad del amigo.

Y aquí terminamos el brevísimo examen de algunas ideas sociales de la robusta y caudalosa personalidad de nuestro autor. Sus restos mortales descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres, honor con el cual la patria premia a sus hijos que supieron honrarla.*

* *El Pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964.* Fondo de Cultura Económica. México, 1a. reimpresión 1974, pp. 617-635.

ISIDRO FABELA: LETRADO, HISTORIADOR E INTERNACIONALISTA

Nació en Atlacomulco, pequeña población del Estado de México, en 1882 y dejó de existir en la capital de la República en 1964. Hizo sus estudios universitarios en la ciudad de México, recibíendose de abogado en 1908. Fue miembro fundador del Ateneo de la Juventud con Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y otro jóvene que más tarde se destacaron en la vida intelectual de México. En mayo de 1913 salió del país para incorporarse a la revolución constitucionalista acaudillada por don Venustiano Carranza. Bien pronto fue designado Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores por el Primer Jefe, cargo que desempeñó en aquellos momentos difíciles y a veces graves con atingencia y patriotismo. Recuérdese particularmente la ocupación de Veracruz por los marinos norteamericanos el 21 de abril de 1914.

Fabela jamás dejó sus armas de combatiente contra la arbitrariedad de los fuertes y en defensa de los pueblos débiles. Por esto a lo largo de su vida laboriosa, austera y rectilínea, fue, poco a poco, construyendo su pedestal.

A mi juicio Fabela pertenece al linaje de los grandes liberales con preocupaciones sociales, que dejaron huella profunda en la historia del pensamiento mexicano. Pienso en José María Luis Mora, Mariano Otero, Ponciano Arriaga, Ignacio Manuel Altamirano y Justo Sierra. Esto se piensa y se siente al leer sus libros. La personalidad del hombre aparece engrandecida con todas sus múltiples y ricas facetas: político, gobernante, internacionalista, historiador, literato, ensayista, filántropo, mecenas y qué sé cuantas cosas más. Y todo concurriendo, entrelazándose y palpitando en la vida de un solo ser humano.

En uno de esos jurados populares de principios del siglo, que tanto apasionaban a los habitantes de la ciudad de México y del resto del país, hubo un incidente enojoso provocado por la defensa, en aquella

ocasión representada por Jesús Urueta, el famoso orador de elocuencia avasalladora. El público que llenaba las tribunas, en su mayor parte estudiantes de derecho y de otras disciplinas, manifestó ruidosamente su simpatía por el defensor. El juez, molesto y violento ordenó que las tribunas fueran desalojadas. Hay un instante de desconcierto silencioso. Inesperadamente se oye una voz joven que desde las tribunas reclama con energía el derecho de los estudiantes de jurisprudencia a permanecer en el salón. Argumenta con buenas razones, con enérgica serenidad. El atrevimiento del intruso causa estupor; no había precedente. El juez, sin embargo, revoca la orden que había dado. No necesitamos decir que aquella voz era la del estudiante Isidro Fabela.

La Casa del Obrero Mundial organizó el 1o. de mayo de 1913 en un teatro de la ciudad de México, probablemente la primera conmemoración de los sucesos sangrientos de Chicago. Uno de los oradores fue Fabela, quien pronunció un valiente discurso a favor de los trabajadores y en contra de la codicia de los patrones. Su actitud fue temeraria si se toma en cuenta que en aquellos días imperaba en el país la mano criminal e implacable de Victoriano Huerta. El discurso, viril y elocuente, lo recuerdan todavía con admiración los viejos luchadores que lo escucharon.

Poco tiempo después, ya lo sabemos, se sumó a la Revolución. Al triunfar el constitucionalismo viajó en misión diplomática por América y Europa. De esta etapa de su vida, desde el punto de vista intelectual, lo más importante fue hacer escrito y publicado *Los Estados Unidos contra la libertad*, obra ya clásica y de consulta obligada. Y lo que vale la pena subrayar, con apoyo en los últimos libros y escritos sueltos de don Isidro, es que siguió pensando lo mismo en lo sustancial que en 1920.

En 1928, nuestro hombre se encuentra en París dictando conferencias contra Juan Vicente Gómez, el tirano de Venezuela; se encuentra ayudando con su consejo y prodigalidad a los jóvenes latinoamericanos que estudian en la capital de Francia. Todo con hidalguía, con la generosidad discreta que no lastima, con la naturalidad de un gran señor.

Vuelve al servicio diplomático en el gobierno del general Lázaro Cárdenas. En su gestión en La Liga de las Naciones, escribe excelentes páginas de internacionalista. Defiende a los países débiles agredidos por las grandes potencias, ciegas y soberbias; defiende a España, Austria y Etiopía, y pone en alto, muy en alto, el decoro de México. Es cierto que recibía del presidente Cárdenas instrucciones de carácter general; pero él, Fabela, las interpretaba, les daba forma jurídica y hu-

mana; les daba calor con su palabra encendida, con su pasión por la justicia. El gran presidente encontró al gran diplomático. Tal para cual, digno el uno del otro.

Gobierna al Estado de México en la quinta década del presente siglo: gobierno civilizado, progresista y honesto. Luchó contra el pistolero y la politiquería; construyó escuelas, organizó bibliotecas y museos; mejoró el Instituto de Enseñanza Superior, hoy elevado a la categoría de Universidad; en fin, señaló el camino de la limpieza política y administrativa a sus sucesores en el mando.

Nuevamente a Europa, al desempeño del alto cargo de juez en la Corte Internacional de Justicia, el más alto honor a que puede aspirar un hombre de letras versado en derecho internacional. No tenemos datos de la labor del licenciado Fabela en la Corte; mas conociéndolo como le conocimos, es seguro que debió haberse distinguido entre sus colegas por su cordura, ilustración y rectitud.

Regresó una vez más a México el caballero trotamundos; en esta ocasión con el ánimo de no volver a rebasar sus fronteras. Don Isidro andaba ya por los setenta años. Sus amigos pensábamos que lo que quería era gozar de tranquilidad hogareña en su hermosa casa del Risco; de un justificado descanso después de tanto batallar sin reposo. No; nada de eso. Sus amigos estábamos equivocados. Don Isidro Fabela no dejó de trabajar ni por un momento: discursos, conferencias, artículos y libros. En 1958 publicó nada menos que cuatro obras importantes: *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, *Buena y mala vecindad*, *Pueblecito mío* y *Paladines de la libertad*. Labor tan intensa y de seguro agotadora para quien ya se aproximaba a los 77 años, sólo puede realizarla un hombre movido por ideales superiores, sólo puede hacerlo un paladín de la libertad.

La muerte le sorprendió cumplidos ya los 82 años, trabajando como siempre en sus libros como si hubiera tenido 50 menos. Isidro Fabela, héroe civil y santo laico, es un ejemplo que debiera ser imitado.

Entre una veintena de libros de que es autor el notable internacionalista, cabe citar además de los ya mencionados, los siguientes: *Belice*, *El caso de Cuba*, *La política internacional del presidente Cárdenas*, *La conferencia de Caracas y la actitud anticomunista de México*, *La doctrina Monroe y la América Latina*, *Intervención y Neutralidad*.

A fines de 1959 se publicó un libro de homenaje a don Isidro, en el cual colaboraron 119 diferentes autores. Esto da idea de la simpatía y del cariño que supo despertar tan dilecto amigo. De esas numerosas demostraciones de afecto, vamos solamente a incluir 7 de ellas:

De Luis Cardoza y Aragón:

El doctor Fabela ha sido un maestro inbuido de principios humanistas, del sentido de la historia. En nuestra reflexión sobre el juicio hecho por dondequiera a la política norteamericana, hemos pensado en la vida de este gran mexicano. No ha sido un sembrador de discordia, sino un sembrador de amistades. Jamás ha actuado por resentimientos, sino por hombría de bien. Ponderado y sabio, su efectividad se basa en la bondad indiscutible de lo que defiende y en la capacidad de su lógica jurídica. Más que un polemista ha sido un expositor, un amigo respetuoso y sincero. En su espíritu no hay lugar para irresponsabilidades, fobias u obcecaciones. Este aspecto generoso y justiciero, deseo recordarlo particularmente. Hombre de fraternidad y solidaridad.

De Rómulo Gallegos:

Entre mis más gratos recuerdos de México y aún más, entre mis mejores impresiones de vida ya larga, tengo en categoría de predilección los de mi conocimiento y trato con don Isidro Fabela.

Alto y esclarecido representante de la cultura mexicana y persona de excelente calidad humana, que tiene firme posición tomada del lado de la razón y la justicia en todos los conflictos en que ellas puedan encontrarse, a esas insignes virtudes en los ejercicios de dignidad intelectual que le han conquistado posición cimera entre los cultivadores del pensamiento americano, se añaden en Isidro Fabela las de un fino modo de comportarse, con auténtica generosidad de espíritu, en lo cotidiano de sus relaciones con quienes se regalan y se honran con su amistad, por todo lo cual es grandemente satisfactorio y honroso para mí adherirme al justiciero homenaje que han querido rendirle sus numerosos admiradores.

De Manuel Gamio:

Por las altas dotes de honorabilidad absoluta, notable cultura y competencia, gran conocimiento de las aspiraciones y necesidades nacionales, etc., que concurren en Fabela, debió haber sido competente secretario en varios ministerios en vez de tanta gente incolora de que hemos padecido y hasta pudo haber desempeñado la más alta jerarquía en nuestro mundo político.

De Alfredo L. Palacios:

Porque Fabela es maestro en el pensamiento y en la acción. Es uno de aquellos varones de la antigua Roma y de la España del Siglo de Oro, que se han dado también en nuestras luchas de la "Independencia y la Organización" —testigos Sarmiento y Mitre— que abandonan la espada para seguir peleando con la pluma, en ambos campos con idéntico brillo y competencia. Es un ejemplo, a la vez, de acción y meditación. La revolución desarrollada en los campos de batalla; la diplomacia jurídica, representando a su pueblo en las lides internacionales del derecho; las esferas gubernamentales, donde siempre actuó en primera línea al servicio de nobles ideales; la cátedra, el periodismo, el libro y la conferencia, fueron palestras sucesivas de sus permanentes contiendas redentoras. En el alto sentido de la palabra, Fabela puede clasificarse como un civilizador. Es magnífico exponente de la vocación de nuestra raza en su incesante bregar por la justicia y en su condición de hombría cabal.

De Alfonso Reyes:

A poco, en el Ateneo de la Juventud, conocí en Isidro Fabela, y desde el primer instante lo aprobé para mí y lo admiré sin reserva, al escritor pulcro y fácil (dueño de la "difícil facilidad" sobre la cual tanto se ha dicho), al narrador y cuentista de buena ley, al autor de páginas donde el lector se desliza sin ningún tropiezo, y algunas de las cuales —raro don estético que en él era connatural— parece que se hubieran escrito solas.

De Jaime Torres Bodet:

Me interesaron, desde el primer encuentro, su curiosidad, su entusiasmo, su deferencia. Poseía un talento raro: sabía escuchar, incluso a los más humildes.

Sus lecturas, tan extensas como diversas, le deparaban un horizonte de perspectivas espirituales muy promisorias. Jurisconsulto, diplomático y escritor, no desdeñaba el placer de las bellas artes, ni la devoción por las bellas letras. En su biblioteca y en su charla, poetas y tratadistas alternaban amable y constantemente.

Hispanista sincero (y no de la "España negra"), pero convencido a la vez del valor que ilustra el pasado precolombino de nuestro pueblo, don Isidro Fabela ha sentido siempre la misión liberal de América y, dentro del Continente, la voluntad iberoamericana, la que Bolívar

enalteció con su ejemplo heroico. De allí la intención y la dimensión de su labor de internacionalista: hombre de derecho, sin duda, y, necesariamente, de gabinete. Pero, al mismo tiempo, hombre de tribuna. Orador en ella; palabra férvida y persuasiva. Y, en el diario y en la revista, como en el libro, pluma robusta, segura y fiel.

Esas palabras, esa pluma, esa acción vital han acatado incansablemente los deberes mayores que marca a todos los ciudadanos la voz de México. Como encargado de las relaciones exteriores de la República, en momentos de riesgo muy evidente, y como nuestro representante ante la extinta Sociedad de Naciones en días aciagos para la dignidad y la libertad del mundo, don Isidro Fabela se distinguió por su intrépido patriotismo y por su inquebrantable entidad moral. Igualmente se distinguió como gobernador del Estado de México, donde —con celoso ardimiento cívico— dejó de su tránsito muchas huellas, entre las cuales no olvidaré las numerosas escuelas que mandó edificar y que atestiguan su pasión generosa de educador.

De José Vasconcelos:

Muy pronto, cuando plasmaron las circunstancias, Fabela se había de unir a la Revolución. En ella fue Isidro elemento ilustrado y factor de unión. Los altos puestos no le marearon. Su generosidad siempre estuvo más alta que todos los membretes oficiales. En su oportunidad, Fabela escribió libros. Libros interesantes de doctrina internacional impecable y de relato de sus experiencias de funcionario siempre fiel a las exigencias del patriotismo. En su vida privada, Fabela ha podido hacer el milagro de repetir el ambiente de bondad y de cultura del hogar de sus padres.

En el periodo en que le tocó gobernar a su Estado, Fabela puso ejemplo de lo que puede hacer la honestidad en la Administración. Pureza en el manejo de los fondos públicos; cortesía sincera en el trato con todos los gobernados; ilustración y cordialidad. Y también y sobre todo, labor efectiva que levantó escuelas y dejó caminos y presas.

En resumen, no me ocurre sino declarar que Fabela ha sido siempre y sigue siendo, uno de los mejores entre nosotros.

Ahora vamos a examinar por nuestra cuenta y riesgo algunas de las ideas del licenciado Fabela. Con respecto a la personalidad de don Francisco I. Madero lo clasifica como alucinado, vidente y apóstol; reconoce sus virtudes de hombre y sus errores como gobernante. Dice que sin haber gobernado nunca no tuvo capacidad para gobernar por

exceso de ingenuidad y espíritu conciliador; que por creer que todos los hombres eran buenos y patriotas como él cayó en el engaño, en la traición y en la muerte. En términos generales coincidimos con tales opiniones. Para nosotros, bueno es repetirlo, Madero fue un hombre virtuoso, un gran caudillo, un mal gobernante que por morir a tiempo se hizo apóstol.

En páginas anteriores se hizo mención al discurso que el diputado Isidro Fabela pronunció en un teatro de la ciudad el 1º de mayo de 1913, cuando imperaba la mano sangrienta de Victoriano Huerta. Tomando en cuenta que el discurso ofrece una faceta de la personalidad de nuestro autor, se transcriben unos cuantos párrafos de la susodicha disertación:

El mundo entero consagra hoy sus alegrías, sus optimismos, sus entusiasmos a la Fiesta del Trabajo, como un tributo espontáneo de simpatía, como una ofrenda de amor, como un signo de reconocimiento y de admiraciones para esos millones de seres, respetables y no respetados, que pasan la vida pesada y melancólicamente trabajando siempre para los demás en medio de la monotonía doliente de la pobreza, sin más premio que las alabanzas mudas de la propia conciencia, sin más aliciente que la conquista del pan de todos los días, sin más consuelo que los dulces quererres del hogar, sin más descanso a veces que el de las noches, sin más esperanza que la conservación del salario.

Y ellos son, ellos, los que concurren con sus manos incansables a la eterna algarada del mundo; ellos son los productores pacientes y constantes de la riqueza; ellos son los que torturando sus fuerzas, menoscabando su salud y agotando impiamente su triunfal juventud, viven laborando la felicidad ajena.

La aspiración legítima de millones de hombres de alcanzar en la sociedad una vida mejor, más digna, más justa, más humana. Esta ansia de libertad que sacude las almas, que agujonea los cerebros contra nuestras leyes económicas, arcaicas y opresoras, y contra los mandatarios, incapaces de penetrar los ideales del pobre, porque el pobre está abajo y sufre y el gobernante está arriba y olvida. Este impulso tremendo del proletariado —empujado por todas las fuerzas de la historia y por todas las necesidades económicas del siglo—, a un altivo, pero justo ideal de mejoramiento económico, se transforma en aleluya regocijante en este día de mayo.¹

¹ Fabela, Isidro. *Antología del pensamiento universal de . . .*, pp. 167 y 169.

El 12 de abril de 1914 los marinos norteamericanos desembarcaron en el puerto de Veracruz. El general Gustavo Mass de guarnición en la plaza se retiró rápidamente a Tejería. No sabemos si el flamante militar se retiró sin combatir por su propia iniciativa o por instrucción de la Secretaría de Guerra y Marina. El pueblo de Veracruz, un pequeño grupo de oficiales y soldados del ejército federal y los alumnos de la Escuela Naval lucharon durante varias horas contra los invasores, obligándolos en más de una ocasión a reembarcarse. La resistencia de los cadetes sólo terminó cuando se les acabó el parque, habiéndose visto obligados a retirarse de la ciudad. Hubo casos de heroísmo como el de José Azueta, que tuvo a raya con su ametralladora durante más de 2 horas a un pelotón de marinos yanquis. La resistencia del joven héroe no cesó sino cuando fue herido mortalmente por el enemigo. Y se cuenta que en la noche de aquel día un alto jefe militar norteamericano, lleno de admiración por la hazaña de Azueta al visitarlo y ofrecerle los servicios de un cirujano norteamericano, el cadete contestó: "de los invasores ni la vida". Al día siguiente había dejado de existir.

La violación de nuestro territorio ese día aciago fue un crimen que jamás justificará la historia, crimen que provocó olas de indignación y repudio a la política de Woodrow Wilson en todos los países de la América Latina. A este propósito el licenciado Fabela escribe:

La ocupación militar de Veracruz por la infantería de marina de los Estados Unidos, el año de 1914, fue un delito internacional que constituyó, por parte de su autor principal, el Presidente Woodrow Wilson, no sólo un desconocimiento evidente de los principios del derecho de gentes, sino un gravísimo error político que puso en claro su incompreensión absoluta de la Revolución Mexicana y de la psicología de nuestro pueblo.

El gobierno del señor Wilson obró en el caso de México como proceden las metrópolis con sus colonias, exclusivamente por la facilidad que da el imperio de la fuerza sobre la majestad del derecho; con lo que no hizo sino ir contra todo y contra todos; contra México y los mexicanos; contra la libertad y la justicia y contra los sentimientos colectivos de la América Latina que se sintieron heridos en su espíritu de cuerpo, dejando así en la historia política y diplomática de América una mancha imborrable en el régimen de aquel equivocado Presidente de los Estados Unidos.

El culto profesor de la Universidad de Princeton se manifestó, durante su régimen gubernativo, como un resolutivo amigo de la liber-

tad, defensor de los pueblos débiles, respetuoso de la soberanía de los Estados independientes y de sus atributos de autodeterminación de sus propios destinos, significándose así como un apóstol teórico de la justicia, la moral y el derecho internacional; pero, en la práctica, su conducta fue contraria a sus ideales y a sus palabras, como lo demostraron las intervenciones políticas, financieras y militares llevadas a cabo por los Estados Unidos en Nicaragua, la República Dominicana y en México, durante su administración presidencial.

En cuanto al caso de Veracruz, la actitud de mister Wilson se basó en sus mismas normas de procedimiento internacional: palabras humanitarias y hechos liberticidas; declaraciones oficiales enfáticas que parecen verdad y que respiran ética irreprochable, y actos trágicos que ahogan en la sangre de un pueblo inocente esas bellas palabras²

Don Venustiano Carranza protestó con energía por la ocupación de Veracruz ante el gobierno de Washington. En cambio Francisco Villa, quien ya comenzaba a desconocer en algunos casos la autoridad del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, envió una nota al gobierno de Wilson, diciendo que los marinos norteamericanos podían seguir en Veracruz y que no tenía rencor contro los Estados Unidos.³ Se advierte con claridad la diferencia entre las dos actitudes: la del hombre ilustrado, patriota y con plena conciencia de sus deberes, y la del guerrillero irreflexivo e ignorante, que apenas mal sabía leer y escribir.

El gobierno norteamericano se había mostrado muy amigo de Villa durante la etapa de la revolución constitucionalista, vendiéndole armas y parque siempre que lo solicitaba. Parece que hubo un momento en que los funcionarios de Washington pensaron que él era el hombre fuerte que debía regir los destinos de México. La prensa del país vecino no le escatimaba elogios llamándolo el Napoleón mexicano, el centauro del norte y otras lindezas por el estilo; pero después de las derrotas que le infringió el general Alvaro Obregón en Celaya y en las proximidades de León y Aguascalientes, el gobierno de Wilson modificó drásticamente su actitud, negando toda ayuda al jefe de la División del Norte. Por otra parte, las fuerzas leales a don Venustiano dominaban casi completamente todo el territorio nacional a partir de los meses de agosto y septiembre de 1915. El 19 de octubre de dicho

² Fabela, Isidro. *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, t. I, pp. 310, 345, 346 y 347.

³ Fabela, Isidro. *Ob. cit.*, en último término, t. I, p. 354.

año el gobierno de los Estados Unidos reconoció al del señor Carranza como gobierno de facto. Tal hecho provocó la ira de Francisco Villa y deseos de vengarse de sus antiguos protectores. Esto explica el asalto al tren cerca de Santa Isabel el 10 de enero de 1916, en que fueron asesinados 18 norteamericanos empleados de una compañía minera por 2 lugartenientes de Villa, los forajidos Pablo López y Rafael Castro. El crimen —según el licenciado Fabela— fue cometido para provocar un conflicto armado entre México y los Estados Unidos. Y como si lo anterior no hubiera sido bastante, el 9 de marzo del mismo año Villa asaltó Columbus acompañado de Pablo López. La consecuencia fue una nueva invasión de nuestro territorio por un ejército norteamericano al mando del general John J. Pershing. Veamos cómo juzga a Villa don Isidro Fabela con motivo de lo de Santa Isabel y Columbus:

Asimismo la reacción que experimentamos los constitucionalistas fue también tremenda, pues se veía a las claras que el objeto de Villa y los suyos era provocar una guerra internacional con los Estados Unidos, lo que significaba la más absoluta inconsciencia de lo que era el verdadero patriotismo.

El Primer Jefe Carranza, cumpliendo con su deber, declaró fuera de la ley a Villa, Rafael Castro y Pablo López por decreto de 14 de enero de 1916 expedido en la ciudad de Querétaro.

Lógicamente podrá tenerse por cierto que el infame delito de Santa Isabel obedeció a una orden del general Villa, aunque él personalmente no hubiera concurrido al lugar del crimen colectivo, puesto que poco después Pablo López ya estaba a su lado para perpetrar juntos la incursión en territorio americano, asaltando el poblado de Columbus. Y es que Francisco Villa se propuso castigar, en las formas que pudiera, a quienes fueran hasta hacía poco sus amigos los norteamericanos, y que de la noche a la mañana lo desconocieron y según él lo traicionaron en forma tal que ameritaban el castigo de sus venganzas que serían terribles.

Por eso no se conformó con que fueran sacrificados crudelísimamente los 18 inmolados de Santa Isabel. Quería más sangre. Su odio hacia los Estados Unidos tomaba las características de una fobia truculenta que lo arrastró al peor de los delitos, al de lesa patria. Porque así fue. Al invadir en son de guerra los Estados Unidos para incendiar y saquear propiedades y matar norteamericanos en Columbus no hizo sino ponernos al borde de la guerra con los Estados Unidos. Pero eso no le causaba ningún remordimiento, puesto que tal era su deseo.

Su espíritu vengativo llegó entonces al más enconado rencor hasta el grado de provocar una conflagración internacional que podría costarnos la pérdida de nuestra nacionalidad o el hecho de colocarnos, quizá para siempre, en la categoría de un Estado sometido a la férula de la gran potencia nórdica.

La culpa de Villa, en esos casos, es de aquellas que entrañan una responsabilidad histórica imperdonable. De esa suerte, el guerrillero heroico que asombró con sus hechos audaces, de extraordinario valor, de intuición estratégica extraordinaria, como los de Tierra Blanca, Ciudad Juárez, Torreón y Zacatecas, vino a mancharlos él mismo con sus actos contrarios a la más elemental ética y a aquel sagrado patriotismo que en un principio iluminó con la llama viva de su amor a Madero y a la libertad, su refulgente carrera de revolucionario que lo había levantado a la apoteosis de la fama en el corazón de todos nosotros los revolucionarios de 1910 y 1913.⁴

Ahora bien, no puede negarse la pureza revolucionaria de Fabela; tan es así que hace 3 o 4 años el Senado de la República le otorgó la medalla de oro Belisario Domínguez. Este mismo alto cuerpo lo mismo que los señores diputados aprobaron por mayoría aplastante inscribir en letras de oro el nombre de Francisco Villa en la Cámara Baja. ¿Los diputados y senadores conocían bien lo de Veracruz, Santa Isabel y Columbus? ¿Y si lo conocían bien, por qué hicieron lo que hicieron? ¿O es que pensaron que los pueblos viven de mitologías porque ello es necesario a su existencia política y social? ¿Los señores senadores y diputados estarían de acuerdo en que a sus hijos y nietos se les ofreciera como paradigma de conducta heroica y moral al guerrillero atrabiliario e ignorante? Dejemos por ahora abiertas estas 4 interrogaciones. Sabemos bien que la historia se confunde con la leyenda y la leyenda con la historia. Sin embargo, hay que esperar que los historiadores del mañana sean quienes digan la última palabra sobre tan discutido personaje.

Don Isidro Fabela fue antimperialista a lo largo de su larga vida. No modificó su actitud ni por un momento, y en sus escritos reitera constantemente esta actitud. En su primer libro, *Los Estados Unidos contra la libertad*, escribe que los Estados Unidos han privado de su independencia a Filipinas, a Hawai, a Puerto Rico, a Haití y a Santo Domingo, y que por ende han menguado la libertad de Cuba, Nicaragua, Honduras y Panamá, imponiendo a estas naciones la servidum-

⁴ Fabela, Isidro, *Ob. cit.*, t. II, pp. 189 y 190.

bre política, militar o económica, transformándolas así en entidades públicas semisoberanas. Agrega que además los Estados Unidos intervinieron en México en 1914 y en 1916 sin ninguna justificación. Y nuestro distinguido internacionalista sostiene que los pueblos de nuestra estirpe deben defenderse de las presiones de los Estados Unidos, llegando hasta el sacrificio en defensa de su soberanía si ello es inevitable. A su juicio hay que oponer el iberoamericanismo al panamericanismo insincero, invocado de una manera y ejercitado en provecho de la gran potencia nórdica.⁵

Al ocuparse en el mismo libro del caso del general Santos Zelaya, presidente de Nicaragua, derrocado por una revolución auspiciada por los Estados Unidos, nos dice:

Si el señor Zelaya estableció en su patria un poder absoluto, son sus compatriotas quienes deben decirlo, y si encontraron en él un déspota y esa fuera la causa de una revolución civil contra su Gobierno, bien está. Precisamente, las revoluciones son el derecho de los pueblos contra las tiranías; pero es cada pueblo el que ha de juzgar a sus gobernantes, porque es, además, el único capaz de conocerlos. Cuando un gobierno extranjero incurre en el grave error de entrometerse en la política interna de otro Estado, cae fácilmente en yerro por la falta de conocimiento de las costumbres, de las personas y de las necesidades de ese Estado, y resulta que, en vez de hacerle un bien, le hace un mal, provocando en sus ciudades el odio al extranjero, avivando la cizaña entre los partidos nacionales, y, por otra parte, introduciendo o fomentando la traición a la patria, que no es sino traición la que cometen los nacionales de un país cuando buscan, provocan y aceptan la intervención extranjera en los destinos de su patria.

Y el mal estriba, añadimos nosotros, que el caso de Nicaragua se ha repetido de entonces acá en otros países de la América Latina. Los Estados Unidos no han cesado de inmiscuirse en nuestros asuntos domésticos.

En varios de sus libros nuestro autor se pronuncia en contra de la doctrina de Monroe. Dice que ni Europa ni Iberoamérica deben acatar tal doctrina como principio de derecho internacional, en tanto que los Estados Unidos por medio del Senado no la definan claramente y no a su conveniencia según las circunstancias de cada caso o el pa-

⁵ Fabela, Isidro. *Los Estados Unidos contra la libertad*, pp. 9, 10, 15.

recer del presidente en turno. Sostiene que la seudodoctrina lejos de haber sido ventajosa para las repúblicas al sur del río Bravo les ha sido perjudicial o no les ha servido para cosa alguna. Y con argumentos y ejemplos incontrovertibles muestra cómo en varias intervenciones europeas en este continente a lo largo del siglo XIX Washington se olvidó de invocar el malhadado pronunciamiento monroísta. Veamos lo que a tal respecto nos dice Fabela:

Hemos afirmado rotundamente y lo confirmamos ahora, que la Doctrina Monroe no nos ha servido a los latinoamericanos para nada, pues cuando pudo y según ella debió valernos, nos volvió la espalda; y cuando les convino a los imperialistas modernos desenterrarla y esgrimirla, la interpretaron a su manera para lastimar nuestras libertades. La historia de nuestra América prueba la inexistencia de su espíritu altruista y defensivo. Para comprobarlo basta releer nuestras páginas históricas.

Cuando el brigadier Barradas, por órdenes de su rey, su amo Fernando VII, desembarcó en Tampico sus legiones guerreras, con ánimo de conquistarnos allá por el año de 1829, estando ya vigente la Doctrina Monroe, los estadistas de Washington ni siquiera diplomáticamente se acordaron de sus deberes defensivos contra una intervención europea en América.

Cuando tuvo lugar la intervención anglofrancesa de 1825 en las Repúblicas del Plata, los Estados Unidos, como dijera el ilustre Sáenz Peña, prescindieron en absoluto de Monroe y de su alta misión reguladora de los Gobiernos y derechos de América.

Cuando Inglaterra ocupó definitivamente las islas Malvinas que por derecho pertenecen a la República Argentina, la Doctrina Monroe no se creyó obligada a reivindicar los derechos argentinos, dejando que Europa colonizara tierras neocontinentales.

En 1828, el Gobierno de Luis Felipe ordenó el bloqueo de todos los puertos argentinos, en virtud de no acceder el dictador Rosas a satisfacer ciertas reclamaciones francesas. El conflicto, largo y costoso, terminó por el Tratado de 1840, sin que durante tanto tiempo transcurrido de intervención europea en este Continente, los Estados Unidos hubiesen esgrimido contra Francia la tal Doctrina.

Como tampoco la invocaron cuando la misma culta Francia, el año de 1835, hiciera a México la famosa "Guerra de los Pasteles". Un año escaso duró la intervención, sin que las autoridades de la Casa Blanca trataran de impedirla, ni manifestaran su inconformidad con-

tra el bloqueo de los puertos mexicanos y el bombardeo de la ciudad de Veracruz.

Cuando Napoleón III creó en México el absurdo Imperio de Maximiliano, la Doctrina Monroe no salvó a los mexicanos de la nefasta guerra internacional que sostuvieron, pues el siguiente es un hecho bien esclarecido: que las gestiones estadounidenses contra el soberano Imperial fueron tardías y se hicieron cuando ya el gran indio, el Benemérito Juárez, había vencido a los ejércitos de la intervención. Bien podemos recordar que contó Juárez con la ayuda moral de Favre, Thiers y otros diputados franceses, pero en ninguna forma con la ayuda de Monroe.⁶

En otro de sus libros *Las doctrinas Monroe y Drago* que dio a la luz pública la Universidad de México en 1957, refiriéndose al mismo asunto don Isidro sostiene con sobra de razón que la América Latina no necesita defenderse de Europa sino de los Estados Unidos, que han vulnerado derechos fundamentales de varios países del continente con apoyo en Monroe. El caso más reciente es el de la política norteamericana con la República de Cuba cuando estuvo a punto de estallar la guerra entre la gran potencia capitalista y la gran potencia socialista.

Fabela sabe bien lo que es el imperialismo. Para él consiste en:

Dominar a los gobiernos por medio de sus diplomáticos, de sus agentes comerciales, de sus agentes de prensa; a los congresos y a los presidentes; y a veces también a los magistrados que imparten justicia. Conquistar los mercados, además, por medio de sus diversos agentes especializados en la materia; pero principalmente por la infiltración de préstamos más o menos forzados, de lo cual se encarga la 'Dollar Diplomacy'. ¿En qué consiste la 'Dollar Diplomacy'? Consiste en prestar por la buena o por la mala, para cobrar por la mala o por la buena, pero en todo caso con réditos acumulados. Esos procedimientos se ejecutaron en nuestra América durante muchos años, cuando en los Estados Unidos gobernaba el Partido Republicano, mismo que hoy domina en aquel país.

Esto lo escribió en un artículo publicado el 8 de agosto de 1954 en una revista de la ciudad de México. Y cuatro años después en *Buena y mala vecindad* considera que "el imperialismo estadounidense está en pie, tan prepotente y alerta como antes y como siempre". Y don Isidro tan antimperialista como siempre repudió con toda energía

⁶ Fabela, Isidro. *Buena y mala vecindad*, pp. 173, 175.

los sucesos de Guatemala que culminaron con la caída del presidente Arbenz y la "gloriosa victoria" del mal recordado John Foster Dulles.

¿Qué hubiera escrito el licenciado don Isidro Fabela, si hubiera vivido cuando la invasión de Santo Domingo por los marinos norteamericanos en abril de 1965? De seguro lo hubiera censurado con energía e indignación incontenible y no hubieran faltado sus críticas acerbas al soberbio y violento presidente Johnson.

Con clara visión de nuestra realidad y movido por su patriotismo, nos previene afirmando que la salvación de nuestro porvenir se encuentra en la libertad económica y política; que en primer lugar la económica porque si el extranjero llegara a dominar con su poder nuestros intereses financieros, nuestras industrias y riquezas naturales, entonces nuestra libertad política sería un mito y nuestra independencia quedaría subordinada al acreedor omnipotente. Nunca como al escribir estas líneas en diciembre de 1966 las palabras de Fabela invitan a reflexionar pausada y cuidadosamente en el problema de las inversiones extranjeras directas, particularmente en las de procedencia norteamericana, que desde hace unos cuantos años nos amenazan con adueñarse de los renglones más provechosos de la economía nacional. De aquí que sea menester insistir una vez más en la necesidad urgente, urgentísima de reglamentar tales inversiones, so pena de perder la independencia económica y política que es el mayor mal que puede sufrir un pueblo, mal que consiste, sencillamente, en la pérdida de la soberanía con la consiguiente subordinación al extranjero.

Todo lo transcrito y lo comentado muestra con precisión el antimperialismo de Fabela. Bueno es hacer notar que todo comunista es antimperialista pero que no todo antimperialista es comunista. Además, se puede ser antimperialista y anticomunista como es el caso de don Isidro. Esto último lo prueba fehacientemente lo que a continuación copiamos:

Esto lo podemos asegurar con rotundidad; en primer lugar porque ningún pueblo ni gobierno de la América Latina son comunistas ni quieren serlo porque ni sus tradiciones, ni sus costumbres aceptarían los sistemas políticos y económicos soviéticos, pues la totalidad de las constituciones de nuestras Repúblicas son de régimen capitalista más o menos acentuado y a las veces en demasía.

En segundo lugar porque aquellas naciones, como la mexicana, de legislación avanzada —que en su revolución social se adelantó algunos años a Rusia— si ameritara reformas constitucionales, como las necesitará sin duda en el porvenir, con tendencias más progresis-

tas y de una justicia social de mayor eficacia, proveeríamos lo necesario. Es decir, que si requiriéramos reformas legislativas que estuvieran más de acuerdo con la justicia social y la tremenda desigualdad, tan irritante como insoportable entre la miseria sórdida de la masa campesina del país y la privilegiada clase multimillonaria o reaccionaria, en ese caso, que llegaría algún día, modificaríamos nuestra Constitución de acuerdo con nuestras necesidades económicas y sociales sin necesidad de importar la legislación rusa que podrá ser buena en Rusia pero no en América. Porque no hay que olvidar este principio incontrovertible: que las leyes se hacen de acuerdo con las necesidades y no las necesidades de acuerdo con las leyes.⁷

Escribo este artículo en momentos de gran trascendencia para el orbe entero, cuando la Humanidad está en peligro de una guerra entre el mundo libre y el comunismo que trata de dominar los cinco continentes.

Excusado es decir que estoy absolutamente con los Estados occidentales, que en estos momentos están expuestos a los zarpazos comunistas de que han dado pruebas con sus palabras y sus hechos; zarpazos que no van a cesar, porque el comunismo no desea sinceramente una coexistencia pacífica entre ambos bandos de idearios opuestos. En esa virtud vivimos dentro de una guerra política que pudiera ser precursora de la conflagración bélica que... sería la última.

Estamos convencidos de que los comunistas no quieren la guerra, pero también lo estamos de que no han renunciado a los objetivos enunciados por Lenin (el dominio del mundo), y se valen para ello de la guerra de subversión y de las amenazas. Su lógica son los cohetes, y han hecho suya la política tan criticada y tan peligrosa de Foster Dulles: para conservar la paz es preciso llegar al borde de la guerra; ¡como si el hombre fuera una máquina perfecta, incapaz de perder el equilibrio!

Pero no es sólo el orden lo que me preocupa; mi preocupación fundamental es la justicia, y como sé que los países comunistas no la podrán conceder al mundo, por eso soy anticomunista y estoy con los occidentales. Además yo no "prefiero el orden a la justicia", como decía Goethe.

En enero de 1958 decía yo en un discurso, por invitación de 'Cuadernos Americanos':... el pueblo estadounidense y el de Rusia no aconsonantan su bondad y su espíritu justiciero con el egoísmo

⁷ *Cuadernos Americanos*, mayo-junio de 1954.

sórdido de sus dirigentes. Los hijos espirituales de Tolstoi y de Gorki, de hijo protestan por la política imperialista de los nuevos zares absolutistas y tiránicos que alardean de ser los portaestandartes de la verdadera democracia cuando... sus actos políticos se traducen en un totalitarismo implacable que, dominando las conciencias y el pensamiento, dispone de la vida y el trabajo de la familia y el individuo por el Estado Dios y para el Estado Dios.

Pero hay algo más. En la misma alocución declaraba:

Pero el hecho de que condenemos terminantemente y nos declaramos decididos adversarios del comunismo, no implica que debamos aceptar el otro término de la disyuntiva que se nos ofrece: seguir ciegamente a los Estados Unidos.

Me parece oportuno y aun necesario hacer una breve digresión acerca del comunismo, tema del que se ocupan millares de gentes en todas partes, sin saber con exactitud lo que eso es, razón por la cual tampoco saben quiénes son comunistas ni quiénes no lo son; porque por ejemplo se pone a menudo la etiqueta de comunista a toda persona que expresa opiniones contrarias a la política del Pentágono o del Departamento de Estado, lo que es inexacto, tendencioso y falaz. Y no es que pensemos —nos parece pertinente declararlo— que sea malo ser comunista, ni mucho menos delictuoso; es tan malo o tan bueno como ser miembro del Partido Revolucionario Institucional en México, o del Partido Republicano en los Estados Unidos; ni más ni menos, ni menos ni más. El juicio depende del ángulo desde el cual se examine a la persona de que se trata. El comunismo es fundamentalmente una doctrina filosófica, sociológica, económica y política, tan legítima y a la vez tan discutible como cualquier otra doctrina. En política, en economía, en sociología, en filosofía, el hombre no ha descubierto aún verdades absolutas.

Pero continuemos ¿Quiénes son comunistas y quiénes no lo son? La respuesta es sencilla y clara. Son comunistas los miembros de los partidos comunistas en el poder en la Unión Soviética, Rumania, Bulgaria, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Alemania Oriental, Albania, Hungría, Vietnam del Norte, Corea del Norte y China Continental; de igual manera que los miembros de los partidos comunistas, legales o ilegales que existen en numerosas naciones. Los partidos en el poder están formados por pequeñas minorías perfectamente organizadas y activas. En consecuencia es obvio que no todos los habitantes de esas

naciones son comunistas; unos simpatizarán con el comunismo y otros no. Un ejemplo notorio: Polonia es un país comunista como los otros porque el Partido Comunista está en el poder; mas la mayoría de sus habitantes son católicos apostólicos romanos. Y algo más que conviene señalar: los países mencionados son en el momento actual simplemente socialistas o están construyendo el socialismo. Ninguno de ellos es en estricto rigor comunista, ya que el comunismo, de conformidad con la doctrina de Lenin y sus seguidores teorizantes, es una meta que todavía se encuentra muy lejos de alcanzar.

Lo escrito en los dos párrafos anteriores son nociones elementales que por serlo se olvidan o se ignoran. Nos inclinamos a pensar que en la inmensa mayoría de los casos la ignorancia es la que predomina.

Pero volvamos al anticomunismo de don Isidro Fabela. Nosotros disfrutamos de su amistad durante los últimos cuatro lustros de su vida, conversando con él sobre diversos temas en múltiples ocasiones. Incuestionablemente fue don Isidro persona de muy vasta ilustración, sobre todo en jurisprudencia, historia, arte y literatura; empero, no podemos decir lo mismo de sus conocimientos en economía política y sociología. No creemos que haya estudiado las obras principales de Marx, Engels, Kautsky, Lenin, Rosa y Bujarin, entre los que podemos llamar clásicos del socialismo o del comunismo, y entre los contemporáneos cabe mencionar a Varga, Lukács, Baran y Sweezy. Estos tres últimos fueron o son (Baran murió hace poco) marxistas no comunistas. Otra afirmación de paso: todo comunista es marxista pero no todo marxista es comunista, como piensan y escriben quienes no son especialistas en estas cuestiones. Es obvio que pueden agregarse otros nombres tanto de los que hemos llamado clásicos como tratándose de los exégetas contemporáneos.

El hecho de que nuestro personaje, cuya silueta hemos venido trazando, no haya conocido a los autores precitados, o que no los haya conocido bien, explica su anticomunismo, no obstante su indiscutible honradez intelectual. Está bien que no hubiera sido comunista; pero nos hubiera gustado más que no hubiera sido anticomunista, para no hacerles el juego a individuos descalificados al servicio de intereses oscuros e inconfesables.

Sea de ello lo que fuere, terminemos declarando que para nosotros el licenciado don Isidro Fabela fue uno de los mejores mexicanos de su tiempo.*

* *El pensamiento económico, social y político de México, 1810-1964*. Fondo de Cultura Económica, México, 1a. reimpresión, 1974, pp. 635-651.

BREVE HISTORIA DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

El 3 de septiembre de 1934 es la fecha de fundación del Fondo de Cultura Económica. Fue iniciativa de Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor. La primera Junta de Gobierno quedó formada por Daniel Cosío Villegas, Gonzalo Robles, Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame, Manuel Gómez Morín, Carlos Prieto y otra persona que no recuerdo, pues todo lo que voy a escribir desde la fecha anotada hasta 1965 es fruto de mi memoria en numerosos casos. Unos meses después de la escritura constitutiva renunció Gómez Morín y la Junta de Gobierno me nombró para sustituirlo.

La forma legal fue un fideicomiso constituido en el Banco Hipotecario Urbano y de Obras Públicas del que era gerente Gonzalo Robles. Se reunieron \$ 21 000.00, cuatro aportaciones de \$ 5 000.00 cada una de la Secretaría de Hacienda y de tres organismos descentralizados. El Banco Nacional de México contribuyó con \$ 1 000.00.

A los que fundamos el Fondo —me puedo considerar entre ellos— nos preocupaba que los estudiantes de la Escuela de Economía carecieran de libros en español para prepararse adecuadamente, ya que los que existían en nuestra lengua eran poquísimos y anticuados. Como al principio teníamos muy poco dinero importamos libros en inglés para venderlos a estudiantes que supieran el idioma. Sin embargo, entre 1935 y 1947 publicamos un folleto y dos libros: *El dólar plata* (folleto) por William P. Shea, traducido por Salvador Novo, con prólogo de Antonio Espinosa de los Monteros; *Karl Marx* por Harold J. Laski, traducido por Antonio Castro Leal, y *Origen y evolución del capitalismo moderno* por Henri Sée, traducido por Macedonio Garza. Después, poco a poco, vinieron otros libros a medida que conseguíamos nuevas aportaciones. Entre 1937 y 1939 obtuvimos del Banco Agrícola \$ 40 000.00; y cuando estuve de Gerente General de la Distribuidora de Petróleos Mexicanos obtuve de los compradores de nuestro petróleo

\$ 65 000.00. De suerte que para fines de ese año el capital del Fondo se había elevado —incluyendo utilidades— a \$ 130 000.00 aproximadamente.

En los primeros tres años no hubo director del Fondo sino tan sólo un secretario. El primero fue Antonio Castro Leal y el segundo Emigdio Martínez Adame. No recuerdo con precisión si fue en 1936 o en 1937 lo que voy a referir a continuación.

Daniel Cosío Villegas había sido nombrado encargado de Negocios de México en Portugal. Cosío le escribió una carta personal en plan de amigos a Ramón Beteta, subsecretario de Relaciones Exteriores. Parece que en esa carta se hacía crítica al gobierno y se empleaba un lenguaje con una que otra insolencia mexicana. Beteta en un acuerdo con el general Cárdenas le leyó esa carta como si hubiera sido documento oficial y el presidente ordenó cese fulminante. Semanas después Daniel estaba en México. Le propuse a la Junta de Gobierno del Fondo que le ofreciéramos a Cosío la dirección de la editorial. Se aprobó mi proposición y recibí el encargo de hablar con él. Así lo hice y después de tres días de reflexión aceptó el encargo. Desde ese momento se puso a trabajar y lo hizo desde entonces con singular eficacia hasta el 30 de junio de 1948. Daniel Cosío Villegas es un hombre superdotado intelectualmente, alegre, ingenioso y simpatiquísimo cuando está de buen humor y chocante y grosero cuando no lo está. En ocasiones fue exigente, demasiado exigente con el personal, privándose así de buenos colaboradores como en el caso de Javier Márquez, obligado a renunciar al puesto que desempeñaba y marcharse a los Estados Unidos.

Tal vez fue a principios de la década de 1940 cuando nombramos miembro de la Junta de Gobierno a nuestro amigo el licenciado Eduardo Suárez, Secretario de Hacienda. Eduardo Villaseñor pasó de Subsecretario de la misma dependencia del Ejecutivo a director general del Banco de México. Otros miembros de la Junta desempeñábamos cargos de responsabilidad en el gobierno. En consecuencia llegamos a tener poder e influencia. No me es dable precisar las fechas en que en dos ocasiones invitamos a comer en el Banco de México a varias personas acaudaladas de la iniciativa privada; tal vez fueron en 1943 o 1944. En cada uno de los convites, Cosío Villegas tomaba la palabra explicando las finalidades del Fondo de Cultura y solicitaba a nombre de la Junta de Gobierno que ayudaran a su consolidación y progreso. En la primera ocasión obtuvimos \$ 190 000.00; en la segunda, cantidad semejante, más un cheque de \$ 100 000.00 que Jenkins le entregó al día siguiente al licenciado Suárez. Total, muy cerca de medio millón

de pesos, de aquellos pesos con un poder de compra muchísimo mayor que los pesitos de noviembre de 1969, mes en que esto escribo.

En el segundo trimestre de 1948, Cosío Villegas solicitó licencia por dos años para separarse de la dirección del Fondo, por haber obtenido una beca de la Fundación Rockefeller para escribir la historia moderna de México. Habló conmigo una mañana proponiéndome que lo sustituyera. Le dije que me era imposible porque recientemente me había nombrado la Universidad Profesor de Carrera y que era incompatible con trabajos administrativos. Días después presentó formalmente su solicitud de licencia por dos años y propuso que lo sustituyera Arnaldo Orfila Reynal, encargado del Fondo de Cultura en Buenos Aires. Aceptamos lo uno y lo otro, lamentando su separación temporal y reconociendo que su dirección había sido eficiente. El 30 de junio entregó la dirección a Orfila. En esa fecha el capital del Fondo había llegado a poco más de \$ 2 200 000.00 y el número de libros editados, sin contar reediciones, a 254.

Es necesario aclarar que al disponer de mayores sumas de dinero se fue ampliando la actividad editorial de la institución abarcando otras ramas del conocimiento además de la Economía, de tal manera que a fines de 1948 se habían publicado libros de Sociología, Historia, Filosofía, Política y Derecho, Ciencia y Tecnología, Antropología, Lengua y Estudios Literarios, autores y escritos anónimos de nuestra región bajo el rubro de Biblioteca Americana, monografías contemporáneas sobre países latinoamericanos, el primer tomo de la Colección de Breviarios y la Colección Tezontle.

Arnaldo Orfila Reynal resultó un director tan eficiente como Daniel Cosío Villegas y todavía más laborioso. Se entregó a su trabajo con entusiasmo y dedicación muy difícil de superar. Cada vez el prestigio del Fondo crecía en todo el mundo. Sus libros estaban presentes en todos los escaparates de las librerías de América Latina. Muchas personas calificadas afirmaron en más de una ocasión que el Fondo de Cultura Económica le hacía más bien a México que todas sus misiones diplomáticas; y la editorial, considerada como la más importante de nuestra América por la calidad de sus ediciones, marchó viento en popa durante la década de los 50 y los primeros años de la siguiente. El gobierno federal veía con simpatía nuestro esfuerzo y nos ayudaba financieramente con pequeños subsidios cuando era menester.

En 1946 compramos un lote de terreno en una calle estrecha al sur de la ciudad con la mira de construir un edificio para el Fondo. Resultó que el lote fue cercenado al trazarse la avenida Universidad. Fuimos indemnizados por el Departamento del Distrito Federal, que-

dándonos todavía un terreno bastante extenso. Se inició la construcción del edificio en 1956, y a fines de 1957 y comienzos de 1958 lo ocupó la imprenta Panamericana, los almacenes y las oficinas del Fondo que habían estado durante varios años en una casa alquilada en Pánuco 63. La Secretaría de Hacienda, de la que era titular el licenciado Antonio Carrilo Flores nos ayudó con algunas sumas para terminar la construcción del nuevo albergue.

Se me estaba quedando en el tintero, como antes se decía, lo que voy a relatar a continuación: vencida la licencia de Cosío en junio de 1950, solicitó ampliación por dos años más. Antes de junio de 1952 dijo que quería regresar a la dirección del Fondo. En algunos de los diarios de la ciudad de México habíamos leído que en vista de que no había terminado la historia moderna de México, la fundación Rockefeller le prorrogaba su ayuda por más tiempo. Ante esta situación comisionamos a Martínez Adame, muy amigo de Daniel, lo mismo que todos nosotros, para que le preguntara si efectivamente estaba resuelto a volver a encargarse de la dirección permanentemente. El resultado de la entrevista Martínez Adame-Cosío fue un desastre. Emigdio nos informó que Daniel se disgustó y dijo que no tenía que dar cuenta de sus actos a los miembros de la Junta de Gobierno. Al día siguiente nos envió su renuncia irrevocable en su doble carácter de director y miembro de la Junta en un tono que cabe calificar por lo menos de descortés. No tuvimos más remedio que aceptarla, contestándole en forma comedida que lamentábamos su decisión.

En 1947 nombramos miembro de la Junta de Gobierno a Ramón Beteta, nuevo secretario de Hacienda y en 1953 a Antonio Carrillo Flores, titular de dicha Secretaría en el gobierno de don Adolfo Ruiz Cortines. Las relaciones del Fondo con el gobierno eran muy amistosas y nos pareció conveniente para fortalecer y ampliar cada vez más la labor editorial, contar con el apoyo del ministro de Hacienda en turno. Debo aclarar que todo ellos eran amigos nuestros desde hacía muchos años y que los veteranos de la Junta de Gobierno que más nos interesábamos por la marcha del Fondo, nos reuníamos semanalmente para estudiar y conocer sus problemas con el director Orfila Reynal. Llamo veteranos de la Junta a Gonzalo Robles, Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame y Jesús Silva Herzog.

Al pasar Gonzalo Robles de la gerencia del Banco Hipotecario Urbano y de Obras Públicas a la dirección general del Banco de México en diciembre de 1934 o enero de 1935, pasamos el fideicomiso de aquella institución de crédito a ésta, donde permanece desde entonces.

Frecuentemente el Banco de México, el Banco Nacional de Co-

mercio Exterior y la Nacional Financiera nos ayudaban con diferentes sumas; mas según mis recuerdos a partir del último año del gobierno alemanista y durante el sexenio posterior cesó esa ayuda sustituyéndose por \$ 500 000.00 anuales que con carácter de subsidio acordó a favor del Fondo de Cultura Económica la Secretaría de Hacienda por conducto del Banco de México.

De conformidad con los precedentes y con la idea de continuar recibiendo el subsidio anual, resolvimos nombrar miembro de la Junta al licenciado Antonio Ortiz Mena, flamante nuevo ministro encargado de la Hacienda Pública, quien aceptó con beneplácito la designación; nada más que hubo una diferencia importantísima que no percibimos de momento. Como ya dije, los anteriores secretarios de Hacienda eran antiguos amigos nuestros y a Ortiz Mena no lo conocíamos los del pie veterano, con excepción de Martínez Adame. Esta pequeña diferencia, por lo menos en parte, habría de tener posteriormente lamentables consecuencias. Ya sabemos que el culto por la amistad es una de las grandes virtudes del mexicano de todos los niveles sociales. Cuando falta, todo suele deficultarse y complicarse.

Por algo así como por tradición a los secretarios de Hacienda los nombrábamos presidentes de la Junta de Gobierno. Los anteriores a Ortiz Mena actuaron siempre como compañeros nuestros sin jamás asumir actitudes de superioridad, navegando el Fondo sin dificultades cual navío en aguas apacibles. En 1959 y 1960 recibimos el consabido subsidio, reuniéndonos de cuando en vez con el licenciado Ortiz Mena; no sé si también recibimos \$ 500 000.00 en 1961; no puedo afirmarlo ni negarlo.

Hay un dato importantísimo que no quiero se escape. A principios de 1961, el Fondo de Cultura publicó el libro de C. Wright Mills *Escucha, yanqui*, traducido del inglés, en el cual el sociólogo norteamericano defendía a la revolución cubana. La edición de 20 000 ejemplares se agotó rápidamente y fue menester hacer la segunda edición. En los Estados Unidos se vendieron más de 250 000; pero a la Embajada de los Estados Unidos en México no le gustó que tradujéramos y publicáramos un libro que circulaba libremente en su país y envió una nota con matiz de protesta al gobierno de México. Esto no es una conseja, es rigurosamente cierto. Mi amigo el licenciado Raúl Salinas Lozano, entonces secretario de Industria y Comercio, me dijo que él había leído la nota por haberla tenido en sus manos; y probablemente la malhadada nota preocupó al secretario de Hacienda al pensar que ponía en peligro las peticiones de créditos a organismos internacionales. El hecho es que durante 1961 se negó con fútiles pretextos a recibir

en su despacho a los miembros de la Junta de Gobierno; y sin ninguna atención para nosotros, sin la más leve cortesía aconsejada por la más elemental decencia, abusando del poder que disfrutaba, el licenciado don Antonio Ortiz Mena dio la primera puñalada al Fondo de Cultura Económica.

El 27 de febrero de 1962, nos reunimos como de costumbre el delegado fiduciario del Banco de México, Plácido García Reynoso, Eduardo Villaseñor, Gonzalo Robles, Emigdio Martínez Adame, Arnaldo Orfila Reynal y yo. Desde luego nos enteramos de un acuerdo del secretario de Hacienda al Banco de México, ordenando modificaciones sustanciales al contrato de fideicomiso, nombrando un comité técnico y dejando a la Junta sin autoridad ni función alguna. Grande fue nuestra sorpresa lo mismo que nuestro disgusto y preocupación. Yo reaccioné violentamente y anuncié a mis amigos que presentaría desde luego mi renuncia. Fui a mi oficina y dicté la carta que transcribo textualmente:

Febrero 27 de 1962

Sr. Lic. Emigdio Martínez Adame
Secretario de la Junta de Gobierno
del Fondo de Cultura Económica
Presente.

Muy distinguido y fino amigo:

En vista de que estoy completamente inconforme con el acuerdo, inexplicable desde muchos puntos de vista, dictado por la Secretaría de Hacienda para modificar el contrato de Fideicomiso constituido por el Fondo de Cultura Económica en el Banco de México; y además porque tal acuerdo lesiona mi dignidad de hombre limpio, presento mi renuncia irrevocable como miembro de la Junta de Gobierno de la Institución mencionada, a la cual serví con lealtad y profundo interés desinteresado durante algo más de 27 años.

Aprovecho la ocasión para repetirme atentamente a sus órdenes como su amigo y seguro servidor.

Jesús Silva Herzog

c.c. Al C. Secretario de Hacienda y Crédito Público

c.c. Al Sr. Arnaldo Orfila Reynal, Director General del Fondo de Cultura Económica.

La firmé y la envié inmediatamente con un propio. Al recibirla Martínez Adame fue a ver a Ortiz Mena, logrando que quedara sin efecto el injustificado acuerdo, conviniéndose en que se nombrarían dos nuevos miembros de la Junta de Gobierno, al licenciado Agustín Yáñez y al licenciado Jesús Rodríguez y Rodríguez. Mi renuncia, no obstante repetidas gestiones, jamás fue contestada. Mis grandes amigos Villaseñor, Robles y Martínez Adame, según mis noticias, tacharon mi conducta de irreflexiva y violenta. Ellos, seguramente llevados por el cariño a la Editorial en que durante tantos años habían trabajado con singular empeño, resolvieron permanecer en la Junta, probablemente con la idea de salvar la Editorial en alguna coyuntura propicia, por ejemplo al salir Ortiz Mena de Hacienda. Desgraciadamente éste no salió de Hacienda y no se presentó la coyuntura propicia.

No es ocioso subrayar el hecho de que los miembros de la Junta de Gobierno jamás recibimos honorarios por nuestros servicios. En los últimos años la Dirección del Fondo nos enviaba un regalo consistente en una caja de vino tinto o blanco con motivo de las fiestas navideñas.

Pasaron los meses y los años. La libertad editorial de que el Fondo había gozado en el curso de 27 años, fue contenida por el temor de disgustar al gobierno de México o al de los Estados Unidos. Con frecuencia el licenciado Rodríguez ejercía funciones de censor y algunos buenos libros no pudieron darse a la luz pública.

El pie veterano de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica, lo mismo que los secretarios de Hacienda desde Eduardo Suárez hasta Carrillo Flores habíamos pensado y creído que se trataba de una empresa privada, porque no por el hecho de recibir ayuda en forma de subsidios gubernamentales debía considerarse como organismo descentralizado o de participación estatal. ¿Durante largos años no recibieron subsidios los molinos de harina para abaratar el pan? ¿Los molinos de nixtamal en el Distrito Federal no reciben todavía hoy subsidios para abaratar la tortilla? ¿Y qué por esos hechos la Secretaría de Hacienda puede adueñarse de esas grandes o pequeñas entidades económicas? ¿Y son por ventura lo de los subsidios antes señalados los únicos casos? La respuesta es tajantemente negativa.

En mi opinión el licenciado Antonio Ortiz Mena no conocía la historia del Fondo de Cultura ni procuró conocerla.

En septiembre de 1964 comenzó a circular en la ciudad de México *Los hijos de Sánchez* por Oscar Lewis. El libro tuvo desde luego copiosa demanda, de tal manera que bien pronto se agotó la primera edición de 6 000 ejemplares y fue necesario imprimir la segunda. Le-

wis es un distinguido antropólogo norteamericano,* que utiliza cintas magnetofónicas en las conversaciones con los individuos a quienes investiga. Después hace los cortes que considera convenientes, luego se pasan en máquina y los da a las prensas. Así ha publicado varios libros sobre mexicanos y puertorriqueños paupérrimos. Sé que hace poco estuvo en Cuba varias semanas para llevar al cabo sus tareas de investigador. El libro que resulte de este trabajo, por las condiciones especialísimas que prevalecen en la isla antillana, será de seguro importantísimo por las comparaciones a que se prestará entre los pobres de diferentes estructuras económico-sociales.

Conviene hacer notar que *Los hijos de Sánchez* apareció primero en inglés y que antes de resolver publicar el libro en español varias personas escuchamos parte de las cintas. Todos sin excepción nos entusiasmos al escuchar los relatos vivos de mujeres y hombres representantes de una clase social marginada, que habitan, sufren y aman en las vecindades de nuestra capital de contrastes irritantes: el palacio y la pocilga; la opulencia y la miseria; el lujo en el vestir y los harapos; el zapato y los huaraches o los pies descalzos; hartazgo y hambre; cultura e ignorancia, y nuestros dos grandes mitos: nuestra Señora de Guadalupe y nuestra Señora la Revolución.

El realismo lacerante de *Los hijos de Sánchez* no les gustó a los condotieros de la política. Dijeron que ese libro nos desprestigiaba ante las naciones extranjeras y que era inmoral; y es que hay quienes piensan que las llagas sociales no deben curarse sino ocultarse, aun cuando el mal cunda y llegue a ser incurable. Seguramente eso mismo pensaron el ingeniero José Domingo Lavín y el licenciado Manuel Ramírez Arriaga, presidente y secretario general de la todavía benemérita y respetable Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Presentaron acusación ante la Procuraduría General de la República contra Oscar Lewis y el Fondo de Cultura Económica. Debían ser sancionados. El escándalo fue mayúsculo y vino la controversia en los periódicos llenándose muchas páginas. Puede estimarse que el 90 por ciento de las opiniones publicadas se pronunciaron a favor del autor y de la Editorial. El resto quedó entre hipócritas y beatos que añoran los buenos tiempos de la Inquisición. Pasado cierto tiempo el licenciado Antonio Rocha, a la sazón procurador general de la República, contestó a los acusadores que no había delito que perseguir.

La propaganda a favor de *Los hijos de Sánchez* fue enorme. Se agotaban ediciones con rapidez. En un momento dado el Fondo recibió

* Lewis murió después de escrito lo anterior.

pedidos por miles de ejemplares de México y del extranjero; pero en vista del escándalo se juzgó necesario consultar a la Junta de Gobierno si debía o no hacerse una nueva edición. Rodríguez y Rodríguez se opuso transparentándose que cumplía instrucciones de su jefe Ortiz Mena; y el que hizo nuevas ediciones del libro tan discutido fue Joaquín Díez-Canedo.

El hecho es que desde marzo de 1962, nada podía resolverse en la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica sobre publicación de libros, sin el visto bueno de Antonio Ortiz Mena por medio de su subordinado. Y mis queridos amigos Robles, Villaseñor y Martínez Adame, esperaban pacientemente la coyuntura propicia para salvar la antes libre empresa editorial. El gozo al pozo como dice el decir popular. El 10. de diciembre de 1964, el secretario de Hacienda en el sexenio de López Mateos fue confirmado en su alto cargo, de hecho nada menos que la vicepresidencia de la República.

Los meses de 1965 fueron pasando aparentemente sin novedad; pero Ortiz Mena no estaba todavía satisfecho de su ofensiva contra el Fondo de Cultura; había que ir más lejos, mucho más lejos. El día 8 de noviembre en la noche Orfila me habló por teléfono para decirme que el licenciado Rodríguez le había notificado que al día siguiente debía entregar la dirección a Salvador Azuela por instrucciones de la superioridad. Me quedé sorprendido e indignado no sólo por el hecho en sí, sino por la forma descortés, casi brutal con que se trataba a quien había servido a la Institución con honradez y lealtad durante 17 años. Al día siguiente en la mañana el atropello fue consumado.

Unos cuantos días más tarde, un secretario de Estado amigo mío me refirió lo que ahora cuento con mis propias palabras. Al saber que Orfila iba a ser sustituido por Azuela fue a ver al presidente para decirle que a su juicio Azuela no era la persona indicada porque su escasa dedicación al trabajo la había comprobado en más de una ocasión. Al mismo tiempo le presentó tres candidatos muy superiores. El licenciado Díaz Ordaz le contestó: por eso le damos algo sin importancia. El actual director es extranjero, ya tiene mucho tiempo y conviene sustituirlo. Sin embargo, vaya a ver a Ortiz Mena. Mi amigo fue a verlo y el de Hacienda le manifestó que eso ya no tenía remedio en vista que hacía dos horas le había notificado su nombramiento al susodicho Azuela. En mi opinión el presidente de la República no tenía idea de la obra realizada por el Fondo de Cultura Económica y había sido mal informado. Con criterio burocrático mexicano, juzgó indeseable para una institución la experiencia acumulada por una persona durante más de tres lustros y había que desperdiciarla para destee-

jer y volver a tejer la tela de Penélope, cosa por desgracia muy frecuente en la administración pública de México.

Ahora conviene dar unos cuantos datos que reflejen la obra realizada por el doctor Arnaldo Orfila Reynal: durante su gestión se editaron 1 036 nuevos libros sin contar las numerosas reediciones; se abrieron secciones nuevas como Letras Mexicanas, Psicología y otras que de momento no recuerdo; se dio importancia a la Colección de Breviarios que por su iniciativa se publicó el primer ejemplar a fines de 1948; se robustecieron las relaciones con todos los países de América, con España, Francia, Italia y Alemania; en fin, al 9 de noviembre, no obstante la acción negativa del censor Rodríguez, el Fondo de Cultura Económica había alcanzado un desarrollo formidable no igualado por ninguna otra empresa editorial de México en toda nuestra historia. Balance al 31 de diciembre de 1965: Capital líquido \$ 24 752 142.00; Reserva de Activo \$ 6 228 137.00; Pasivo \$ 2 364 375.00; Caja y Bancos \$ 946 735.00; y dicen los que saben de estas cosas que los números hablan por sí mismos.

El 18 de noviembre se organizó una cena de desagravio al doctor Orfila Reynal. La invitación la firmaron Alí Chumacero, Fernando Benítez, Jesús Silva Herzog, Guillermo Haro, Pablo González Casanova, Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara, Eli de Gortari, José Emilio Pacheco, Ricardo Martínez, Vicente Rojo, Benjamín Carrión, Horacio Flores de la Peña, Elvira Vargas, Fernando Solana, Víctor Flores Olea y Luis Cardoza y Aragón. Asistieron más de 500 personas representantes de lo mejor de la inteligencia mexicana. Vino expresamente de Buenos Aires para asistir al homenaje, el doctor José Luis Romero, ilustre historiador argentino y exrector de la Universidad de Buenos Aires. Hicimos uso de la palabra el propio Romero, Guillermo Haro, Fernando Benítez y yo, exaltando la labor magnífica del homenajeado. Haro propuso la fundación de una nueva editorial, absolutamente independiente que se denominaría Siglo XXI. Y ahí está la pequeña empresa que en unos cuantos años le ha puesto la muestra a la antes próspera y libre editorial, hoy en penosa decadencia. Siglo XXI es un éxito impresionante, sencillamente porque su director es Orfila, porque el que sabe sabe; el *know how* que dicen los yanquis.

En numerosos diarios y revistas de México y de otros países se reconoció la extraordinaria obra editorial del Fondo de Cultura, con excepción de un periódico de la ciudad de México que, sarcasmo inaudito, se llama *El Sol*. La sorpresa por el cese de Orfila fue inmensa entre los escritores, artistas, científicos y profesores universitarios. Muchos columnistas de aquí, de Argentina, Venezuela, Colombia y Es-

pañá, lamentaron lo ocurrido, y sólo algunos "calumnistas" que ven en todas partes y a toda hora diablos rojos con tranchetes, se alegraron y aplaudieron.

Orfila Reynal al hacerse cargo del Fondo de Cultura firmó un contrato con el Departamento de Fideicomiso del Banco de México. Al ser cesado se le indemnizó de acuerdo con la Ley del Trabajo.

El licenciado Salvador Azuela se sorprendió de que hubiera millares de libros en los almacenes y eso le pareció grave inconveniente. Había que deshacerse de la mercancía a como diera lugar. Y lo que hizo fue vender a mitad del costo a la Librería Zaplana decenas de libros de calidad, que hubieran salido a precios de catálogo en un par de años. ¿Para qué hacer comentarios sobre operación tan singular? Fue apenas el comienzo de medidas imprudentes, poco meditadas. Veía enemigos por todas partes, por lo cual liquidó a varios empleados excelentes del antiguo personal, privando a la Institución de hombres capaces, honestos y con gran experiencia en el desempeño de sus tareas.

Las sesiones de la Junta de Gobierno se fueron espaciando cada vez más. Los veteranos de la Junta, mis caros amigos no siempre sabían lo que pasaba. El señor Azuela los fue haciendo de lado, acordando directamente con Jesús Rodríguez y Rodríguez. Así fueron pasando los meses desde 1966 hasta fines de 1968 o principios de 1969. No tengo por el momento el dato preciso.

Seguramente la Secretaría de Hacienda se dio cuenta de que el Fondo andaba de mal en peor y juzgó necesario poner remedio a la enfermedad aplicando ventosas o parches calientes. No era posible cesar a Azuela porque hubiera significado confesión de error, cosa inadmisible porque los funcionarios mexicanos jamás se equivocan.

Lo que se hizo fue modificar el contrato de fideicomiso, nombrando un comité técnico con el indispensable Rodríguez; dos economistas: Ernesto Fernández Hurtado y Víctor Urquidi, aquel subdirector del Banco de México y este presidente del Colegio de México. El cuarteto se completó con Francisco Monterde, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Española. Plácido García Reynoso, delegado fiduciario, fue sustituido por el abogado Alfonso García Belaunzarán, otro subdirector del Banco. Tengo noticias de que a don Plácido se le notificó haber sido relevado de su cargo, telefónicamente. El ingeniero Gonzalo Robles, el licenciado Emigdio Martínez Adame y el señor Eduardo Villaseñor, se enteraron por medios indirectos de que ya no tenían nada que ver en el Fondo de Cultura Económica. Ellos, miembros fundadores de la Junta de Gobierno desde 1934, fueron tratados desconsideradamente por el arrogante ministro.

Yo acuso ante la historia al secretario de Hacienda Antonio Ortiz Mena de haber cometido un delito de lesa cultura, con daño para México y para el resto de los países de nuestra estirpe idiomática.

Posdata. En diciembre de 1970 fue nombrado director del Fondo de Cultura Económica el licenciado Antonio Carrillo Flores, persona inteligente y laboriosa. Es seguro que levantará al Fondo del fondo abismal en que había caído; mas es seguro también que la editorial no volverá a la situación en que se hallaba hace 10 años. La razón es sencilla: el gobierno por arte de "birlo birloche" se adueñó de la empresa; y una editorial oficial, dígame lo que se diga, jamás podrá gozar de completa libertad.

* *Mis últimas andanzas, 1947-1972*. Siglo XXI Editores, México, 1973, pp. 194-204.

AL SER ABANDERADO EL BUQUE-TANQUE
"CERRO AZUL" EL DÍA 21 DE ENERO DE 1940

Es indudable que uno de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia de México ha sido la expropiación de las compañías petroleras, puesto que ello ha significado el principio de nuestra libertad económica. La libertad sólo es una realidad cuando descansa en la libertad económica, lo mismo tratándose de un grupo social que de un individuo aisladamente considerado.

Claro está que la expropiación de los bienes de las empresas, que durante cerca de 40 años explotaron el subsuelo de México y al trabajador petrolero, ha traído como inevitable consecuencia una lucha dura y enconada. Pero no hay que olvidar que un pueblo no conquista su libertad pidiéndola por favor a sus explotadores sino luchando de pie con decisión, constancia y valentía.

Y aquí estamos ahora en la cubierta de este barco, estamos en actitud de lucha; aquí estamos para contestar con hechos objetivos a las noticias calumniosas que hacen publicar en ciertos periódicos los descastados de adentro y los mercaderes de afuera, mercaderes sin patria y sin ideal. Aquí estamos, respondiendo a la calumnia con la adquisición de este barco, con hechos constructivos; aquí estamos dando un mentís irrefutable a quienes han hablado y hablan todavía de la incapacidad de los mexicanos para manejar la industria petrolera. Aquí estamos hoy como hemos estado ayer y como estaremos mañana, siempre alertas para defender los legítimos y sagrados intereses de México.

"Cerro Azul" se llama desde ahora este barco. Nombre simbólico. Así se llama uno de los pozos más productivos que jamás hayan existido en el mundo, así se llama un pozo de maravilla que ha producido millones y millones de barriles de petróleo y millones y millones de pesos que hasta hace poco nunca fueron para beneficio de los mexicanos; millones y millones de pesos o dólares que han ido a parar a los

bolsillos de los magnates petroleros que viven en tierra extranjera, y que ahora con las riquezas extraídas del subsuelo nuestro y el trabajo de los nuestros, pagan la campaña de informaciones falsas en contra del gobierno y el pueblo de México.

¿Y qué es, cabe preguntarse en esta hora solemne, qué es lo que ha quedado en nuestro país de esos millones y millones de pesos que produjo “Cerro Azul”? Salarios mezquinos, impuestos más mezquinos todavía, centenares de enfermos víctimas del paludismo y centenares de muertos víctimas también de enfermedades contraídas por el trabajo excesivo en zona inclemente y malsana. Por eso, cuando llegue la hora en que se hable de compensación por los bienes expropiados, nosotros debemos también tener presentes a nuestros enfermos y a nuestros muertos. Nosotros también, y en estos momentos recuerdo al poeta español León Felipe, debemos contar, y si no podemos contar los dólares o los pesos porque éstos se los llevaron, contamos a nuestras víctimas para cargarlas en las cuentas de los explotadores.

Pero ahora ya es nuestro el “Cerro Azul”, como son nuestros todos los cerros azules que decoran con su belleza masculina nuestros valles profundos.

Y aquí estamos celebrando con justificado regocijo la compra del primer barco petrolero que adquiere la Distribuidora de Petróleos Mexicanos, el primer barco de una flota que será de 10 unidades para fines del presente año. Otro barco como éste y que llevará el nombre de “Tampico” estará en este puerto dentro de un mes aproximadamente, y así otras y otras naves que llevarán por primera vez riquezas de México a lugares cercanos o distantes; pero ahora ya no para beneficio de gente extranjera y desvinculada de nosotros, ahora va a ser para beneficio de los mexicanos.

Y aquí estamos, hay que repetirlo una y cien mil veces, de pie y dispuestos a continuar la lucha, seguros de que el triunfo, a la postre, será indiscutiblemente nuestro, porque nosotros marchamos por nuestra senda de pueblo resuelto a mejorar sus condiciones de vida. Nuestra senda está iluminada por tres luces deslumbrantes: la luz de la razón, la luz de la justicia y la luz de la verdad. Y por esa senda marcharemos a la conquista definitiva de nuestro porvenir como pueblo libre y fuerte, como pueblo que sabrá dejar honda huella, constructiva y generosa, en los destinos de la humanidad.

No es posible concluir sin hacer notar un hecho interesante. Por intrigas de las compañías petroleras, ninguno de los antiguos tripulantes de este barco que conocían sus máquinas aceptó por precio alguno enseñar el manejo de las máquinas y acompañar a nuestros marinos hasta

Tampico; mas nuestros marinos, después de 4 horas de haber recibido el buque se hicieron a la mar y aquí están con el "Cerro Azul" entre nosotros. Por esto, no es posible concluir sin saludar con respeto, sin felicitar cordial y fervorosamente a los capitanes Obregón y Ramírez, a los oficiales y a todos los trabajadores del barco, porque han demostrado los conocimientos y las aptitudes de los marinos nacionales. Así es como se sirve y como se honra a la patria.

EN EL TEATRO DE LA PAZ DE SAN LUIS POTOSÍ
AL INAUGURARSE LOS CURSOS DE INVIERNO
ORGANIZADOS POR LA ACADEMIA POTOSINA DE
CIENCIAS Y ARTES. 6 DE ENERO DE 1951

Ante todo deseamos hacer presente nuestro agradecimiento por la cooperación desinteresada, entusiasta y cordial, con que nos han favorecido el señor don Ismael Salas, gobernador del estado; el señor licenciado Luis Noyola, rector de la Universidad; así como también los miembros del Patronato de los Cursos de Invierno y las personas que han aportado su contribución económica. Gracias a unos y a otros.

Aquí estamos otra vez los de la Academia Potosina de Ciencias y Artes; aquí estamos lo mismo que ayer, unidos por la cultura y el amor entrañable a San Luis Potosí. Nada más que ahora no venimos solos; nos acompañan algunos de los hombres más ilustres de México, ilustres por la obra que han realizado en el campo de las ciencias o de las bellas artes. Sus nombres se oyen pronunciar con respeto y admiración dentro y fuera de nuestras fronteras, en distantes y dilatados territorios. Son nuestro orgullo legítimo por sus nobles y claros afanes, por su pensamiento creador; porque ellos, sabios y artistas, son la luz de la patria.

Aquí estamos ya en la ciudad de la cantera rosa, aromada de leyenda y de historia, en la ciudad transparente, como alguien la llamara en hermoso poema; aquí estamos en San Luis Potosí, donde reposan para siempre los restos de nuestros mayores; donde —pienso en Manuel José Othón— reconocemos los sitios por nuestro amor consagrados y ungidos de recuerdos. Aquí estamos poseídos por el hondo interés desinteresado de servir a la patria chica, porque sabemos que sirviéndola así, servimos también a México, la suave patria de López Velarde, la patria dolorosa de Antonio Caso, la patria grande de todos los que tenemos la fortuna de ser mexicanos.

Recuerdo que en aquellos años en que José Vasconcelos caminaba

por el buen sendero, decía que el amor a la patria se parece al amor que sentimos por la madre; nada más que a la madre la amamos, la debemos amar tal y como es, en tanto que a la patria, además de amarla, debemos hacerla mejor. Y eso es lo que queremos; hacerla más floreciente, más respetable, más hermosa. Ése es nuestro anhelo apasionado, la pasión fervorosa de nuestra vida, de nuestra carne, de nuestro espíritu.

Lo primero que hay que hacer es producir bienes materiales en abundancia y distribuirlos con equidad entre toda la población. Sin equidad no hay justicia y sin justicia no hay paz entre los hombres. La riqueza de un país no se mide por la opulencia de los pocos, se mide por el bienestar material de los muchos. El problema económico de la nación no sólo consiste en poder producir, sino también en saber distribuir. La producción de riquezas es cuestión preponderantemente técnica, en tanto que la distribución es asunto humano, profundamente humano en el sentido más estricto y cabal del término.

Pero no podríamos construir una patria mejor, si sólo nos preocupáramos por la grandeza material. Sería perdón por la paradoja— una grandeza enanoide, una grandeza vulgar, sin ideales superiores y sin espinazo moral.

De aquí que es menester fomentar la cultura, extenderla y elevarla. Contribuir a tan altos propósitos, aun cuando sea dentro de un marco de modestia, es la tarea sustantiva de la Academia Potosina de Ciencias y Artes.

Está bien que haya ciudadanos que dediquen su vida a la actividad económica; pero que haya otros que trabajen lo más que trabajar puedan en el gabinete, en el laboratorio, en la biblioteca y en la cátedra, porque es en esos talleres del pensamiento donde se fragua el destino de los pueblos. Está bien que haya individuos que se inclinen día tras día para contar los billetes de banco; pero que haya otros que, en las noches diáfanas, levanten la cabeza para contar las estrellas y descubrir nuevas constelaciones. Está bien que unos hombres tracen caminos, construyan puentes y hagan cálculos matemáticos con impecable exactitud; mas es menester que otros hombres tengan el don de admirar nuestras montañas grises o azules, nuestros encendidos crepúsculos, y cantar después como diría el poeta León Felipe, libre y alegremente su canción. Y es que en la unión amorosa de la verdad con la belleza y en el estrecho maridaje de la razón y la intuición, se encuentran, señoras y señores, las fórmulas creadoras del inmediato porvenir.

Necesitamos que, además del gran foco cultural de la ciudad de México, haya otros focos de igual o parecida potencia en otras ciuda-

des del territorio nacional. Necesitamos establecer canales de comunicación permanente entre la capital de la República y las provincias, y entre una y otra provincia; porque sólo así podremos integrarnos, hacer de México una verdadera nacionalidad. No hay que olvidar que para que un territorio sea nación —y esto ya lo dijimos en otros lugar— es indispensable que todos los habitantes tengan un nivel económico y cultural semejante, a fin de que entre ellos existan lazos de simpatía, de solidaridad, y de comunidad de intereses, tanto en el orden material como en la esfera superior del espíritu.

Para lograr tales finalidades en cuanto al problema de la cultura, hay que continuar la campaña de alfabetización y seguir estableciendo escuelas primarias en las ciudades y en los campos. También es correcta la política educativa tendiente a generalizar la enseñanza secundaria y a crear cada vez en mayor número, escuelas normales y técnicas. Sin embargo, el sistema educativo mexicano es un edificio sin concluir. Le falta algo que es fundamental: no está bien terminado el piso superior que es el coronamiento de la obra arquitectónica. Me refiero a las universidades, a todas las universidades del país, sin excluir a la Universidad Nacional, siempre carentes de recursos, luchando con la pobreza, sin buenas bibliotecas, sin buenos laboratorios o sin laboratorios y con profesores que por lo reducido del salario que reciben, no pueden, en la mayoría de los casos, cumplir eficientemente su noble misión magisterial.

La enseñanza universitaria no es lujo de países ricos, como piensan los ignorantes; es necesidad imperativa de toda nación que aspira a ser factor afirmativo de progreso social y a dejar honda huella en el corazón de las generaciones.

Una cultura es resultado de la colaboración en el tiempo y en el espacio de numerosos individuos y diferentes agrupaciones humanas; pero, una vez integrada, adquiere sello propio y características privativas que la distinguen de las demás. Una cultura es como un río caudaloso que antes de serlo en plenitud, se ha alimentado de distintas corrientes en el curso de su difícil, azarosa y dramática carrera. Y México, debe realizarse como el río de la imagen; debe integrar su cultura con sus propias fuentes originarias, sin desdeñar, por supuesto, las aportaciones de otros pueblos, cuando éstas se ajusten a nuestro modo particular de ser, cuando estén en consonancia con nuestra historia, con nuestra geografía y nuestros sueños de superación.

Si yo fuera poeta, además de lo que soy, un modesto investigador de los fenómenos sociales, diría que la grandeza del México futuro cabe sintetizarla en tres palabras, únicamente en tres palabras, escritas en la

cima de todas nuestras montañas con la luz de un relámpago que tuviera la virtud inaudita de eternizarse: laboriosidad, capacidad y honradez.

Y, si además de lo que soy y de ser poeta, fuera también pintor, pintaría la imagen de la patria augusta en que soñara el maestro Justo Sierra; la representaría en la figura de una hermosa mujer, con los pies descansando sobre la cumbre del Citlaltépetl, cubierta con un manto fabricado con el oro de nuestros crepúsculos vespertinos; las manos extendidas en actitud acogedora y la mirada fija en el Oriente, por donde aparece la lámpara del sol, símbolo de vida, de igualdad y de amor entre todos los hombres de buena voluntad.*

* *De lo dicho y de lo escrito, 1931-1976. Discursos y conferencias.* Edición privada del autor fuera de comercio. México, 1977, pp. 119-125.

A LOS 25 AÑOS DE *CUADERNOS AMERICANOS*

1967

Cuadernos Americanos no ha sido ni es una revista conservadora, porque sabemos que los conservadores quieren detener el tiempo y eso es imposible. Tampoco ha sido ni es una revista reaccionaria, porque sabemos que los reaccionarios quieren que las corrientes del río caudaloso de la historia retrocedan a sus manantiales originarios, lo cual es absurdo. *Cuadernos Americanos* es una revista progresista, porque los progresistas caminamos siempre hacia adelante, con alas en el pensamiento para explorar dilatados horizontes y descubrir nuevas constelaciones sociológicas; porque los progresistas sabemos que el mundo marcha, que el que se detenga será aplastado y el mundo seguirá marchando.

¿Cuál es el ideario que ha normado la conducta, la acción de la revista? Procuraré resumirlo en el menor número posible de palabras:

1) La afirmación de que lo humano es el problema esencial; que todo, lo mismo la ciencia que el arte y la técnica, deben tener por mira el bienestar del hombre, la superación del hombre, la felicidad que para el hombre es dable conquistar sobre la tierra. Para ello es necesario satisfacer primero sus necesidades materiales a fin de adormecer a la bestia que todos llevamos dentro y pueda florecer lo que tenemos de superior, de espiritual. El espíritu es la esencia esencial de la personalidad íntima del ser. Sólo cuando el hombre en la prehistoria o en los comienzos de la historia llenó cabalmente sus necesidades materiales, bailó danzas alrededor del fuego, exploró en las noches diáfanas la marcha de los astros, dibujó el reno de la caverna primitiva y cantó, como dijera León Felipe, libre y alegremente su canción.

2) La difusión de cultura auténtica y a la vez el propósito de acercamiento cultural entre los hombres de ciencia y de letras de nuestra

estirpe idiomática, sin excluir a Brasil y Portugal; porque conociéndonos mejor los hombres de pensamiento habremos desbrozado el sendero para el cumplimiento de nuestro destino que debe ser ingente, noble y fulgurante.

3) La actualización del ideal de Simón Bolívar, el libertador. Las naciones de nuestra América, de la América de que hablara Rubén, tienen la misma lengua o parecida lengua, la misma religión y una historia con ciertas significantes analogías. Pero sobre todo, en esta hora dramática que viven nuestros pueblos, tenemos los mismos problemas que sólo podremos resolver cabalmente por medio de la unión fraterna. Hay que estar alerta ante el destino manifiesto y la acción agresiva de la potencia imperial. Y creemos con Isidro Fabela, que hay que oponer el iberoamericanismo al panamericanismo artificioso y mendaz.

Estuvimos en contra de los genocidios de Hiroshima y Nagasaki; y estamos en contra del genocidio en Vietnam que destruye vidas y riquezas de un pueblo mártir y a la vez víctima de la soberbia y de la ambición de estadistas enajenados que suelen hablar desde Washington como si estuvieran en la celda de un manicomio. En fin, estamos en contra de todo lo que rebaja al hombre, de todo lo que lo deprime, de todo lo que lo reduce, de todo lo que le daña; estamos en contra de la injusticia, de la maldad, del crimen.

Somos, como todos los progresistas, inconformes con lo que es porque soñamos en lo que debe ser. La historia es una hazaña de la inconformidad. Los inconformes son los que han dado grandes jalones en la historia; los fundadores de religiones como Buda y Jesús de Galilea; los descubridores de continentes como Cristóbal Colón; los grandes artistas innovadores del arte como Donatello, Rafael, Leonardo, Miguel Angel; los grandes científicos como Galileo y Newton; los grandes benefactores de la humanidad como Luis Pasteur, los grandes inventores como Watt, Stephenson y Fulton; los creadores de patrias como Bolívar, Washington, Morelos y Martí.

Y nosotros dentro de nuestra modestia vivimos inconformes, siempre inconformes con lo que hacemos y decimos, porque siempre hubiéramos querido decir mejor lo que dijimos y hacer mejor lo que hicimos; porque nos sentimos poseídos por un anhelo perenne de superación. En nuestros *Cuadernos Americanos* hemos hecho lo más que hemos podido, aun cuando sabemos que no hemos podido todo lo que hubiéramos querido poder. Nos encontramos en algo así como en un transitorio paradero

después de largo camino caminado sin tregua y sin reposo. Es la hora de la reflexión honda y pausada, de la autocrítica, de la meditación para reanudar mañana la marcha con nuevos bríos, nuevos anhelos; mas no caminaremos hacia el Occidente donde se pone el sol anunciando las sombras de la noche, sino hacia el Oriente en espera de la luz de un nuevo amanecer para la humanidad.*

* *Una vida en la vida de México*. 2a. edición, Siglo XXI Editores, México, 1975, pp. 251-253.

EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS AL RECIBIR LA
MEDALLA AL MÉRITO CÍVICO "EDUARDO NERI"
EL 9 DE OCTUBRE DE 1972

Sr. Presidente de la Cámara de Diputados, Sr. Secretario de Gobernación, representante del C. Presidente de la República, Sr. Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Sres. Presidente y representantes de la Cámara de Senadores:

Agradezco cumplidamente el dictamen de la Comisión Dictaminadora, de igual manera que a la XLVIII Legislatura del Congreso de la Unión, por haberme otorgado la Medalla al Mérito Cívico que lleva el nombre de un ciudadano ilustre, quien en momentos aciagos para la patria supo enarbolar en este recinto la bandera de la dignidad, aun a costa de su propia existencia.

Quisiera agregar algo a este propósito para los jóvenes que asisten a esta sesión solemne:

Después del discurso del diputado Eduardo Neri, exigiendo acción de la Cámara de Diputados para que no se siguieran cometiendo los crímenes que ya horrorizaban a la ciudad y a la nación, lo que ocurrió no puedo precisar en este momento con exactitud plena, pero dos o tres días después Victoriano Huerta, uno de los personajes más sombríos en la sombría historia de los personajes sombríos de México, mandó tropas a la Cámara; hizo salir a los diputados, quienes fueron conducidos a la penitenciaría. Había entre los legisladores algunos adictos al régimen que fueron liberados inmediatamente y otros pasaron algún tiempo encarcelados. Ignoro si entre esos diputados presos estuvo don Eduardo Neri, pero imagino que no estuvo porque, si no, no tendríamos el honor de tenerlo entre nosotros aquí; debe de haber escapado quizá a su estado natal Guerrero que, según noticias, se incorporó muy luego a la Revolución.

Quiero hacer referencia únicamente a la tarea en la que puse mayor entusiasmo, mayor fervor a lo largo de mi larga vida: me refiero a mis tareas docentes, a mis tareas de sembrar inquietudes generosas

en el corazón y en la conciencia de la juventud. Quisiera hacer una pregunta a mí mismo, para luego contestarla. ¿Qué enseñé a mis jóvenes alumnos a través de algo más de medio siglo?, no en relación con la materia precisa que impartiera, sino en cuanto a fórmulas de vida, en cuanto a actitudes frente a los problemas que se presentaran. Lo que yo les enseñé, es que debían estudiar. Estudiar siempre, movidos por un anhelo perenne de superación. Que debían estudiar todos los días de la semana, todas las semanas del año y todos los años de su vida, para poder ser útiles a la comunidad de que formaban parte y en la cual, posiblemente, ejercerían en el futuro función rectora.

Les dije muchas veces que era menester conocer el país, que no conocíamos a México, que no lo conocíamos bien; que no podía conocerse desde la capital de la República; que debían viajar, ir a los lugares distantes, ponerse en contacto con los trabajadores de las ciudades y de los campos. Les dije que debían conocer la realidad nuestra, conocerla hundiendo los pies en esa propia realidad; pero que si tenían alas en el pensamiento debían levantar la cabeza para contar las estrellas y ver si les era dable descubrir alguna nueva constelación sociológica. Sobre todo, sobre todo, lo que yo les prediqué —es el verbo apropiado—, lo que yo les prediqué a mis alumnos, con una honda y profunda convicción, fue que debían ser responsables y honrados, que este país necesitaba y necesita todavía de hombres honrados y responsables.

La **responsabilidad** y la **honestidad** realizan un supremo maridaje, un maridaje de suprema dignidad. Les dije que la honestidad no dependía tan sólo de no adueñarse por medios turbios o habilidosos del dinero ajeno; les dije que si alguien alguna vez les decía que podían tener una vida cómoda y aun hacer dinero por un camino distinto del trabajo, del trabajo diario, honesto, constante, debían huir de ese hombre porque era un envenenador; les dije que la honestidad consistía además en decir siempre lo que se piensa, y alguna vez les recordé estas palabras de José Martí: “El hombre que no dice lo que piensa, porque tiene miedo de decir lo que piensa, no es un hombre honrado”; que debían decir siempre lo que pensarán, aun cuando decirlo no agradase a quien se lo dijeran o a quienes se lo dijeran. Les dije además que la honestidad consistía en huir de la adulación, en jamás colocarse en una posición lacayuna: el servilismo y la adulación menguan la dignidad del hombre.

La honestidad, cuánta falta nos hace en este país: desde muy abajo hasta muy arriba y desde muy arriba hasta muy abajo. Qué bueno sería que fuese posible con un grito de proporciones inmensas decir estas dos palabras: “honestidad y responsabilidad”, y que el eco de ese

grito se repitiera de barranco en barranco, de valle en valle, de montaña en montaña y que se repitiera durante el día y durante la noche, para que se clavara en la conciencia del mexicano y ver si así podíamos avanzar más de prisa en nuestra historia.

Es ya largo el camino caminado y ya no es largo el que queda por caminar, estoy a punto de llegar a algo así como un paradero. Me imagino que en la puerta con letras luminosas dice: "ocho décadas, entra viajero y reposa de tu largo viajar".

Yo voy a entrar a ese paradero pero no voy a reposar. Voy a entrar por una puerta y a salir por la otra. En la otra puerta encontraré las clásicas tres veredas: la de la derecha, la de la izquierda, la del centro. Y yo necesito reanudar mi camino y yo necesito seguir siendo útil a mis semejantes; yo necesito seguir amando a mi familia más que a mí mismo, a mi patria más que a mi familia y a la humanidad tanto como a mi patria.

No tomaré la vereda de la derecha. La vereda de la derecha es para quienes tienen como motor fundamental de su vida la adquisición de riquezas; no tomaré la vereda del centro, porque es la de los indecisos, la de los cobardes. Voy a tomar la vereda de la izquierda; por la izquierda siempre he transitado.

Me hice de izquierda cuando me sumé a la brigada del general Eulalio Gutiérrez, a la edad de 21 años, en la ciudad de San Luis Potosí, en el año lejano de 1914; y he seguido siendo hombre de izquierda, jamás lo he negado, y voy a seguir siendo hombre de izquierda, y lo que me ha ocurrido es que a medida que me he hecho más viejo me he hecho más de izquierda.

La izquierda es inconformidad, inconformidad con el mundo circundante, inconformidad con el propio país en que uno está viviendo, porque siempre quiere hacerlo mejor. En este momento recuerdo que cuando José Vasconcelos caminaba por el buen sendero, decía que a la madre debíamos quererla tal y como ella es; y agregaba que a la patria debíamos quererla como a la madre, pero que debíamos hacerla mejor, y entonces me digo: ¡estoy inconforme con mi patria porque la quiero hacer mejor!

Inconformidad, ¿inconformidad con qué en estos momentos? Inconformidad con la tremenda concentración de capital en pocas manos, sobre todo en los dos últimos sexenios; concentración que comenzó con el sexenio de 1946 a 1952. Estoy inconforme con la opulencia y la miseria; estoy inconforme con los millones de mexicanos desnutridos frente a los centenares de mexicanos hartos e inmensamente ricos; estoy inconforme con el "jacal", con los "harapos" con que a veces se viste nuestro

pueblo. Es una inconformidad que a veces me llena de dolorosa indignación y quisiera recordarles, señores diputados, que el 12 de diciembre de 1893, en esta misma tribuna, el maestro Justo Sierra, recordando las palabras del predicador de la montaña dijo: "El pueblo mexicano tiene hambre y sed de justicia". Han pasado 79 años y hoy tenemos que decir si somos honrados —fijarse que digo honrados— que el pueblo mexicano tiene hambre y sed de justicia, a pesar de los milagros de Nuestra Señora de Guadalupe y de las promesas, no siempre cumplidas, de Nuestra Señora la Revolución.

¿Qué es lo que nos ha pasado? Yo invito a los miembros de esta Legislatura a que reflexionen en lo que voy a decir ahora: Desde el Manifiesto y Programa del Partido Liberal de 1906, mes de junio, día primero, firmado por Ricardo y Enrique Flores Magón, Antonio I. Villarreal, Juan y Manuel Sarabia, Librado Rivera y Rosalío Bustamante, ahí se habla —yo recojo solamente esto y lo voy a seguir recogiendo— de dos carencias del pueblo de México: una, la nutrición apropiada; dos, la falta del conocimiento del alfabeto.

He seguido paso a paso los informes presidenciales de Obregón, Calles, los del sexenio de los tres presidentes. He seguido el discurso de Lázaro Cárdenas cuando fue nominado candidato a la presidencia de la República el 3 de diciembre de 1933 y sus informes presidenciales: miseria e ignorancia.

Algo menos durante el régimen de Avila Camacho, estábamos envueltos en la segunda guerra internacional. Se vuelve a hablar de eso con modalidades muy particulares durante el sexenio siguiente; en los informes de Ruiz Cortines al Congreso se hace hincapié en la ignorancia y en la miseria; y lo mismo ocurre en la campaña presidencial y en los mensajes presidenciales de Adolfo López Mateos; la miseria, el hambre, la ignorancia, hay que remediarlas, vamos a hacer esfuerzos para remediar todo esto, y lo mismo, lo mismo, señoras y señores lo mismo en la campaña presidencial de Díaz Ordaz y también en los informes presidenciales. Y como creo que eso ha ocurrido hace muy pocos días, el presidente Echeverría también habló en su último informe de esas grandes carencias nacionales. ¿No es para meditar seriamente, no es para ahondar en nuestros problemas el que después de más de 60 años no hayamos podido curar esas dos llagas purulentas que agobian a nuestro pueblo? ¿Quiere acaso decir que hemos equivocado el rumbo? ¿Quiere acaso decir que hemos equivocado la vía del precapitalismo para llegar al capitalismo? ¿Quiere decir acaso que las inversiones extranjeras que recibimos indiscriminadamente nos ayudan a nuestro desarrollo con la suprema aspiración de asemejarnos mañana a la potencia imperial?

Las inversiones extranjeras, las inversiones extranjeras directas, ¿por qué vienen a México? Del otro lado nos discriminan, pero entonces vienen aquí ya sin discriminarnos, vienen aquí, ¿para qué?, ¿por qué? Porque desean lucros, no por altruismo; es el lucro el que mueve la inversión extranjera en la que los norteamericanos representan el 80 por ciento. En este momento la inversión extranjera —lo digo de paso— sobrepasa un poco los 37 mil millones de pesos.

Invierten cien, después de cierto tiempo han recobrado el capital invertido, si no, se irían. No se van; empiezan a tener utilidades, dividendos, regalías; los han tenido siempre desde un principio; utilidades, regalías, intereses, dinero que exportan dentro del renglón de invisibles al extranjero.

Y siguen exportando más de lo que invierten, invierten como cien y después de un lapso exportan como 30, como 40, como 50. ¿Están acaso contribuyendo a nuestro desarrollo o a nuestro subdesarrollo?, ¿están contribuyendo a nuestra capitalización interna o nos están descapitalizando?

Yo he dicho hace muchos años, hace casi 20, he dicho que es necesario reglamentar las inversiones extranjeras, he predicado en el desierto y ahora aquí, desde esta tribuna, digo que es necesario reglamentar las inversiones extranjeras. Es curioso, y pueden ustedes comprobarlo: el gobierno argentino ha poco reglamentó las inversiones extranjeras. ¿Cómo debemos reglamentarlas? No, no vamos a ir en contra de la realidad, no podemos evitarlas por ahora, pero reglamentémoslas. ¿No creen ustedes que es posible en una reglamentación decir que no admitimos que se establezcan aquí en nuestro país cadenas de comercios como Sears Roebuck, Woolworth y cadenas de restaurantes? ¿Qué acaso nos hacen falta Sears Roebuck y los Woolworth y las cadenas de restaurantes, para nuestro desarrollo económico?

¿Esa economía terciaria es indispensable? Yo creo que no lo es. Por otro lado, ¿no debíamos reglamentar prohibiendo que los inversionistas extranjeros adquieran empresas mexicanas ya establecidas, como el conocido caso de la fábrica de chocolate La Azteca y algunos más anteriores? ¿No sería legítimo decir, señores vienen ustedes a invertir en una industria nueva, que nos enseñe técnicas nuevas, que contribuya a nuestro desenvolvimiento, pero no les permitimos que compren empresas ya establecidas? El caso de Clemente Jacques es impresionante.

En la industria de la alimentación organizada está predominando cada vez más el capital extranjero. Quizá también podría esa reglamentación exigirle anualmente una reinversión en el país, si se quiere con moderación, con prudencia; mas no creo aconsejable seguir como es-

tamos, en que vienen los capitalistas extranjeros de grandes unidades económicas internacionales, que a veces suelen intervenir en la política de los países adonde llegan ,permitirles que estén en nuestro país como "moros sin señor"; esto no es prudente, aconsejable ni patriota.

¿Qué es lo que pienso, recogiendo lo último que he estado diciendo? Lo que pienso es que la vía capitalista que hemos seguido hay que rectificarla, que se estudie, que se medite, que se ahonde; y me inclino a pensar —y eso ya lo escribí hace diez años— en lo que refirió mi distinguido amigo, el diputado Mario Colín, pero con algunas adiciones y supresiones que yo calificaría, con mucha prudencia, no del todo exactas, y con mucha cortesía también, mi distinguido amigo Colín.

El camino que yo señalaba es éste: una mayor intervención del Estado en la economía, llegar hasta el capitalismo de Estado y después, aprovechar la coyuntura propicia desde el punto de vista internacional para llegar al socialismo, un socialismo de acuerdo con nuestra idiosincracia, nuestra historia, nuestra geografía, nuestros sueños de superarnos cada vez más y más; pero un socialismo que no fuera imitación de este o de aquel o del otro socialismo. La experiencia está demostrando que los países que están construyendo el socialismo tienen —buen número de ellos— soluciones con matices distintos; un socialismo con libertad de pensar, de crear, de actuar. Eso será a la corta o a la larga; midiendo el tiempo desde el punto de vista histórico. Quizá entonces podríamos llegar a acercarnos a lo que para mí es la síntesis de la civilización: la armonía del hombre con la naturaleza y de todos los hombres entre sí, en que el hombre ya no sea lobo del hombre sino amigo fraternal del hombre.

Tal vez eso se logrará mañana por la influencia de la fisión del núcleo del uranio 235 y de la fusión de los átomos de hidrógeno, así como también por las aplicaciones cibernéticas cada vez en mayor escala. Estamos presenciando una nueva y trascendental revolución industrial que transformará al mundo, como lo transformó la revolución iniciada en el último tercio del siglo XVIII en Inglaterra.

Necesitamos ser cada vez más inteligentes para aprovechar los descubrimientos científicos y su utilización tecnológica. Necesitamos además que en nuestro México impere la justicia, para lo cual hay que realizar las reformas ingentes que están exigiendo con apremio las grandes masas de nuestra población, reformas como aquellas que llevó al cabo en Atenas hace 25 siglos el gran legislador Solón.

* *Mis últimas andanzas, 1947-1972*. Siglo XXI Editores, México, 1973, pp. 340-346.

NERUDA, ALLENDE Y EL PUEBLO DE CHILE
8 DE OCTUBRE DE 1973*

Pablo Neruda llegó a México el 16 de agosto de 1940, nombrado cónsul-general de Chile. Muy luego se hizo amigo de buen número de intelectuales mexicanos más o menos progresistas que admiraban al poeta. No recuerdo quién me lo presentó ni en qué lugar. Lo cierto es que bien pronto disfruté de la alegría de su amistad. Por aquellos días andábamos empeñados Juan Larrea, León-Felipe, Eugenio Imaz y otros amigos del exilio español, así como también Alfonso Reyes y Bernardo Ortiz de Montellano, en dar a la luz pública el primer número de la revista *Cuadernos Americanos*. No escapa a mi memoria que en la segunda entrega de la publicación —marzo-abril de 1942— apareció un poema de Neruda bajo el título de “El corazón magallánico”; y aquí viene a cuento la siguiente anécdota.

En noviembre de 1940 yo era director de la Escuela Nacional de Economía. Un atardecer se me presentaron dos jóvenes con una carta del rector Gustavo Baz, en la cual me decía que esos estudiantes de segundo año de Derecho habían obtenido una beca para ir a estudiar no sé qué a Santiago de Chile; pero que no tenían medios de transporte y me los enviaba para ver si podía ayudarlos. Escribí una carta a Pablo Neruda y él les facilitó los medios para realizar el viaje. Aquellos dos alumnos universitarios se llamaban Luis Echeverría y José López Portillo. Aquél, hoy presidente de la República, y éste, secretario de Hacienda. Neruda siempre estaba dispuesto a tender la mano a la juventud.

Ahora quiero relatar un suceso en Guaymas muy poco conocido, que tuvo lugar hace 119 años. El aventurero francés Gastón de Raousset tuvo el propósito de conquistar el Estado de Sonora para establecer una

* Discurso pronunciado en el mitin organizado en el Teatro del Palacio de las Bellas Artes por la Comunidad Latinoamericana de Escritores, el Instituto Nacional de Bellas Artes y la Sociedad Mexicana de Escritores.

república independiente. Desembarcó en el puerto con unos 300 filibusteros franceses y unos cuantos alemanes. Intimidó rendición al general Yáñez, jefe de la plaza, quien contaba para defenderla con un batallón pobremente equipado. Yáñez se encerró en el cuartel para esperar allí el ataque en mejores condiciones de defensa. Había atracado en el puerto dos días antes una pequeña embarcación chilena. Los quince tripulantes al saber lo que ocurría se presentaron al general Yáñez. Se luchó durante dos largas horas. Los filibusteros con su jefe a la cabeza fueron vencidos cayendo muchos de ellos prisioneros. Un marino chileno fue herido. La sangre chilena se mezcló con sangre mexicana. Y la aventura temeraria terminó semanas más tarde al ser fusilado Gastón de Raouset por sentencia inapelable de un tribunal militar.

Lo anterior lo refería —lo recuerdo muy bien— el 18 de septiembre de 1941, en relato de sobremesa al celebrarse con un banquete en Cuernavaca la independencia de Chile, con asistencia del cónsul Neruda, los embajadores de aquella nación hermana y un buen número de amigos mexicanos.

El cónsul poeta estuvo entre nosotros ejerciendo sus funciones durante tres años.

A fines de 1945 y comienzos de 1946 Pablo Neruda dio algunos recitales en la ciudad de México. En uno de ellos le oí declamar su bellissimo poema "Que despierte el leñador", uno de los que más me gustan del gran poeta. El 18 de enero de 46 fue condecorado con la Orden del Aguila Azteca, presea concedida por el gobierno de México a extranjeros distinguidos o supuestamente distinguidos, unos de altura y otros de cabotaje. En el caso de Neruda, ¡ni hablar!

Lo encontré algo más de año y medio más tarde en agosto de 1947 en Buenos Aires. Nos vimos 2 ó 3 veces en reuniones de amigos mutuos. El estaba entonces casado con Delia del Carril, mujer encantadora, a quien llamaban los amigos cercanos, no sé por qué, "La hormiguita".

En 1948 volvió a México para publicar *Canto general*, hasta esos momentos su libro más ambicioso. En 1950 apareció la obra en dos ediciones, una, a cargo del Comité Auspiciador, y la otra en Ediciones Océano. Ambas llevan ilustraciones de David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera. Yo fui uno de los miembros del Comité Auspiciador. Tengo presente una comida con Neruda en la casa de Wencésalao Roces para hablar de la edición.

Después nos vimos en alguna otra ocasión. Neruda fue poeta desde su niñez, fue un poeta de pura sangre y un trotamundos incansable.

A los trece años publica su primer artículo bajo el rubro de "En-

tusiasmo y perseverancia” en el diario *La Mañana* en la población de Temuco, lugar de su residencia. Lo firma Nefthalí Reyes, su verdadero nombre. A los 16 años adopta el nombre de Pablo Neruda. En 1924 se publica su primer libro importante *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, donde ya apunta el gran poeta y su personalidad originalísima. Viene más tarde la colección de poesías *Residencia en la Tierra* que cubre una etapa de alrededor de 20 años. Después las *Odas elementales* en varias ediciones de Losada, y no deja de escribir casi todos los días del año y todos los años de su vida. Tal vez, poco antes de expirar compuso su último poema fustigando a la canalla.

La paz fue una preocupación constante del poeta chileno, la paz entre todos los hombres de buena voluntad. En “Que despierte el leñador” tiende la mano al negro y al blanco norteamericanos; no a los plutócratas, no a los mercaderes de toda laya, sino al blanco y al negro que se ganan la vida con el desgaste productivo de su energía. Él amó al hombre; mas no al señorito de los saraos palaciegos. Amó al hombre de las manos encallecidas, al que labró las piedras y labrando piedras dejó la vida en las cumbres de Macchu Picchu. Sin embargo, en ocasiones montó en cólera como en “España en el corazón” en que maldice a los generales traidores que derramaron sangre de niños madrileños; y siempre, siempre, levantó su voz contra la injusticia y el crimen.

Se ha dicho que éste es un homenaje a Neruda; pero un homenaje a Pablo Neruda es un homenaje al pueblo chileno; y un homenaje al pueblo chileno es un homenaje a su caudillo, a su gran caudillo Salvador Allende. Al hombre que murió luchando por sus ideas y sus largos afanes. Salvador Allende es ya un héroe de nuestra América y se harán estatuas, aquí, allá y acullá.

Sabía muy bien porque tenía amplísima cultura política, económica y sociológica y en otras ramas del conocimiento humano, que la experiencia histórica demostraba que no podía pasarse de una democracia burguesa al socialismo sin violencia, cortando cabezas en el torbellino de una revolución, entendiendo por revolución un movimiento violento para sustituir una clase en el poder por otra clase social: la burguesía por el proletariado, o los representantes de éstos o de aquéllos. Sin embargo él quiso construir una sociedad socialista por medios pacíficos, poco a poco, lentamente, contando cabezas y no cortándolas; y contando cabezas llegó a la Primera Magistratura de su patria. Él había dicho que saldría del Palacio de la Moneda —asiento del Poder Ejecutivo de la República de Chile— después de cumplir el mandato de 6 años que el pueblo le había confiado, o muerto. Ya lo sabemos, y lo

sabemos con inmensa amargura e indignación dolorosa, que así sucedió ante la traición del ejército, de la aviación, la marina y los carabineros. Lo que Allende quería era hacer de su patria un país libre, independiente, absolutamente independiente y dueño de su destino. ¿Fue acaso una utopía? Recordemos de paso que algunas de las utopías de ayer han dejado de serlo y pensemos que las utopías de hoy bien podrán ser las realidades de mañana.

En sus casi tres años de gobierno Allende nacionalizó las minas de cobre, la mayor riqueza minera de Chile, que desde hacía varios lustros estaban en poder de compañías norteamericanas. El procedimiento fue la expropiación, ofreciendo pagarlas a sus sedicentes propietarios por medio de arreglos convenientes para ambas partes. Algo semejante a lo de México con la expropiación de los bienes de las empresas petroleras.

Fueron nacionalizadas, también expropiándolas, otras empresas transnacionales y se llevó al cabo con celeridad una radical reforma agraria. Ya era demasiado e intolerable para la potencia imperial. Las represalias no se hicieron esperar, y es casi seguro que la Agencia Central de Inteligencia (CIA), esa organización tenebrosa al servicio de los intereses de la plutocracia norteamericana, entró en escena. Mientras tanto el doctor Allende respetaba la constitución burguesa, permitía ser atacado con saña todos los días por la prensa de oposición, respetuoso de la libertad, del pensamiento, y tal vez no calibró la importancia de las ministraciones de armamento moderno, relativamente moderno, que entregaba el Pentágono a las fuerzas armadas chilenas. Se asegura que en toda la América Latina, el país que recibió en los últimos tres años mayor cantidad de ayuda militar fue Chile, después, obviamente, de Brasil, el país latinoamericano predilecto de los inversionistas de los Estados Unidos.

Cada día arreciaba la oposición no sólo política sino económica como en el caso del paro durante varias semanas de los camiones de carga. ¿Cómo pudieron sostenerse los propietarios de esos vehículos y cómo pudieron sostener ocioso al personal? ¿Quién les dio el dinero necesario? Dejo la respuesta a la inteligencia de mi auditorio.

El golpe ya era esperado por buen número de observadores, no obstante la concentración de los trabajadores frente al Palacio de La Moneda tres días antes del fatal 11 de septiembre de 1973, fecha que quedará grabada con caracteres negros e indelebles en la historia del antes tan ponderado ejército chileno. La Moneda fue ametrallada brutalmente, como si se tratara de un ejército invasor. Los jefes de la soldadesca le propusieron a Allende un avión para que abandonara la

ciudad y se trasladara con su familia al lugar que él designara. El presidente declinó el ofrecimiento. Luego se le pidió que se rindiera y declinó la petición. Cumplió su promesa. Salió de La Moneda dentro de un féretro. ¡No ha muerto, no ha muerto, está vivo, más vivo que nunca en el corazón de todos los hombres de bien desde Chile hasta Finlandia, casi en las antípodas! Allá en Finlandia ha sido ha poco honrado el héroe chileno.

Voy a volver por breves instantes a Pablo Neruda. Es cierto, estaba enfermo, seriamente enfermo. Sin embargo pudo haber vivido algunos meses más. No fue posible. Lo asesinaron los asesinos de Allende, precipitando su deceso. Lo sobrevivió apenas doce días cuando pensaba venir a México ante la tragedia de ver pisoteados sus ideales que habían normado su vida por la bota lodosa de la soldadesca, debió haber sentido que algún ser diabólico le machacaba las entrañas.

Su casa en Santiago fue profanada. Sus papeles, retratos, fueron quemados. Su cadáver fue velado en una habitación con parte de la alfombra incendiada. Al día siguiente el entierro; comenzó la caravana luctuosa que iba engrosándose y engrosándose. Por las calles donde pasaba salía la gente de sus casas y se unía, 500 personas, 800, 1 000, 2 000, 3 000. La protegían varios embajadores, entre ellos el de México, Martínez Corbalá. Atrás venían quizás avergonzados, los carabineros. Alguien gritó: compañero Neruda, presente. Y otras voces, compañero Neruda, presente. Los pasos, los pasos, los pasos de seis mil zapatos en medio del silencio. Compañero Neruda, presente. De repente el alarido de una voz ronca de mujer: compañero Allende, presente, presente ululan cientos de voces. Y otros muchos miran hacia atrás temerosos del disparo de los carabineros.

Salvador Allende y Pablo Neruda reposan ya en el amor eterno de la tierra, de su tierra a la que amaron con entrañable amor. La tumba de Allende en el Centenario de Valparaíso está custodiada por carabineros, listos con sus metralletas para evitar que alguien se acerque a la tumba para depositar una corona. Esto le ocurrió a una sociedad cultural de Francia que a eso fue a Valparaíso. La amenazaron con disparar si insistía en su empeño. No sé si también estará prohibido depositar una rosa o una lágrima en la tumba del poeta.

La Junta Militar que gobierna a la hoy desventurada nación ha demostrado y está demostrando ante el mundo su crueldad inaudita y su desprecio por los más elementales derechos humanos. Para ellos son delincuentes todos los que sirvieron al gobierno legítimo de Allende aun en los cargos más modestos. El número de asesinatos, ante la resistencia popular se cuenta con tres o cuatro cifras: 700, 800, algo más

de 1 000; los prisioneros por miles. Los refugiados en las embajadas son muy numerosos: docenas y a veces centenas. Varios de los exministros de Allende fueron enviados a una isla inhóspita cerca del Estrecho de Magallanes, donde la temperatura nunca está arriba de cero. Es muy probable que algunos, hombres de alta calidad moral e intelectual; no volverán a depositar un beso en la frente de sus hijos. Para los militares golpistas el marxismo es una doctrina diabólica. Yo dudo que Pinochet y sus congéneres sepan quién fue Marx y lo que es el marxismo. ¿Saben acaso que uno de los descubrimientos de Marx fue la significación de lo económico en la historia de los pueblos? ¿Saben que pronosticó la existencia del ejército industrial de reserva como resultado del progreso tecnológico? ¿Conocen la teoría del valor-trabajo? ¿Y tienen idea de lo que es eso de la plusvalía? Por supuesto que sabemos bien que el marxismo no es indiscutible, lo mismo que todas las doctrinas que han existido y existen en nuestro mundo. De esto a considerar el marxismo como un delito hay una distancia inmensa. Delitos, delitos de lesa humanidad y de lesa patria son los que están cometiendo los lacayos de Pinochet.

Quema de libros marxistas en las calles de Santiago y en otras ciudades chilenas. Eso no se había visto hace muchos, muchos años, en ningún país civilizado. ¿Creen que así van a matar las ideas? ¡Las ideas no se matan, bárbaros!, dijo hace más de un siglo el argentino Sarmiento. Y yo digo, las ideas no se encierran en calabozos, porque se escapan por la rendija más angosta para respirar el aire y la luz, para transformarse después en semilla de rebeldía constructiva de transformación social.

Recuerden los de la Junta Militar que des gobiernan Chile, recuerden que hace algo menos de dos milenios, unos hombres eran arrojados a las fieras en el Coliseo de la Roma imperial, porque defendían ideas contrarias a la religión oficial. Aquellos hombres hicieron galeras subterráneas para practicar su religión. Centenares y millares de mártires, hombres y mujeres: esclavos, pobres, enfermos. Todo fue inútil. Las ideas triunfaron sobre el hierro, el fuego y las garras de los tigres hambrientos. El conjunto de esas ideas hoy se llama cristianismo.

Vivimos años de profunda crisis humana, de desquiciante crisis axiológica. Los viejos valores ya no funcionan cabalmente y el hombre no ha sido todavía capaz de crear valores nuevos. A veces se piensa y se siente que la cultura occidental se halla próxima a la bancarrota. Quizá cabe decir que el óptimo fruto de esa cultura ha sido la sociedad capitalista, la cual ha llegado a su plenitud, a su culminación en los Estados Unidos de Norteamérica. Y el desaliento nos invade cuando

nos damos cuenta de que el capitalismo norteamericano no ha resuelto los grandes, vitales y sustantivos problemas del hombre, en el sentido de hacerlo más dichoso o por lo menos menos desdichado que sus antepasados del mundo antiguo y de la edad media. En los Estados Unidos existe la discriminación racial de mexicanos, puertorriqueños, latinoamericanos y a veces aun de italianos; el cultivo del erotismo en sus formas más explosivas y morbosas; la inversión sexual, característica de las sociedades en decadencia; la drogadicción; los bienes materiales como meta de la existencia social con desprecio para los bienes del espíritu, que es la esencia esencial de la personalidad íntima del ser. Un candidato a la vicepresidencia que renuncia al descubrirse que estaba bajo vigilancia psiquiátrica; un vicepresidente que renuncia a su alto cargo, al comprobarse que en el servicio público había cometido actos de peculado; y un escándalo internacional, Watergate, del que no se salva ni el propio presidente de la nación más poderosa de la Tierra. A todo lo anterior hay que agregar el crimen inaudito de Vietnam. Y ni siquiera se ha desterrado la pobreza: hay negros pobres, pobrísimos; hay blancos pobres, pobrísimos; hay puertorriqueños pobres, pobrísimos; hay descendientes de mexicanos pobres, pobrísimos; hay algo más de treinta millones de pobres en el país vecino según lo afirma el sociólogo católico Michael Harrington en su libro titulado *La cultura de la pobreza de los Estados Unidos*.

Y lo peor de todo es que no faltan individuos en los países latinoamericanos que piensan que el modelo que debemos seguir para lograr nuestro desarrollo, es el de la patria de ese gerente de plutocracias Richard M. Nixon. Hace unos cuantos días el nuevo secretario de Estado Kissinger (a quien no sé por qué diablos le han dado la mitad del Premio Nobel de la Paz)* dijo en actitud soberbia, desafiante, que qué queríamos los latinoamericanos: nacionalismo o cooperación. Y yo quisiera gritar en un grito que se oyera en todos nuestros países: ¡nacionalismo, sí; cooperación, no! Nacionalismo porque es la única vía para hacernos independientes, libres, dueños de nuestras riquezas, dueños de nuestro porvenir; cooperación, no, porque ya sabemos que es explotación, porque los norteamericanos se quedan siempre con la parte del león.

El mundo de cultura occidental con los países ricos y los que están en vías de desarrollo en los que predomina esa cultura, podemos di-

* Expresión añadida a la intervención original, al conocerse este hecho. (N. de Ed.).

vidirlos en los que creen en la inmortalidad de la sociedad capitalista o en otras palabras en los que quieren detener el tiempo y en los que pensamos que algún día no lejano, medido en términos históricos, la humanidad alborozada presenciará la explosión de auroras fulgurantes, anunciando el parto doloroso y creador de una nueva humanidad.*

* *De lo dicho y de lo escrito. 1931-1976. Discursos y conferencias.* Edición privada del autor fuera de comercio. México, 1977, pp. 287-300.

EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.
HOMENAJE AL GENERAL LÁZARO CÁRDENAS EL
23 DE OCTUBRE DE 1973

Después del fracaso de las negociaciones entre el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana y las compañías para la firma de un contrato colectivo de trabajo, el Sindicato se declaró en huelga a fines de mayo de 1937. Bien pronto se hizo notar la falta de petróleo, de gasolina y de otros derivados en grave daño para la economía de la nación.

Ante esa situación el presidente Cárdenas llamó a los dirigentes del sindicato para pedirles que levantaran la huelga y plantearan ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje un conflicto de orden económico. Los trabajadores obraron desde luego de conformidad con la sugestión presidencial. El grupo número 7 de la Junta designó tres peritos para que en un término de 30 días presentaran un informe sobre las condiciones financieras de la industria, así como también un dictamen dando su parecer sobre la manera de resolver el conflicto existente.

El 3 de agosto los peritos entregaron informe y dictamen al presidente del grupo mencionado. El dictamen estaba precedido de cuarenta conclusiones, tremenda requisitoria en contra de las empresas. En la última conclusión se decía que sin perjuicio para sus condiciones económicas, las compañías estaban capacitadas para aumentar en 26 millones de pesos anuales los salarios y las prestaciones sociales a su personal.

El informe y el dictamen se pusieron a la vista de las partes para conocer sus posibles objeciones. Desde luego el sindicato presentó las suyas, las cuales carecían de significación. En cambio, las compañías después de más de dos meses entregaron un escrito voluminoso conteniendo numerosas objeciones sobre el informe y dictamen. Al mismo tiempo, iniciaron una campaña en la prensa en contra de los tres pe-

ritos y afirmaron que ellas no tenían capacidad de pago para el aumento de los 26 millones.

El 18 de diciembre la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje pronunció su laudo, haciendo suyas las conclusiones del dictamen pericial, agregando consideraciones de carácter jurídico. En esta ocasión las compañías elevaron la puntería atacando al Tribunal del Trabajo e insistiendo en su falta de capacidad de pago. Entonces, como era obvio, las empresas acudieron en demanda de revisión del laudo ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Así las cosas, pasaron los meses de enero y febrero. El 1º de marzo la Suprema Corte ratificó el laudo de la Junta. Las compañías, todas ellas extranjeras, se declararon en rebeldía al negarse a acatar el fallo de la suprema autoridad judicial de la República. Al mismo tiempo retiraron sus fondos de los bancos, cuidaron de que no hubiera barcos petroleros en puertos mexicanos y otra vez insistieron en su falta de capacidad de pago.

Los esfuerzos del presidente Cárdenas para convencerlas de que debían cumplir con las leyes del país, fracasaron completamente.

El 8 o 9 de marzo uno de los más altos funcionarios de la Standard Oil Company de New Jersey, declaró a la prensa mundial con arrogancia inaudita que las compañías petroleras ya no tenían nada que hacer y que el próximo paso debía darlo el gobierno de México. El próximo paso lo tuvo que dar el gobierno de México, porque no podía admitir la desobediencia de empresas foráneas a las leyes de la República. El 18 de marzo a las 7 de la noche, el presidente Cárdenas anunció por radio al pueblo mexicano la expropiación de los bienes de las empresas petroleras que habían explotado con beneficios inmensos el subsuelo de México desde 1901 hasta esa fecha.

Comoción nacional e internacional y respaldo al Gobierno de todas las clases sociales, expresado en manifestaciones espontáneas a las que concurrieron centenares de miles de ciudadanos.

Los técnicos y administradores de más alto rango, todos extranjeros, abandonaron desde luego sus puestos. Fue menester improvisar administradores y técnicos. Todos cumplieron con su deber con patriotismo encomiable lo mismo que todos los trabajadores petroleros; y no faltó petróleo, ni gasolina, ni combustóleo en todo el territorio nacional. Hubo tropiezos, desajustes inevitables; pero fuimos caminando y hemos seguido caminando. Hoy la industria nacionalizada es un éxito incontrovertible y ha sido un factor decisivo en el progreso económico de la nación, ya que el petróleo representa algo más del 90% de la energía de que disponemos.

Ya otra vez lo he escrito: la expropiación del petróleo tuvo matiz de epopeya; el héroe fue el pueblo mexicano y su caudillo se llama Lázaro Cárdenas, que hoy reposa, legítimamente, en el Monumento a la Revolución.

Al entregar el poder el general Lázaro Cárdenas al presidente Manuel Ávila Camacho el 1º de diciembre de 1940, le entregó una carta escrita de su puño y letra en enero de ese año. Es una carta histórica, en buena medida desconocida o por lo menos nunca antes destacada. Aquí se reproduce:

Algo muy importante y trascendental en la vida de México, para los hombres que asumimos el poder es, cuidar de que entre tanto no haya una declaración categórica del Gobierno de Norteamérica, en el sentido de que abandona su teoría de reconocer la nacionalidad de origen a los norteamericanos que se trasladan a otros países, no debe aceptarse aquí a nuevos inversionistas de la nación vecina. Si se descuida este importante aspecto, tendremos que lamentar más reclamaciones indebidas y conflictos graves para México. Aunque los extranjeros de acuerdo con nuestras leyes, están obligados a renunciar a toda protección diplomática, lo cierto es que los Gobiernos de Norteamérica no han respetado este principio que es ley suprema en nuestro país, y por ello se hace indispensable tener previamente una declaración oficial del Gobierno norteamericano. Nuestra cancillería debe seguir trabajando hasta lograr el respeto absoluto a la soberanía de la Nación. Si con este principio está de acuerdo el Ciudadano que llegue a sucederme en la responsabilidad del Poder, se servirá transmitirlo a su inmediato sucesor.

Desgraciadamente nada se ha hecho y no han faltado desde entonces conflictos diplomáticos por las causas que señalara el presidente Cárdenas. Lo que ha sucedido es que hemos abierto de par en par las puertas del país a las inversiones extranjeras que en estos momentos sobrepasan de mil doscientas, de las cuales el 80%, aproximadamente, corresponde a inversionistas de la potencia imperial. El hecho es que estamos enajenando la economía de la nación en manos forasteras.

Al declarar la guerra los Estados Unidos a las potencias del Eje, con fecha 8 de diciembre de 1941, enviaron dos fuertes columnas motorizadas a la frontera mexicana, una frente a Mexicali y otra frente a Tijuana, con instrucciones de penetrar al territorio nacional para evitar un posible desembarco de los japoneses en la Península.

El general Lázaro Cárdenas había sido nombrado jefe militar en

los Estados de Sonora, Sinaloa y en el entonces Territorio de la Baja California. En acatamiento de las instrucciones de Cárdenas, que se hallaba en un lugar denominado San Quintín de la dicha Península, el general Roberto Calvo Ramírez que guarnecía la frontera, desplegó sus tropas frente a las norteamericanas manifestando a los jefes de las dos columnas que no les permitiría el paso. Al mismo tiempo arengó a las tropas para que si era necesario lucharan con valor sin importarles el sacrificio que ello implicara. El general Cárdenas se trasladó muy luego a la frontera; conferenció con el jefe norteamericano y logró disuadirlo de su propósito; y al plantearse la necesidad de establecer estaciones de radar en el territorio con el equipo y personal estadounidense, el general Cárdenas estuvo de acuerdo en que esos equipos se instalaran, pero instalados y atendidos por personal mexicano.

Debo agregar que el ex presidente al felicitar a Calvo Ramírez le dijo: "No esperaba otra cosa de ti. Ni como amigos era conveniente que penetraran al territorio nacional, porque después cómo los sacábamos". Así se evitó la ocupación de nuestro territorio por fuerzas extranjeras, gracias a la decisión y el patriotismo del hombre insigne que hoy recordamos.

Y ahora a manera de posdata: durante el sexenio cardenista México fue refugio de perseguidos de varios países: alemanes, húngaros, italianos, españoles y latinoamericanos. Todos ellos gozaron en nuestro país de libertad irrestricta para defender y divulgar sus ideas; y en esos seis años, caso insólito, no hubo un solo preso político en todo el territorio nacional. Después, lo diré brevemente, todo ha cambiado.*

* *De lo dicho y de lo escrito, 1931-1976. Discursos y conferencias.* Edición privada del autor fuera de comercio. México, 1977, pp. 259-265.

MÉXICO Y LOS ECONOMISTAS.
PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL DESAYUNO OFRECIDO
POR EL GREMIO AL C. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
EL 19 DE JUNIO DE 1976

Señor Presidente de la República,

Señoras y Señores:

Aquí se ha hablado del presente y un poco del futuro. Como yo soy una persona muy interesada en la historia, voy a hablar en una parte de mi disertación de hechos pretéritos.

Durante los regímenes de Alemán, Ruiz Cortinez, López Mateos y Díaz Ordaz, incuestionablemente hubo desarrollo económico; se construyeron nuevas carreteras, nuevos edificios escolares, se llevaron al cabo buen número de obras materiales; pero, desgraciadamente, durante esos 24 años se fue formando una oligarquía poderosa, sin precedente en la historia de México. Y si acaso quisiéramos encontrar un precedente, tendríamos que retroceder —ejemplo precario— a la época porfirista. Hubo un secretario de Hacienda limantouriano que no quiso ofender a la riqueza “ni con el pétalo de una rosa”, como dijera un poeta refiriéndose a la mujer; y por ello los impuestos, los gravámenes fiscales a quienes más tenían permanecieron sin basarse en principios de justicia y sin contribuir a una mejor distribución de la riqueza.

Durante esos 24 años, claro que avanzamos; pero las inversiones extranjeras fueron creciendo sexenio a sexenio, de igual manera —¿por qué no decirlo?— los endeudamientos.

Lo más grave de todo fue que se olvidó al hombre. Queríamos progresar, quisimos progresar, marchamos hacia adelante desde el punto de vista material; pero no marchamos hacia adelante desde el punto de vista de encontrar un poco de justicia para las grandes masas de la población.

Y siguiendo con mi exposición histórica, voy a retroceder al mes de junio o julio de 1975. Todo lo que pasa es historia; lo que ocurrió ayer es historia. Las exposiciones brillantes que hemos oído aquí del señor Secretario de la Presidencia y del señor Secretario de Industria y Comercio, ya son historia en este instante. Decía que voy a referirme a la situación de este país nuestro, de este México nuestro, a veces tan desdichado y siempre tan digno de suerte mejor. Voy a referirme —dije— a los meses de junio y julio del año pasado.

¿Cuál era nuestra situación desde el punto de vista de los grandes intereses humanos? Diez millones de mexicanos —y aquí retrocedo un poco más, me voy al censo de 1970—, 10 millones de mexicanos no comían pan; 11 millones de mexicanos no comían carne ni huevo, y 18 millones de mexicanos no bebían leche. ¿Y la situación cuál era en junio-julio del año pasado? Datos absolutamente fidedignos y lo puedo demostrar: teníamos 20 millones de desnutridos; en la Universidad Nacional Autónoma de México, el 25% del alumnado sufría de anemia, ya nacieron anémicos desde antes de salir del vientre de la madre, anémica también; y estos estudiantes anémicos excepción hecha de los superdotados, ese 25% de jóvenes universitarios, de seguro padeciendo pobreza, contribuyeron a la deserción escolar.

No es eso todo. Por datos obtenidos durante esos dos meses —repito intencionalmente, junio y julio de 1975—, en esos meses el 25% de los habitantes de nuestro país gozaba de un excelente servicio médico, como en los países altamente desarrollados; otro 25%, más o menos, tenía un tolerablemente deficiente servicio médico, y 50% de mexicanos, en el mes de junio y en el mes de julio del año próximo pasado, no tenía ningún servicio médico. Los villorios dispersos en el país, ¿qué servicios médicos tenían?: la “comadrona” para atender los partos, o el “brujo” para atender toda clase de padecimientos.

Desde el punto de vista educativo, puede afirmarse —que me perdone mi amigo el señor Secretario de Educación Pública si no coincido enteramente con los datos de él—, mis datos son que en junio y julio del año pasado, teníamos 12 millones de analfabetos, en parte resultado de la explosión demográfica. Los esfuerzos han sido enormes, pero no han sido suficientes.

Dejando un poco la historia, en estos momentos en México, no obstante los esfuerzos realizados por el actual régimen —del que no voy a hacer ninguna alabanza porque es incompatible con mis normas éticas—, no obstante los esfuerzos, no obstante los buenos deseos, no obstante el trabajo inmenso desarrollado, no obstante todo eso, en este país existe una minoría privilegiada cada vez más poderosa, cada vez

más soberbia, cada vez más altanera, como ha ocurrido en los últimos días: los grandes comerciantes, los grandes industriales, los grandes banqueros, es decir, todos —¿por qué no he de decirlo?—, todos los adoradores del dios Mercurio de los romanos, que era el dios de los mercaderes y de los ladrones.

En contraste con esa minoría altanera que no tiene más ideal que enriquecerse cada vez más y más y que, llegado el caso, estaría dispuesta a imitar a sus congéneres que fueron a traernos de Austria al rubio archiduque Maximiliano de Habsburgo; en contraste a esa minoría privilegiada, hay una masa desoladoramente pobre, desoladoramente ignorante, una masa misérrima, cuyo problema fundamental es satisfacer su necesidad biológica indeclinable de la nutrición.

Nuestro país, en este instante, es de un contraste brutal: unos cuantos estómagos hartos, y millones de estómagos semivacíos; unos cuantos grandes palacios y millares de jacales; unos cuantos individuos de ambos sexos que podrían codearse por su elegancia con la aristocracia londinense, y millones de compatriotas nuestros “para quienes se han hecho todos los males de la tierra y ninguno de sus bienes”,* vestidos casi con harapos.

¿Y cuál es la tarea, cuál es la misión del economista? Quizás tenga que repetirme: el economista debe tener como norma sustantiva de su vida, servir con un hondo interés desinteresado, con amor apasionado y grande, a los componentes de la sociedad de que forma parte, sobre todo a los que más necesitan elevar sus condiciones de existencia.

No puede haber —y eso que se les grabe en la conciencia a mis colegas economistas—, no puede haber lazos de solidaridad y de simpatía entre los diferentes componentes de una colectividad, si esos lazos de simpatía y de solidaridad no se basan en la comunidad de intereses. Y el economista debe luchar sin tregua para que haya lazos de simpatía y de solidaridad basados en la comunidad de intereses. Los economistas deben trabajar todos los días de la semana, todas las semanas del año y todos los años de su vida para que cese la explotación del hombre por el hombre; para que el hombre sea mañana, pero no pasado mañana, para que el hombre ya no sea lobo del hombre, sino su amigo fraternal. Y debe hundir los pies en la realidad de México y debe defender nuestro derecho inalienable, imprescriptible a ser nosotros mismos; de ser nosotros mismos, autónomos, independientes, cueste lo que cueste y pase lo que pase.

* En el calor de la improvisación, se olvidó decir que estas palabras las dijo Ponciano Arriaga, al fundar su voto particular en el Congreso Constituyente de 1856-1857.

En fin, el ideal del economista —y lo he dicho, o he dicho algo parecido en otra ocasión— es ser un ciudadano ejemplar; es desempeñar con escrupulosidad su oficio de hombre, que es el más difícil de todos los oficios; es aspirar a ser arquitecto de pueblos. Y no sólo eso —en esto último condense mi pensamiento—: los economistas debemos —aspiración suprema, ideal que es menester alcanzar—, hacer todo lo que sea posible sin detenernos ante el esfuerzo, ante el sacrificio, debemos lograr que mañana el hombre, al despuntar el alba de un nuevo día, pueda cantar libre y alegremente su canción.*

* *Cuadernos Americanos*, núm. 4, julio-agosto. México, 1976, pp. 265-268.

RESPUESTA AL DISCURSO DEL LICENCIADO LEOPOLDO SOLÍS EN LA CEREMONIA DE SU INGRESO AL COLEGIO NACIONAL EL 13 DE OCTUBRE DE 1976

Bajo el título de “Economía, ciencia e ideología”, el señor licenciado don Leopoldo Solís ha presentado un trabajo excelente al ingresar a El Colegio Nacional. Su desarrollo ha sido dentro de un marco académico y acusa serios y profundos conocimientos acerca de los temas de que trata.

Don Leopoldo Solís, que perteneció a la generación de estudiantes de la Escuela Nacional de Economía —1947-1951— es seguramente el más laborioso y destacado como investigador, muy particularmente sobre temas relacionados con nuestro México. Fácil es la comprobación de mi aserto.

En 1967 dio a la luz pública su primer libro *Evolución financiera de México* con el pie de imprenta del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos. En 1970, su libro de más éxito, puesto que ya lleva seis ediciones, se denomina *La realidad económica mexicana*. El Fondo de Cultura Económica le editó dos libros más: *Controversias sobre el crecimiento y la distribución*, del que ya apareció la primera reimpresión; y otro que es una selección de la economía mexicana en dos volúmenes. Por último, la Secretaría de Educación Pública, en su gran éxito editorial SEP/Setentas incluyó, en su colección correspondiente a 1975, su trabajo *Planes de desarrollo económico y social en México*. Tengo noticias de que está preparando dos nuevos libros.

A lo anterior hay que agregar buen número de ensayos publicados principalmente en *El Trimestre Económico*, algunas veces en colaboración con otros autores, nacionales o extranjeros.

A sus prendas intelectuales y a su rigor científico hay que añadir su laboriosidad, la cual no creo que tenga paralelo en el ejercicio profesional como escritor de temas económicos, entre los economistas mexicanos de los 40 a los 50 años.

Por otra parte, bueno es señalar que nuestro recipiendario obtuvo su MA. en la Universidad de Yale y terminó los cursos de doctorado.

Y ahora viene a mi memoria la publicación que hizo el Fondo de Cultura Económica en 1949 de *Obras escogidas de Alfred Marshall*, con una introducción biográfica del autor de *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. John Maynard Keynes en esa biografía —o a lo mejor lo leí en otra de sus obras— escribió que “la economía es una ciencia fácil en la que son muy pocos los que logran destacarse”. Pues bien, en nuestro país el licenciado Leopoldo Solís ha logrado destacarse en la ciencia de la Economía Política; y es por eso, sencillamente por eso, por lo que hoy lo recibimos con beneplácito en esta Casa. Así lo honramos y honramos a nuestro Colegio.

Permítame, mi ilustrado auditorio, apuntar algunas acotaciones, apostillas o adiciones, al trabajo magnífico del licenciado Solís, comenzando por los vocablos “economía política”. Roque Barcia, en sus *Sinónimos castellanos* dice que economía viene de “oikos” que significa casa y de “nomía” que quiere decir tasa, regla, de modo que equivale a ley o regla de la casa y política quiere decir gobierno: de la ciudad, de la nación, del mundo. De lo anterior no debe sorprendernos que desde que aparecieron sociedades que llamamos civilizaciones, hace de 30 a 40 mil años, aparecieron ideas relacionadas con los problemas derivados de la producción y del reparto de bienes materiales indispensables a la existencia humana. Y, de conformidad con mis nociones sobre la materia, el primer libro de que tengo noticias, en que se trató de economía data nada menos que de hace 2 900 años. Me refiero a *Los trabajos y los días* de un poeta griego llamado Hesíodo. Algunos autores consideran que es un poema económico porque trata del trabajo, de las ventajas del ahorro, de la agricultura y de la navegación.

Y hace 2 400 años al gran Jenofonte, “la abeja ática como le llamaron los latinos, le tocó ser el primero que escribió un libro denominado *La economía*. Se divide en una introducción y tres partes. En la primera parte trata de lo que debe hacer la esposa para conservar y aumentar el patrimonio común. En la segunda se ocupa del mismo tema pero con relación al marido. Las dos primeras partes son modelo de aticismo, y tanto en una como en otra brilla la inteligencia y sabiduría de su autor. En la tercera parte trata de la agricultura, a la que llama madre nutricia de todas las demás artes. Nos dice que la agricultura es una noble ocupación que a la par deleita y enriquece; termina con estas palabras: “¡Qué bien dijo el que dijo, que la agricultura era madre y nutriz de las demás artes! Si ésta se halla en buen estado, todas las artes florecen, pero si por algún infortunio se ve abandonada e inculta,

las otras artes parecen y casi totalmente cesa el comercio de mar y tierra". Otro de sus libros se denomina *Medios de aumentar las rentas públicas de Atenas*, un pequeño tratado de Hacienda Pública. En ese libro trata del suelo de Ática y de la manera de aumentar sus ingresos; de la posibilidad de atraer gran número de forasteros; de las garantías que deben otorgarse a los comerciantes y del beneficio que se obtendrá con el aumento de tráfico; del aumento de los trabajos en las minas de plata y del provecho que con ello obtendrá el Estado, y de la necesidad de la paz para mantener e incrementar los ingresos.

En otra civilización completamente distinta, recordemos el Deuteronomio, último libro del Pentateuco, atribuido a Moisés, porque en él se establece el pago de diezmos y primicias, gravamen oneroso cuyo pago, representantes de la Iglesia Católica Apostólica y Romana, todavía exigen a la gente sencilla de grupos humanos retrasados en su evolución cultural.

En obvio de tiempo, vamos a dar un gran salto en la historia, un salto de siglos para hacer mención al primer libro denominado *Tratado de la Economía Política* por Antonio de Montchrétien, nacido en Francia. Lo dedica al rey Luis XIII y lo divide en: De las manufacturas; Del comercio; De la navegación, y De los cuidados principales del príncipe. El nombre de "economía política" a la disciplina que cultivamos don Leopoldo Solís y yo, ha tenido fortuna, puesto que todavía lo emplean buen número de tratadistas.

En esta parte de mi disertación quiero establecer la diferencia entre las bellas artes y las ciencias. El arte: pintura, escultura, arquitectura, música y poesía, con algunas de sus poquísimas derivaciones auténticas, es obra individual, fundamentalmente de inspiración, de creación. Roque Barcia, ya citado en esta ocasión, al establecer la diferencia de crear y criar, nos dice que crear sólo el artista es el que crea y que es el único que puede sentir al terminar su obra de creación, un algo vago de lo que sintió la inteligencia creadora en el momento de crear el Universo. Por lo contrario, la ciencia es obra de cooperación de generaciones en el tiempo y en el espacio. Ninguna ciencia ha nacido perfecta, como la Venus mitológica, bella y desnuda con todos sus encantos, de las espumas del mar o como la Minerva de la cabeza de Júpiter, joven de 20 años, armada de todas las armas y con la sabiduría acumulada por todos los dioses del Olimpo. Puedo agregar, para expresar con la mayor claridad posible mi pensamiento, que mientras la Novena Sinfonía de Beethoven está concluida, que el Moisés de Miguel Angel está concluido, que la Gioconda de Leonardo está concluida, que el Madrigal de Gu-tierre de Cetina está concluido y que Nuestra Señora de París está con-

cluida, obra del arte gótico, no puede decirse en cambio que exista una sola ciencia de la que pueda decirse que está terminada. ¿Ya no hay nada que agregar a las ciencias biológicas, a las ciencias naturales, a las ciencias físico-matemáticas y a las ciencias sociales? ¿Hay acaso alguna ciencia completamente terminada y perfecta como una esfera de cristal?

Pero vayamos a nuestro asunto. Generalmente la inmensa mayoría de los economistas convienen en que el fundador de su ciencia ha sido el economista escocés Adam Smith, al dar a la luz pública hace precisamente dos siglos su *Investigación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*. Sin embargo, no faltan voces discrepantes, principalmente francesas, que conceden la paternidad al fundador de la fisiocracia, el doctor François Quesnay, y a sus epígonos, Mercier de la Riviere, Dupont de Nemours, el abate Baudeau; pero la opinión mayoritaria se inclina por Smith, quien de manera obvia tuvo antecesores, como siempre ocurre en el trabajo científico. Entre ellos hay que mencionar a William Petty, John Locke y David Hume. A Petty lo considera Carlos Marx como el verdadero fundador de la Economía Política en su *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Petty escribió que “dos cosas valen lo mismo si se producen en igual número de días” y que “la tierra es la madre del valor y el trabajo es el padre”. En otro lugar sostiene que los salarios de los trabajadores están determinados por las subsistencias. En fin, cabe considerarlo como un escritor con inclinación científica, porque sus ideas se apoyan en la observación directa de los hechos.

A John Locke podemos clasificarlo como un intelectual preliberal. Escribe que el poder radica en el pueblo y que debe ejercerse para el bien de la comunidad. Es un escritor polifacético. Entre sus obras, hay que citar *Epístola de tolerancia*, *Consideraciones sobre las consecuencias de la baja del interés y aumento del valor del dinero* y *Ensayo sobre el gobierno civil*. Locke no está de acuerdo en que la Ley fije el tipo del interés del dinero, por considerarlo inoperante, y en ciertos casos perjudicial. A su parecer la tasa del interés la fija la abundancia o escasez del dinero, es decir, la ley de la oferta y la demanda. Locke al tratar del problema del alza o baja de los precios considera que ello depende en gran medida de la cantidad de dinero en circulación.

En cuanto a David Hume se le considera como economista el más cercano antecesor de Adam Smith. Con respecto a su obra económica debemos hacer notar que Hume no compuso ningún tratado, pues únicamente escribió breves discursos, como entonces se decía, los cuales fueron publicados en español bajo el rubro de *Ensayos económicos*. Citemos algunos títulos: “Del comercio”; “De la balanza del comercio”;

“Del interés del dinero”; “De los impuestos”; “Del crédito público”; “Del lujo”, y “De la balanza del poder”. El autor al hablar del lujo considera que éste no es un mal como pensaban algunos. Piensa Hume que el lujo es útil para el desenvolvimiento económico de las naciones. Hagamos notar que se anticipa a “Lujo y capitalismo” de Werner Sombart. No obstante, el filósofo inglés se pronuncia frecuentemente a favor de una cierta igualdad entre los ciudadanos, “porque una desproporción demasiado grande debilita los Estados”

Lógicamente hay que pasar a Adam Smith, David Ricardo y Roberto Malthus, reconocidos como fundadores de la economía clásica inglesa. Salvo algunas discrepancias de poca monta, el triunvirato coincide en que el valor se funda en el trabajo, en el libre cambio de mercancías entre los países, en la significación de la división del trabajo, en el interés personal como base del sistema económico y en que el Estado debe abstenerse de intervenir en la vida económica de las naciones, limitándose a ser un eficiente productor de seguridad. Ricardo aportó su teoría de la renta del suelo y Malthus su célebre tratado sobre la población, publicado en forma anónima en 1798. Entre los epígonos del triunvirato mencionemos de paso a Juan Bautista Say, James Mill, Nassau Senior, Flores Estrada y hay muchos otros discípulos que sería largo enumerar.

En cuanto a John Stuart Mill cabe decir que fue un representante tardío de los clásicos aun cuando con diferencias inevitables como resultado de las transformaciones de la vida económico-social. Recojo algunas de sus ideas: él considera deseable “unir el máximo de libertad individual en la acción, con la comunidad de posesión de las riquezas naturales del globo, y una participación igual de todos los individuos en los productos del trabajo”. Se advierte en John Stuart Mill cierta simpatía por el socialismo. Veamos: “No es de esperarse que la división de la raza humana en dos clases, trabajadores y patrones, pueda conservarse indefinidamente”.

Por supuesto, precisa reconocer que la influencia de los clásicos continúa después de Mill y no ha desaparecido del todo aún en nuestros días, si bien es verdad que hay que tomar en cuenta el surgimiento de otras corrientes, tales como la del marginalista inglés William Stanley Jevons, reforzado por el francés Leon Walras, Carlos Menger y otros pertenecientes a la llamada escuela psicológica austriaca. Sobre las lubricaciones de los marginalistas, Leroy Beaulieu, economista clásico, miembro del Colegio de Francia, formuló el juicio siguiente: “Es una pura quimera, una verdadera engañifa... no tiene ningún fundamento científico, ni ninguna aplicación práctica. Es un mero juego de ingenio... ”

que se parece mucho a la búsqueda de martingalas en la ruleta de Mónaco”.

Por otra parte, los marginalistas dieron importancia preponderante a las matemáticas, intentando así hacer de la economía política una ciencia matemática con aproximaciones a la econometría. Norberto Wiener, profesor de matemáticas en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y creador nada menos que de la cibernética, en su libro titulado *Dios y golem, S. A.*, publicado no ha mucho por Siglo XXI, hace una crítica severa a los economistas matemáticos y a los cibernéticos, considerando que cometen graves equivocaciones. Wiener opina que la matemática se aplica exagerando sus posibilidades a las ciencias sociales. Veamos lo que dice:

La cibernética no existe si no es matemática, si no *in esse, in posse*. He encontrado que la sociología y la economía matemática o la econometría sufren bajo un malentendido de lo que es el uso adecuado de las matemáticas en las ciencias sociales y de lo que puede esperarse de las técnicas matemáticas... El éxito de la física matemática orilló a los científicos sociales a estar celosos de su poder, sin una clara comprensión de las actitudes intelectuales que han contribuido a ese poder. El uso de la formulación matemática ha acompañado al desarrollo de las ciencias naturales y se ha puesto de moda en las ciencias sociales. Justamente como los pueblos primitivos adoptaron las modas occidentales de vestuario desnacionalizado y de parlamentarismo fuera del vago sentimiento de que esos ritos mágicos y vestimentas podrían al fin ponerlos frente a la cultura y la técnica modernas, los economistas han desarrollado el hábito de vestir sus muy imprecisas ideas con el lenguaje del cálculo infinitesimal... Muy pocos econometristas están conscientes de que si van a imitar los procedimientos de la física moderna y no sólo sus apariencias, la economía matemática debería empezar con un recuento crítico de esas nociones cuantitativas y de los instrumentos adoptados para captarlas y medirlas. Así como es difícil captar datos físicos, mucho más lo es captar largas series de datos económicos o sociales de modo que el conjunto de series tuviese una significación uniforme... En consecuencia, el juego económico es un juego en el que las reglas están sujetas a importantes revisiones, digamos cada diez años, y manifiesta una incómoda semejanza con el juego de croquet de la reina de *Alicia en el País de las Maravillas*. En tales circunstancias no hay perspectivas de que pueda lograrse una medida muy precisa de las cantidades involucradas. El asignar a esas cantidades, esencialmente vagas, una significación para

que tengan un valor preciso no es útil ni honesto, y cualquier pretensión de aplicar una formulación precisa a esas cantidades negligentemente definidas es una impostura y una pérdida de tiempo.

La otra vertiente fundamental de la ciencia de la economía política es el marxismo. Su fundador Karl Marx, estudió seriamente, muy seriamente a los economistas clásicos ingleses, sobre todo a Smith y a Ricardo, estudió a los socialistas franceses, más tarde llamados utopistas y a los filósofos alemanes Feuerbach y Hegel. Las más notables aportaciones de Marx a la historia y a la economía son la concepción materialista de la historia, la teoría del valor-trabajo y de la plusvalía y la composición orgánica del capital dividida en capital constante (maquinaria, instrumentos, herramientas, etcétera) y capital variable (trabajo humano sujeto a jornal o salarios). Por supuesto que hay muchas otras aportaciones del marxismo a otras ramas del conocimiento humano y aun dentro de la economía política, que omito en obvio de tiempo.

Sin embargo, este esbozo sobre la ciencia de la economía política quedaría incompleto si no dijéramos algo acerca del gran economista inglés John Maynard Keynes, con referencia a su bien conocido libro titulado *The general Theory of Employment, Interest and Money*, publicado en Londres por Macmillan and Co. en 1936.

A mi parecer el autor escribió esta obra bajo la influencia del desempleo de millones de trabajadores en la casi totalidad de los países del mundo, originado por la crisis mundial que estalló un día del mes de octubre de 1929 en la bolsa de valores de Nueva York.

John Maynard Keynes escribió en la obra mencionada:

No es natural para una población, en que son tan pocos los que disfrutan de las comodidades de la vida, acumular de una manera tan enorme... Las clases laboriosas no quieren ya privarse de tantas cosas y las clases ricas, que ya no confían en el futuro, pueden disfrutar más plenamente de sus libertades de consumo mientras les dure y llega la hora de la confiscación.

Keynes pensaba que debía desaparecer el rentista y se muestra en varias partes de su obra partidario de la intervención del Estado en la vida económica. De mis lecturas de tan notable economista, recuerdo que tratándose de los ingresos y egresos de la hacienda pública, habló del déficit creador. Me inclino a pensar como aprendiz de hacendista en tiempos pretéritos, que en algunos casos es conveniente el déficit creador para no detener el progreso de una nación; mas precisa reco-

nocer que en los últimos tiempos en México, hemos exagerado a tal propósito mucho más de lo que aconsejaría la más elemental prudencia.

La influencia de la teoría general de Keynes ejerció enorme influencia en sus contemporáneos, en los economistas posteriores y sería afirmación temeraria con matiz de pedantería decir que ya no queda nada de la influencia de esa obra extraordinaria.

Para terminar, quiero apuntar con carácter provisional, unas cuantas ideas personales.

A mi parecer el mundo se halla sumergido en la crisis más profunda de la historia, de la historia del hombre sobre la tierra, con el antecedente de la Roma de la decadencia, que abarcó los tres o cuatro primeros siglos de nuestra era. Crisis de valores sustantivos, que antaño sirvieron de conducta a nuestros viejos abuelos. El hombre se encuentra algo así como perdido en un laberinto sin tener el hilo de Ariadna para encontrar la salida. Crisis vertical y horizontal. Estamos presenciando, sin darnos cabal cuenta de ello, una revolución política, latente o manifiesta en grados diferentes, en la inmensa mayoría de los países del mundo y estamos viviendo la segunda gran revolución industrial. La primera consistió en utilizar la fuerza del vapor a la máquina, sustituyendo a la fuerza del viento y a la fuerza de la bestia y del hombre. Pues bien, en los comienzos de la segunda mitad del presente siglo se comenzó a aplicar la cibernética, consistente sustancialmente en la sustitución de actos humanos inteligentes por la máquina. Ejemplo notorio, las computadoras electrónicas, que realizan en minutos lo que el hombre tarda largas horas o días en realizar. Una persona normal lee entre 200 y 300 palabras por minuto. Una computadora puede leer 2 400 000 palabras por minutos. Otro caso. Una persona normal puede hacer 100 sumas aritméticas de seis sumandos con seis dígitos en una hora. La computadora puede hacer 360 000 000 de sumas en una hora. Esto y el ejemplo anterior escapan a la imaginación humana. Es algo tan imposible de imaginar como concebir que el universo es infinito y sin fronteras, en que pensara el sabio renacentista Giordano Bruno.

Incuestionablemente, el empleo cada vez más generalizado de las computadoras traerá como resultado la sustitución de miles y millones de hombres en numerosos servicios necesarios a la sociedad. No es eso todo. Recordemos que Marx, al exponer su tesis de la composición orgánica del capital en capital fijo y capital variable, pronosticó que cada vez se emplearían mayores cantidades de capital fijo —no es malo repetirlo— maquinaria, instrumentos, herramientas, etcétera y capital variable, el trabajo de personas sujetas a salario o jornal. Esto se está cumpliendo en las grandes industrias de los países altamente desarro-

llados; en las industrias de hilados y tejidos de lana, algodón o telas sintéticas, en la industria editorial y en muchas otras más.* La conclusión es lógica. El reto a los economistas, a los sociólogos, a los politólogos, ya no será el que dio origen a la teoría general de Keynes: *the employment*, sino precisamente lo contrario, el desempleo en inmensa escala y la organización del ocio entre una parte considerable de los habitantes de la Tierra. ¿Y entonces, qué pasará? Sobre esta cuestión invito a pensar y reflexionar a mis colegas economistas, que a lo mejor será un buen ejercicio intelectual o por lo menos un agradable pasatiempo.**

* La utilización de la energía nuclear con fines pacíficos, indiscutiblemente ejercerá influencia en el problema que estamos tratando.

No lo hacemos para no cansar al auditorio, ya que este escrito está resultando demasiado extenso y me parece que ha cumplido con su cometido.

** Memoria de El Colegio Nacional, Tomo VIII. Año de 1976. Núm. 3. Editorial de El Colegio Nacional. México. 1977. pp. 322-343.

ÍNDICE

CONFERENCIAS	5
Al hacerse cargo de la Dirección de la Escuela Nacional de Economía el 8 de julio de 1940	5
Meditaciones sobre México. I y II	11
Al ingresar a la Academia Mexicana correspondiente de la Española el 17 de octubre de 1956	
Las Utopías del Renacimiento	53
<i>La Utopía</i> de Tomás Moro y la Isla de Cuba. I	53
<i>La Ciudad del Sol</i> de Tomás Campanella. II	63
Francis Bacon y la investigación científica. III	71
ENSAYOS	81
A propósito del materialismo histórico	81
Lo humano, problema esencial	93
Crisis humana y postguerra	101
La Cultura y la Paz	117
Del mundo en 1948	131
Homilía para futuros economistas	141
La propiedad de la tierra y el desarrollo histórico	153
El socialismo y el sindicalismo en la Revolución Mexicana	163
El mexicano y su morada	189
Francisco Zarco, el gran periodista de la Reforma	205
Ideas económico-sociales del maestro Justo Sierra	223
El ilustre antropólogo e indigenista Manuel Gamio	245
Alfonso Reyes. Un gran humanista con preocupaciones económico-sociales	263
Isidro Fabela: letrado, historiador e internacionalista	285
Breve historia del Fondo de Cultura Económica	303

Al ser abanderado el buque-tanque "Cerro Azul" el día 21 de enero de 1940	315
En el Teatro de la Paz de San Luis Potosí al inaugurarse los cursos de invierno organizados por la Academia Potosina de Ciencias y Artes. 6 de enero de 1951	319
A los 25 años de <i>Cuadernos Americanos</i> . 1967	323
En la Cámara de Diputados al recibir la medalla al Mérito Cívico "Eduardo Neri" el 9 de octubre de 1972	327
Neruda, Allende y el pueblo de Chile. 8 de octubre de 1973	333
En la Facultad de Filosofía y Letras. Homenaje al general Lázaro Cárdenas el 23 de octubre de 1973	341
México y los economistas. Palabras pronunciadas en el desayuno ofrecido por el gremio al C. Presidente de la República el 19 de junio de 1976	345
Respuesta al discurso del licenciado Leopoldo Solís en la ceremonia de su ingreso al Colegio Nacional el 13 de octubre de 1976	349

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos, se terminó la impresión de *Antología, Conferencias, ensayos y discursos de Jesús Silva Herzog* en Editorial Libros de México el día 21 de agosto de 1981. Su composición se hizo en tipos 10 y 8 Baskerville. La edición consta de 2 000 ejemplares.

